LEWIS PERDUE

El OJO de FUEGO

Del autor de *La hija de Dios*



PUZZLE

El ojo de fuego

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

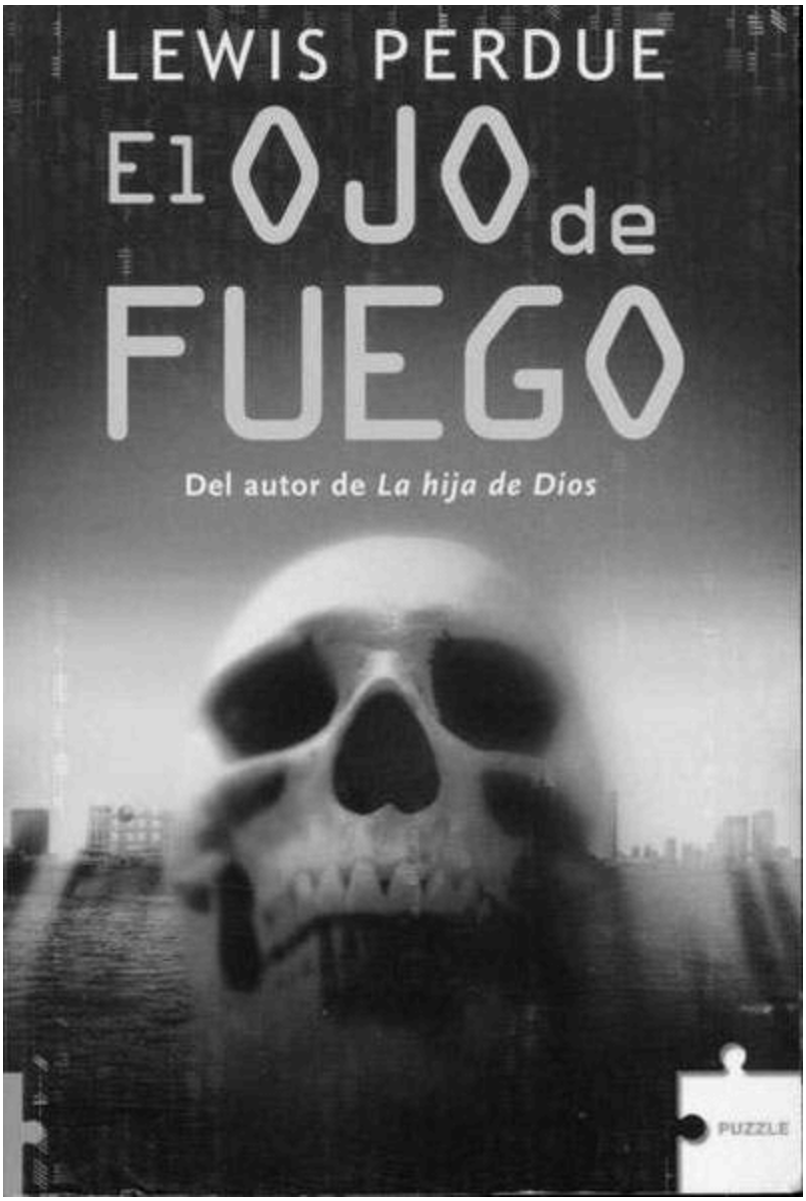
OceanofPDF.com

El ojo de fuego

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Lewis Perdue
El ojo de fuego

OceanofPDF.com

Capítulo 1

A Raymond Verdes (12 de enero de 1930 – 24 de junio de 2002), teniente coronel de la Legión Extranjera Francesa, un hombre amable, gentil, de gran talento, cuya alma guerrera no pudo derrotar. Has ganado la paz final.

Y a su socio y compañero, el doctor Wolfrang Schröder, que ocupa un lugar especial en nuestros corazones. Rogamos para que Dios le dé consuelo.

Las nubes del tifón se arremolinaban amenazantes en el cielo de septiembre de Tokio. Bajo las nubes, en la anticuada prefectura de Toshima, los empleados del Hospital General de Otsuka avanzaban con gran esfuerzo entre la penumbra del mediodía para despejar las aceras de muertos y moribundos antes de que las lluvias torrenciales empezasen a caer.

Cientos de personas, la mayoría enfermas, estaban echadas por todas partes como haces de leña amontonada, envueltos en una fetidez miásmica que brotaba de los abscesos cutáneos y la descomposición sanguinolenta. Algunos permanecían silenciosos, otros gemían con agudos quejidos, todo lo fuerte que sus débiles cuerpos les permitían. Los muñones podridos de los brazos, las piernas y los dedos atraían a las moscas y mostraban los huesos desnudos. La carne parecía deshacerse sobre los esqueletos de los muertos.

Los que estaban en las primeras fases de lo que los periódicos llamaban «la lepra coreana» permanecían sentados con los pantalones o las faldas manchados, con la cabeza inclinada, apoyada entre las rodillas, quejándose y tosiendo. Por todas partes se agrupaban familias enteras, que creaban microcosmos de muchedumbre con sus muertos, moribundos y heridos que aún se tenían en pie. Madres y padres acunaban a sus hijos en un intento fútil de protegerles del horror que los atacaba desde el interior.

Se amontonaban por las aceras, las zonas de césped, las rampas de carga de las ambulancias; llenaban cualquier espacio vacío del recinto del aparcamiento, incluso en los resquicios entre los vehículos. Los realmente afortunados estaban echados unos junto a otros por los vestíbulos de la sala de urgencias, donde los doctores de las Fuerzas de Autodefensa embutían a las víctimas un montón de antibióticos y sueros intravenosos con movimientos existencialmente inútiles.

En el perímetro de los terrenos del hospital, los soldados de las FAD, vestidos con batas desechables, máscaras y guantes de goma, trabajaban en el exterior entre la multitud, cargando a los vivos en camillas y transportes

militares. Los restos gelatinosos de los muertos eran recogidos con palas y colocados en un batiburrillo de contenedores, requisados de forma provisional: barriles, tubos de metal, arcones para el hielo, neveras de refrescos e incluso piscinas portátiles para niños.

Entre la mortandad caminaban tres hombres; un japonés de pelo blanco de unos setenta años, que vestía una bata blanca de médico, y dos caucásicos rubios, con vaqueros y camisetas, mucho más altos que él. Cada uno de los altos caucásicos sostenía una gran bolsa de lona. Los tres llevaban puestos guantes de goma y máscaras quirúrgicas, que sólo dejaban al descubierto los ojos.

Los caucásicos se limpiaban constantemente los ojos, que se les humedecían a causa de la intensa neblina cáustica que cubría los terrenos del hospital. A su alrededor, grupos de soldados de las FAD caminaban rociando con unos aplicadores una solución desinfectante de la bomba que llevaban a la espalda en una gran mochila, de las que se suele usar para rociar con sustancias químicas el césped.

El trío se movía de un lado a otro, como si diese bandazos. Daban unos pocos pasos en una dirección y se detenían cuando la figura de la bata blanca se adelantaba a los otros dos, daba la vuelta hacia ellos y les bloqueaba el paso. Intercambiaban palabras, luego uno de los caucásicos iniciaba el movimiento de ir en otra dirección, dejando al japonés atrás, que salía disparado para alcanzarles y repetir el proceso.

–Realmente tenemos controlada la situación -dijo el japonés mientras caminaba de nuevo al lado de los otros dos. El doctor Yoshichika Iwamoto era el administrador jefe del Hospital de Otsuka, catedrático de la Universidad de Tokio y ex miembro del parlamento japonés, el Diet.

–De verdad, no era necesario que viniesen -insistió-. Es muy amable por su parte pero del todo innecesario.

Como muchos doctores japoneses, Iwamoto hablaba inglés. Y, también, como muchos de ellos lo consideraba un idioma bárbaro.

El rostro de Iwamoto no mostraba en absoluto la agitación interna que había provocado la llegada inesperada, media hora antes, de los dos doctores del ejército estadounidense. Lucía su *shiran kao,* su rostro impasible, e intentaba explicarles que se trataba de una epidemia, un tema para especialistas, que ellos solos podían controlar el tema. Para su desespero, los norteamericanos habían demostrado que también eran

expertos en este tipo de urgencias médicas, incluso le enseñaron artículos publicados de los que eran coautores y que habían llevado consigo como precaución para anticiparse a las trabas que podrían ponerles.

Lo que en realidad quería explicarles Iwamoto a estos intrusos maleducados era que se trataba de una situación que incumbía a los japoneses, algo parecido a una incidencia familiar que tenía que tratarse de la forma más discreta posible. Primero la cadena estatal NHK, y luego otras cadenas de televisión habían emitido informaciones desde que el brote de lepra coreana se había hecho intolerable hacía una semana. Airear los propios trapos sucios era algo vergonzoso, inaceptable. Entonces movió la cabeza al pensar en las emisiones de noticias y en los artículos de los periódicos que siguieron al brote. Rápidamente habían atraído la atención de los periodistas extranjeros, más *gaijin.* ¿Qué les debe pasar a los japoneses en Japón? Kurata-*san* lo arreglará.

Los reportajes habían atraído a estos doctores *gaijin.* En sí, esto ya era un insulto, una muestra de su falta de confianza en su capacidad, en la capacidad de toda la raza japonesa. Matones corpulentos, blancos, racistas, que asumían de forma automática que aquella gente menuda de piel amarilla no podía manejar los problemas por sí misma, y por lo tanto les imponían su desagradable «ayuda». Iwamoto se sentía furioso. ¡Y sus malos modales! Llegaron sin avisar; le pusieron en una situación embarazosa al no darle ninguna oportunidad para recibirles con corrección.

¡Estos *ketojin,* estos norteamericanos eran tan arrogantes!

Rezó una breve oración para dar las gracias porque, al menos, no eran japoneses los que les imponían su ayuda. Esto habría creado una *on,* una obligación, una deuda que él y el hospital se verían obligados a devolver. Por fortuna, los *gaijin* no tenían valor ni virtud. Los que no tenían virtud no podían crear *on* y tampoco se les podía dispensar la cortesía o la protección debida a los verdaderos hijos de Yamato. Iwamoto sabía que su obligación era librarse de estas dos plagas lo más rápido posible, y mantenerlos alejados para que no entorpeciesen el proceso de traslado que se efectuaba de forma tan eficiente.

Avanzaron unos pasos, caminando en silencio, al tiempo que daban un amplio rodeo alrededor de un hombre que hacía arcadas de forma convulsiva al final de la calle.

–Siento que no vayan a estar cómodos -dijo Iwamoto, esperanzado, mientras caminaba delante de ellos y detenía de nuevo su avance-. Nuestras instalaciones sanitarias están bastante colapsadas.

–No hay problema -dijo uno de los *gaijin*-. Somos militares. Estamos acostumbrados a las incomodidades.

–Forman parte de las normas -bromeó el segundo, mientras se dirigía hacia otra dirección.

Iwamoto sintió vergüenza cuando salió disparado para alcanzarle. ¿Cómo podían ser tan insensibles e ignorar su angustia? ¿Cómo podían pasar por alto una comunicación tan obvia?

Iwamoto les bloqueó el paso, reunió toda su determinación y lo intentó de nuevo.

–Como ven, nuestras instalaciones y nuestros equipos son limitados. Siento que…

–Hemos traído los nuestros -dijeron los dos *gaijin* casi al mismo tiempo. Uno de ellos dio unas palmadas a la gran bolsa de lona para dar énfasis a sus palabras; luego se dio la vuelta y caminó de nuevo en otra dirección.

La desesperación inundó de calor y acidez la garganta de Iwamoto cuando tuvo que ir tras ellos otra vez.

Un trueno retumbó en la distancia; los persistentes vientos azotaban los árboles y envolvían el inmenso edificio del hospital con sus ráfagas caóticas.

Mirando al cielo con esperanza, Iwamoto maniobró de nuevo para situarse delante de ellos y se detuvo. En lugar de hablar de inmediato, hizo una pausa para estudiar el tiempo con atención. Los dos caucásicos alzaron la vista un momento y luego lo miraron cuando habló.

–Estos primeros tifones pueden ser serios -dijo-. Puede ser peligroso para ustedes permanecer aquí. – Miró expectante uno y otro rostro blanco-. Tal vez su propia gente les necesite en el Campo Zama.

Los *gaijin* movieron la cabeza sincrónicamente, como si sus cuellos estuviesen unidos por engranajes. Casi con la misma precisión se dieron la vuelta y reanudaron la inspección.

Iwamoto dejó escapar un audible sonido sibilante cuando inspiró aire por sus labios fruncidos, y los estrechó de nuevo. El viejo médico ya estaba sin aliento cuando les volvió a cerrar el paso, esta vez a pocos metros de la entrada del hospital.

–Es una enfermedad repugnante -dijo Iwamoto-. Las manchas, la podredumbre, las secreciones sangrientas, los hedores.

Ahora, el acre antiséptico enmascaraba la mayor parte de la fetidez nauseabunda que momentos antes había golpeado a los caucásicos, como un puño retorciéndose en sus estómagos, tan pronto como bajaron del tren, en la estación de Shin-Otsuka.

–Mire, doctor, ya nos hemos enfrentado a esto antes -dijo el teniente coronel Denis Yaro, doctor en Medicina, especialista en enfermedades infecciosas del noveno cuerpo del Ejército de Tierra de Estados Unidos, destacado en el cercano Campo Zama en la Prefectura de Kanagawa.

–Ya somos mayorcitos. No será la primera vez que nos ensuciemos nuestras bonitas batas blancas. Lo que sucede es que creemos que es una situación bastante importante y nos gustaría muchísimo ayudarle a llegar al fondo de esta extraña cepa de muermo, si es que realmente se trata de eso, pero si usted no quiere que estemos aquí, ¿por qué no ha salido y simplemente nos lo ha dicho?

«Lo he hecho», Iwamoto pensó para sí. «Pero sois demasiado estúpidos para escucharme.»

–Tranquilízate, Denis -le advirtió Jim Condon. El doctor Condon era otro teniente coronel, epidemiólogo y especialista en medicina interna, cuyas oficinas colindaban a las de Yaro en las instalaciones del Cuerpo Médico.

Habían ido hasta allí, violando órdenes específicas dadas a todos los médicos de Zama de que se mantuviesen alejados de la zona, como voluntarios; en parte, porque querían ayudar y, en parte, porque Yaro esperaba atrapar una muestra de una enfermedad totalmente nueva, no diagnosticada, que pudiese convertirse en un artículo publicable.

Iwamoto luchó para controlar su enfado. Cuando habló, lo hizo con un tono formal, forzado.

–El patógeno aún no ha sido identificado -continuó el doctor-. No parece ser ninguna bacteria, ningún virus o siquiera un prión o una ameba unicelular o cualquier otro organismo conocido. Por ello parece que no existe inmunidad natural y, como resultado, ninguno de los pacientes ha sobrevivido, por ahora.

A Condon y Yaro les pareció atisbar una ligera mirada de satisfacción.

–Los fragmentos genéticos que hemos podido identificar en esta primera fase muy preliminar de la investigación indican que podrían ser idénticos a la variante desconocida A-087, que mató a los habitantes de aquel pequeño asentamiento en la costa noreste de Cheju-do.

Yaro asintió con la cabeza. Condon vio el brillo en los ojos de su colega. Tan sólo dos semanas antes, más de novecientas personas en Cheju-do, una pequeña isla en el mar de la China Oriental, unas cincuenta millas al sur de la punta de la República de Corea, habían sido exterminadas antes de que pudiese llegar ayuda alguna de la península. Nadie sabía de dónde había llegado la enfermedad, pero asoló el asentamiento y, luego, diez días después pareció autodestruirse.

–También deberían saber ustedes -dijo Iwamoto-, que está claro que es un biotipo y que es más probable que exista en un estado portador específicamente restringido a la raza coreana. Creo…

–¡Portadores! ¡Raza! – el tono de Yaro era despectivo-. Usted sabe tan bien como yo que no existe tal cosa como la raza coreana.

Iwamoto retrocedió y tropezó al alejarse del alto hombre blanco, pero recuperó el equilibrio con rapidez.

–Todo eso son cuestiones de poder y política, y no de ciencia -continuó Yaro, con su voz profunda y enojada-. Pero el uso de estas palabras, el uso que hace usted, doctor, y el que hizo en la televisión han sido un desastre para la comunidad coreana que vive en Japón. Las consecuencias de todas aquellas entrevistas no se pueden pasar por alto. Está contando a todo el mundo lo que quieren escuchar: que los coreanos son portadores de esta sucia enfermedad porque son racialmente inferiores.

–No puedo admitir sus implicaciones de que yo…

–Mire, gilipollas, yo estaba viendo la televisión cuando le contó a un entrevistador que era como si los dioses hubiesen inventado la enfermedad perfecta para personificar a una raza de personas despreciadas casi universalmente por toda la nación japonesa.

–Cálmate, Denis -Jim puso una mano sobre el brazo de su colega-. Déjalo.

Pero Yaro avanzó otro paso hacia Iwamoto.

–Son unos malditos hipócritas nazis. Usted y sus compatriotas. Ocuparon Corea, forzaron a la gente a la esclavitud, secuestraron a las mujeres coreanas y las encerraron en burdeles del ejército para ser

utilizadas como «chicas de confort» que los soldados violaban día tras días. Un montón de gente, que se llamaban a sí mismos «doctores», utilizaban a los coreanos como provechosos animales de laboratorio para experimentos médicos japoneses.

Cuando Yaro avanzó, Iwamoto tropezó con sus propios pies y cayó bruscamente sobre el bien cuidado césped.

–Ya basta, doctor -dijo Condon con firmeza, mientras sujetaba a Yaro por los hombros y tiraba de él para hacerle retroceder.

Iwamoto se puso lentamente en pie y se sacudió el polvo. Jim Condon se interpuso entre los dos hombres.

–Si es en verdad cierto que se trata sólo de una enfermedad coreana, entonces no representa ninguna amenaza para mi colega ni para mí, ¿verdad doctor? ¿Por qué debería preocuparnos? – preguntó.

Al ver que Yaro ya no era una amenaza inmediata, Iwamoto sintió que la encendida ira subía desde lo más profundo de sus entrañas. Cerró los ojos un momento, intentando canalizar sus emociones. Miró profundamente hacia su interior para evitar ser provocado por el *keto*, pero fue en vano; después ya ofrecería oraciones para eliminar la vergüenza de haber perdido el control.

–¡Por supuesto que es una enfermedad coreana, locos de ojos redondos! ¡Tenemos el genotipo! ¡Por eso no tiene nada que ver con ustedes! ¡Nada en absoluto! ¡Son coreanos! Los perros que esos animales comen tienen más valor que ellos, ¿lo entienden? Atenderlos va más allá de la dignidad de la profesión médica.

El arranque de ira de Iwamoto los dejó atónitos, como si les hubiesen dado un bofetón en la cara. Durante una prolongada pausa, el silencio creció pesado e incómodo. Por fin, Condon llenó el vacío. En voz baja, con un tono frío con la furia apenas reprimida dijo:

–Doctor, en nuestro país, incluso los perros reciben atención médica.

–Sí, y en su país también duermen con los *kurombo*, negros, así que ¿qué más se puede decir? – Iwamoto escupió como si incluso las palabras hubiesen contaminado su boca.

–Muchísimas gracias por ampliar nuestra visión del mundo. Pero nosotros, doctor, hemos venido para descubrir cómo curar a los perros.

Yaro temblaba de ira. Condon le obligó a dar media vuelta, le alargó la bolsa que había soltado y lo condujo hasta una familia de seis personas que

estaban echadas sobre una vieja lona, unas diez yardas más allá.

–¡No existe cura; tan sólo muerte! ¡Hagan lo que les dé la gana! ¡Están perdiendo el tiempo! ¡Sólo muerte! ¡Sólo muerte! – oyeron que Iwamoto gritaba tras ellos.

A unos cuarenta y cinco metros, un alto joven japonés, vestido de pies a cabeza de blanco hospital, sostenía una tablilla con un sujetapapeles e iba de un devastado grupo familiar a otro, tomando notas y alguna foto de vez en cuando. Las lágrimas empapaban el borde superior de su máscara quirúrgica.

Cuando las palabras de Iwamoto resonaron por los terrenos inmaculadamente ajardinados del hospital y llegaron hasta los oídos de Akira Sugawara, el japonés alto y joven, que estaba junto al cuerpo de una niña coreana de cuatro años y sus apenados padres, se dio la vuelta y miró cómo el doctor Iwamoto se alejaba de los altos *gaijin.*

«¿Qué es este infierno?», se preguntó Sugawara de nuevo. Una extraña gravedad aprisionaba su corazón y le creaba un peso tan profundo que estaba seguro de que le arrancaría el órgano de cuajo y se lo llevaría al centro de la tierra.

«¿Qué es este infierno?» «¿Y por qué su tío le había enviado a documentarlo?»

Capítulo 2

La descarga de tomates *flavr savr,* genéticamente modificados, empezó con lentitud, como siempre, golpeando con rojos y húmedos proyectiles el gran y pesado Suburban. Los *flavr savr* provenían de la ingente multitud que se alineaba a ambos lados de la calle, pavimentada con ladrillos; una calle nueva que se había abierto, invirtiendo mucho dinero, y que atravesaba por el oeste el campo de Maryland, en Bethesda. La calle tenía su propia salida a la carretera y conducía directamente a las puertas de GenIntron Corporation.

La muchedumbre que se alineaba por la calle salió corriendo y se amontonó contra las cintas a rayas que formaban una barrera para frenar a la multitud cuando se aproximó el Suburban de color burdeos oscuro metálico. Los policías antidisturbios, apostados a lo largo de las barreras con la gente allí situada, miraban con nerviosismo a la multitud y, seguidamente, al Suburban que se aproximaba, para mirarse después entre

sí. La policía conminó a la muchedumbre para que retrocediera tras las barreras y, mientras, alargaban las manos hacia los revólveres de servicio, las porras, las granadas de gas lacrimógeno, las radios. El ruido de las hélices de un helicóptero resonaba por la calle.

Los que no lanzaban tomates movían los brazos, haciendo gestos mientras pedían: «No más *frankenfoods*», alimentos frankenstein, que se sumaban a las numerosas pancartas en las que se pedía el fin de la manipulación genética, las pruebas genéticas, los alimentos genéticamente manipulados, y los productos farmacéuticos y las vacunas genéticamente modificados. Las pancartas más destacadas de todas eran las más brillantes y caras que rezaban: «Quitad las manos de nuestros genes», una operación bien organizada dirigida por Elliot Sporkin, un biotécnico demagogo que no sabía nada sobre ciencia, pero sí todo sobre cómo hacer una carrera provechosa, aprovechándose de los miedos del populacho científicamente analfabeto.

Dentro del gran todoterreno Chevrolet, el paisaje de postal que ofrecía el campo y la suave luz de la mañana que pintaba la montaña de un color rosado y cálido, bajo el cielo azul, que veían sus ocupantes desapareció con rapidez bajo un rojo impresionista cuando la lluvia de tomates llegó a su punto culminante.

Sin pensar conscientemente en ello, Lara Blackwood accionó el limpiaparabrisas y echó un vistazo a la multitud; reconoció a muchos de los mismos rostros iracundos y distorsionados por el odio que la insultaban día tras día. Justo delante de ella avanzaba una escolta policial, dos motoristas y una furgoneta adicional llena de policías antidisturbios para la reunión anual de aquel día. Aceleró en dirección a la entrada fuertemente custodiada de GenIntron. Lara pisó el acelerador para seguir su paso. La luz del sol matutina pintaba deslumbrantes arco iris en su negro pelo corto y hacía brillar como ascuas azul marino los zafiros en forma de estrella que llevaba engarzados en los pendientes, regalo de su padre, que se los trajo de una misión en Cachemira, hacía más de veinte años.

Fundadora y presidente del consejo de administración de GenIntron, Blackwood era la única mujer del club de antiguos empresarios de biotecnología que irrumpieron en escena al adquirir importancia el desarrollo de provechosos tratamientos para enfermedades a partir de los intrones: partes del genoma humano que otros habían desechado como

ADN basura. A los medios de comunicación les encantaba prodigar espacios en la prensa escrita y tiempo en antena a aquella mujer alta y atractiva, que obtuvo su doctorado en genética molecular en Cornell, con una beca de deporte que la llevó a conseguir una doble medalla olímpica de bronce en remo y vela.

Mientras los limpiaparabrisas apartaban oleada tras oleada pulpa y jugo rojo, Lara miró de reojo a su acompañante, un hombre bronceado de pelo plateado, de unos cuarenta y tantos años, vestido con un conservador traje a rayas diplomáticas, camisa blanca y una aburrida corbata de representante, que era el uniforme de los altos cargos del First Mercantil American Bank Trust. Jason Woodruff, presidente de First Mercantil y la más reciente incorporación al consejo de administración de GenIntron, sonrió a la mujer.

–¿Cada día pasas por esto? – le preguntó.

–Casi cada día. Normalmente no llega a este extremo. Los ahorran para ocasiones especiales, como hoy -respondió y le sonrió levemente.

El hombre no cesaba de mover la cabeza a un lado y otro, mientras atravesaban la multitud que los rodeaba.

–Están todos aquí, todos los chiflados. Nunca imaginé que fuesen tantos.

Lara echó un vistazo al exterior y sonrió al ver el franco asombro que reflejaba el rostro del banquero. «Bienvenido al mundo real», pensó cuando él leyó en voz alta las pancartas.

Woodruff vio la sonrisa en su rostro y frunció el ceño.

–En realidad disfrutas con esto, ¿verdad?

–¿Disfrutar con qué? – preguntó Lara.

–Todo esto -movió el brazo, abarcando el movimiento arrollador de la gente, el ruido, la furia.

–¿Qué te hace pensar eso? – preguntó ella.

–Estás sonriendo.

Ella entonces le dispensó una sonrisa aún más amplia, mostrando sus dientes blancos, seguida de una suave risita que tanto podía ser de confirmación o como de negación.

Woodruff frunció el ceño. Como muchos banqueros, pensaba que la ambigüedad era subversiva y la espontaneidad inquietante. Se sentía más cómodo con los fríos números, la gente de negocios conservadora, y los clientes que le respetaban en virtud de su posición como jefe del mayor

banco estadounidense. De nuevo frunció el ceño. Lara no era nada, no había hecho nada.

Woodruff admitió que nunca la había entendido, ni como empresaria ni como mujer, y tampoco como la brillante científica que el resto del mundo parecía pensar que era. Lara era demasiado alta, fuerte, con demasiadas ansias y ambiciones para ser una mujer. En su opinión, las mujeres no debían ser así.

–Hay un cartel con una gran estrella de David amarilla -dijo, sobre todo para él mismo-, dice: «No más holocaustos» y luego… -Entrecerró los ojos y con sorpresa en la voz continuó-, y luego «Muerte a la loba nazi».

Woodruff se volvió hacia ella.

–¿Qué…?

–Nuestros test de criba genética -dijo Lara-. Mucha gente cree que serán usados para algún tipo de nuevo programa eugénico. Ya sabes, define un test «normal» para la secuencia genética y elimina el resto.

Hizo una pausa para accionar los limpiaparabrisas.

–Tonterías -susurró-. Esto no es lo que hacemos. La realidad es, precisamente, demasiado inconveniente para los mundos de falsas ilusiones en los que vive esta gente.

Todavía observaba la multitud, cuando Woodruff movió la cabeza.

–Me parece que el grupo de los que sostienen las pancartas sobre el síndrome de Down también quieren verte muerta -hizo una pausa-. Sí, ahora lo veo bien: «No soy… no soy un error; no… no necesito que me arreglen». Éste es del grupo del síndrome de Down -dijo al darse la vuelta hacia ella.

Ella asintió.

–En realidad ya podríamos haber encontrado un tratamiento para el síndrome de Down, si los lunáticos de la liberación de los animales no hubiesen irrumpido en los laboratorios de nuestros edificios y liberado a los monos -dijo Lara con firmeza-. Cuatro años de trabajos evaporados en un ataque de rabia pro derechos de los animales.

–Bueno, tus amigos de los derechos de los animales están allí -señaló hacia el lado izquierdo de la calle-. Luego, ahí, está el contingente de Operación Rescate -dijo señalando a la derecha-. Déjame adivinar. Ellos están contra la criba porque podría significar un aborto.

–Eres muy listo, Jason -dijo Lara mientras movía el volante con habilidad para esquivar una bolsa de basura de plástico ardiendo que había

hecho rodar la multitud-. Serás una excelente adquisición para el consejo.

Su sarcasmo fue tan sutil, que él optó por imaginar que no lo había escuchado en absoluto.

Los gritos de la multitud se hacían cada vez más fuertes, aunque aún eran tolerables dentro del Suburban O'Gara modificado y personalizado.

–¿Qué gritan? – preguntó Woodruff ansioso, mientras observaba que la distancia entre el Suburban y la escolta policial aumentaba.

–Oh, lo de siempre. – Ella sonrió levemente.

–¿Y qué es lo de siempre? – estaba enojado por su respuesta burlona y aquella sonrisa. Aquella condenada y enigmática sonrisa.

–Bien, aquí lo tienes. Escúchalo tú mismo -alargó la mano y apretó el botón para bajar la ventanilla y empezó a bajarla. Un rugido furioso entró disparado por la abertura.

–¡No lo hagas! – dijo Woodruff bruscamente, alarmado, mientras se separaba de la ventanilla apenas abierta.

Algunas palabras aún eran difíciles de entender entre el ruido pero «¡puta asesina!» parecía sobresalir entre las más fuertes.

Lara se echó a reír, luego cerró la ventana para aislarse del sonido.

–No lo comprendo, ellos te odian…, y en realidad a ti te gusta -dijo él.

–Jason, éstos son los más marginales de los marginales, extremistas que no comprenden otra cosa que no sean pesadillas de ficción científica. Si se considera todo esto, debería hacer que me practicasen una dura terapia de electroshock si yo les gustase -repuso ella con firmeza.

Condujo en silencio mientras se acercaba a las puertas de GenIntron. Los *flavr savr* continuaron acribillando el todoterreno.

Al cabo de un buen rato, Lara rompió el silencio.

–¿Y qué? ¿Quieres contarme lo que has venido a decir?

–¿Perdona?

–No seas evasivo, Jason. No me has pedido que te lleve esta mañana porque eres un buen ciudadano dispuesto a ahorrar energía.

–Ya te lo dije, el BMW…

–Está en el taller. Está bien. Uy, uy…

–Pero…

–Jason, la última vez que te llevé en coche fue el día que querías asegurarte que nadie más estaba escuchando cuando me contaste que tu banco sin agallas iba a cortar mi línea de crédito, y si yo sabía que sería

conveniente para mí que reconsiderase la oferta de compra que había hecho Daiwa Ichiban.

–Sabes tan bien como yo que retirarte aquella línea de crédito fue lo mejor que te ha sucedido.

–No me gusta de que me fuercen a hacer las cosas, Jason.

–Sí, está bien, pero la adquisición te hizo instantáneamente rica.

–A diferencia de ti, no veo el dinero como la cosa más importante de la vida.

–Es fácil decirlo cuando se tienen millones. Lara escuchó la queja, los celos en la voz.

–Pero éste no es el mensaje que Daiwa Ichiban te ha dicho que me transmitas hoy, ¿me equivoco?

El banquero no supo qué responder. Ella movió la cabeza.

–Otra vez te han enviado a hacer el trabajo sucio, pero no tienes los cojones de decírmelo.

Él dudó. Luego dijo:

–Has sido, eres historia. Hoy es tu último día como directora general y presidente del consejo de administración.

–En todo caso presidenta -corrigió-. Y no seas absurdo. Quedan seis meses para la transición. Tengo un importante trabajo en el laboratorio por terminar antes de que esto suceda.

Woodruff sonrió por primera vez.

De pronto, un agudo grito atravesó la multitud que se alineaba en el lado derecho de la calle. Lara alzó la vista justo a tiempo para ver una mancha color rojo sangre, de aspecto gelatinoso, que salía volando de entre el grupo de los miembros de Operación Rescate, y que despedía gotas mientras volaba. Chocó contra el parabrisas, dejando una mancha ancha y viscosa después de que los poderosos limpiaparabrisas lo quitasen del cristal y cayese donde estaban los manifestantes por la liberación de los animales en el otro lado de la calle.

–¿Qué demonios era eso? Parecía un maldito feto.

–Lo era -dijo Lara mientras accionaba de nuevo los limpiaparabrisas para quitar la mancha.

–¿Lo era? – la voz de Woodruff sonaba aguda, un tanto histérica.

–Un feto de cerdo -dijo Lara como si tal cosa. Como los de la universidad. La gente de Operación Rescate los compra en grandes

cantidades…, por el efecto que causan.

–Parecía tan… humano.

–Por eso mismo -dijo Lara-. Es…

Como un dique sujeto a gran presión abriéndose paso, las barreras para contener a la gente del lado izquierdo de la calle cayeron. Los furiosos manifestantes de los derechos de los animales, exaltados por la visión del feto de cerdo, se dirigieron furiosos hacia el contingente de Operación Rescate. Instantes después, un grito gutural surgió de ambos lados de la calle cuando los manifestantes de ambos lados traspasaron las barricadas menos controladas e irrumpieron en la calle.

–Uy, uy -dijo Lara cuando vio que la multitud se acercaba a ellos. Pisó el acelerador para aproximarse a la furgoneta de la policía. El Suburban, rápidamente, cerró el espacio que había entre ellos; segundos después, sólo estaban a una distancia de un pie detrás de las fuerzas del orden.

Por la derecha, los pro derechos de los animales fueron los primeros en enzarzarse en una pelea con los miembros de Operación Rescate. La furgoneta de la policía se detuvo casi completamente a medida que la muchedumbre se acercaba y les presionaba. Estaban lo suficientemente cerca ahora de los focos de las cámaras de televisión, que les cegaban, y que se encontraban a salvo, detrás de la verja de GenIntron.

Entonces, un ladrillo de la calzada, que salió de entre la gente, trazó una lenta curva balística y rebotó en el caro cristal blindado del parabrisas.

–¡Dios mío! – gritó Woodruff instantes después, cuando el Suburban tembló bajo una lluvia de ladrillos. Se apartó todo lo que pudo de la ventanilla con un estremecimiento, cuando los mahones chocaron contra ella. En el exterior un grito de júbilo se extendió por la multitud cuando vieron que agachaba la cabeza.

–No dejes que te vean reaccionar -dijo Lara con firmeza-, no haces más que animarles.

–¿Qué no…, qué? – respondió boquiabierto ante la tranquilidad que ella demostraba.

–¡Eres una jodida lunática!

En la puerta, el personal de seguridad de GenIntron y los refuerzos de los guardias antidisturbios contratados para la reunión anual avanzaron, aporreando con porras a los manifestantes que se acercaban, pero que hacían pocos progresos.

Los botes de gas lacrimógeno cayeron entre la gente. Desde lo alto, los reporteros de televisión, ávidos de noticias impactantes para los informativos de las seis, empezaron a filmar.

Los manifestantes zarandeaban el Suburban y la furgoneta de la policía.

–¡Por Dios, Lara, haz algo; van a volcar el coche y nos van a matar! No te quedes aquí sentada, pisa a fondo, sácanos de aquí y atraviesa la jodida verja!

–No sería un movimiento acertado -contestó con tranquilidad.

–¡Pero nos van a matar! Su voz temblaba, en parte por las violentas sacudidas, en parte por el miedo que sentía-. Es defensa propia, insistió de forma histérica.

Lara negó con la cabeza.

–¿Ves a los de las cámaras de televisión? Cuando editen las secuencias que han grabado no se verán ladrillos y polis ensangrentados. Verás un jodido y gran Suburban que atropella a unos inocentes activistas de la comunidad.

–Pero…

–Sólo aguanta tus jodidos orines e intenta no ensuciarte los pantalones, ¿de acuerdo?

Pálido y sin dejar de transpirar, la lucha interior pareció dejarle sin fuerzas y el banquero se desplomó en su asiento.

Delante de ellos estaba claro que la furgoneta de la policía se había detenido. Mientras la multitud zarandeaba ambos vehículos cada vez con más violencia, a Lara se le ocurrió una solución; puso una marcha en el Suburban y soltó el freno. El inmenso coche con el potente motor, se tambaleó hacia delante. El repentino movimiento desestabilizó el ritmo de las sacudidas de la turba. Apretó el acelerador y chocó con suavidad con la furgoneta de la policía, que avanzó lentamente. El movimiento sorprendió a las masas que intentaban volcarlo. Cayeron hacia atrás y se alejaron mientras el Suburban empujaba la furgoneta hacia delante con firmeza y lentitud.

Aquella noche el vídeo en la televisión mostró el espectáculo de unos manifestantes que se echaban delante de la furgoneta y luego se levantaban apresuradamente para apartarse en el último segundo. La sonriente presentadora rubia parecía decepcionada de que tanto el Suburban como la furgoneta de la policía hubiesen llegado a salvo al complejo de GenIntron,

robándole una historia más importante que la habría llevado a una exposición nacional y el pase a un mercado de mayor audiencia.

Capítulo 3

Lara Blackwood atravesó como un vendaval los pasillos tubulares del ala principal de investigación de GenIntron, como si se tratase de la suerte en busca de su destino.

El pasadizo de casi mil metros y relucientes baldosas era uno de los tres que había en el complejo de instalaciones. Cada uno estaba flanqueado por laboratorios y segmentados cada treinta metros por las puertas neumáticas de cámaras estancas.

La primera impresión era la de estar en el interior de un vagón de metro cuyo extremo final se extendiese hasta un punto sin fin. El diseño había ganado varios premios y había sido atesorado en dos famosos museos de Nueva York.

–¡Espera! – Woodruff, que iba tras ella, la llamó, ya que sus grandes y decididas zancadas cada vez la alejaban más de él, y corrió un poco para alcanzarla.

–No hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

Lara se detuvo y se dio la vuelta con tanta rapidez que el banquero chocó con ella.

–Lo que en realidad quieres decir es que no quieres que haga algo de lo que tú puedas arrepentirte.

Hablaba en voz baja, cargada de una violencia mal contenida. Se acercó a Woodruff, de metro ochenta y dos, hasta que sus narices casi se tocaron.

–Bien, puedes contar con que va a ser así, caballero.

Él se echó hacia atrás rápidamente para alejarse de ella.

Casi tan rápido como se había detenido, Lara se dio la vuelta y reanudó su apresurada marcha por el pasillo futurista.

Woodruff observó cómo su figura se hacía cada vez más pequeña en la distancia, y luego se dirigió a un teléfono del vestíbulo para llamar a seguridad.

Una veintena de metros más allá, Lara se detuvo para pasar su tarjeta de identificación magnética por el lector de seguridad. A continuación introdujo su contraseña en un teclado compacto. Instantes después, un conjunto de puertas neumáticas siseó al abrirse. En aquella sección, el

pasadizo estaba flanqueado por gruesos ventanales, verdosos, a prueba de explosiones y conducía a los laboratorios que estaban un poco más adelante. La mayoría de laboratorios de este pasadizo tenían puertas de acero inoxidable, cámaras estancas, y una «zona intermedia» de áreas de descontaminación flanqueadas por sistemas de seguridad numéricos adicionales, así como de identificación de retina. Éstos se encontraban en el nivel de bioseguridad (NBS), perteneciente a los cuatro laboratorios reservados a las formas más letales de todas las consideradas letales para las formas de vida creadas de forma artificial, que nunca habían existido en la naturaleza y que podrían significar una catástrofe si fueran liberadas del laboratorio.

Con las enzimas adecuadas y recortando un poco de ADN de aquí y otro poco de allí, se podía crear un tipo de vida que una década antes ni habría podido imaginarse. Los científicos recortaban genes de la levadura, los hongos, los perros, las ranas, las algas, y de cualquier hijo de vecino y los unían como les parecía, los legos de la genética molecular. Todo ADN era igual a escala molecular. Era la democracia en el ámbito nano: una base de ácido nucleico, un voto.

Fue allí donde Lara, obstinadamente, había descubierto los secretos del genoma de la etnicidad que habían abierto la puerta al primer medicamento comercialmente exitoso de GenIntron: un tratamiento para la enfermedad de Tay-Sachs.

Su investigación personal había localizado las secuencias correctas que permitían que otros medicamentos procurasen el tratamiento adecuado con un objetivo determinado, para enfermedades que, desproporcionadamente, afectaban a grupos étnicos concretos, tan conocidas como la anemia drepanocítica, que sufrían los descendientes de africanos, la fibrosis cística entre los caucásicos del norte de Europa, y otros numerosos síndromes menos conocidos.

Había sido capaz de encontrar los tratamientos centrándose en los intrones, también llamados ADN basura, que otros investigadores habían pasado por alto. Ya que, en estos vastos tramos de ADN, que los otros contemplaban como un erial, ella intuyó oportunidades; manipuló los intrones para que se plegasen o desplegasen, de tal forma, que alterasen los mecanismos mediante los cuales se producían las proteínas vitales. Creó nuevas moléculas, inexistentes en la naturaleza, que sólo eran activas en

presencia del ADN que se encontraba en determinados grupos étnicos, con lo que podía aliviar el dolor, el sufrimiento y la muerte.

Allí delante, un hombre delgado de piel color café con leche, el pelo canoso, una afilada y prominente nariz, y fríos ojos azules salió de un pasillo contiguo. La saludó con la mano, empezó a sonreír y luego se dio cuenta de la expresión en el rostro de la mujer.

Ismail Brahimi, que había ganado el premio Nobel cuando enseñaba biología molecular en Cornell, había cofundado GenIntron y, como presidente, había dirigido muchos temas de la compañía durante los últimos dos años. Brahimi había sido la persona que había elegido Lara para que fuese el segundo presidente del consejo de administración, pero los nuevos propietarios japoneses habían pasado por encima de él a favor de Edward Rycroft, jefe de investigación. Rycroft era un brillante investigador pero taciturno, cuya mayor fuerza, además de su capacidad para alienar a la gente, era su ansia por obtener el premio Nobel y la envidia hacia la riqueza que Lara y Brahimi habían acumulado al fundar la compañía. Al ser una persona profundamente honesta y con un gran sentido de la ética, Brahimi no quiso enzarzarse en las oscuras y traicioneras intrigas y políticas que habrían sido necesarias para destronar a Rycroft.

Según Brahimi, la elección de Rycroft había sido, como todo lo que sucedía en el mundo, «voluntad de Dios». Lara no era tan confiada.

–¿Qué sucede? – preguntó cuando la mujer llegó a su altura.

–Woodruff. Kurata. Esto es lo que sucede -respondió a la pregunta lacónicamente.

–¿Hay alguna novedad? – preguntó él gravemente.

–Me echan.

–¿Hay alguna novedad? – repitió.

–Hoy -se detuvo ante la puerta del laboratorio con su nombre escrito en la puerta y tecleó su contraseña-. Woodruff ha venido de paquete conmigo en el coche.

–¿Y eso a qué se debe? – preguntó.

Ella movió la cabeza y se encogió de hombros.

–Alguna pataleta en Tokio, creo.

La pantalla de cristal líquido que había sobre el teclado destellaba con las palabras «acceso denegado».

–¡Mierda! – murmuró Lara. Volvió a teclear los números, y de nuevo apareció «acceso denegado».

–¿Qué pasa con el sistema?

Instantes después, la puerta de la esclusa siseó al abrirse y expulsó a Edward Rycroft, seguido por un guarda de seguridad de GenIntron, armado con una porra y un spray de pimienta. Jason Woodruff les seguía a una distancia prudencial.

–Tal vez quieras evitarte todo esto -sugirió Lara-. Esto no le va a hacer ningún bien a tu carrera en la compañía.

–No, ni hablar. Me quedaré aquí, a tu lado.

Por un instante, Lara miró con orgullo a aquel hombre gentil y amable, cuyas profundas creencias religiosas lo hacían valiente y firme cuando las circunstancias lo requerían.

–No, de verdad, vete -insistió ella.

–Está bien, pero…

–Ismail, no hay nada que puedas hacer aquí. Sólo puedes conseguir complicarte las cosas y hacer que tu propia vida sea más difícil, así que ¡vete!

–Como quieras -dijo Brahimi a regañadientes, y se fue.

Lara se dirigió a Rycroft y su séquito que se aproximaban.

–Déjame entrar en mi laboratorio -gritó mientras se aproximaban.

–Ya no es tu laboratorio -replicó Rycroft, con palabras barnizadas con un acento de la cámara de los lores que casi camuflaban sus raíces de clase obrera de Midlands. Se detuvo a un metro de ella. El guarda de seguridad, uniformado de gris, permaneció tras él.

Lara miró la cara del guarda y se dio cuenta de que le reconocía vagamente, sólo por el rostro, y no podía recordar su nombre. En los meses que siguieron a la compra de GenIntron, todo el personal de seguridad leal de la empresa, cuyos nombres y vidas conocía íntimamente, había sido remplazado por personal de otra filial de Daiwa Ichiban. Sabía que en ellos había profesionalidad, pero no simpatía.

Tras el guarda, Woodruff, incómodo, cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, constantemente.

–¿Qué significa que ya no es mi…?

–Vendiste el laboratorio cuando vendiste la compañía.

–Pero teníamos un trato -insistió Lara-. El propio Kurata estuvo de acuerdo en que yo usaría el laboratorio hasta que terminase el trabajo que había empezado. Hay un documento importante que trata de ese tema.

–La política ha cambiado -repuso Rycroft con firmeza, alzando un poco la barbilla-. Como bien sabes, las condiciones económicas han forzado a Daiwa Ichiban a asegurarse de que todas sus compañías operan con el mínimo de gastos posible.

–¡Gastos! – Lara avanzó un paso hacia él-. ¿Me estás llamando gasto?

El guarda de seguridad se movió para proteger a Rycroft.

–Está bien -alzó un brazo para detenerle-, no va a hacerme daño.

–Lo estás deseando -dijo Lara con aspereza.

Rycroft se tambaleó inseguro. Una pesada pausa se interpuso entre los dos durante un largo espacio de tiempo.

–Mi trabajo está ahí dentro y arrastraré tu culo hasta los tribunales si es preciso.

–Ya no es tu trabajo -dijo Rycroft cansinamente-. Además sabes tan bien como yo que nunca ha sido realmente tu trabajo. Tú has hecho la investigación utilizando el tiempo de la empresa, las instalaciones y el equipo.

Exasperada, Lara soltó un audible suspiro.

–Sí, Edward, soy consciente de ello. Ya casi he terminado, entonces ¿por qué no dejas que acabe las cosas y entonces la compañía tendrá los beneficios de los resultados de los conocimientos adquiridos? – De forma inconsciente, su mano derecha acariciaba los pendientes de zafiros.

–Las decisiones se han tomado en los niveles más altos, y no estoy autorizado a contravenir órdenes -dijo Rycroft.

–Al menos deja que me lleve mis notas…

–Son las notas de GenIntron. En mi opinión, creo que tenemos suficiente personal y recursos para llevar el trabajo a buen término.

Lara frunció el ceño, abrió la boca para discutir, cuando la realidad se le hizo evidente.

–Vas a robar mi trabajo, y apropiártelo para llevarte tú los laureles, ¿verdad?

Su voz se elevó y endureció.

–Tu ambición y tu ego han sobrepasado tanto tu inteligencia y capacidad científica que quieres plagiar mi trabajo para salir adelante.

–Esa acusación que formulas es muy inadecuada. Se trata simplemente de una cuestión de asignación de recursos. Necesitamos tu laboratorio para efectuar un trabajo más vital -empezó Rycroft-. Daiwa Ichiban ha decretado que se deben dedicar los máximos recursos a monetizar la investigación y capitalizarla en oportunidades rentables.

Lara lo miró atónita, con la boca abierta.

Cuando Rycroft habló de nuevo, su voz estaba llena de arrogancia y condescendencia.

–Ya ves, querida, ésta es la realidad. Se acabó tu acceso al laboratorio. Tu sistema de acceso remoto a las cuentas ha sido eliminado. Seguridad ha sido informada de que ya no deben dejarte pasar por la puerta de la compañía. Ahora yo estoy al mando, y ésta es mi última palabra. Ahora vete. Vete a Washington y acepta el puesto como consejera que la Casa Blanca te ofreció. Aquí ya no eres bienvenida.

Lara retrocedió, con los hombros caídos por la derrota. Tan sólo por un momento, Rycroft sonrió abiertamente; el guarda de seguridad se relajó, e incluso Jason Woodruff dejó de bailar de un pie a otro nerviosamente.

Antes de que ninguno de ellos pudiese reaccionar, Lara se abalanzó con rapidez hacia delante, con el brazo derecho doblado como un ala. Usó el codo derecho y el brazo como una porra y golpeó de lleno a Rycroft en la cara, después avanzó rápidamente y le golpeó en los pies, separándolos del suelo y haciéndole caer.

–Monetiza esto, querido -dijo ella.

El guarda de seguridad agarró el spray de pimienta.

–No lo hagas -exclamó Lara y lo agarró por la muñeca; el guarda permaneció inmóvil. Rycroft gemía en el suelo y sangraba por la nariz.

El guarda sobrepasaba una cabeza a Lara, pero ella estaba en mejor forma y él lo sabía. De hecho, en sus primeros días de trabajo, durante la transición, había escuchado atentamente las historias que los guardas del departamento de seguridad habían hecho correr sobre ella; algunas eran verdad, otras eran apócrifas, pero todas trataban de su fuerza y sus capacidades físicas. En concreto, eran verdad las historias sobre su excelencia en las clases de artes marciales y armas de fuego que se les requería a los guardas de seguridad de GenIntron.

–Ayúdale -le dijo Lara al guarda, sin apartar la vista de su rostro y la garra de acero de su muñeca.

–Ahora me iré.

Él dejó que ella le quitase el spray de pimienta de la mano. Se separaron. Cuando el guarda se inclinó para asistir a Rycroft, Lara se dio la vuelta y se alejó.

Los muertos y los moribundos se extendían hacia el crepúsculo como hileras perfectamente plantadas en un jardín que se desvanecía en algún lugar, en el distante horizonte. Bajo los pálidos tonos ocres del sol poniente, Akira Sugawara paseaba entre las hileras de muerte, flanqueado a la izquierda por Tokutaro Kurata y a la derecha por Edward Rycroft. Sonreían y caminaban, como si fuesen granjeros paseando entre una extraordinaria cosecha.

Las plantas de esta plantación les miraban con los rostros tensos y mates por el dolor, con las bocas abiertas de par en par con gritos sin sonido bajo la luz pálida y decreciente. Rycroft sonreía. Todo parecía tan natural, así es cómo debían ser las cosas. Las úlceras y las lesiones, la carne deshaciéndose, los huesos a la vista -bien, así es cómo la cosecha se suponía que debía ser.

Sugawara avanzaba, sin preocuparle no poder escuchar lo que decían Rycroft y su tío, aunque comprendía cada idea y detalle cuando ellos estimaron la cosecha, hablaron del extraordinario resultado obtenido comparado con lo que habían sembrado, cuestionaron a posteriori el tiempo, y anticiparon las recompensas de llevarla al mercado.

Sí, estaban de acuerdo, sería una cosecha extraordinaria, extraordinariamente provechosa, y sobre todo merecía la pena el riesgo que habían corrido.

En tan sólo un momento, el aire se volvió helado mientras el sol se deslizaba hacia el ocaso. Ahora el viento aullaba y se unía a los sordos alaridos de dolor y los gritos de agonía de la gente que se agarraba a sus pies, colgándose de sus pantalones y sus piernas. Sugawara sintió el horror de sus huesudos dedos agarrándose a su carne, luego sintió que se le removían los intestinos cuando la carne empezó a desprenderse de los rostros de Rycroft y Kurata como cera fundiéndose al fuego. Los dos hombres menguaban, y emitían alaridos ululantes sin fin, como sirenas del infierno.

Alrededor de los dos hombres, los rostros de las plantas crecían, las lesiones sanaban, los bebés y las hileras de familias sonreían.

Sugawara pensó en todo esto tan sólo un momento después de que un intenso dolor le atenazase, como si la misma muerte le desgarrase el alma; sintió que le había caído el rostro sobre el pecho. Miró sus manos horrorizado mientras la piel y la carne se desprendían, exponiendo primero la carne supurante, después los tendones y por último los huesos. Las manos agarraron sus entrañas y arrancaron los intestinos.

Luego, como le sucedía cada noche desde que había paseado por los terrenos del Hospital General de Otsuka, Akira Sugawara se despertaba sobresaltado enredado entre un lío de sábanas empapadas en sudor.

Capítulo 4

Las primeras nieves espolvoreaban el atardecer en Ginebra y cubrían la creciente oscuridad con grandes y húmedos copos.

Sheila Gaillard estaba de pie junto a un hombre vestido con un traje oscuro, tras las puertas acristaladas de la Banque Securité Internationale, de Ginebra, y miraba fijamente el embotellamiento de la calle del Ródano, abarrotada de conductores incapaces de circular con la primera nevada del invierno que se acercaba.

–¿Está segura? ¿De veras no desea que haga llamar a uno de nuestros conductores para que la lleve? – intentó mantener sus ojos fijos en el rostro de ella, como lo había hecho durante la pasada hora, pero los apartó hacia sus pechos un instante. El profundo escote del corto vestido de cachemira le proporcionaba una generosa vista.

Sheila miró al obsequioso banquero y lo descartó, justo como otro saco andante de semen vestido con traje.

–No, gracias -contestó Sheila recatadamente, mientras le alargaba su abrigo-. Hace una bonita tarde para dar un paseo.

–Por supuesto -contestó él y, obedientemente, tomó su abrigo y lo mantuvo alzado para ayudar a ponérselo.

–Como siempre, me encargaré personalmente de notificarle la llegada de su depósito.

–Gracias.

Sheila le dio la espalda y alargó los brazos hacia atrás para ponerse el abrigo. Al deslizarlos dentro de la prenda, dio medio paso hacia atrás, como si se tambalease. Apretó la erección del banquero contra su trasero, y friccionó hacia ambos lados, tan solo un momento.

–¡Oh, vaya! – exclamó cuando él se apresuró a sostenerla. Una de sus manos ocupó un pecho de la mujer al ayudarla y luego, rápidamente, la movió hasta su cintura.

–Yo…, está usted…, quiero decir… -tartamudeó él, turbado con su contacto.

Ella alzó la vista y le proporcionó su mirada más agradecida de damisela rescatada.

–Debo haber pisado algo con el talón -dijo ella.

Desde la pubertad su talón ya había «pisado algo» un montón de veces. Se puso en pie y terminó de ponerse el abrigo mientras ambos miraban el perfecto suelo de mármol.

Ella se puso el sombrero, se abrochó el abrigo y se adentró en la noche. Sheila se dio la vuelta para mirarle y vio que el banquero aún estaba con la vista fija en el suelo, el rostro colorado y la erección empujando su bragueta; ella sonrió y después se alejó.

Hombres…, calientes consoladores con patas…, divertidos, desechables. Ojalá tuviese tiempo.

Con pasos largos y seguros que no entorpecía la nieve de las aceras, Sheila caminó a lo largo del Ródano hacia el Pont de la Machine, el puente sobre el río sólo para peatones.

Sheila se detuvo en medio del puente y se inclinó hacia la verja como si quisiese consultar su reloj; miró atentamente a la multitud por si alguien estaba vigilando. No porque esperase encontrar a alguien, sino porque este gesto, de forma inconsciente, simplemente formaba parte de su vida. De hecho percibió que la nieve se hacía más fina a medida que la tarde daba paso a la noche y la temperatura caía. Agradeció la mirada de admiración de un hombre de mediana edad y comprobó su reloj de nuevo. Todo iba según lo previsto. El científico de la filial belga de Daiwa Ichiban había llegado de Bruselas la noche anterior, atraído por la perspectiva de hacer un gran negocio al vender la información del proceso de fabricación de un medicamento antidepresivo que le había hecho embolsar a la empresa casi un billón de dólares el pasado año fiscal. El científico pensaba que se iba a reunir con un representante del rival corporativo más importante de Daiwa Ichiban, sin darse cuenta de que sus correos electrónicos habían sido interceptados por el filtro de seguridad, fuertemente tejido por la compañía, y habían ido a parar a Gaillard.

Uniéndose de nuevo al flujo de transeúntes, Sheila se previno a sí misma de no esperar demasiado de la reunión con aquel hombre. Probablemente, actuaba solo, tal vez no había ninguna conspiración corporativa. Pero su trabajo consistía en asegurarse de que se cerraban todas las fugas y que todos los responsables de ellas pagasen por ello. Alcanzó el final del puente y cruzo por el semáforo hacia la Place des Bergues. La calle empezó a ascender y Sheila reanudó el paso, disfrutando del esfuerzo muscular de sus pantorrillas y muslos mientras dejaba atrás la corriente de transeúntes en la acera.

Siguiendo por la Rue du Mont-Blanc, Sheila continuó colina arriba hacia la Place de Cornavin.

Finos copos de nieve, de la textura del azúcar en polvo, reflejaban el brillo difuso de las luces de la calle y parecían llenar la noche de una niebla arremolinada de color melocotón.

Bajando por la Place di Reculet, donde las luces estaban más separadas entre sí que en las partes más bonitas de Ginebra, un hombre solitario que caminaba apresuradamente por la acera dudó un momento. Miró hacia atrás, hacia las elevadas vías de la Gare Cornavin. Con los rápidos movimientos nerviosos de un gorrión, Martin Allard miró a su alrededor; arriba hacia la Rue des Gares, hacia abajo hacia la Place de Montbrillant, y tras él, hacia el estrecho y oscuro Pasage des Alpes, que corría bajo las vías del tren. Introdujo la mano derecha en el bolsillo de su impermeable y envolvió sus dedos alrededor de un sobre sorprendentemente delgado que, pronto, se convertiría en un fondo de jubilación que siempre se le había escapado.

Sonrió para sí, en un intento de descartar el oscuro temor que le atenazaba el estómago. Sólo unos minutos más y la vida sería mucho más brillante. El vulgar bioquímico de rostro anodino inspiró profundamente y se sumergió en el laberinto de avenidas estrechas y retorcidas que rodeaban la Place des Grottes. Pasó junto a un anciano que caminaba por la acera resbalando y clavando su bastón en la nieve. Aparte del anciano y el débil sonido de los pasos arrastrándose en la nieve, la noche era silenciosa.

Ya había decidido que la cálida costa de Marruecos sería el destino elegido. Pensó en los blancos edificios, en las playas. Allí, un hombre no necesita demasiado dinero para vivir a cuerpo de rey. No mucho dinero al fin y al cabo.

Con la cabeza repleta de imágenes de un gran hotel y palmeras, escuchó una voz sensual que surgía de la oscura puerta que estaba a su derecha y que cortó en seco sus fantasías.

–Hola, Martin.

Se estremeció al escuchar el sonido de la voz ronca y se alejó de ella, encogiéndose mientras se esforzaba por no orinarse en los pantalones.

Sheila salió lanzada de la puerta, con decisión. Antes de que el aterrorizado científico pudiese dar otro paso, ella le abrazó con ambos brazos como lo haría una amante, apretando su cuerpo contra el suyo, presionando sus firmes pechos contra su pecho. Ella sonrió al observar la previsible transfiguración del miedo del hombre y la sorpresa en un atontamiento de negligente lujuria que no dejaba lugar a la precaución o la fuga.

Su propio corazón se aceleró anticipándose. Sintió cómo se endurecían sus pezones al pegar su pelvis a la de él y comprobó que él se agitaba y se endurecía contra ella. El aliento del hombre olía a alcohol y caramelos de regaliz; reparó en el débil rastro de una loción para afeitado barata y los persistentes olores residuales del humo de tabaco. Los hedores no consiguieron disminuir su propio deseo; su respiración se aceleró; la caliente y sedosa humedad que brotaba entre sus piernas aumentó cuando deslizó la mano izquierda por la pequeña curva que formaba la nuca. Acarició los finos pelos que crecían allí, moviendo sus dedos arriba y abajo por la nuca del hombre, contando para sí, arriba de nuevo, y luego hacia abajo, entreteniéndose ahora en la base del cuello.

Con los ojos completamente abiertos, Sheila lo miró fijamente y se movió como si fuese a besarle. Sintió cómo su corazón latía junto al suyo. La erección del hombre estaba como una piedra, y él ya empezaba a confiar en ella, proporcionándole placer a través de todas las capas de la cálida ropa de invierno. Pero no era la patética herramienta tumescente del hombre lo que la propulsaba hacia su propio clímax. Su creciente excitación provenía de su anticipación a lo que sucedería a continuación.

Con los labios respirando entrecortadamente y preocupado por sus obsesiones preeyaculatorias, el insignificante científico de Bélgica no se dio cuenta de que Sheila usaba su mano derecha para quitarse algo de la manga izquierda.

Sheila sintió que el calor aumentaba, como una gran marea irresistible que subía corriendo a través de su vientre. Allard no llegó a ver el brillo del acero del escalpelo que Sheila sostenía en la mano derecha y tampoco se dio cuenta de la afilada hoja quirúrgica cuando destelló silenciosamente a través de la oscuridad y se introdujo profundamente entre las vértebras que había marcado con tanta precisión con el índice y el dedo medio de su mano izquierda.

El período que pasó como residente quirúrgico le fue muy útil para clavar con fuerza y seguridad el escalpelo, primero a través del ligamento capsular y después a través de la membrana sinovial. La hoja afilada como una cuchilla se deslizó hacia arriba hábilmente entre las láminas, luego sintió que la resistencia disminuía cuando la cortante superficie se introdujo en la duramadre y dentro de los nervios de la misma médula espinal.

Sheila se estremeció durante unos momentos cuando el hombre cayó instantáneamente como sin vida, deleitándose en el fogonazo que la azotó y dejó su piel electrizada.

El científico sintió entonces que sus intestinos y su vejiga se soltaban, impregnando la oscuridad de un hedor a basura.

Sheila lo soltó, retrocedió y observó cómo las piernas se derrumbaban bajo el peso. Lujuriosa en su propio arrebol posorgásmico, se quedó mirando cómo Allard se desplomaba sobre el suelo.

La noche cayó para el hombre, que intentó alzar una mano y detener la caída, pero sus insensibles brazos colgaban sin fuerzas a ambos lados, como trozos de carne muerta.

Sintió el dolor cuando golpeó con fuerza el pavimento. Momentos después, sintió las manos de la mujer, que lo agarraban por la ropa del abrigo, y lo arrastraban hacia la puerta oculta por las sombras. Sheila apartó su bolso hacia un lado y luego lo apoyó contra la puerta cerrada. La basura empujada por el viento se amontonaba en las esquinas de la entrada: colillas, trozos de papel, montones de polvo.

El corazón de Allard latía salvajemente mientras yacía mirándola, con la fetidez de sus propias heces ofendiendo su olfato. Intentó mover las piernas, los brazos, e intentó girar la cabeza, pero los músculos rebeldes se negaban a obedecer.

–¿Qué me has hecho? – exclamó, incapaz de hacer que sus piernas y brazos sin vida se moviesen.

–Te he cortado la médula -dijo ella.

Él miró sin expresión su cintura. Ella se inclinó hacia delante y le movió la cabeza hacia atrás, de forma que él pudiese ver su rostro. Por primera vez, él reparó en el escalpelo que ella sostenía en la mano enguantada. Lentamente se dio cuenta de la situación.

–Solemos hacer esto con ranas vivas en el laboratorio -explicó ella-. Seguramente también lo hiciste en algún momento cuando estudiabas ¿Mmmm?-. Sheila se arrodilló a su lado y utilizó el índice y el dedo medio de su mano derecha para acariciar gentilmente su barbilla. Sonrió.

–¿Verdad que lo recuerdas? Si cortas la médula espinal en el lugar adecuado inmovilizas a la rana completamente, aunque ésta permanece viva casi indefinidamente, de manera que puedes diseccionarla y ver cómo trabajan sus órganos internos. Las personas, en cierta forma, somos como ranas.

El científico bajó la vista a sus brazos y piernas, intentando moverlas. Su boca se abrió para formar palabras, pero no logró emitir ningún sonido. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando se dio cuenta de lo que le había hecho.

–Así es, corazón -dijo ella tranquilamente-. Ahora eres tetrapléjico. Con los cuidados adecuados vivirás años y años. Te pondrán un catéter por la polla y, probablemente, tendrán que hacerte una colostomía; también te pondrán una bolsa para recoger toda tu mierda.

Ella sonrió cuando vio que a él se le inundaban los ojos.

–Necesito información -dijo Sheila.

–¿Y por qué no me la pediste? – repuso él-. Te la hubiese dado sin que tuvieras que hacer… -sus ojos bailaron salvajemente-, esto.

–Tienes una reputación, la de no hablar nunca, de engañar. Tenía que darte un incentivo.

El científico la miró silenciosamente y luego le pidió:

–Te lo daré todo, pero haz que me ponga bien de nuevo. Eres médica… Por favor…

Su voz se rompió en sollozos. Las lágrimas bajaban por su rostro.

–Haré lo que sea, lo que sea, pero no me dejes así; preferiría estar muerto.

–Muchos lo quisieran -dijo Sheila-. Pero cuando se corta la médula espinal es para siempre. Ningún doctor en el mundo es capaz de hacer que

crezca de nuevo.

La profunda expresión de *shock* que atravesó el rostro del hombre cuando la realidad le impactó la hizo sonreír. Le registró los bolsillos y enseguida encontró el sobre.

–Ahora dime quién más trabaja contigo -le dijo ella, dándole golpecitos con una esquina del sobre.

–Nadie.

–¿Estás seguro?

–¡Nadie! ¡Nadie! – exclamó.

Satisfecha, se inclinó sobre la entrepierna del hombre, sus dedos buscaron a tientas la cremallera de sus pantalones, y extrajo el pene. Ante los ojos abiertos de par en par del horrorizado científico, el órgano se endureció en su mano y permaneció erecto.

De pronto, Sheila soltó el miembro y se puso en pie. Revolvió dentro del bolso buscando una toallita humedecida. Mientras estaba allí de pie, limpiándose la mano con cuidado, le miró y le dijo:

–Se te pondrá dura casi sin aviso.

Arrugó la toallita y la echó en la esquina de la entrada.

–Hay un conjunto de nervios distintos que controlan tu erección, los mismos que controlan la respiración, la digestión. Sólo que no hay manera de que te libres de la tensión, no a menos que le pidas a una de las enfermeras o los camilleros que te hagan una paja.

»Y pasarás así años y años, Martin. Quiero que pienses en esto. Quiero que rondes por ahí como un ejemplo vivo de lo que les sucede a los que roban a Daiwa Ichiban -hizo una pausa-, y si te portas bien, tal vez regrese y si lo suplicas lo suficiente… -hizo otra pausa y se inclinó para recoger el bolso-, tal vez una noche te mate.

»Y si decides no portarte bien, recuerda una cosa: va a ser muy difícil que la policía crea lo que les cuentes de mí. Después de todo, eres un ladrón. Tenemos todos los archivos de tu ordenador. Si tú hablas de esto, la compañía sacará a la luz todos los documentos y hará que te arresten. La policía simplemente pensará que tu contacto te ha traicionado. Te trincarán y te encerrarán en un hospital de la prisión, donde los presos y los asistentes te sodomizarán hasta que tu recto se pudra.

El hombre lloriqueaba.

Sheila Gaillard buscó algo en el bolso durante un segundo y colocó una funda de seguridad de plástico en el escalpelo. Finalmente, sacó una pinta de brandy barato y desenroscó el tapón. Luego se colgó el bolso al hombro y se arrodilló al lado del científico; antes de que pudiese oponer resistencia, introdujo el borde abierto de la botella en la boca del hombre.

De forma refleja, él bebió de la botella, y luego intentó parar. Sheila frunció el ceño y le tapó la nariz.

–¡Bebe, gilipollas! – le ordenó-, o te dejaré la polla fuera hasta que se te congele.

Bebió hasta que la botella estuvo casi vacía. Le derramó el líquido que quedaba sobre el pecho y el cuello.

Después rompió la botella contra la piedra de la entrada, junto a la cabeza del hombre. Luego escrutó cuidadosamente los fragmentos de cristal y seleccionó un trozo plano, como un puñal y lo sostuvo hábilmente con los enguantados dedos de la mano derecha. Con un solo y rápido movimiento, alzó la cabeza del hombre con la mano izquierda e introdujo el fragmento de cristal en la incisión medular que había hecho en su nuca.

Él gritó de dolor cuando ella le bajó la cabeza, con el fragmento aún sobresaliendo de su nuca. Ella se puso entonces en pie, echó un último vistazo al maltrecho cuerpo y al pene rígido, turgente y rojo que sobresalía de los pantalones. Luego se dio la vuelta y se alejó. Los gritos del hombre resonaron en la noche.

Dentro de la estación, Gaillard confirmó la hora y la vía del expreso de París y después tomó asiento en la cafetería. Mientras sorbía y saboreaba el gusto amargo de un doble expreso, generosamente corregido con un áspero aguardiente local, encendió el móvil y repasó su buzón de voz.

La mayoría de mensajes eran preguntas rutinarias de clientes de pequeños negocios de materiales biológicos que mantenía como tapadera para los frecuentes viajes del verdadero trabajo que le solicitaba Daiwa Ichiban. Envió todos los correos de voz rutinarios al personal de Osaka, que gestionaría los pedidos. Una vez los quitó de en medio, se concentró en el verdaderamente importante que procedía del presidente de Daiwa Ichiban.

«Doy por sentado que la misión que te encomendé ha sido completada con éxito. Por favor, haz lo posible para reunirte conmigo en mi residencia cercana a Kioto, quiero consultar contigo una nueva posible misión que

acaba de presentarse. Trae a tu socio alemán. Ahora tengo que irme a una ceremonia muy importante», decía la voz grabada de Tokutaro Kurata.

Capítulo 5

Tokutaro Kurata permaneció unos instantes bajo los gráciles aleros curvados de Yasukuni *jinja*, arquitecturalmente poco interesante pero políticamente formidable, santuario sintoísta en el centro de Tokio. Igual que Kurata, de ochenta y un años, el *jinja* desempeñaba una prodigiosa función en el redescubrimiento del alma de los japoneses. Enjuto, alto y erguido, Kurata alzó la vista y miró el cambiante cielo oscuro; sus ojos siguieron las primeras gotas que cayeron, grandes como canicas, y observó cómo dejaban oscuros círculos en el pavimento, de color arena, que conducía al *jinja.* Una respetuosa muchedumbre empezó a abrir los paraguas y esperó con paciencia tras un cordón de cuerda. Diez pasos detrás de él, vestido con el uniforme formal de gala de oficial de las Fuerzas de Autodefensa de Tierra, estaba el sobrino de Kurata, Akira Sugawara, que rezaba para conseguir ocultar a su tío y a la ingente multitud la incomodidad que sentía.

Akira, además, se sentía incómodo por su propia incomodidad. ¿Acaso no se había graduado el primero de su promoción en la Academia de Defensa Nacional y había servido a su vez en las FADT con honor y un expediente repleto de las más altas menciones? ¿Por qué entonces no debería sentirse cómodo en una ceremonia que honraba a los soldados caídos? Sabía la respuesta pero no quería admitir que era el carácter de aquellos a los que se honraba lo que creaba tensión en su corazón. Se suponía que no debía sentirse de esa manera.

Por el contrario le sorprendió comprobar que, a pesar del mal tiempo, una prodigiosa multitud, que por supuesto no tenía esa preocupación ni sentía ninguna incomodidad se había desplazado hasta allí para venerar el santuario Yasukuni, que inmortaliza a los caídos en la guerra de Japón como *kami* o dioses. Los que estaban allí aquel día no eran sino una fracción de los ocho millones de japoneses que visitaban anualmente el santuario para ofrecerle sus respetos. Más de dos millones y medio de fallecidos en la guerra habían sido deificados como dioses desde la creación del *jinja*, en 1869, por el emperador Meiji. En calidad del *gokuku* más importante de Japón, «defendiendo el santuario de la nación», Yasukuni centró la atención

nacional sobre qué tipo de nación quería convertirse Japón en el futuro. Desde la fundación de Yasukuni, los guerreros expuestos a las más peligrosas misiones habían partido tradicionalmente con la consigna: «Nos veremos en Yasukuni». Se encontrarían de nuevo inevitablemente allí o como espíritus o en persona.

Muchos japoneses reverenciaban Yasukuni y a su querido *kami* sin pensar acerca de las vastas implicaciones sociales o políticas que ello representaba. Más allá de las costas de Japón, no obstante, el santuario era una fuente de controversia internacional y suspicacias, porque muchos de los más amados de los dioses Yasukuni eran aquellos que planearon la ocupación de Corea, la expoliación de Manchuria y China, la Marcha de la Muerte en Bataan, el ataque sorpresa en Pearl Harbor, y los que dirigieron los odiosos e inhumanos experimentos médicos con civiles inocentes que igualaron en horror y, a menudo, sobrepasaron las atrocidades que cometió el Tercer Reich. La divinidad más alta de este panteón era el general Tojo, ejecutado como criminal de guerra después de la Segunda Guerra Mundial.

Mientras que el mundo exterior piensa que Japón rechaza los crímenes de guerra de la Guerra del Pacífico, los que la perpetraron aún son venerados por el público y por los que ocupan los más altos cargos del gobierno.

Kurata sonrió, satisfecho al ver que la multitud de fieles en las zonas públicas de Yasukuni era tan numerosa a pesar de las inclemencias del tiempo. Respiró profundamente el fresco aire del tifón, complacido por la forma en que las ráfagas arremolinadas tiraban de su traje de negocios oscuro y empujaban peinando su generosa mata de pelo blanco hacia atrás, que aparecía con tanta frecuencia en los dibujos editoriales, tanto en la prensa de Japón como en la internacional.

Como jefe de Daiwa Ichiban Corporation, la mayor *zaibatsu* industrial de Japón, Kurata tenía en sus manos muchísima influencia internacional y muchísimo poder. Como descendiente de una antigua familia, cuyos miembros estaban cuidadosamente documentados durante más de mil ochocientos años, él dominaba el debate sobre la naturaleza de la «japonesidad» de la nación. Solía explicar a sus asociados más cercanos que el destino lo había elegido para ayudar a conducir el renacimiento de Japón, el redescubrimiento de sus raíces sagradas.

En los últimos días antes de Hiroshima y Nagasaki, Kurata era aún un muchacho y asistía a una escuela de entrenamiento naval donde se lo adiestró para una misión suicida, junto con cientos de miles de otros jóvenes que se habían ofrecido voluntarios para luchar hasta la muerte por la defensa de Yamato, el espíritu y la esencia de Japón.

Igual que sus compatriotas, estaba inspirado por los valerosos defensores de Saipán, que habían luchado contra los invasores bárbaros hasta el final, después habían matado a todos los civiles y los niños, y al final se habían suicidado antes que sufrir la indignidad de ser capturados prisioneros. Y así sucedió en todas y cada una de las miles de islas en Japón.

Kurata había sido adiestrado para montar a horcajadas en un torpedo dirigible adaptado para recorrer distancias de gran alcance. Su misión era conseguir avanzar furtivamente por la noche, con otros cientos, sobre la flota invasora de los Aliados, *y* alcanzarlos directamente justo en el agua. En una última carga de destrucción, debían dirigir el torpedo a máxima velocidad e impactarlo en el barco más cercano.

Hiroshima y Nagasaki y la petición por escrito del Emperador solicitando la cooperación con las fuerzas aliadas acabaron con sus esperanzas de ser consagrado en Yasukuni como *kami*, pero el prestigio forjado por su disposición a morir por su país había precedido su carrera y moldeado sus creencias más profundas.

En aquel momento se produjo un movimiento entre la multitud, y Kurata vio que una menuda y anciana mujer, vestida con su kimono de seda, le reconocía. Un instante después, un murmullo recorrió la multitud expectante. Algunos lo señalaron discretamente, otros se inclinaron profundamente. La incomodidad de Sugawara se incrementó.

Con este reconocimiento, los bien vestidos guardaespaldas de Kurata se colocaron a su lado; «el defensor de Yamato», el apelativo que le dispensaban a Kurata los periódicos, tenía muchos enemigos entre los izquierdistas. Kurata devolvió el reconocimiento con una ligera inclinación. Poco después escuchó tras él la apagada voz del primer ministro, Ryoichi Kishi, mientras hablaba con el *kan-nushi* del santuario Yasukuni, el sacerdote principal.

Kurata se dio la vuelta y caminó hasta la entrada. Esperó a que los dos hombres se aproximasen. Igual que Kurata, el primer ministro vestía un

modesto traje azul marino. Junto a él caminaba el *kan-nushi* ataviado con su vestido de ceremonia. El largo y suelto tocado del *kan-nushi* se balanceaba con cada paso que daba. Los dos hombres se detuvieron en la entrada y se inclinaron. Acorde con su rango social y prestigio, Kurata devolvió una reverencia más profunda a cada hombre. Se dirigió al sacerdote.

–Su administración es muy excelente. Estoy completamente seguro de que *kami* estará complacido con las ceremonias de hoy y con la nueva exhibición en el Yushukan.

Justo unos minutos antes, en la sala interior altamente restringida, el sacerdote principal había terminado de conducir una ceremonia privada para Kurata, Kishi, Sugawara, y más de doscientos *jiminto,* que observaron al sobrino de Kurata con una mezcla de envidia y curiosidad. Los *jiminto,* miembros del Diet, parlamento japonés, del Partido Liberal Democrático, incluían a la mayoría de los primeros ministros del gabinete. Precediendo las ceremonias, el grupo había recorrido el Yushukan, uno de los edificios, algunos decían que el más significativo, del complejo del santuario.

Con el generoso apoyo financiero de Daiwa Ichiban Corporation y el entusiasta respaldo político del Diet, el Yushukan se había convertido en un museo consagrado al papel que había desempeñado Japón durante la Segunda Guerra Mundial.

–Sois demasiado amable -el sacerdote se inclinó profundamente-. No somos dignos de su generosidad.

–Le ruego que disculpe mi atrevimiento, pero debo insistir en reconocer su excelencia.

–Por supuesto, no hay nada que disculpar, Kurata-*sama* -repuso el sacerdote, utilizando la forma honorífica de tratamiento más elevada.

Una conversación resonaba desde el lado opuesto del santuario.

–Lo siento muchísimo -dijo el sacerdote mientras miraba hacia el origen de la conversación-, pero si a usted le parece bien, supervisaré los éxitos de los *jiminto.*

Kurata y el primer ministro asintieron para dar su conformidad. El sacerdote hizo una profunda reverencia y los dejó solos. Kurata hizo un gesto a Sugawara para que se uniese a ellos.

–Creo que ya conoce a mi sobrino -dijo Kurata al primer ministro.

–Por supuesto -repuso el primer ministro con una ligera inclinación. Sugawara le correspondió a su vez con una profunda reverencia de respeto.

El primer ministro asintió con un gesto de aprobación mientras observaba con atención los lazos y las medallas que cubrían el uniforme de Sugawara.

–Akira acaba de regresar de Estados Unidos, donde ha realizado sus estudios de posdoctorado y se ha unido a Daiwa Ichiban como mi ayudante personal. Tal vez un día dirigirá la compañía.

–Así lo espero -dijo el primer ministro, mirando a Sugawara-. Estoy al corriente de sus servicios. El Nibetsu se conmocionó cuando decidió abandonar el servicio activo al final de su compromiso.

Akira miró con aire vacilante a su tío, y luego de nuevo al primer ministro. La división de investigación Nibetsu era la sección de los servicios secretos de inteligencia de las Fuerzas de Autodefensa de Tierra japonesas. Akira había ascendido de forma fulminante en las filas del Nibetsu, promovido por su rápida inteligencia y un doctorado en ciencia computacional de Stanford. Junto con su excelencia académica, Akira había destacado en el servicio de artes marciales y en la formación en armamento, una combinación que le había garantizado la selección para las primeras unidades del FADT de antiterrorismo y las fuerzas de operaciones especiales; además, había sido promocionado en un tiempo récord al rango de *Itto Riku*, equivalente a la categoría de capitán en el ejército de Estados Unidos.

–Me parece muy bien -dijo el primer ministro tranquilizador-. En mi posición sé que, a menudo, muchas de las mejores cosas no llegan a pronunciarse -sonrió-. Me complace que permanezca en el estado de reserva. Sus considerables aptitudes son una baza para todo el país.

–Gracias, primer ministro -Sugawara se inclinó profundamente.

–Sin embargo, ahora -continuó el primer ministro-, tiene para con su tío una valiosa responsabilidad a la cual debe dedicar su considerable talento.

–Gracias, primer ministro -Sugawara se inclinó de nuevo. Captó una señal que le hizo su tío; cortésmente retrocedió para quedar fuera del alcance de sus palabras cuando Kurata se dirigió al primer ministro.

–Parece que ha estado titubeando ante los extranjeros. Uno de los miembros de su gabinete ha estado peligrosamente a punto de disculparse por los logros de nuestra gloriosa lucha -dijo Kurata.

Bajo las presiones políticas de las dos Coreas, China y otras naciones asiáticas, los cargos oficiales japoneses habían emitido ligeras «disculpas» por los libros de texto y otras actividades apoyadas por el Estado, que

negaban que se hubiese producido la expoliación de Manchuria y que describían el papel que desempeñaron los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial como de «liberación». Se habían multiplicado los pleitos contra las corporaciones japonesas que habían usado prisioneros de guerra como fuerza laboral de esclavos, y contra el propio gobierno por su sanción de esclavizar mujeres coreanas para ser utilizadas como prostitutas para las fuerzas armadas.

-*Hai*, Kurata-*sama* -reconoció el hombre. Kurata observó al político, cuidadosamente seleccionado, y se preguntó si la nueva generación estaba forjada con el acero adecuado. Millones de jóvenes japoneses se habían empezado a unir al fervor nacionalista en la década de 1990, y continuaban uniéndose a las filas de aquellos que reconocían precisamente lo especial, diferentes y superiores que eran los miembros de la raza japonesa.

–Le pido disculpas, sabio señor -dijo el primer ministro-. Estas expresiones son para el consumo extranjero, puesto que los gobiernos se contentan con facilidad con palabras. Puede estar completamente seguro de que no cambiaremos nuestros libros de texto y que continuaremos guiando al país hacia los mejores progresos como nación.

Kurata asintió ligeramente.

–Así lo espero.

Hizo una pausa.

–El amansamiento está lleno de peligros, para usted y para nuestra gente especial.

La cortina de lluvia que el viento azotaba golpeaba el pavimento mientras uno de los guardias de seguridad de Kurata hablaba por un micrófono que llevaba en la solapa y, seguidamente, escuchaba su auricular inalámbrico. Luego se dirigió a los dos hombres. Se inclinó, permaneció a una respetuosa distancia y esperó a ser reconocido. Kurata asintió y el hombre avanzó hacia él.

–Le ruego que me disculpe, Kurata-*sama*, pero creo que sería más seguro para usted que subiera al coche por la entrada trasera. Allí no hay muchedumbre.

Sin dudar ni un instante, Kurata negó con la cabeza.

–Apreciamos muchísimo su preocupación, pero un verdadero hijo de Yamato no escapa del peligro. Le da la bienvenida.

–Como el señor desee -el guardia de seguridad dijo, mientras hacía una profunda reverencia.

Se trataba de una conversación ritualizada que se había repetido innumerables veces en miles de lugares. Era algo más que un desafío mantener vivo a un hombre que insistía en acudir a los brazos de la muerte.

–Por favor, avise también al conductor de Kishi-*san* que subirá al coche conmigo -añadió Kurata-. Conversaremos de camino a su despacho y luego me llevará al aeropuerto de Narita.

-*Hai*, Kurata-*sama* -repuso el guardia de seguridad con una profunda reverencia. Sabía por experiencia que cuando debían discutirse los asuntos más delicados, las palabras eran más seguras cuando se pronunciaban dentro de la limusina de Kurata. Consciente de todo esto, el guardia de seguridad murmuró unas palabras en el micro de la solapa y miró con atención hacia la multitud para asegurarse de que sus hombres habían despejado discretamente el camino delante de la gente. Cuando comprobó que estaban en sus puestos, el guardia habló de nuevo por el micrófono de la solapa. Segundos después, la limusina blindada Mitsubishi llegó a la entrada, seguida por el coche del primer ministro y la comitiva de seguridad.

El corpulento guarda de seguridad que iba sentado en el coche, al lado del conductor de Kurata, saltó de la limusina antes de que ésta se detuviese y corrió a abrir un gran paraguas, luchando para mantenerlo en el sitio mientras el viento se empeñaba en arrastrarlo.

Un grito surgió de la multitud cuando Kurata apartó el paraguas y, con Kishi a su lado y Sugawara siguiéndoles detrás, caminó orgullosamente bajo el azote de la lluvia, pasó de largo por la puerta abierta de su limusina y fue directamente a la multitud, cuyos gritos de adoración se elevaron por encima de los aullidos del viento y la lluvia.

Mientras la lluvia golpeaba de forma intensa su cabeza, Kurata se inclinó, estrechó manos y dio las gracias a todos aquellos que le desearon toda clase de bienes; les dijo que intentaría mantener su fe y justificar la confianza que habían depositado en él. La mayoría de ellos no prestó atención alguna al primer ministro.

–La gente le adora -le dijo el primer ministro cuando ya estaban dentro de la limusina de Daiwa Ichiban Corporation. Sugawara estaba sentado en

el asiento plegable, delante de su tío. Los hombres se limpiaron las cabezas y los rostros con cálidas toallas que les proporcionó el conductor.

Kurata miró al primer ministro.

–Ah, pero simplemente soy un símbolo. Ellos no me adoran a mí, sino a la restauración de *Yamato damashii,* el espíritu de Japón, *¿neh?*

Encorsetada en su blindaje, hermética y protegida por los vehículos de seguridad por delante y por detrás, la limusina se alejó con elegancia del templo Yasukuni.

El primer ministro observó cómo la multitud del santuario se perdía de vista a través del cristal ahumado del automóvil. Movió un poco la cabeza, y luego se dirigió a Kurata.

–Por favor, le ruego que me disculpe, pero mi opinión es que es a usted a quien ellos quieren -dijo Kishi, trastornado.

A los oídos de Kurata…, el tono de la frase resultó ¿envidioso? Por otra parte, Kurata también reparó en que el primer ministro había recuperado su acento natural de Osaka *ben,* un claro indicio de que estaba cansado y tal vez preocupado. El Osaka *ben* se consideraba una variación ordinaria del Kansai *ben* hablado por los habitantes de la región de Osaka-Kioto-Kobe. Algunos consideraban que el dialecto era ofensivo. Además, la influencia de alcance nacional de Kishi había luchado por mantenerse a flote hasta que contrató a un lingüista que le enseñó a hablar, impecablemente, el japonés «estándar», en la actualidad un dialecto de Tokio. En contraste, Kurata hablaba Kioto *ben,* considerado la forma más elegante del lenguaje, la única considerada «en verdad» japonesa por los puristas del lenguaje y el nuevo movimiento neonacional.

Kurata pensó que la envidia en la voz del primer ministro era una indecorosa y decepcionante pérdida de control personal, pero Kurata no demostró que se había dado cuenta de ello y, tampoco, expresó emoción alguna.

–Usted inspira -dijo Kishi-. Yo tan sólo administro.

Kurata permaneció en silencio un momento, mientras la limusina se introducía en el intenso tráfico de la avenida Uchibori, avanzando con lentitud hacia el edificio del Diet.

–Uno debe creer para inspirar -dijo Kurata, y después calló de nuevo un instante.

–Usted y yo somos partes diferentes del camino que conduce al mismo objetivo. Existe el viento, la cometa, y la mano que guía la cuerda. *Yamato damashii* es el viento; yo soy la cometa, usted es la mano. Sin estos tres elementos no se podría volar. «Y Daiwa Ichiban Corporation guía su mano de manera que yo vuelo donde yo deseo.»

–Amigo mío, usted y yo hemos hablado a menudo de renovar el espíritu nacional, de limpiarnos de la erosión cultural que proviene del exterior -continuó Kurata-. Sin un mito común de quiénes somos y de dónde provenimos, no podemos seguir siendo grandes. Una cultura se define a sí misma a través de sus ilusiones compartidas. Sin el mito, no hay cultura. Y sin pureza, lo único que queda es contaminación. Sólo tiene que observar a los norteamericanos: incluso han permitido la contaminación genética de sus líneas sanguíneas, permitiendo matrimonios interraciales. Durante muchos años fueron una gran nación porque sus diferentes gentes estuvieron de acuerdo en hacer que sus orígenes personales fuesen secundarios a la ilusión nacional compartida de quienes eran. Ahora han cambiado por completo, como sucedió en los Balcanes, porque nadie quiere ser en primer lugar un estadounidense; todos los grupos insisten en la primacía de sus propios orígenes, sus rituales, su propia cultura y su etnicidad.

El primer ministro Kishi asintió con solemnidad. Miró por la ventana cómo caía la lluvia torrencial que les golpeaba con sus ráfagas, tamborileando como un redoble de tambor sobre el techo de la limusina.

–Por supuesto -dijo Kishi al fin-, la mezcla de tantas gentes tan dispares esparce las semillas de su destrucción. No podemos permitir que esto suceda aquí.

En aquel momento sonó el teléfono. Kurata asintió, de acuerdo con la afirmación de Kishi y alzó el auricular. La pantalla LED indicaba que aquella llamada, como la mayoría de las que recibía, estaba encriptada para bloquear escuchas externas.

-*Moshi-moshi* -dijo Kurata al micrófono.

-*Hai* -respondió.

-*¡Hai, hai, ichiban!* Colgó el teléfono.

Kishi no prestó atención a que Kurata hubiese entablado una conversación telefónica, por muy corta que ésta hubiese sido. Reconocerlo habría sido una descortesía, una invasión a su privacidad.

–El proceso de limpieza procede según lo programado -dijo Kurata. Kishi alzó las cejas.

–Éste es el décimo día, no hay más casos de lepra coreana. Tal como mis científicos me aseguraron. Y no hay ningún nuevo caso, ni uno siquiera, entre los japoneses.

–Que me dice de…

–Ningún japonés, en absoluto -añadió Kurata con rapidez-. Todos los miembros de aquella familia eran coreanos; intentaron pasar con documentación falsificada. Engañaron al gobierno. Engañaron a sus vecinos. Pero no pudieron engañar al Ojo de fuego.

–Enhorabuena -asintió con la cabeza Kishi.

–Esto ha hecho hincapié en la población en general de los peligros que conlleva permitir a los *gaijin* que vivan de forma permanente entre nosotros y…, en el error de aceptarlos. Es un gran logro para Japón lo que usted ha hecho.

»La historia señalará cada año este día de junio como el momento en que empezó el *kiyome.*

Kurata movió la cabeza.

–La purificación aún no se ha llevado a cabo, apenas ha empezado -dijo Kurata.

A continuación miró fijamente a Sugawara con una seria expresión, como si quisiera decirle «asegúrate de que has grabado esta conversación fielmente».

Sugawara asintió con la cabeza, esperando que su expresión no traicionara la sombría tristeza que le oprimía el pecho.

El Canal CO que atravesaba Georgetown estaba abarrotado de gente, como todos los domingos; unos hacían *footing*, otros, excursiones, pero también había transeúntes, niños pequeños, ancianos con caminadores y bastones. Los ciclistas avanzaban sorteando a bebés en cochecito y a los adolescentes que se toqueteaban. Todos ellos hacían crujir el suelo mientras recorrían sus distintos senderos, pisando la grava por los surcos ocre del camino de sirga. Los árboles que bordeaban ambos lados del sendero extendían sus ramas y los arcos que éstas formaban creaban un túnel con un follaje otoñal tan brillante que parecía estallar en llamas cada vez que el resplandeciente sol del mediodía asomaba entre el cielo parcialmente nublado.

Edward Rycroft y Jason Woodruff caminaban hombro con hombro, dando caladas ávidamente a los cigarrillos Players, que el inglés fumaba uno tras otro.

–Bonito día -dijo Woodruff.

–Doy por sentado que todo esto es por algo más que un día agradable -repuso Rycroft, lanzándole una mirada. Detestaba las conversaciones triviales.

–Por supuesto -Woodruff contestó a la defensiva. Caminaron media docena de pasos más.

–Ayer, uno de mis clientes privados del banco saudí me pidió un favor.

–De alguna manera tiene algún indicio de lo que sucedió en Tokio.

Rycroft se encogió de hombros.

–Aún hay más especulaciones sobre el asesinato de JFK. ¿Qué tiene que ver esto conmigo?

Esquivaron a una joven que hacía *footing* y empujaba un cochecito, con el pelo color caoba y piernas bien torneadas, vestida con unas mallas elásticas de color púrpura brillante. En silencio, los dos hombres pasaron a media docena más de personas, esperando a que no hubiese tanta gente y, luego, continuaron la conversación.

–Quiere que hagamos algo, que actúe de la misma forma con los judíos -dijo al fin Woodruff.

–Es completamente comprensible -dijo Rycroft.

–Está dispuesto a pagar una ingente cantidad por el material suficiente para borrar del mapa a todos los judíos de Israel.

Una ligera sonrisa suavizó el rostro de Rycroft.

–Hay muchos judíos en Israel.

–Hay muchísimo dinero en la cuenta corriente de este cliente.

–¿Es una cuestión del gobierno saudí? Woodruff negó con la cabeza.

–No oficialmente pero…

–Pero los fondos del gobierno han encontrado una vía en la cuenta de tu cliente.

–Tú lo has dicho.

Prosiguieron en silencio durante, tal vez, medio minuto. Luego Woodruff habló de nuevo.

–Tu parte del trato está valorada en dos veces el valor de tus opciones de compra de las acciones de GenIntron. En metálico. Anónimo. En una

cuenta numerada. Sin impuestos. Por fin podremos obtener el dinero que nos merecemos.

Rycroft asintió cuando llegaron al final del camino de sirga, y dieron la vuelta bajando por la colina hacia el río.

–Puedo hacerlo -dijo Rycroft, cuando alcanzaron la base de la colina y dieron la vuelta a la izquierda, bajo la autopista elevada Whitehurst.

–Especialmente ahora que nos hemos librado de aquella maldita zorra y ya no tiene acceso a las instalaciones.

–Aún queda aquel gilipollas mojigato de Brahimi -le recordó Woodruff.

Caminaron en silencio varios minutos y llegaron a la orilla en la que se encontraba el carril para bicicletas, paralelo al extremo meridional del Rock Creek Parkway, y se dirigieron hacia el sur al Kennedy Center.

–No hay ningún problema -dijo Rycroft.

–La producción real se hace en Tokio. Desde aquí él no tiene acceso a los datos.

–¿Pero la fórmula no se hace aquí? – preguntó Woodruff-. Creía que el laboratorio de Rockville era el único que realmente preparaba las secuencias específicas que se centran en los grupos étnicos.

–Es cierto, pero esto se hacía en el laboratorio de Blackwood. Y ahora yo soy el único que tiene acceso a él. Puedo preparar las secuencias personalmente.

Cuando llegaron al complejo Watergate, se detuvieron en el semáforo para peatones y esperaron para cruzar hacia Foggy Bottom.

–¿De cuánto estamos hablando? – preguntó Rycroft.

–Cincuenta millones. – ¿Cada uno? Woodruff asintió.

–Es espantosamente barato por entregarles todo un país completamente desinfectado. Woodruff frunció el ceño.

–No seas codicioso.

Rycroft se encogió de hombros, encendió un cigarrillo con la punta del que acababa de terminar, y luego tiró la colilla a la acera.

–Pensaba que si tu tipo árabe está dispuesto a pagar tanto, me parece que podemos ganar mucho dinero si tenemos cuidado.

El semáforo cambió y los dos hombres atravesaron la calle.

–No estoy seguro de que me guste donde va a ir a parar todo esto.

–No es mi problema -dijo Rycroft lacónicamente-. Creo que deberíamos abrir esta posibilidad a una cantidad discreta de personas. Los árabes no son

los únicos que querrán librarse de la gente molesta que vive inconvenientemente en una tierra a la que podrían dar mejor uso.

–¿Y cómo pretendes hacerlo? – preguntó Woodruff con cautela.

–Una pequeña reunión. Muy pequeña. Muy privada.

–No sé -repuso Woodruff despacio-. Si Kurata llegase a enterarse, acabaremos en las manos de Sheila Gaillard y su compañero nazi.

–Por eso mismo, exactamente -Rycroft rebatió.

–Va a ser así independiente de si conseguimos un millón o tres. ¿Entonces, por qué no maximizamos la recompensa por el riesgo que vamos a correr? Se trata de venderlo a los mejores postores.

–Supongo que tienes razón -dijo Woodruff de mala gana.

–¡Excelente! Te enviaré mi lista de candidatos para que hagas las invitaciones. Puedes ocuparte de los detalles. Imagino que Singapur será un lugar adecuado para la reunión.

–Pero…

–Tú te ocupas de los detalles y yo te proporcionaré el material. Extendió la mano. – ¿Trato hecho? Woodruff dudó.

–¿Acaso no prefieres tener cien millones en lugar de cincuenta?

Después de una larga pausa, Woodruff sonrió, tomó la mano de Rycroft y se la estrechó.

–Trato hecho.

Capítulo 6

Acurrucada en el púlpito de la amura del *Tagcat Too,* su navío queche de acero de veinte metros, Lara Blackwood se reclinó contra la suavidad del nylon resbaladizo de la bolsa de la *spinnaker,* miró hacia atrás, a la popa, y dio un sorbo a la copa de vino rosado seco.

Los restos del almuerzo descansaban en un plato de papel a sus pies: la punta mordida de una *baguette,* la corteza de una loncha casi acabada de parmesano *reggiano y* una pirámide de huesos de aceitunas Kalamata sazonadas en aceite. Los sonidos de un solo de guitarra de Mark Knopfler resonaban empujados por el viento desde abajo.

Cerró los ojos y se los frotó. Una profunda y pesada fatiga, causada por la navegación en solitario durante toda la noche por la Bahía Chesapeake, la empujaba a acurrucarse incluso más profundamente en el tejido de la vela. La noche había sido larga pero satisfactoria. El nuevo sistema de visión

nocturna por infrarrojos e imagen térmica que había instalado funcionaba a la perfección, tanto desde el puente de mando como en la pantalla remota que había bajo cubierta. Era mucho mejor que el antiguo, que le había fallado justo al salir del cabo Hatteras durante una tormenta intensa.

Entre la débil brisa, Lara podía escuchar el susurro del sonido que hacían las páginas del *Sunday Washington Post* que había comprado en el supermercado del puerto deportivo. Con los enrojecidos ojos cerrados bajo el sol del amanecer, escuchaba cómo el agua acariciaba los pilotes, las líneas de amarre crujían, y las drizas chocaban suavemente contra los mástiles.

¿Qué diablos estaba haciendo?, se preguntaba. Junto a la rabia que bullía en su interior desde de su burda destitución de GenIntron, sentía la creciente sorpresa que, por primera vez en su vida adulta, tenía el tiempo y el dinero suficientes para hacer lo que le viniese en gana, incluso revivir el sueño de su vida de completar con éxito una de las grandes travesías en solitario alrededor de todo el mundo.

Lara entreabrió los ojos y observó los bancos de niebla que se separaban en fragmentos cada vez más pequeños, bajo el calor del perezoso sol de septiembre.

Luego cerró los ojos y recordó a su heroína de navegación, Isabelle Autissier, que había navegado en solitario alrededor del mundo dos veces en un año; una en el BOC Challenge, entre 1990 y 1991, y la otra en el Vendée Global.

Lara se había encontrado con Autissier en Ciudad de El Cabo, en la Vendée Global de 1996-1997, cuando una ola traicionera, que medía más de veintisiete metros, según el radar de un portaviones estadounidense, volcó ambas embarcaciones. Autissier avanzó con dificultad hacia puerto con un timón roto. La embarcación de Lara, un balandro de fibra de carbono de quince metros, el *Tagcat* se hundió. De los dieciséis botes que empezaron aquella Vendée Global sólo seis llegaron a puerto.

Poco después de regresar de Ciudad de El Cabo, el consejo de administración de GenIntron le comunicó a Lara que dimitiría en bloque y sabotearía cualquier perspectiva de Oferta Pública Inicial (OPI), si Lara continuaba compitiendo en carreras en las que ponía en peligro su vida. Ella se sometió a su petición.

Después de la OPI, utilizó parte de sus nuevas ganancias para construir el *Tagcat Too;* le incorporó todas las lecciones aprendidas de la experiencia que casi le había costado la vida en el Cabo de Buena Esperanza, junto con una serie de elementos innovadores de confort que le permitió vender su casa y vivir con comodidad a bordo de la embarcación.

En aquel instante, el teléfono sonó bajo cubierta. La mano de Lara buscó por su cintura antes de darse cuenta de que era la línea telefónica terrestre del teléfono del *Tagcat Too.* El aparato volvió a sonar. De mala gana se levantó y bajó por la escotilla de proa. Sonó de nuevo. Entonces se apresuró. Sólo la Casa Blanca tenía aquel número.

Vestida con una camiseta raída de color gris de la A^3 America's Cup Challenge y unos pantalones cortos de camuflaje manchados de pintura, se dirigió a popa hacia la estación de navegación repleta de ordenadores, sistemas de guía por satélite, comunicaciones sofisticadas y un teléfono especial que la Casa Blanca había instalado justo dos días antes. Lara corrió rápidamente por el estrecho pasadizo forrado de caoba, cubierto con fotos enmarcadas y diplomas clavados firmemente a las paredes.

Había medallas de bronce, una foto suya en la cubierta de proa del *Heineken,* durante la carrera Whitbread, la licencia de capitán de la guardia costera para embarcaciones de cien toneladas, y los descoloridos y amarillentos diplomas correspondientes a sus primeros días de navegación, cuando obtuvo el primer lugar en la clase 420 de los High School *Nationals y* el primer lugar en la clase J/24 de la Regata Rolex.

El hecho de vivir en un velero le había proporcionado la conexión con su primer amor, incluso si no podía disponer de tiempo para hacerse a la mar. Y, ahora, el espacio compacto también parecía abrazarla, apretarla con fuerza en su seno, envolver con intensidad toda la dolorosa y profunda rabia y la densa y oscura tristeza que habían estado atormentándola todos y cada uno de los minutos que estaba consciente, desde la escena final con Rycroft. Equiparaba la sensación de ser separada de su trabajo de forma tan repentina y definitiva a lo que ella pensaba que se experimentaba cuando se perdía un hijo.

Al pasar por el salón comedor, echó una ojeada al icono de «Nuevo correo electrónico» en su portátil y a los montones de periódicos, libros y revistas que abarrotaban el lugar. Cuando llegó al teléfono, Lara miró las

instantáneas de su padre pegadas con cinta adhesiva entre el sónar y las pantallas de visión nocturna.

Había sido un hombre muy corpulento, de casi dos metros y ex miembro de la Navy SEAL. Al lado había una descolorida fotografía de su madre, Else, que había muerto cuando había dado a luz. Era holandesa, tenía los mismos ojos brillantes que Lara y, como la mayoría de los holandeses, era una mujer muy alta.

Los nazis habían matado a los padres de Else y al resto de la familia en una matanza de combatientes de la resistencia, en las afueras de Ámsterdam. Else, que había sido agente de policía de Ámsterdam, conoció al padre de Lara en una conferencia de la ONU sobre refugiados que se celebró en Bruselas.

Durante mucho tiempo, Lara se había sentido fascinada por los Países Bajos y su arraigada y tenaz tolerancia para con los demás, así como por su capacidad de luchar con éxito y prosperidad contra un clima crudo y húmedo, en un trozo de tierra casi sin valor.

Su alto nivel educativo y la formalidad de su carácter hacían que la filial holandesa de GenIntron fuese la más eficiente y financieramente más productiva del mundo. Sin mencionar que, con toda la cantidad de gente alta entre sus habitantes, estadísticamente los holandeses son la nación más alta del mundo, Lara no sobresaliera entre la multitud como lo hacía en cualquier otro lugar.

Después de la muerte de su madre, el padre de Lara se retiró de la Marina para educar a su hija solo. Era un hombre brillante y hábil. Pronto levantó un próspero negocio de consultoría en Alameda, en el que probaba equipos de marina y navíos, tanto para fabricantes militares como civiles.

El teléfono sonó de nuevo; Lara comprobó la pantalla luminosa que le indicaba que era una llamada de la Casa Blanca, pero que no era una llamada que requería medidas de seguridad y no era necesario activar los mecanismos de encriptación. Lara alzó el auricular.

–Blackwood -respondió.

–Señorita Blackwood, le habla Irene Whitehead, se trata de una llamada de la centralita de la Casa Blanca.

–Buenos días.

–Sí, bien, gracias. Siento molestarla en domingo, pero tengo a un comunicante muy insistente que llama desde Tokio, un doctor del ejército,

el teniente coronel James J. Condon, que dice que la conoce y que le urge hablar con usted. No le he querido dar el número de su casa, pero él insiste en que tiene que hablar con usted sobre algo que es cuestión de vida o muerte.

La cara de Jim le vino rápidamente a la mente y le hizo sonreír. Se habían conocido en un seminario avanzado sobre genética molecular, durante su último año de carrera en Cornell. Él, entonces, era un estudiante de segundo año de la facultad de Medicina y le habían emparejado con Lara en las prácticas del seminario. Había sido un compañero de laboratorio capaz, meticuloso, y a menudo brillante. Habían estado en contacto durante muchos años y continuaban intercambiándose postales de las vacaciones y chistes divertidos por correo electrónico. Incluso ella le había ofrecido su personal de consulta de GenIntron cuando él había sido destinado al Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas.

–Por supuesto -dijo Lara rápidamente-. Adelante, páseme su llamada, por favor.

Tan pronto como la operadora puso a Lara a la espera, el auricular se llenó con una melodía instrumental *New Age*, sin personalidad, del tipo que el nuevo presidente favorecía.

–Música *yuppie* de ascensor -murmuró mientras abría la escotilla de la escalera de la cámara principal, con la burbuja de *Lexan* a prueba de tormentas, que le proporcionaba una clara panorámica de la cubierta, los cabrestantes y las cuerdas, sin necesidad de subir a cubierta cuando hacía mal tiempo. Se trataba de algo más que la incomodidad de la humedad y el frío. Arriba, a la intemperie, permanecer en cubierta en medio de una tormenta era una forma rápida de morir. El aire húmedo de la mañana entraba por la escotilla abierta y transportaba con él el perfume de las flores de algún lugar lejano.

La insulsa música sonaba por el auricular; Lara descolgó los auriculares del teléfono inalámbrico del gancho que estaba al lado del teléfono, se los puso en la cabeza y los conectó. Libre del cable del auricular, se movió por la estación de navegación, y empezó a ordenar sus contenidos, repasando ausentemente los diagnósticos de los componentes electrónicos, los ordenadores, las cámaras remotas y la conexión a Internet vía satélite, mientras esperaba que conectasen la llamada.

Había trabajado con un brillante arquitecto marino holandés en el diseño del *Tagcat Too*, de forma que incorporase todas las lecciones aprendidas en su infortunada circunnavegación. Ella había diseñado los sistemas electrónicos y computacionales, e incluso había llevado a cabo gran parte de la programación. El casco había sido armado en los astilleros de Rotterdam, y montado por los mejores constructores que esta nación marítima podía ofrecer. Había añadido cámaras web de visión nocturna a la amura y la popa. Juntas, las cámaras no sólo permitían echar un vistazo en abanico en tiempo real, sino que también le brindaban a Lara ojos extras sobre la cubierta cuando las intensas tormentas la obligaban a permanecer abajo y guiar el *Tagcat Too* usando el timón electrónico. Desde allí podía orientar las velas, trasluchar e incluso bajar la principal, el palo de mesana y el foque, usando los sistemas eléctricos de recogida de rodillo. Los diagnósticos pasaban impecablemente ante ella, mientras la música de espera continuaba martilleando sus oídos. Sonaba como si alguien hubiese intentado coger una de las canciones sexistas, racistas y homofóbicas de algún artista de rap y las hubiese pasado a partitura orquestada. Mala como era, aún podía decirse que se trataba de una mejora del original puesto que no tuvo que escuchar la letra de la canción cruda y criptocriminal. Al conectar las cámaras webs en modo de red local, Lara obtuvo las imágenes en la pantalla del portátil. La cámara que estaba en la punta del mástil podía moverse arriba y abajo, formando un arco de más de 270 grados. Lara puso en marcha el par de motores diesel, uno a uno, para su comprobación semanal y probó también el poderoso propulsor eléctrico de proa que tiraba de los generadores diesel. Trabajaba en la desaceleración manual y los controles del propulsor de proa cuando el teléfono hizo un ruido chirriante y un chasquido.

–¿Oiga? – se escuchó una voz dubitativa en el otro extremo.

–¿Hola? ¿Lara?

–¿Jim?

–Por supuesto.

–¡Cuánto tiempo!

–Demasiados años.

–Más de los que quisiera contar -dijo ella.

Charlaron durante unos minutos, luego Condon interrumpió su conversación, su voz se volvió tensa y ansiosa.

–Lara, no quisiera parecerte abrupto, sobre todo después de todos estos años, pero estoy metido hasta el cuello en un problema realmente brutal.

–Ningún problema -dijo Lara mientras apartaba un montón de revistas de *New Scientist* y de economía del asiento de la estación de navegación y buscaba un bolígrafo y un bloc de papel para tomar notas.

–Por favor, no quisiera que me malinterpretases -dijo rápidamente.

–Si no lo consideras… apropiado, o lo que sea, sólo tienes que decírmelo, ¿de acuerdo?

–Dame una oportunidad, Jim -dijo Lara. Hizo espacio para poder escribir, moviendo hacia un lado un montón de correo del sábado cubierto con las etiquetas adhesivas amarillo pálido del cambio de dirección. – Sólo tienes que exponerlo.

La línea telefónica permaneció en silencio durante un momento.

–¿Y bien? Dime.

Condon le contó lo que sabía del brote de «lepra coreana» en Tokio.

–Leí algo sobre eso -dijo Lara-. Pero me sorprende que no se haya hablado más por aquí.

–Tan sólo eran un montón de coreanos muertos -dijo Condon con una profunda ironía-. Nada importante para los medios de comunicación japoneses -hizo una pausa-. Pero te aseguro que tiene el impacto de una bomba.

»Por lo que yo puedo decirte, parecía como si algo hubiese impactado en esa gente y hubiesen empezado un proceso de lisis celular general; es sorprendente, las paredes celulares simplemente se desintegraban, se disolvían. Empezó con la piel y los músculos voluntarios. Primero aquellas horribles llagas y luego era como si la gente empezase a fundirse, como tejidos desintegrándose, realmente desprendiéndose de sus huesos. La mayoría de las víctimas murieron de forma espectacular cuando los vasos sanguíneos se abrieron y, simplemente, parecieron explotar sangre. Está por todo el país. Y parece ser contagiosa.

–Oh, Dios mío -susurró Lara.

–Pues sí. Ése fue mi comentario exactamente. Este cabrón es un verdadero exterminador -dijo Condon-. En especial si da la casualidad de que seas coreano. Los barrió como si se tratase de una toalla húmeda sobre una pizarra emborronada. Luego, menos de diez días después, ¡puf!, desapareció.

Lara se estremeció.

–¿Dices que sólo afecta a los coreanos?

–Exactamente -dijo Condon.

–¿Qué aspecto tiene?

–Buena pregunta.

–¿Por qué lo dices?

–Bueno, tenemos muestras pero no hay ninguna estructura celular bajo el microscopio y nada más que yo pueda identificar.

–¿Qué quieres decir?

–Las muestras no reaccionan a ninguno de los tests antigén, no crecen tampoco en agar y tampoco en células vivas. Las muestras parecen ser químicamente inertes.

–Jim, ¿por qué no has hablado con los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades o tal vez Fort Detrick?

–Principalmente, porque mi oficial al mando se ha cabreado y nos ha mandado al infierno porque salimos de nuestro regimiento y fuimos al hospital a tomar muestras de todo. Se suponía que no teníamos que meter la nariz en sus asuntos, algo sobre diplomacia y la precaria naturaleza política de las instalaciones de Estados Unidos allí.

–Bueno, es bastante fácil de comprender, en especial dado que el nuevo gobierno japonés es el primero que quiere eliminar las bases norteamericanas y su presencia militar. Este tema ha sido primera página aquí durante más de un año.

Se produjo un largo silencio. Al fin, Condon suspiró.

–Tal vez tengas razón. Por otra parte, tengo esas muestras aterradoras, pero mi oficial al mando masculla algo parecido a consejo de guerra cada vez que se las llevo. Quiero enviarlas a Fort Detrick o a los CDC para que las examinen, pero me van a dar una patada en el trasero si intento hacerlo sin la aprobación de mi oficial al mando. Y conseguir esto es un lío burocrático la mayoría de veces…, noventa y siete niveles de burocracia, solicitudes firmadas por cientos de personas. Y se tarda semanas y semanas -hizo una pausa-. No tenemos tiempo.

–¿Como la vez que tomaste la llave del almacén del laboratorio?

Condon se echó a reír después de una larga pausa.

–¡Exactamente! De otra forma no hubiésemos conseguido la nota máxima en aquel examen de secuencias sin los marcadores correctos,

¿verdad?

Lara rió con él y luego suspiró.

–¿Qué puedo hacer por ti?

–He pensado que tu compañía podría echarme una mano.

–Mi ex compañía -le corrigió, y luego le explicó su situación actual-. Pero tienes razón, GenIntron sería el lugar adecuado donde empezar a investigar.

–Entonces, ¿lo harás? – preguntó Condon esperanzado.

La línea resonó con la pausa que siguió a sus palabras. Lara se levantó y se inclinó hacia el panel de teca. Por primera vez se dio cuenta de que el corazón latía con fuerza en su pecho. Sonrió brevemente ante la excitación, el desafío de un nuevo misterio. Pero la sonrisa se desvaneció con rapidez cuando reparó en que, a menos que Condon estuviese completamente equivocado acerca del nuevo síndrome que estaba acabando sólo con coreanos, significaría que una de sus peores pesadillas se había hecho realidad: alguien había probado un arma biológica que se activaba con una secuencia genética específica que, probablemente, sólo se encontraba en un grupo étnico concreto. Y lo habían hecho con algún tipo de enfermedad desconocida. Ella debía ayudarle porque tenía que averiguar qué estaba pasando.

Miró las instantáneas y recordó las palabras que su padre repetía una y otra vez como un mantra: «Haz lo correcto. No importa lo duro que sea, lo peligroso que sea, no importa lo difícil que sea. Tarde o temprano todos moriremos y si al hacer lo correcto haces que sea pronto, entonces habrás muerto como un héroe». Por supuesto, ser un héroe muerto nunca había sido el objetivo de su vida, pero ella sabía que, en este caso, no sólo tenía que hacer lo correcto, sino que debía hacerlo de la forma correcta. Se trataba de ayudar realmente a Condon. Cualquiera que trabajase en GenIntron y que colaborase con ella, seguramente sería despedido si Rycroft lo averiguaba. Éste era un malvado bastardo vengativo y no quería darle motivos para que le presentase ningún tipo de demanda judicial.

–Bien -dijo Lara indecisa-. Deja que lo piense un poco. Te enviaré un correo electrónico.

La decepción en la voz de Condon era palpable cuando le deletreó, y luego le repitió, la dirección para asegurarse de que tenía la correcta.

–De acuerdo -dijo ella-. Me pondré en contacto contigo enseguida.

–De acuerdo -suspiró él-. Tú eres la jefa.

–Ya no.

El profundo vacío que le había dejado la pérdida y separación de su trabajo ardió de nuevo en su pecho.

Cuando colgaron, el teléfono digital se conectó con el sótano de la Casa Blanca a través del cual la conexión había sido desviada, se anotó el fin de la llamada y se entraron los detalles en su registro, indexando la ubicación para la recuperación del archivo digitalizado que contenía toda la conversación.

Lara se dirigió inmediatamente a su portátil, que estaba en el salón comedor, y entró en la cuenta de correo gratuita de Yahoo!, que había abierto hacia años, cuando quería navegar por la web y conectarse en salones de chat con otras personas. Introdujo la dirección de correo electrónico que Jim Condon le había dado, y escribió: «Envíame el correo a la dirección de Hotmail o a Yahoo! Si no tienes ninguna, ábrete una. Extrema las precauciones. No se lo digas a nadie. Ya no puedo controlar la compañía, pero aún me quedan algunos recursos. Hazme un resumen de nuestra conversación telefónica y de lo que descubriste en Tokio. Envíale un correo electrónico a Ismail Brahimi a la dirección de Hotmail en la casilla de "cc" de abajo. Luego envía la mitad de tus muestras embaladas en hielo seco y copias de todas tus notas y las fotos que tomaste a la dirección de su casa». A continuación picó la dirección de una vieja casa victoriana en Harper's Ferry que Brahimi había estado restaurando durante más de cinco años; y prosiguió con el mensaje: «Busca unas instalaciones de almacenamiento en frío y guarda la otra mitad de las muestras, tus notas y fotos. Mantén todo esto en secreto».

Lara dudó un momento y, luego, al final del correo escribió, con letras mayúsculas, «cuídate las espaldas». Al final pulsó «enviar».

Capítulo 7

Al norte de Kioto, un estrecho camino avanza serpenteando de pueblo en pueblo por los escarpados precipicios boscosos y las colinas de Rakukoku, siguiendo una antigua y sinuosa ruta a través del campo impregnado de historia.

Un Land Rover blanco ascendía despacio por la carretera con Sheila Gaillard al volante. Buscaba los bosques que aparecieron inmediatamente

más adelante en el arcén de la carretera.

–Procura estar atento al muro -dijo Gaillard en un alemán fluido-. Yo me lo paso la mitad de veces.

Su pasajero, Horst Von Neuman, asintió mientras observaba con atención el paisaje que pasaba ante sus ojos, buscando la entrada no señalizada entre los árboles, cubierta de hierbas, en apariencia una pista sin asfaltar, que hacía poco más que separar los árboles. Era un hombre enjuto, de aspecto severo, con el pelo de color arena, casi rapado, y unos ojos azules profundos y ávidos.

–Allí.

Von Neuman señaló un lugar marcado por un inmenso y viejo árbol destacado en las indicaciones. Gaillard redujo la velocidad y se acercó al arcén, y esperó hasta que no hubo tráfico en ambos sentidos, antes de introducirse en el espacio que se abría entre los árboles. Condujo por el túnel verde que formaban las ramas arqueadas de una docena de variedades de árboles que cubrían el camino con sus ramas. El pavimento, que estaba camuflado para parecer un sendero descuidado, zumbaba bajo los neumáticos del Land Rover. De pronto, el camino se doblaba en una pronunciada curva hacia la derecha; Gaillard redujo la velocidad y se preparó para detenerse. Justo a lo largo de la pronunciada curva, un ancho tronco bloqueaba el paso. Gaillard se acercó hasta él y se detuvo. Bajaron las ventanillas y Gaillard apagó el motor.

–Es sorprendente -dijo Von Neuman, mirando atentamente el terreno frondosamente boscoso-. No puedo verles, pero sé que tienen que estar aquí, observando.

–Y escuchando -Gaillard asintió.

Ella consultó su reloj, las 3:58, llegaban dos minutos antes.

Tokutaro Kurata veneraba la naturaleza y rendía culto a las deidades del bosque y de los ríos, como correspondía a un devoto seguidor del sintoísmo. Por consiguiente deseaba que ese camino conservase su estado ancestral para que pareciese un simple sendero de campo. Y lo que Kurata deseaba, Kurata obtenía. La ocultación de todas las comodidades y las medidas de seguridad habían costado muchísimo más que las de un diseño convencional, pero el coste era algo que no le preocupaba. Kurata estaba dispuesto a pagar lo que fuese en los terrenos de todas sus residencias

alrededor del mundo para que tuviesen un aspecto natural, como si no se hubiese gastado ni un centavo en absoluto.

Exactamente a las cuatro en punto de la tarde, dos guardas de seguridad uniformados surgieron del búnker inteligentemente camuflado, uno de la serie que rodeaban la finca de más de 200 km^2, todos unidos por pasadizos subterráneos y equipados por equipos electrónicos que controlaban el sonido, los infrarrojos, la vibración e incluso los sensores que captaban el rastro del olor de los seres humanos.

Uno de los guardas, un hombre alto que rondaba los cuarenta años y con una complexión de defensa de fútbol americano, se acercó al Land Rover. El segundo, que parecía el hermano más joven de su compañero, permaneció cautelosamente al lado de un grueso nogal, sosteniendo la metralleta Shin Chuo Kogyo 9 mm Parabellum que ostentaba todo el personal de seguridad de Kurata. Los dos intrusos sabían que, oculto a su visión en aquel momento, estaba disimulado el armamento más pesado. Podrían hacerlos pedazos en un instante si su entrada les pareciese hostil.

El guarda de más edad se detuvo al lado de la ventanilla abierta de la conductora del Land Rover y, en silencio, esperó a que Gaillard hablase.

–Gaillard y Von Neuman -dijo Sheila lacónicamente.

El guarda asintió y pulsó una tecla de su *walkie talkie.* Instantes después, los árboles hicieron un débil sonido hidráulico cuando unas hileras de postes de acero, formando barrera, surgieron del suelo y formaron una amplia «U» alrededor del Land Rover y alrededor de una zona lo suficientemente amplia para contener un semitrailer. El «tronco» de la carretera cerró la parte superior de la «U», asegurando que cualquiera que intentase introducirse con una falsa identidad en la residencia de Kurata se quedaría para responder a todas las preguntas si sus identificaciones no consiguiesen pasar la inspección.

Los postes se extendieron unos cuatro pies sobresaliendo del suelo, y luego, de forma audible, se quedaron fijos en su lugar. Entonces, el guarda sacó un aparato de su cinturón parecido a unos binoculares con un pequeño teclado fijado en la parte superior. El aparato pitó dos veces cuando el guarda pulsó los botones; después le alargó el aparato a Gaillard.

–Mire dentro hasta que suene de nuevo -dijo el guarda.

Gaillard tomó el escáner portátil de identificación de retina y lo sostuvo a la altura de sus ojos. Sabía que para los visitantes programados como ella y Von Neuman la estructura retinal única de sus vasos sanguíneos había sido descargada del ordenador central y almacenada digitalmente en la memoria del escáner para permitir una comprobación rápida. Cuando se trataba de visitantes autorizados, pero inesperados, el escáner de retina era transmitido a través de una red inalámbrica encriptada segura, que permitía un acceso en tiempo real, vía satélite, a los superordenadores de Daiwa Ichiban Corporation de Tokio y Kioto.

El escáner pitó y Gaillard se lo devolvió. El guarda miró la pequeña pantalla digital que estaba junto al teclado y aprobó con la cabeza. Caminó hacia el otro lado del coche. El escáner pitó cuando lo reinicializó. Se lo entregó a Von Neuman y repitió las mismas instrucciones que le había dado a Gaillard.

Segundos después de que Von Neuman pasase su escáner retinal, el «tronco» formó un arco y despejó el camino que permitía que el Land Rover pasase la primera línea de seguridad. Condujeron unos cuarenta y cinco metros antes de que un equipo de guardas, esta vez japoneses, los detuviese y pidiesen que Gaillard y Von Neuman hablasen por el analizador de voz.

Reconocidos de nuevo, Gaillard y Von Neuman salieron del Land Rover y se lo entregaron a un guarda para que lo aparcase. Sólo la limusina de Kurata o los coches de aquellos que iban con él podían continuar subiendo hasta lo alto. Posteriormente, los guardas les escoltaron hasta un sedán Mitsubishi y les abrieron las puertas traseras. Las puertas reforzadas y blindadas, con sus verdosos y gruesos cristales a prueba de balas se cerraron con seguro cuando entraron en el interior. Unos cristales idénticos separaban el compartimiento de los pasajeros del que ocupaba el conductor.

–Aquí dentro no hay manecillas -Von Neuman señaló las puertas mientras el coche aceleraba.

-*Herr* Kurata es un hombre muy cauteloso -replicó Sheila.

Von Neuman asintió con la cabeza en señal de aprobación.

De pronto salieron de la arboleda y allí, surgiendo en la distancia, se alzaba la residencia de Kurata, un palacio de madera de tres plantas parecido a Kinkaju-ji, el Templo de oro, con sus tejados elegantemente curvados y galerías con barandillas que rodeaban cada planta. Y también

como el Templo de oro, la mayor parte de la mansión de Kurata estaba rodeada por tres lados por un lago de montaña ubicado entre densos árboles y escarpadas colinas. La estructura, que contaba con una antigüedad de setecientos cincuenta años y había sido construida por los ancestros de Kurata, se había deteriorado hasta que el imperio de los negocios de Kurata le permitió restaurarla y devolverle su belleza original.

–La finca de Kurata está diseñada según el estilo Shinden a lo largo de los tres lados de una gran «U», con un inmenso vestíbulo principal al fondo de la «U», abajo, al lado del lago -explicó Gaillard-. Los otros dos lados son edificios largos y estrechos y las paredes que se extienden desde el lago hasta casi la entrada de la carretera pública. El espacio interior está repleto de riachuelos, estanques, esculturas y jardines. Y, aunque aparentemente se parezca al Templo de oro, es fácilmente seis o siete veces mayor. También es un monumento nacional que se abre al público en vacaciones -continuó Sheila, mientras el Mitsubishi recorría el sinuoso camino. Forma parte del mito que cultiva Kurata: «yo te pertenezco, tú me perteneces».

–¡Cielos! – Von Neuman señalaba por las ventanillas algo que había visto en el exterior.

–¿Qué son esas criaturas que parecen lagartos gigantes? ¡Son grandes como un caimán!

Sheila sonrió.

–Son dragones de Komodo -dijo ella-. Naturales de las islas que están cerca de Okinawa y casi extinguidos. Sucede que el microclima de la finca de Kurata es idóneo para ellos, así que Kurata se ganó el corazón de los del movimiento verde implantando una colonia en sus terrenos, completada con científicos que controlan la colonia, cuidadores de zoológico que hacen que los dragones estén a gusto y un continuo flujo de animales vivos: corderos, cabras, bueyes, para alimentarlos.

–¿Y supongo que también es un refuerzo para la seguridad? – dijo Von Neuman.

Sheila sonrió y asintió con la cabeza.

Finalmente, el Mitsubishi se detuvo súbitamente en una pequeña zona de aparcamiento, en el acantilado que se alzaba en vertical, en la base de la mansión de Kurata. Después de liberarlos del coche, el conductor los acompañó rodeando una gran roca lisa, artísticamente dispuesta, que bloqueaba la línea de visión a un ascensor colocado dentro de la misma

roca. Abrió con llave las puertas y luego las cerró tras ellos, después de que entrasen en él.

El ascensor emergió en lo alto, dentro de una pequeña glorieta en un bosquecillo de castaños. Dos japoneses, ambos vestidos con trajes de negocios, estaban frente a ellos cuando las puertas se abrieron. Uno era mayor, de mediana estatura y por el ligero bulto de una pistolera bajo el brazo, obviamente era un guardia de seguridad. El otro era mucho más joven, musculoso, atlético y alto, incluso para los estándares occidentales. El joven alargó la mano, primero a Sheila saludándola con un «Bienvenida», y luego a Von Neuman con un *«Wilkommen»*. Cuando Sheila estrechó la mano cálida y firme del joven, pareció sentir casi electricidad en su apretón. Se encontró con su mirada y se sorprendió cuando de pronto empezó a sentir calor y a excitarse.

–Soy Akira Sugawara.

–Gaillard. Sheila Gaillard -dijo de forma abrupta y, luego, rápidamente rompió el contacto visual y retiró la mano que él estrechaba. El aumento de los latidos de su corazón primero la asustó y luego la hizo rabiar. Enojada por la pérdida de control, luchó para recuperar la confortable frialdad de hielo de su interior que gobernaba su vida y la conducía al éxito. «El calor es malo», se dijo a sí misma. «Las emociones hacen perder el control; te desvían del objetivo. Pueden hacer que te maten.» Aunque se esforzó en recuperar la compostura, Sheila admitió que aquel atractivo y alto japonés era, sin lugar a dudas, un material genético muy deseable.

Por la lectura de su dossier, Sugawara sabía que Gaillard era una extraña pero efectiva parte del aparato de seguridad de su tío, su función pivotaba continuamente en unas formas que permanecían vagas y poco específicas. Pero incluso sabiendo esto, no estaba preparado para su extraña reacción a un simple apretón de manos. Procuró no demostrarlo en el rostro y en la voz mientras estrechaba la mano a Von Neuman.

–Les llevaré a reunirse con mi tío; está esperando su visita -dijo al fin.

Sugawara los escoltó desde la glorieta, seguidos por el guarda de más edad. Instantes después, penetraron en un paisaje que se parecía un poco al nativo Kioto de Kurata, trasplantado al Nuevo mundo. Con frecuencia, él se refería a ello como una isla de civilización rodeada por salvajes.

Sugawara les guió por un largo sendero de piedra que subía ligeramente colina arriba bajo un elegante túnel de arces. Una gruesa pared de caña,

contenida por una verja de entramado de bambú, recorría ambos lados. A cada lado del camino de piedra había un pasamanos también de bambú.

La sencilla estructura de una planta se alzaba en la parte más elevada del sendero.

–Es una réplica de una famosa casa de té de Kioto -dijo Gaillard a Von Neuman en alemán.

–Le ruego que me disculpe -dijo Sugawara, también en alemán pero con un ligero acento-. Para ser precisos es una réplica fiel de Koto-in, un subtemplo de Daitoku-ji. El original fue construido en 1601 por Hosokawa Sansai, un señor de la época feudal que se dedicaba al té y, en consecuencia, construyó una sala de té en ese subtemplo.

Von Neuman y Gaillard intercambiaron miradas silenciosas.

Gaillard dijo: -Gracias.

Sugawara le correspondió con una inclinación. Sheila intentó ocultar el enojo que sentía, causado por el indeseable calor que las palabras del joven generaban en la parte baja de su vientre.

Rodearon la réplica del subtemplo y bajaron por un sendero que se estrechaba en zigzag y que los condujo a través de lo que parecía una impenetrable pared de bambú. Minutos después, llegaron a lo que sólo podría llamarse un mundo verde, una panorámica que se extendía ensombrecida por los árboles y alfombrada casi completamente de musgo hasta llegar a un pequeño estanque rodeado por árboles inclinados sobre su perímetro y una exuberante vegetación. Un pequeño arroyo bajaba desde el estanque, emitiendo sonidos relajantes entre las piedras. La luz del sol se filtraba entre el denso dosel de hojas y lanzaba una luz verdosa al ya casi mundo verde.

En el centro del arroyo, unos treinta o treinta y cinco metros más allá, estaba Tokutaro Kurata, de pie, con una tela blanca, larga y suelta, al estilo tradicional, enroscada en sus rodillas y atada con un nudo para que no se empapase en el agua. Salpicaduras de agua cubrían la tela. Sostenía una piedra irregular del tamaño de una pelota de baloncesto y miraba alrededor del lecho del río, con la cabeza inclinada, como si escuchase música.

–Shhh… -Sugawara se detuvo y alzó los brazos. Todos permanecieron en silencio mientras Kurata colocaba la piedra en el arroyo, retrocedía, escuchaba, luego la recogía de nuevo e intentaba otra posición. De vez en cuando los gruñidos de los dragones de Komodo se filtraban ligeramente,

resonando a través del silencio. Siguió haciendo lo mismo durante más de media hora hasta que Kurata, finalmente, movió la cabeza en señal de aprobación a sí mismo, se dio la vuelta y reparó en la presencia de sus visitantes. Kurata indicó con un movimiento de cabeza que se reuniría con sus invitados en el sencillo banco de madera situado un poco más arriba de donde se encontraba.

Kurata subió la colina, deteniéndose en varias ocasiones para escuchar el arroyo. Por fin saludó a Gaillard y Von Neuman, despidió al viejo guarda y se sentó en el banco.

–Por favor, siéntense -se dirigió a ellos.

Mientras andaban, el viejo guarda inclinó la cabeza un instante y se llevó la mano al discreto auricular. Enseguida puso la mano en el hombro de Sugawara y dijo en voz baja:

–¿Sugawara-*sama*?

–Hai.

–Seguridad informa que el señor Rycroft ha llegado.

-Domo.

Después de que se unieran a Kurata, el anciano estadista permaneció inmóvil durante varios minutos, escuchando los sonidos del agua que gorgojeaba sobre las rocas.

–En este lugar hay cuarenta y una variedades de musgo -hizo una pausa-. En Kioto se encuentra el jardín de musgo *Kokedera,* en Saiho-ji, que tiene cuarenta y dos variedades. Aquí crecerían más variedades, pero cultivarlas todas sería demasiado presuntuoso por mi parte -sonrió; luego hizo una nueva pausa.

En el silencio, los sonidos del arroyo parecían pronunciar palabras que casi podían entenderse.

–El Saiho-ji fue diseñado en 1339 por un sacerdote zen que creía que el musgo simboliza el aspecto intemporal de la naturaleza y la transitoria esencia del hombre -miró a lo lejos y recorrió con la vista su jardín-. Al final, el musgo cubre las piedras labradas y todos los objetos hechos por el hombre, convirtiendo en nada todas esas creaciones.

Kurata miró de nuevo a las dos personas que se sentaban con él, buscando comprensión pero, para su satisfacción, no encontró ninguna. Las mentes occidentales eran incapaces de apreciar la belleza en la muerte final de todos nosotros. Sin embargo, no dejó traslucir su desdén. Aquellas

criaturas inferiores tenían una utilidad, incluso el *kurambo.* Eran herramientas en sus manos, troncos que se debían serrar y modelar para sus creaciones.

Finalmente, miró a Sugawara y preguntó:

–¿Dónde está el señor Rycroft?

–Me han informado de que ya había llegado al primer punto de control de seguridad, justo antes de que la señorita Gaillard y el señor Von Neuman llegasen al ascensor.

Kurata asintió evasivamente. Luego dijo a Gaillard y Von Neuman:

–Éste es mi nuevo ayudante, Akira Sugawara, el hijo mayor de mi hermana mayor. Ha recibido educación en la Universidad de Stanford, en California, y ahora, afortunadamente para mí, él lo sabe todo.

Kurata se echó a reír y su sobrino se inclinó profundamente. Al parecer, esto era una fuente usual de diversión entre los dos.

Kurata se puso serio de nuevo y dijo:

–Por favor traten con Akira como si fuese yo mismo. Él actúa con mi autoridad, sus jóvenes ojos, sus oídos, su mente brillante y su dinámico cuerpo cumplen con lo que mi desgastado cuerpo y sentidos ya no pueden. No tengo hijos propios y deseo que un día él desarrolle el espíritu correcto para seguir mis pasos.

–Por supuesto -dijo Gaillard.

–Bien -dijo Kurata.

–Estaré muy ocupado con muchos temas los próximos días, por lo tanto, delegaré este vínculo a Akira.

Kurata permaneció sentado un momento, escuchando la música del arroyo.

–Sin embargo -dijo Kurata finalmente, centrándose en Gaillard-, debe de preguntarse por qué he insistido tanto en que asista a esta rápida reunión.

–Tras sus acciones siempre hay sabiduría, Kurata-*sama* -contestó.

Él aprobó con la cabeza. Justo entonces llegaron voces que provenían de la dirección de la réplica de Koto-in. El tono autoritario de Rycroft se podía escuchar con toda claridad. Momentos después, el nuevo presidente de GenIntron llegó dando grandes zancadas, furioso, claramente familiarizado con el sendero. Dos de los guardas trajeados de Kurata lo flanqueaban.

–Siento llegar tarde -dijo mientras se aproximaba. Aún lucía un vendaje en el rostro-. He tenido que interrumpir investigaciones muy críticas. Luego, los idiotas del aeropuerto han tenido que buscar en cada maldito hilo de mi maleta. Su cultivado acento británico era inconfundiblemente nasal.

Kurata alzó un poco las cejas. Sugawara luchó para reprimir una sonrisa cuando miró los vendajes de la cara de Rycroft.

–Nos alegra que pueda unirse a nosotros -dijo Kurata sin alterarse-. Por favor, siéntese. Estaba a punto de empezar.

Rycroft miró incómodo a su alrededor y escogió un banco de piedra vacío lo más cerca de Kurata que pudo.

–Se trata de la señorita Blackwood -empezó Kurata.

–No comprendo -interrumpió Rycroft-. Me ocupé de ese tema con contundencia. Ella es una persona insignificante.

–¡Silencio, Edward! No vuelva a interrumpirme -lo reprendió Kurata con severidad.

Rycroft abrió la boca pero luego se lo pensó mejor y dejó que su rostro formase una máscara que se repartía a partes iguales entre fruncimiento y mohín.

Kurata miró a Sheila Gaillard.

–Originalmente la llamé a usted porque la señorita Blackwood exhibió un… comportamiento extremo -miró el rostro vendado de Rycroft-, cuando fue informada por el doctor Rycroft que ella ya no tenía acceso a sus cuentas del laboratorio o las de la investigación.

Gaillard miró a Rycroft y alzó las cejas interrogativamente; Rycroft la miró fijamente en silencio.

–La señorita Blackwood es una mujer brillante y con muchos recursos, cuyo comportamiento de aquel día demostró con claridad que también puede ser impredecible. Aunque quisiera continuar aprovechándome de sus habilidades, mi llamada original era para asegurarme que usted está completamente informada sobre ella en caso de que fuera necesaria alguna intervención.

Kurata hizo un gesto con la cabeza a Sugawara, que sacó un sobre y se lo entregó a Gaillard.

–Éste es el informe que he preparado para usted sobre Lara Blackwood -dijo Sugawara.

–Ha logrado éxito gracias a los atributos mencionados por Kurata-*sama* y, aunque realmente no la he visto, todos los datos disponibles confirman que tiene una presencia física imponente, ya que es alta, atlética y está en forma. «Y bella», pensó para sí, al recordar los cientos de cautivadoras fotografías de ella, muchas unidas a los periódicos y los artículos de revistas, que había leído para componer su perfil. Pero las grabaciones de vídeo eran las más persuasivas. Éstas mostraban no sólo a una mujer bella e inquietante, sino además con fuerza y carácter. Era alta como la mayoría de hombres y fuerte, pero sin embargo contaba con un considerable y femenino atractivo sexual que lo atraía e intrigaba.

Gaillard aceptó el expediente.

–Gracias. Estoy segura de que me será de utilidad.

–Desde que la llamé, ha ocurrido otro incidente que hace que su intervención sea necesaria -dijo Kurata; de nuevo, hizo un gesto para que su sobrino continuase la explicación. Sugawara sacó un delgado cuaderno del interior de un bolsillo de la chaqueta y lo abrió.

–Entre las obligaciones que tengo el honor de realizar para Kurata-*sama* se encuentra la producción de un archivo histórico de la operación Tsushima. Como parte de esas obligaciones, estuve presente en la zona del Hospital General de Otsuka, siguiendo el despliegue del test del vector de la lepra coreana. Sugawara tragó saliva en una pugna contra los amargos recuerdos, cuando aquel olor volvió a su memoria de repente. Y, con ellos, le vinieron a la cabeza las imágenes de las apenadas familias y, lo peor de todo, las miradas de inocente asombro en los rostros de las víctimas más jóvenes, demasiado jóvenes para interpretar el horror que surgía alrededor de ellos y en sus cuerpos, demasiado jóvenes para comprender su propia e inminente muerte.

–Observé que allí había dos extranjeros. Después de investigar, me enteré de que eran doctores estadounidenses del Campo Zama, que habían ido al hospital a investigar el brote. Pasé esa información al servicio de seguridad de Daiwa Ichiban, que más tarde identificó a los hombres y ya han controlado sus actividades.

–Hoy he recibido un comunicado en el que se informa que uno de los doctores ha establecido contacto con la señorita Blackwood, y ha solicitado su ayuda para identificar el patógeno de las muestras que ellos consiguieron.

–Eso es completamente imposible -interrumpió Rycroft-. Cerramos de forma definitiva su acceso a los recursos de la corporación.

Sugawara movió la cabeza.

–Cierto, al menos hasta el momento.

–¿Qué quiere decir con eso? – dijo Rycroft bruscamente.

–Simplemente que sus bien conocidos recursos son la causa de que esté bajo vigilancia permanente.

–¡Recursos! – resopló Rycroft; luego, reacio, permaneció en silencio.

Kurata se puso en pie y caminó hacia una piedra grande del tamaño de una mesa, cubierta por una gruesa capa de musgo que había brotado de las cápsulas de esporas. Miró fijamente el riachuelo, dando la espalda a sus invitados.

Al final del mediodía, la brisa removía las copas de los árboles, arrancándoles las primeras hojas del otoño.

–Por ahora, quisiera que controlase para nosotros a la señorita Blackwood, para determinar si es necesaria una intervención directa.

De nuevo se volvió hacia ellos.

–Esta noche voy a volar hacia Washington con el primer ministro para reunimos con el presidente norteamericano, en un encuentro previamente concertado. A causa de los acontecimientos recientes, he arreglado las cosas para tener la oportunidad de reunirme con ella, y ver si es posible alguna forma de obtener aunque sea un poco de cooperación por su parte.

Luego, señalando a Gaillard con la mirada, dijo:

–Creo que deberá intervenir rápida y decisivamente con esos doctores del ejército estadounidense. Usted y su colega.

Las ráfagas de viento soplaban afiladas y frías, removiendo las hojas con danzas arremolinadas.

–Hai, Kurata-*sama* -replicó ella.

Capítulo 8

OceanofPDF.com

La oscuridad se cernía sobre los árboles de la propiedad de Tokutaro Kurata. Akira Sugawara se sentó en el banco de piedra favorito de su tío, y se esforzó para escuchar las notas que emitía la piedra colocada allí, aquel mismo día, horas antes.

En lugar de escuchar el susurro, oyó los gritos de angustia, los apagados y entrecortados ruidos de la muerte que cubrían las laderas del hospital cuando el grotesco experimento terminó de arrasar un bloque completo del gueto coreano de Tokio. Sugawara apretó las manos contra sus oídos, pero el ruido no hacía sino aumentar.

–¡Maldición! – murmuró en voz baja.

Los sonidos de la lepra coreana no le habían abandonado ni un solo segundo, ni dormido ni despierto, ni cuando comía, ni siquiera cuando iba al baño. Siempre estaban allí, acompañándole con una sintonía de notas negras que sonaban siseando, chillando, llorando, que se acrecentaban en su corazón, día tras día, y se hacían más intensas y agudas a medida que transcurrían los segundos.

Sugawara observó fijamente los elegantes bosques, y se esforzó en encontrar la belleza de los musgos allí plantados. Pero en lugar de relajarle, encontró toda la escena trivial y obscena comparada con el sufrimiento causado por el Ojo de fuego.

–Tu tío está muy orgulloso de ti.

Sugawara se dio la vuelta para mirar la doblada figura de Toru Matsue, que caminaba despacio hacia los esculpidos jardines, por el estanque *koi*. Sugawara se levantó y fue hasta él.

–Buenas tardes, *Sensei-san* -Sugawara se inclinó.

Los dos hombres permanecieron en silencio durante un largo minuto, observando las lentas ondulaciones que dibujaba el *koi.* Ambos formaban una rara pareja; Sugawara medía más de metro ochenta, era delgado, musculoso, joven, ágil, erguido. Matsue, entrecano, acartonado, doblado por la edad y la artritis, de forma que parecía incluso más bajo de su metro sesenta.

–Tu tío está orgulloso de ti -repitió.

–Me alegro pero soy indigno de sus elogios -contestó Sugawara.

Los dos hombres hablaban japonés en deferencia a las preferencias del anciano y por su falta de dominio de lo que él denominaba «la lengua del demonio».

–Quiere que te transmita sus palabras de ánimo.

–Precisamente -Sugawara comentó.

Miró al más anciano de los sirvientes de la familia. Matsue había servido al clan durante más de sesenta años, primero como criado del padre de Sugawara y, después de su muerte, Kurata lo empleó para que le enseñase al joven los elementos fundamentales del espíritu japonés.

–Progresas satisfactoriamente; Kurata-*sama* cada día deposita más confianza en ti.

–Agradezco tus amables palabras -dijo Sugawara-. Intentaré hacer lo posible para no deshonrarte.

Después de haber realizado sus estudios de doctorado en Stanford, había regresado a Japón, donde fue considerado un *kikoku-shijo,* «un hijo que regresaba a su país». Cada vez con más frecuencia, estos hijos regresaban trayendo consigo influencias occidentales, «contaminación», como muchos lo denominaban, y por esta razón se les observaba con suspicacia.

Ese fenómeno se convirtió en un problema creciente en la década de 1950, y no había hecho más que empeorar cuando las maneras de comportarse y la forma de hablar occidentales se filtraron, creando una completa cultura *kikoku-shijo.* Los tradicionalistas temían que esto acabase, finalmente, por eclipsar las verdaderas costumbres.

Kurata había estado preocupado durante mucho tiempo por las inquietantes tendencias *kikoku-shijo* de su sobrino.

Para llevar al joven por el camino correcto y asegurarse de que Sugawara era adecuado para asumir finalmente el manto de jefe de uno de los más antiguos clanes de Japón, Kurata escogió a Matsue como sirviente, guía y maestro de Sugawara en *Nihonjinron:* el arte de ser japonés.

El *Nihonjinron* era un antiguo código, un conjunto de modales y gestos estrictamente prescritos y sustentados por un igualmente rígido conjunto de creencias culturales e imperativos morales que habían evolucionado a través de los años en algo que los extranjeros erróneamente pensaban que era lo mismo que el Bushido, el código del guerrero samurái. Pero el *Nihonjinron* subsumía el Bushido e iba más allá, y además era mucho más profundo. Para una línea genealógica ancestral como la de Kurata era la forma, la única forma de llegar a ser verdaderamente japonés. Empezaba con los genes y terminaba con la férrea dedicación al *Nihonjinron.*

Finalmente, Sugawara habló:

–Estoy preocupado, *Sensei-san.*

Matsue volvió la cabeza hacia el joven y alzó las cejas.

–Por favor excusa mi impertinencia al atreverme a expresar en voz alta estos pensamientos que me preocupan -empezó Sugawara-. Como sabes, le debo un gran respeto a Kurata-*sama* pero, ¿acaso no es cierto que es obligado hablar cuando uno siente que las acciones de su señor tal vez no sean sabias?

–Raras veces es apropiado -repuso Matsue-, y en todo caso después de mucho reflexionar.

-*Hai* -estuvo de acuerdo Sugawara-. Esta noche no he dormido, reflexionando acerca de la operación Tsushima.

–¿Qué te preocupa?

Demasiadas cosas pensó Sugawara. Por ejemplo, el concepto de matar personas. Cerró los ojos durante un breve instante de reflexión y, en su oscuridad particular, vio los rostros jóvenes y redondos, los ojos llenos de inocencia, llenos de lágrimas y, finalmente, ya cerrados por la muerte. Quería descargar sus dudas y sus temores, pero sabía que Matsue no lo comprendería. Abrió los ojos y dijo:

–Me pregunto si ésta es la forma más… -hizo una pausa, buscando la palabra que reflejase, de la forma más precisa, su pensamiento, sin dejar paso a sus verdaderos sentimientos-, la forma más eficiente de solucionar el problema coreano.

–¿Puedes ofrecer una alternativa? – preguntó Matsue.

–Pensaba que, tal vez, podrían ser reubicados -dijo Sugawara-. Enviados de regreso a Corea.

–¿Y si no quieren marcharse?

Sugawara miró a lo lejos, al estanque.

–Lo siento muchísimo, Matsue-*san*, pero no tengo la respuesta.

–No tienes que albergar ninguna duda sobre tu deber -dijo Matsue, recordando a Sugawara una de las obligaciones centrales incrustadas en todos los hijos japoneses y fielmente seguida hasta la edad adulta.

«Puedes ofrecer, respetuosamente por supuesto, tu opinión sobre la mejor manera de completar una tarea, pero no es a ti a quien corresponde cuestionar la sabiduría o la corrección de llevar a cabo la tarea, cuya corrección ha sido determinada por consenso por la sabiduría colectiva de muchos hombres muy respetados.

-*Hai, Sensei-san* -dijo Sugawara, mientras se inclinaba profundamente para indicar una sinceridad que no sentía del todo.

–Así está bien -dijo Matsue.

–De otro modo parecerías un *narikin.*

A menudo aplicado de forma peyorativa para señalar a los nuevos ricos japoneses surgidos en la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, un *narikin* hace referencia a un peón que se ha convertido en reina. En el seno de una cultura donde todo el poder se derivaba de la conformidad y la aceptación por la sociedad, un *narikin,* rico o distinto, era menospreciado como un vaquero solitario, una persona importante pero sin ninguna autoridad legítima para ejercer su recientemente adquirido poder. Ese tipo de gente era rechazado, familias enteras aisladas en una sorprendente soledad que no hacía más que llevarlos de regreso al montón, excepto a los más empedernidos solitarios.

Matsue se alejó del estanque y caminó arrastrando los pies hacia un gran bronce de Rodin. Sugawara lo siguió. Mientras andaba, Matsue le preguntó al joven:

–¿Puedo dar por supuesto que no necesito recordarte tu *on* hacia Kurata-*sama*?

–Por supuesto que no, *Sensei-san.* Kurata-*sama* es mi tío, mi familia. Eso me ata con *gimu,* una deuda que no podré pagar ni con diez mil obligaciones en toda esta vida -dijo Sugawara, como un acólito que recita su catecismo-. También es mi señor que me ata mediante el *giri,* que debe ser devuelto igualmente a la obligación asumida. Me consideraré afortunado de haber devuelto, aunque sea la mitad de esa obligación el día que llegue mi muerte. Sólo mi obligación hacia el emperador supera la de Kurata-*sama*.

–Muy bien -dijo Matsue, mientras se acercaba al bronce.

Se detuvo y observó las expresiones de los rostros de las figuras del bronce.

Cuando Sugawara se unió a él, Matsue dijo, aún mirando el bronce:

–Observa las expresiones de los rostros. Mira las crudas, primitivas expresiones de emoción.

–Sí, *Sensei-san* -dijo Sugawara.

–Las expresiones son como las de los monos y otros simios peludos -dijo Matsue-. Sus músculos faciales y los cerebros que contienen sus

cráneos no están tan evolucionados como los nuestros; no son capaces de entender las sutilezas y las expresiones como nosotros, *¿neh?*

–Esto es lo que se considera correcto, *Sensei-san* -respondió de forma evasiva.

Su respuesta, menos que absoluta, mereció un fruncimiento de ceño del anciano.

–Nunca olvides, joven Sugawara, que por tus venas corre la sangre de Yamato -dijo Matsue con severidad-. Nosotros somos *shido minzoku;* las otras razas no son más que simios. Nosotros somos pura raza, la raza más pura del mundo. La investigación del ADN realizada en los laboratorios de Kurata-*sama* lo ha demostrado sin lugar a dudas. La secuencia Yamato está en cada gen, y la transporta nuestra raza y no otra. Incluso otras áreas de la ciencia apoyan el poder de la pureza. Sólo tienes que ver el rayo láser. Es poderoso porque es puro, una única frecuencia de luz. Puede quemar y cortar porque no está contaminado por distintos colores. Y lo mismo sucede con la *Yamato minzoku*, la raza de Yamato. Y por lo que respecta a los coreanos, los bangladesíes, los mugrientos filipinos y los desechos del continente, son alimañas, amenazan la pureza de nuestra raza. Tenemos que permanecer puros para seguir siendo poderosos. No hay otra elección, sino eliminar la amenaza. ¡No lo olvides!

El anciano repitió las consignas que habían finalmente salido de las salas de reuniones de los más fieles seguidores de las creencias neonacionalistas y habían empezado a filtrarse y calar en las políticas del Diet, la oficina del primer ministro y en cada una de las ramas del gobierno.

La mente de Sugawara no paraba de dar vueltas en un remolino de conflictos. En el más profundo de los niveles estaba obligado por *giri* y *gimu* a cumplir las peticiones de su tío. La regla era clara, las obligaciones de uno siempre tenían que preceder a su sentido sobre el bien y el mal. Esto facilitaba su decisión. En un nivel inmediato, Sugawara temía la falta de piedad de Kurata, su rapidez en castigar o eliminar a todos lo que se le oponían. Y, tal vez más que otra cosa, él necesitaba la protección que el poder de Kurata le ofrecía. Al fin y al cabo era culpable de muchas cosas que ya había hecho al servicio de su tío.

Se le hundió el corazón cuando pensó en lo que ya había visto, lo que ya sabía, y la total certeza de que aprendería y vería cosas peores. De los años pasados en Stanford, él sabía que, al menos, según los modelos

occidentales, ya era culpable de estar enterado de un crimen y no haberlo denunciado. Su única oportunidad de supervivencia era la protección de Kurata. Pero esta protección sólo la obtendría al precio de su lealtad y docilidad. Estaba atrapado, atrapado por él mismo, por sus propias acciones. ¡Ojalá se hubiese rebelado antes! Cuando regresó a Japón, después de la universidad, tenía muchos amigos que intentaban separarse de las antiguas tradiciones. Tenía que haberse unido a ellos. Sin embargo, las antiguas tradiciones y el imperativo rígido de acatarlas forzaban a la gente buena a comportarse mal. Tragó saliva para librarse de la bola de culpabilidad que tenía en la garganta.

–Sí, *Sensei-san* -Sugawara se inclinó-. Por favor, perdona mi confusión. No es mi función cuestionar esas decisiones.

Los gritos de los bebés que llenaban su cabeza se hicieron más intensos.

Capítulo 9

Un atronador aplauso sacudió el gran salón del Hilton, cuando Lara Blackwood bajó del estrado, arrastrando una cartera llena de notas y documentos que habían provocado que la presentación de la mañana fuese el acontecimiento mediático más candente en una ciudad enloquecida por los medios de comunicación.

El discurso que había pronunciado ante una abarrotada audiencia de científicos, funcionarios del gobierno y medios de comunicación de cuarenta y tres estados había enfurecido a algunas personas del público, pero había entusiasmado al resto.

El acontecimiento, el simposio sobre el tratamiento genético de la Casa Blanca, había sido programado muchísimo tiempo antes del nombramiento de Lara en la Casa Blanca. Sin embargo, su llegada había dado gran impulso a los procedimientos y los había elevado del reino de los documentos áridos, y en su mayoría obtusos, a un acontecimiento que la CNN había denominado «las Naciones Unidas de la genética humana». Nunca antes, los medios de comunicación generales habían prestado tanta atención a los temas reales, la ciencia por la base, un tema que estaba tan escasamente entendido, malinterpretado y demonizado. Al menos era lo que ella había intentado.

En la base del estrado, Lara se sumergió en el remolino de gente que se amontonaba a su alrededor, todos querían captar su atención. Como si se

tratase de un político de éxito, estrechó las manos que se le tendían, dio golpecitos a los hombros más cercanos, miró todos los pares de ojos que se encontraron con los suyos. La estatura de Lara y la energía que desprendía la hacían sobresalir, y los periodistas de las televisiones no tardaron en rodearla.

Un presentador de deportes de la televisión la denominó «una Anna Kournikova de tamaño súper», mientras que la prensa política se sintió superior y comparó su aspecto con Julia Roberts y su estatura con Janet Reno.

–Lisette Hartley, CNN -dijo la primera reportera que emergió de la avalancha que empujaba y arrastraba a Lara. La reportera de la CNN siguió el bloqueo del cámara que la acompañaba y empujó un micro hacia la cara de Lara. Las brillantes luces de la cámara captaron completamente la sorprendente luminosidad de los raros pendientes sicilianos de ámbar, de color rojo oscuro, que había comprado en Malta el día después de ganar el Tour du Méditerranée, la regata de yates tripulados en solitario, con el *Tagcat Too.* Cada pendiente estaba tallado en forma de corazón y contenía un minúsculo insecto.

–¿Habla usted completamente en serio cuando previene que la investigación genética puede producir algún tipo de «bomba étnica», un arma biológica capaz de barrer del mapa a una raza o un grupo étnico y dejar al resto sin afectar?

Lara entrecerró los ojos un momento ante la intensa luz.

–Los hechos hablan por sí mismos -dijo Lara, mientras dejaba su cartera en el suelo y sacaba de ella dos hojas de papel.

–Esto -dijo Lara mientras se incorporaba y alargaba una de las hojas a la reportera- es la lista actual de enfermedades principalmente restringidas a un grupo étnico u otro. La fibrosis cística afecta sobre todo a los caucásicos, el Tay-Sachs, en especial a los judíos azkenazi, la anemia drepanocítica, a los afroamericanos y así sigue la lista que enumera más de doscientas enfermedades actuales.

Lara hizo una pausa mientras se inclinaba de nuevo sobre su cartera y sacaba de ella otra fotocopia; la sostuvo de manera que el cámara de la CNN pudiese obtener un primer plano para la emisión posterior.

–Esta otra lista, mucho más corta, es la de enfermedades vinculadas genéticamente, cuyas curas y tratamientos existen, curas y tratamientos que

modifican las secuencias específicas de ADN del individuo enfermo que causan la enfermedad.

Mirando directamente a la cámara, Lara añadió:

–Conozco un poco el tema, porque más de la mitad de esos tratamientos se desarrollaban en mi ex compañía, GenIntron. Si podemos desarrollar un fármaco orientado a una secuencia específica de ADN, identificada con un grupo étnico concreto, entonces es teóricamente posible desarrollar un agente asesino que opere de la misma forma.

–Pero la investigación sobre armamento biológico ofensivo está prohibida por un tratado internacional -rebatió con agresividad otra personalidad mediática, filmada por las cámaras de televisión.

Lara se volvió hacia la fuente del desafío y se encontró con una joven rubia, inmaculadamente peinada, con una blanca, perfecta y costosa dentadura, demasiado maquillaje y un vestido de diseño de dos mil dólares.

Lara movió la cabeza poco a poco y lanzó a la mujer una mirada que, sin pronunciar una palabra, le preguntaba cómo era posible que fuese tan ingenua.

–Está claro que hemos podido comprobar que no podemos obligar a cumplir los tratados a los terroristas. Y, si se diese el caso, ¿acaso podrían ustedes hacer que los serbios no quisieran matar musulmanes o los musulmanes matar judíos o los hutus matar tutsis o…? – dudó un momento-, ¿que los grupos neonacionalistas japoneses no usasen esa tecnología para librar a su país de coreanos u otros «indeseables»?

Un murmullo recorrió la asamblea. Su compañía había sido comprada por una corporación japonesa y se preguntaron dónde quería ir a parar.

La mujer rubia abrió y cerró la boca varias veces. Lara se imaginó el cerebro de la mujer como su boca, inútilmente boqueando en busca de un pensamiento inteligente, igual que un pez fuera del agua. No por primera vez, Lara se horrorizó ante el hecho que la mayoría de gente se enterase de las noticias viendo la televisión.

Antes de que la personalidad rubia televisiva encontrase sus ideas o alguna palabra, la reportera de la CNN rompió el excitado murmullo.

–¿Creo que usted dijo en una ocasión que el concepto de raza era un concepto pasado de moda, que no hay un gen que haga que uno sea negro o japonés? – preguntó la reportera, que, obviamente, había hecho sus deberes.

–Técnicamente es correcto -replicó Lara-. No hay un gen; de hecho, no hay un perfil coherente de ADN para ninguna raza dada. De hecho, hay tanta o más variación genética entre las personas de una misma raza -usó los dedos para entrecomillar visualmente la palabra-, más variación allí que la que hay entre la gente de razas distintas.

–Entonces, ¿cómo explica usted la teórica capacidad de producir una bomba étnica? – insistió Hartley.

–Porque la gente que vive en un área determinada durante largos períodos de tiempo, aquellos que, por costumbre, se casan entre individuos de su propio grupo, desarrollan ciertas secuencias genéticas que son las mismas. Se trata menos de algo racial que de un proceso de familiaridad genética. Lo vemos entre los amish y entre la mayoría de las poblaciones rurales del mundo que no migran y se casan entre aquellos que conocen mejor. Lo que se precisa para crear una bomba étnica, como usted la llama, es la capacidad de investigar a través del ADN para encontrar esas secuencias adecuadas.

Le gritaron otra pregunta desde la masa de reporteros pero, antes de que Lara pudiese responder, un joven muy alto, extremadamente delgado, vestido con un traje a rayas diplomáticas atravesó la multitud, abriéndose paso a empujones. Los reporteros de la televisión lo reconocieron un instante después de que lo hiciese Lara. Peter Durant, experto en política de asistencia sanitaria de la Casa Blanca, y no por casualidad, en esta ocasión, era el hombre encargado por el jefe de personal del presidente de «cuidar de la manada» que la rodeaba.

–Siento interrumpirles -dijo Durant, enfrentándose a las cámaras-, pero la doctora Blackwood es requerida urgentemente para una reunión en la Casa Blanca.

Lara lo miró interrogativamente; Durant señaló con la cabeza hacia la salida del salón. Siguiendo su mirada, Lara vio a dos agentes del servicio secreto de Durant, unos agentes que estaban allí de pie -superados en número y nerviosos-, justo más allá del grupo de reporteros de televisión.

Durant era una de las pocas personas que no formaban parte del gabinete a las que se garantizaba la protección del servicio secreto. Los cambios que había propuesto en el sistema de asistencia sanitaria habían sacado de quicio a millones de personas, y no era sorprendente que hubiese provocado todo tipo de amenazas de muerte; «precisamente un argumento

más para que el tratamiento psiquiátrico fuese financiado por el gobierno», le gustaba decir. Aquellos que no se daban cuenta de que Durant carecía de sentido del humor, pensaban que hacía un chiste.

Las pruebas genéticas combinadas con los abortos obligatorios para los fetos que daban positivo a graves defectos de nacimiento era la piedra angular del programa de contención de costes de Durant. Lara había chocado con él a menudo sobre este tema, argumentando que el aborto obligatorio privaba a las mujeres de su elección personal, del mismo modo que prohibir todos los abortos. Se trataba de un encendido debate que se había trasladado a las páginas de los periódicos más de una vez. Cada reportaje comportaba más amenazas de muerte, dirigidas sobre todo a Durant.

A causa de esto y de las protestas que habían acosado a Lara como presidenta de GenIntron, se le había ofrecido una escolta de seguridad pero, hasta el momento, no había sido necesaria. Los locos parecían vinculados a GenIntron como empresa y no a ella personalmente, y ahora disfrutaba de poder pasear sola de nuevo.

Después de disculparse, Lara siguió a Durant desde el salón hasta el pasillo de servicio. A los dos agentes del servicio secreto que Lara había vislumbrado se les unieron tres más que se mezclaron con la multitud y formaron una especie de retaguardia mientras caminaban entre bandejas amontonadas llenas de los platos sucios del almuerzo.

Cuando la escolta de seguridad se hubo distanciado discretamente de ellos, por delante y por detrás, Durant se dirigió a Lara.

–Nunca había visto a nadie cabrear a tanta gente tan rápidamente como tú lo has hecho -exhaló audiblemente, y se frotó el rostro con un gesto de frustración.

Ella estudió su cara y, como siempre, encontró que había más cosas en él que le gustaban que no que le disgustaban.

Había salido con Durant en citas sociales un montón de veces, y cada vez regresaba a casa sorprendida de que un hombre con su inteligencia pudiese ser tan monotemático y estar centrado en un tema y sólo un tema, y que no pudiera o no quisiera hablar sobre nada más. Era la persona más pesada que había conocido en su vida. Al final dejó de aceptar sus invitaciones porque las profundas discusiones políticas sobre copagos y

copagos exigidos a los patronos no casaban en absoluto con los burdeos franceses de primera cosecha.

Caminaron en silencio unos cuantos pasos más antes de que Lara replicase. Andando con cuidado sobre un montículo de lo que pretendían ser gomas de pollo unas pocas horas antes, ella dijo finalmente:

–¿Con quién tengo que encontrarme en la Casa Blanca?

Él movió la cabeza lentamente, se inclinó y dijo:

–Hoy no has dicho lo que esperábamos.

–Entonces es que no habéis leído mi discurso.

–Ya hablamos contigo de todo el asunto -Durant siseó furioso-. El presidente piensa…

–¡No me jodas, Durant! – soltó bruscamente-. El presidente no piensa nada la mitad del tiempo; escucha más a su charla de Prozac que a ti, a mí o a cualquier otro.

Durant abrió la boca para responder, luego se lo pensó mejor porque se acercaban al montacargas y llegaban donde estaban los agentes del servicio secreto.

Lara y Durant no se cruzaron ni una palabra mientras llegaba el montacargas. Un agente del servicio secreto entró en la caja tan pronto como las arañadas puertas vibraron al abrirse. Un instante después, volvió a salir satisfecho de que estuviese vacío y sostuvo las puertas, para que ellos entrasen.

–Les esperaremos abajo, siguiendo las instrucciones, señor -dijo el agente.

Lara miró cómo se inclinaba y apretaba el botón del garaje subterráneo.

–¡Dios mío! ¡No sabes lo que estás haciendo! – dijo Durant en un audible susurro cuando las puertas del montacargas se cerraron. Cerró los ojos y se pasó la mano izquierda por la cara.

–¿Qué dices? – Lara alzó las cejas con frialdad.

–No sólo tratas con la Casa Blanca ahora -le previno él, mientras el montacargas descendía-. Hay otros intereses en juego.

–Mi interés está en la buena ciencia -dijo Lara-. Puedes juntar todas tus gilipolleces políticas y…

Durant se giró para enfrentarse a ella y fue entonces cuando vio la preocupación en sus ojos.

–Lara, te guste o no, de lo que tratan ahora nuestras vidas es de gilipolleces políticas, desde el momento en que estamos asociados con el gobierno. No es agradable, pero no importa si tú gobiernas o eres parte de los gobernados; la gilipollez política forma parte de la vida, por lo tanto, es mejor que aprendas a vivir con ella.

Hizo una pausa mientras el montacargas vibraba al bajar.

–Llámalo como quieras, pero se trata de tus recientes actividades extracurriculares.

–¿Mis qué?

–Estás jugando con fuego… -inspiró una ruidosa y forzada bocanada de aire, mientras miraba el techo del montacargas, a sus desnudas luces fluorescentes.

–¿Fuego? – Lara preguntó, con la voz más sosegada ahora por el miedo que vio en las palabras del hombre-. ¿Qué sucede? Apuesto que se trata de contribuciones para la campaña. Conozco al presidente, y su partido recibe ingentes cantidades de efectivo de Kurata y de una legión de sus ejecutivos. Incluso, en una ocasión, intentaron que diese mi brazo a torcer.

Durant se rió entre dientes inesperadamente.

–¿De qué te ríes?

–Nada, sólo intentaba visualizar cómo quedaría alguien después de intentar torcerte un brazo -sonrió.

–Mira, sé lo que tú y otros pensáis de mí -dijo en voz baja-, pero realmente me ocupo de los temas y de las personas a las que afecta todo este laberinto de la asistencia sanitaria.

Hizo una pausa, intentando buscar las palabras adecuadas. Se alejó de ella y habló vagamente hacia el techo del montacargas.

–Evidentemente, la política no es tu fuerte. Eres una mujer brillante que ha hecho enormes contribuciones a la medicina, y estoy preocupado porque tu posición en la Casa Blanca puede verse en serio peligro a causa de tu asistencia a aquellos doctores de Tokio. Te ven como un peligro incontrolado.

–Está bien -soltó ella bruscamente-. Si el presidente quiere librarse de mí, es su opción. Yo no necesito esta mierda.

Se enfrentó a él cara a cara, con la nariz casi tocando la de él. Ella esperó.

Finalmente, Durant se encogió de hombros, y se separó de ella.

–Como sabes, tengo acceso sin límites al presidente y oigo cosas. A menudo cosas que no van dirigidas a mis oídos. Y estoy preocupado porque hace unos días, sin ser consciente de ello, te has implicado en algo que es mucho más importante de lo que parece.

–Pero lo único que hice fue ofrecer un poco de ayuda sin pedir nada a cambio a un antiguo colega de universidad.

Entiendo lo que dices pero los rumores que capto dicen que estás metiendo la nariz en algo grande, algo que implica alianzas, intereses de seguridad nacional.

–¡Espera un momento! – protestó Lara-. ¿Tú no crees que tenemos la obligación, una obligación ante la salud pública, de investigar ese virus, que es algo que no concierne a Estados Unidos?

Moviendo vigorosamente la cabeza, Durant repuso:

–No conozco los detalles pero, por lo que puedo decir, es mayor, mucho mayor de lo que tú posiblemente crees.

El montacargas rechinó al detenerse.

–Tal vez no nos guste, pero para protegernos nosotros del terrorismo global, para tener la capacidad de atraparlos y detenerlos, significa que hemos tenido que irnos a la cama con un montón de gente que no nos gusta, debemos salir al exterior y establecer compromisos que antes del once de septiembre eran inaceptables. Creo que es con lo que has tropezado y es por lo que el presidente, en persona, quiere asegurarse de que te olvides de que recibiste aquella llamada telefónica. Es lo mejor para la nación, para el mundo…, y lo mejor para Lara Blackwood.

El hombre salió del montacargas cuando las puertas se abrieron, luego se dio la vuelta hacia ella. Por la forma en que se había colocado, bloqueando la abertura, su intención era que no le siguiera.

–Por favor, utiliza tu mejor criterio -dijo él mientras las puertas empezaban a cerrarse de nuevo.

Capítulo 10

Los fantasmas de vapor que surgían por las rejillas de hierro danzaban entre la oscuridad de la noche de Tokio.

Las tenues luces que llegaban desde una calle lejana alcanzaban las profundidades de un estrecho callejón e iluminaban el vapor, dándole una apariencia fantasmagórica.

El teniente coronel Denis Yaro escuchó un golpe seco tras él y se dio la vuelta, justo a tiempo de ver los destellos de una espada que surgía de las impenetrables sombras de la madrugada, y que separaba de un tajo limpio la cabeza de Jim Condon de sus hombros.

–¡Dios mío! – exclamó Yaro, las sílabas arrastradas en una sola palabra. Cayó tambaleándose sobre sus rodillas, que se derrumbaron incapaces de sostenerle, y buscó con los ojos entrecerrados entre la penumbra. El pequeño y oscuro callejón del distrito de Kabukicho no dejaba entrever demasiado, pero sí mucho a la imaginación.

–No deb'ria haber'bido l'útima -Yaro arrastró las palabras, mientras se bamboleaba vacilante. La cremallera de sus pantalones aún estaba medio abierta tras su visita al *novan kissa,* el *cofee shop* erótico al que habían ido a parar preguntando por unas direcciones.

–No vasa greer lo que viiistoen mi alu… alucina…

El vacío dejado por la cabeza de Condon, cortada como una tajada de melón, que golpeaba los adoquines, y el géiser de sangre que brotaba de su arteria carótida cortada despejó de golpe al médico del ejército. La rápida decapitación no era una alucinación provocada por el alcohol. El cuerpo de Condon se desplomó; de forma instintiva, Yaro dio unos pasos hacia delante para sostenerle y fue recompensado con un chorro de sangre, aún expelida con fuerza por el activo pero inerte cuerpo, que bañó su rostro.

–¡Cielo santo! – dijo con claridad mientras, tambaleante, intentaba sostener el cuerpo de su amigo, acostarlo suavemente sobre los húmedos adoquines y dejarlo cerca de la cabeza.

Aún luchando para despejarse del alcohol y conseguir pensar con claridad, la mente de Yaro batalló para poner orden a aquella pesadilla. Por un ridículo instante, Yaro se preocupó por la conmoción que la cabeza debía de haber sufrido al chocar contra el suelo.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! – exclamaba.

–Vuestro dios ya no puede ayudaros -dijo una voz femenina desde el manto de oscuridad.

–¡Pero qué…! Yaro se limpió la sangre de los ojos y buscó entre la noche.

Primero vio el brillo del metal, reflejándose en la ligera luz que llegaba de la distante calle. Luego, a un hombre muy alto y delgado, que sostenía una espada y avanzaba desde las oscuras sombras. Tras él, vio el pelo rubio

ligeramente iluminado como antes lo estaba el vapor y, bajo él, una mujer delgada y atlética con grandes pechos.

–No pidas ayuda o, rápidamente, te unirás a tu amigo -dijo el hombre.

Al mirarle, Yaro pensó que le parecía vagamente familiar. ¿Alguien bebiendo una copa junto a ellos en uno de los restaurantes? En el fondo de su mente, una inquietante vocecita le decía que no era buena señal que le hubiese dejado ver su cara.

Mientras el hombre permanecía de pie, quieto, directamente delante de Yaro, la mujer daba vueltas alrededor del médico. Instantes después, Yaro sintió una fría punta de metal clavándose en su nuca, quemaba como si estuviese congelada.

–No te muevas -dijo ella.

Yaro quiso asentir, aunque se lo pensó mejor.

–Ahora dime quién es tu fuente.

La mente de Yaro se aceleró.

–No sé de lo que me estás hablando -dijo finalmente.

Un momento después, Yaro sintió que su nuca quemaba y también el cosquilleo de la sangre que goteaba por su cuello.

–No juegues con nosotros, doctor -dijo el hombre que estaba delante de él, mientras ondeaba la hoja tan sólo a pocos milímetros del rostro de Yaro-. Os vieron en el hospital metiendo las narices en asuntos que no os incumben-. Os habéis enterado por alguien de lo de Tsushima, y nosotros queremos saber quién es.

–No sé nada de Tsushima -insistió-. Solamente intentábamos ayudar, tratar a los enfermos.

–¡Argg! – la hoja penetró más profundamente.

–Por favor no pienses que somos tan tontos -dijo el hombre-. Sabemos que no era casualidad que todos los demás doctores militares de las fuerzas de Estados Unidos estuviesen confinados en la base. No podemos aceptar que sólo vosotros dos os ofrecierais voluntarios para ayudar.

El hombre entonces colocó la punta de la espada en la base del ojo derecho de Yaro.

–A menos que nos digas con exactitud lo que queremos saber, primero perderás un ojo, y luego el otro -amenazó.

Yaro cerró los ojos.

–No sé… No sé de lo que estáis hablando. El olor a sangre era caliente, metálico, en el estrecho callejón.

–Harías mejor en saberlo -dijo el hombre-. Y, ahora, date prisa.

–Tsushima -Yaro consiguió decir con voz ronca al cabo de un momento-. Estrecho de Tsushima…, 1905… Los japoneses derrotaron a la flota rusa…, hizo de Japón una potencia mundial…

Yaro chilló cuando la espada vació el ojo derecho de su cuenca.

Capítulo 11

La oscilante luz que provenía de la crepitante chimenea danzaba contra las sombras de la tarde que se adentraban en la habitación y se instalaban en las esquinas y los recovecos del Salón Azul de la Casa Blanca. A pesar de ello, el aire acondicionado soplaba constantemente. Lara Blackwood se sentó al lado del fuego en un sillón *Bellange,* de 1817, y jugueteó con las posiciones del altímetro y el barómetro que llevaba en su reloj.

Observó las llamas y, no por primera vez en las últimas horas de aquella larga tarde, recordó una fiesta de cóctel que había celebrado el personal de la Casa Blanca, a la que había asistido hacía sólo un mes o más, en la que el mismo psiquiatra que le prescribió Prozac al presidente le había confesado a ella, en privado, que el presidente le había encargado crear, en todas las habitaciones de la Casa Blanca, «las atmósferas convenientes de apoyo emocional para otorgarle el éxito». «Fuego y hielo, yin y yang, polos opuestos en las proporciones adecuadas» eran, según él, las claves de todo éxito. Envalentonado por demasiados martinis de vodka, y apretujado contra Lara en una habitación ruidosa y abarrotada, aquel estrujacabezas medio borracho había expuesto ampliamente todas sus teorías, mientras intentaba bajar la vista al relativamente escaso escote del modesto vestido de cóctel de seda de Lara.

La abarrotada habitación se había llenado como un vagón de metro en hora punta, y él se aprovechó de ello, presionando su brazo contra sus pechos a la menor oportunidad. En opinión de Lara era un incordio relativamente menor a cambio de su aterradora introspección en una frecuentemente desquiciada Casa Blanca, ocupada por un hombre despreciado por el electorado, votado sin embargo porque rechazaban al otro candidato incluso aún más.

De nuevo, igual que había hecho una y otra vez desde que el presidente la había mandado llamar de improviso aquella tarde, Lara miró fijamente el fuego, sintió el aire frío, y sacudió la cabeza al recordar al borracho loquero que estaba detrás del presidente.

Lara se movió para intentar mantenerse despierta y consultó de nuevo su reloj. Ya había malgastado una hora y media. Miró expectante la puerta, frunció el ceño cuando no se abrió, y luego miró hacia el techo, deseando que el hombre que ocupaba el Despacho Oval, justo encima de la habitación, pusiera su trasero en movimiento.

Con un audible suspiro, que esperaba que fuese convenientemente grabado por los sistemas de escucha, que daba por supuesto que tachonaban todas las habitaciones, Lara se puso de pie, la que le parecía ya la enésima vez aquella tarde, y examinó el par de jarrones de Sevres que adornaban la repisa de la chimenea. Un folleto, que sin duda algún turista había dejado caer horas antes, por la mañana, cuando la habitación se había abierto al público, informó a Lara de que los jarrones se fabricaron hacia el 1800 y habían sido comprados por el presidente Monroe para lucir en el salón de juego, conocido como el Salón Verde. Lara observó los delicados recipientes, decorados con escenas de Passy, un barrio de París, explicaba el folleto, donde vivió Benjamin Franklin mientras fue ministro en Francia. Se preguntó dónde habían ido todos aquellos gigantes. Alejándose de la repisa, caminó formando un pequeño círculo, fijándose en los retratos que colgaban de las paredes: Andrew Jackson, John Adams, Thomas Jefferson, George Washington. Incluso el retrato de James Monroe había sido pintado por otro famoso norteamericano, Samuel F.B. Morse, el pionero telegrafista. Aquellos fueron los gigantes que construyeron una nación; ¿por qué le daba la sensación de que sólo enanos habían gobernado esos salones durante el último medio siglo? ¿Tal vez la gente se había encogido también? ¿Los mediocres sueños del electorado se cumplían simplemente en los líderes que se merecían?

Antes de que pudiera plantearse a sí misma otra pregunta sin respuesta, Lara escuchó voces que provenían del pasillo. Se dio la vuelta cuando se abrieron las puertas; dejó escapar un ligero grito ahogado de exclamación, cuando la primera persona que entró por la puerta no fue, como ella esperaba, el presidente, sino Tokutaro Kurata, presidente de Daiwa Ichiban Corporation, el hombre que la había obligado a dejar su propia compañía.

Kurata iba seguido por un hombre que ella reconoció por las fotos de las noticias que hablaban de él, era el primer ministro japonés, Ryoichi Kishi; los dos hombres avanzaron media docena de pasos y se detuvieron. Sólo después de que los dos japoneses hubiesen entrado en la habitación, el presidente les siguió, cerrando la puerta tras él.

–Lara, creo que ya conoce al señor Kurata -dijo el presidente sin ningún preámbulo. Lara lo observó con atención e, incluso desde la distancia, apreció los círculos tumefactos alrededor de los ojos que le indicaban que el presidente había tomado su Prozac aquella mañana. Aunque el medicamento le había moderado sus arrebatos de rabia y cambios de humor salvajes, le privaba de cierto brillo intelectual, una vez minado su instinto asesino, que ella creía que un líder en su posición necesitaba.

Lara asintió.

–Hace algunos meses -dijo lo más educadamente posible.

–Le presento al primer ministro Kishi -anunció el presidente.

El primer ministro la saludó con una inclinación formal, muy profunda.

–¿Cómo está usted? – Lara preguntó, intentando esconder la mirada de disgusto de su rostro.

Kishi se había introducido en la política japonesa, sirviendo como presidente del partido ultranacionalista Kokuhansha. Él y sus cohortes eran verdaderos creyentes, ideólogos nacionalistas que habían promovido y luego impulsado una ola de sentimiento derechista hasta las esferas más altas del gobierno. Creían fervientemente en la pureza racial, la restauración del espíritu japonés, incluso habían pedido la muerte de aquellos políticos más moderados que, aunque tímidamente, sugerían que Japón había sido el agresor en la Segunda Guerra Mundial y que, por consiguiente, debían una disculpa al mundo.

Un corto pero incómodo silencio siguió las presentaciones. Lara recorrió con la mirada sus rostros; arriba, el presidente; abajo, el primer ministro; en el centro, y directamente a la cabeza, el más poderoso *zaibatsu* de Japón.

Kurata rompió el silencio.

–El presidente nos estaba mostrando la más histórica de las mansiones gubernamentales cuando ha mencionado que daba la casualidad de que usted estaba aquí. He insistido en que quería detenerme a presentarle mis respetos.

–¿Qué daba la casualidad…? – Lara disparó al presidente una aguda mirada que rápidamente se desvaneció cuando vio la expresión de preocupación que se reflejaba en su rostro.

«Está bien, Twinkie, jugaré tu juego idiota esta vez, pero luego me las pagarás por haberme tenido deliberadamente desinformada de todo esto.»

Sin dejar transcurrir más que medio latido, sonrió a Kurata y dijo con cortesía:

–Es muy amable por su parte el haber pensado en mí.

Sin pronunciar una palabra él le hizo una ligera reverencia de reconocimiento y se dirigió a los dos hombres.

–No quisiera retrasar sus importantes asuntos -dijo Kurata al presidente y al primer ministro-. Yo soy alguien sin importancia para sus cuestiones de Estado, por lo tanto, ¿tal vez me permitirán que me quede aquí con la señorita Blackwood mientras ustedes continúan?

Lara pensó que sonaba más como una orden que como una petición. A pesar de ello, el presidente y el primer ministro estuvieron de acuerdo tan rápidamente que no le quedó ninguna duda en su mente que ya lo habían acordado antes. El presidente le abrió la puerta al primer ministro, permitiéndole abandonar la habitación primero. Luego, antes de cerrar la puerta, el presidente se dio la vuelta hacia Lara, descansando la mano sobre el pomo de la puerta de latón bien pulido.

–Por favor, preste a Kurata-*san* toda su completa y paciente atención -dijo el presidente. Sin esperar una respuesta, se dio la vuelta con rapidez y cerró la puerta tras él; de ese modo garantizaba el desmentido, mientras no dejaba duda alguna de que, fuera lo que fuese lo que Kurata dijese, tenía la sanción de la Casa Blanca.

Kurata se aproximó a Lara. Vestía el mismo traje azul marino -o uno igual, ya que corría el rumor de que sólo tenía dos trajes y que eran idénticos- que había llevado durante las negociaciones finales para la compra de GenIntron. En realidad, Lara sólo lo había visto dos veces, una al final de las negociaciones y, de nuevo, en la ceremonia de la firma. El resto había sido llevado a cabo por los subalternos de Kurata. Nunca había estado a solas con él. Cuando se acercó más, ella reparó en las puntadas hechas a mano de su traje, y en el pin esmaltado de Daiwa Ichiban Corporation de su solapa.

–¿Quiere sentarse? – sugirió él.

Lara negó con la cabeza y repuso con educación:

–No, gracias.

Ella vio el esbozo de un fruncimiento de ceño y lo comprendió. Kurata era un japonés de mediana estatura, acorde con su generación, de un metro sesenta. Mientras que la nutrición de la posguerra y las atenciones médicas estaban produciendo una nueva generación de hombres japoneses más altos, Kurata aún era unas cuatro pulgadas más bajo que Lara, y se dio cuenta de que le irritaba tener que alzar la vista hasta ella, aunque sólo fuese un poco.

–Muy bien -asintió cansinamente, y luego observó el fuego.

El silencio se alargó un minuto, luego dos, interrumpido sólo por el susurro y el chisporroteo del fuego y el zumbido de fondo del aire acondicionado. Ese tipo de silencios se mantenían con mucha menos tensión e incomodidad entre los japoneses, que en las culturas occidentales. Lara se mordió la lengua y observó el fuego.

Al fin, Kurata miró hacia ella. Lara giró la cabeza y le miró directamente a los ojos, algo que una mujer no hace nunca en la cultura japonesa. Se interpreta como agresividad, en ocasiones sexual. Se permitió la más ligera de las sonrisas cuando él dudó un momento.

–Le estamos muy agradecidos por la exquisita y productiva organización que hemos heredado de usted. La atenta base que usted construyó nos ha permitido hacer extraordinarios avances en los pocos meses que han seguido a la transacción -empezó Kurata.

Lara asintió con la cabeza para darle las gracias y luchó para contener la furia que le urgía a pedirle que fuera directamente al grano de una vez.

–Las contribuciones de GenIntron han puesto en marcha importantes acontecimientos -dijo Kurata-, acontecimientos que tendrán un impacto enorme en todo el mundo.

«¡Venga, suelta ya lo que quieres decirme!»

–Sin embargo, me han informado directamente que usted ha recibido una comunicación no autorizada y habló con alguien que obtuvo un conocimiento incorrecto de nuestras actividades -continuó Kurata.

Lara frunció el ceño.

–Podría ganar mucho si cooperase con nosotros. Usted es una importante accionista y, aunque se ha hecho comparativamente rica con nuestra transacción, puede ganar mucho, mucho más, simplemente si

permanece al margen de los asuntos de la compañía y, de ese modo, los planes seguirán procediendo sin inhibiciones -explicó Kurata.

–¿Está hablando de aquellos cultivos de la epidemia de Tokio? –preguntó Lara.

–Esa es la cuestión -dijo Kurata-. Si usted no desea olvidar el tema por razones económicas personales, entonces debo apelar a que piense en su seguridad personal.

Lara estaba atónita y tenía que obligarse a cerrar la boca y no quedarse boquiabierta.

–¿Está amenazándome?

Abrió la boca, luego la cerró con rapidez para que no saliesen las furiosas palabras que luchaban por escapar. En lugar de hablar, le dio la espalda y fue hasta las ventanas. Vio que ya estaba oscureciendo y la penumbra de las primeras horas del atardecer ganaba terreno.

Lara respiró rápidamente para controlar su rabia, y miró a través de la elipse el monumento a Washington. En primer plano vio cuatro luces rojas que marcaban la zona de aterrizaje del helicóptero del presidente.

La imagen de Kurata se reflejaba en el cristal oscurecido, sobrepuesta al monumento.

–Se han puesto en marcha acontecimientos históricos que usted no puede detener -dijo Kurata en voz tan baja que Lara tuvo que forzar el oído para captar las palabras-. Puede beneficiarse de esos acontecimientos o puede ser aplastada por ellos. La elección es completamente suya.

Él permaneció allí, expectante, esperando una respuesta.

«Usted mató a todos aquellos coreanos, ¿verdad?» quería preguntarle. Pero no dijo nada; en lugar de hacerlo, observó su impasible rostro reflejado en el cristal.

–Al margen de cómo se sienta, debe decidir si desea formar parte de los históricos acontecimientos que se están desarrollando -concluyó el japonés.

La mente de Lara iba a toda velocidad. Su primer impulso fue dar un bofetón a su petulante rostro, decirle que se fuera a la mierda y hacer lo posible para que se pudiese leer todo lo de su nuevo y mejorado limpiador étnico en el *Washington Post.* ¿Pero, qué pruebas tenía de que Kurata y sus matones neonacionalistas estaban, de alguna forma, utilizando ingeniería genética, tal vez incluso con su propio trabajo realizado en GenIntron, para matar coreanos de forma selectiva? Para que alguien la creyese, necesitaba

pruebas y las podría conseguir en sólo unas horas. El último correo electrónico de Ismail Brahimi decía que casi había terminado de analizar las muestras que Jim Condon le había enviado.

Ismail Brahimi la ayudaría a encontrar la manera de atacar el problema. Pero encontrar una forma sería imposible si, a cada paso que diese, Kurata y sus matones le pisaban los talones. Decidió que rendirse, al menos por un breve tiempo, era el mejor camino hacia la victoria.

Así pues, ella inclinó la cabeza ligeramente.

–Como siempre, usted es un hombre persuasivo, Kurata-*san.*

Él alzó las cejas, sorprendido de que hubiese sido tan fácil. No obstante, Kurata pensó que, para un hombre como él, las cosas sorprendentes siempre podían hacerse. En especial cuando trataba con mujeres, en especial cuando trataba con mestizos, aunque fuesen famosos como ésta.

–Por favor, le ruego que me excuse. No se trata de que yo sea persuasivo sino del concepto, *¿neh?* Un francés, Victor Hugo, creo, dijo que se puede resistir una invasión de ejércitos, pero no una idea cuyo tiempo ha llegado -sonrió-. Usted es una mujer muy inteligente para darse cuenta de que ésta es una idea de ese tipo.

Lara tragó la bilis que invadía su garganta.

–Por supuesto, Kurata-*san*.

Él se inclinó.

–Por favor, perdone que le haya robado tanto de su valioso tiempo. Ahora me iré para no causarle más molestias.

Lara se inclinó, asegurándose de que la reverencia que hacía era suficientemente más profunda que la del hombre para mostrar su sumisión.

«Falso hipócrita bastardo», pensó.

–No es ninguna molestia. Usted me ha ilustrado -Lara filtró el enojo de sus palabras.

Kurata se dio la vuelta, se dirigió hacia las puertas, y se fue.

Sheila Gaillard se ajustó la máscara quirúrgica desechable sobre el rostro, cuando el vuelo de United Airlines se alzó sobre el océano Pacífico, al este de Japón.

Para ahorrar algunos centavos, United y otras líneas aéreas estadounidenses reciclaban el aire de cabina tantas veces y dejaban entrar tan poco aire fresco, que creaban un entorno perfecto para cultivar enfermedades. Lo único que era preciso era que una sola persona enferma

tosiese o estornudase y el peligroso aire reciclado aseguraba que todas y cada una de las personas de la cabina estuvieran expuestas a sus microbios y virus en menos de una hora. La máscara provocaba miradas de extrañeza en algunas ocasiones pero, en cualquier caso, era mucho mejor que ponerse enfermo.

Por los pasillos, las azafatas empujaban los carros de acero inoxidable con la comida, arremetiendo contra los hombros, los codos y las rodillas de los desventurados pasajeros, incrustados en sus asientos poco apropiados para seres humanos de más de cuarenta kilos. Los carros rezumaban olores de cafetería de escuela, que contenían lo que era otro intento más de aquella línea aérea, que pensaba que los pasajeros serían lo suficientemente estúpidos o estarían demasiado hambrientos para llegar a considerarlo comida.

–Preferiría comer gusanos y cieno de un charco de una escuela de supervivencia.

Gaillard esbozó una ligera sonrisa de asentimiento, a pesar de su martilleante dolor de cabeza. Giró la cabeza un poco para ver quién había dicho aquello y, por el rabillo del ojo, vislumbro a la crítica de la comida de avión al otro lado del pasillo, una joven vestida con un uniforme azul adornado con alas de piloto, que rechazaba el ofrecimiento de un plato de plástico desechable lleno de unos vagos trozos de algo disfrazado de comida.

La pasajera que estaba sentada a su lado, otra piloto de las fuerzas aéreas, asintió con entusiasmo cuando las dos compartieron una barrita de golosina *Payday* y una bolsa rancia de almendras tostadas que una de ellas había encontrado en el fondo de su bolso de mano.

Sheila codició la barrita y se maldijo por haberse precipitado y romper su regla cardinal de volar sólo en vuelos internacionales, y verse obligada a volar en una línea aérea norteamericana. Las prisas habían sido necesarias porque Kurata pensaba que aquella mujer, Blackwood, iba a ser un problema y quería que ella, en persona, la controlase. Doce hileras más adelante, Von Neuman estaba incrustado miserablemente en un asiento al lado de la mampara de los malolientes aseos.

Ese vuelo confirmaba sus peores opiniones acerca de las líneas aéreas estadounidenses. Aparte de aquellas líneas aéreas del sudoeste, en las que no se le presentaban demasiadas ocasiones de volar, los aviones

norteamericanos eran justo como unos orinales aerotransportados con hoscas asistentes de vuelo y personal de embarque arrogante, cuyo nivel de competencia rivalizaba, pero que no podía apenas superar el nivel del negro moho que crece en el fondo de una cortina de baño. Continuamente oía que las del noroeste eran incluso peor, y que cualquiera con un coeficiente de inteligencia mayor que su zapato haría autostop antes que tomar uno de sus vuelos.

Cerró los ojos y se los frotó hasta que un cielo negro repleto de estrellas de colores llenó su cabeza. Pero ninguna presión podía aliviar el fastidioso dolor punzante que empezaba en el nacimiento del pelo, se extendía sobre su ojo derecho y abrasaba profundamente su cerebro. Involuntariamente, sus dedos peinaron el pelo en aquel lugar y, suavemente, exploraron una fina cicatriz. Cuando le asaltaba un dolor de cabeza como éste, la cicatriz siempre parecía estar caliente, ardiendo. Los cirujanos habían hecho un trabajo excelente minimizando su tamaño y visibilidad, pero siempre estaba allí para recordarle una vida que ya no viviría nunca más y apenas podía recordar.

Tenía veintisiete años cuando su antigua vida terminó. Había abandonado el Bellevue Hospital de Nueva York de noche, después de haber pasado treinta y dos horas de guardia suturando los restos darwinianos de la isla: borrachos, matones callejeros, *yuppies* babosos que conducían sus BMW demasiado rápido y las víctimas ocasionales que realmente no merecían lo que les había pasado. El personal médico del hospital la consideraba una brillante doctora y una cirujana con talento, hasta la última vez que subió a un metro.

Después de haber sido forzada a bajar del tren por un grupo de delincuentes en libertad condicional, que la violaron repetidamente durante horas, la golpearon con una barra de acero y la dejaron por muerta con un afilado destornillador clavado en la cabeza; sus antiguos colegas hicieron todo lo que pudieron por salvarle la vida.

Aunque la cirugía y la terapia física volvieron a dejarla como estaba e incluso en mejores condiciones físicas que antes, su personalidad, el sentido de quién era, cambió completamente. De ser una persona seria, estudiosa y cortés pasó a ser agresiva, taciturna, abusiva y con frecuencia descontrolada.

El destornillador que le habían clavado los violadores había rasgado sus lóbulos frontales como una bomba, y borrado la sólida, estable, responsable ciudadana y agradable persona que había sido. Todos los conocimientos adquiridos en su educación permanecían intactos junto con sus manos, firmes como una roca, y una capacidad fenomenal para absorber nueva información, razonarla y utilizarla.

Tres meses después de regresar al trabajo, fue despedida por atacar a una enfermera de quirófano con un escalpelo, después de que la mujer le alargase el hemostático equivocado. El asalto había sido la culminación de una escalada de una serie de ausencias, citas olvidadas e insultos lanzados a los miembros del personal.

Dos filas detrás de ella, alguien roncaba. Sheila recorrió con los dedos los bordes de la máscara quirúrgica desechable y pellizcó el blando clip de metal sobre el puente de su nariz para asegurarse de que aún estaba tan bien sellado como debería estar.

El generoso pago de la indemnización, junto con el seguro de discapacidad, le permitió ir viviendo durante meses, mientras intentaba averiguar qué le había pasado. En los períodos intelectualmente lúcidos, entre atroces dolores de cabeza y lagunas de memoria, Sheila se convirtió en su propia paciente estrella de su nueva práctica médica.

Encontró amplia documentación, tanto en publicaciones populares como médicas, en las que se documentaba que las heridas en el lóbulo frontal eran bien conocidas por alterar la personalidad de las víctimas, que con mucha frecuencia pasaban de ser ciudadanos modelos a convertirse en bellacos y criminales. El más famoso de todos era el capataz de ferrocarril Phineas Gage, que sobrevivió a una explosión accidental en 1848 que le causó una herida provocada por una barra de acero afilada, de casi un metro, que se le clavó y le atravesó la cabeza entrándole justo bajo su mejilla izquierda y saliendo por la parte superior de la cabeza. El inteligente, considerado y concienzudo trabajador, pronto se deterioró en un escandalosamente profano, caprichoso, irreverente y egocéntrico hombre que, según sus amigos, «ya no era Gage».

Ella sabía cómo era sentirse así, cuando revisó sus páginas web y sus escritos no se reconoció como la persona que las había creado. Y mientras asimilaba que no había curación para su condición, apenas comprendida, descubrió que había sido afortunada, probablemente, porque el

destornillador había perforado un trozo relativamente pequeño a través de su materia gris. A diferencia de muchas otras víctimas con el lóbulo frontal dañado, ella no mostraba una falta de capacidad para planificar y no experimentaba problemas con la memoria, el habla o la capacidad de aprender o moverse. Le resultó mucho más duro motivarse y seguir adelante con las tareas y, ocasionalmente, fracasaba en pillar el remate de un chiste. También encontraba al resto de la gente tediosa, aburrida, despreciable y completamente sin interés, si no le eran útiles para sus necesidades sexuales u ocupacionales.

Al repasar sus viejos recibos para preparar su declaración de impuestos, no podía entender por qué se había molestado en donar dinero a la Cruz Roja y otros organismos caritativos. Ahora le parecía un estúpido gasto de dinero. El problema que le preocupaba más había sido el de las lagunas de memoria. Estaba haciendo algo normal y luego el mundo quedaba en blanco. Horas después, habitualmente descubría que estaba en la cama o en el sofá. Pocas veces, se encontraba en algún lugar familiar como la biblioteca de la facultad de medicina, en la tienda de la esquina o en un taxi.

Una noche, durante esas lagunas, justo antes de medianoche, se descubrió a sí misma desnuda sobre el suelo de una casa de playa de Long Island, practicando sexo con tres hombres y una mujer. Sheila nunca consiguió penetrar en la laguna de memoria que la llevó hasta aquella casa. Por más que lo intentó en los años que siguieron, la última cosa que podía recordar era el dolor de cabeza que le hacía doblar las rodillas y las brillantes luces de neón que llenaron su visión. Nada sobre lo que tenía que haber sido una decisión deliberada y ordenada que la ubicase y la llevase hasta lo que descubrió que eran las instalaciones de un caro y exclusivo «estilo de vida alternativo».

Los atroces dolores de cabeza permanecían alejados si visitaba con frecuencia la casa de playa de Long Island, donde rápidamente se convirtió en una solicitada compañera de sexo. También descubrió que los ataques de rabia incontrolable, los retrasos y los abusos verbales que habían hecho que la despidiesen también permanecían a raya. ¿Qué neuronas se habían reconectado para producir esa extraña relación con las estructuras del placer más profundamente enterradas en el cerebro? Se preguntó. ¿Qué neurotransmisores y hormonas estaban en juego e interactuaban con las reestructuradas estructuras de su cerebro?

Rápidamente se dio cuenta de que las investigaciones no tenían respuestas y que la neurociencia no había evolucionado lo suficiente para tratar las cuestiones que su nuevo comportamiento había planteado.

Se lanzó a absorber cada palabra de la investigación sobre el tema y, al hacerlo, se sorprendió de lo poco que los humanos sabían realmente sobre sus mentes y acerca de cómo las neuronas de sus cabezas gobernaban o fracasaban en gobernar su comportamiento.

Libre de las jaquecas y capaz de tener sus ataques emocionales bajo control, Sheila intentó regresar a su antiguo trabajo, pero la mañana que se suponía que tenía que aparecer en la entrevista final para el trabajo se encontró en su lugar, recuperándose de una laguna mental en el ferry de Staten Island. Deprimida por el fracaso, se obsesionó aún más con los hombres que la habían raptado y golpeado. Uno había sido capturado, pero se libró con la fianza establecida por un juez al que no pareció importarle lo que le había sucedido a ella. La policía estaba sobrepasada de trabajo y se había dedicado a otros crímenes más recientes, en los que el fracaso en sus actuaciones comportaban mayores consecuencias políticas que los casos atrasados, en especial aquellos que implicaban a víctimas con mal carácter, agresivas y malhabladas.

Una asistente de vuelo dio unos golpecitos a Sheila en el hombro.

–¿Cena? – preguntó la asistente de vuelo.

–Sí, pero es escandalosamente demasiado evidente que alguien olvidó subirla a bordo.

La asistente de vuelo se encogió de hombros de forma apática y avanzó hacia el siguiente asiento.

Sheila la visualizó desnuda, con las piernas abiertas, esposada a una cama y le arrancó la piel a tiras de cada centímetro de la epidermis.

Igual que hizo con los hombres que la habían violado. Uno por uno, les había seguido el rastro, los había reducido a punta de pistola y esposado. No había perdido ninguna de sus habilidades quirúrgicas y, después de acabar con ellos, se puso encima sus pieles, como una piel de cabra, como había leído que hacían los sacerdotes mayas.

Luego, se aseguró que aún estaban vivos antes de empaparlos con gasolina y prenderles fuego. Sus gritos le habían proporcionado una descarga de placer que alcanzó los más recónditos rincones de su alma e iluminó la oscuridad de sus lapsus de memoria. Durante meses, intentó

averiguar qué tipo de reconexiones neuronales podían haberse desencadenado por las emociones extremas, los sentimientos transcendentes y los sueños que le permitían revivir el placer noche tras noche.

La literatura que hablaba sobre ello dejaba claro que el cerebro podía reconectarse a sí mismo para superar los daños y que, incluso, el pensamiento intenso y el aprendizaje cambiaban la topografía del cerebro y las configuraciones de las células nerviosas. Por lo tanto, ella llegó a la conclusión de que era razonable creer que las sustancias químicas producidas por sus experiencias con los violadores seguramente habían permitido que su tejido dañado se reconectase, para establecer unos recorridos completamente nuevos que formaban un puente a través de sus incapacidades y le permitían desarrollar otras nuevas y mejores.

Después de haber matado al último violador, las lagunas de memoria no volvieron a producirse. Y ella confiaba que nunca volverían a hacerlo mientras Kurata le diese suficiente trabajo.

Capítulo 12

Las nubes que cruzaban con rapidez el cielo habían empezado a rendirse ante los errantes retazos de cielo azul, cuando Lara al fin dirigió su elegante bote de remos de fibra de carbono de regreso al puerto náutico. El sudor recorría su rostro mientras remaba apasionadamente hasta que sus muslos, su espalda y sus hombros le ardían y se tensaban contra la piel húmeda. Su respiración se hizo más profunda y rítmica, suelta y ávida de más ejercicio. Remó con todas sus fuerzas, doblando el canal principal.

Aunque el viento había disminuido y el roce era mínimo, el agua resonaba con notas rápidas, agudas, chapoteando contra el rápido casco. El estrés y la rabia nunca fueron algo que Lara pudiese manejar emocionalmente con facilidad.

Nunca calmada y pocas veces apasionada, había aprendido desde niña que el estrés emocional requería acción física. Su padre había sido muy claro al respecto. «Llámalo el récord de un corredor o como quieras», le decía una y otra vez. «Pero el ejercicio extremo crea relajación extrema porque produce endorfinas y una gran cantidad de otras sustancias químicas del cerebro que aún no se han identificado.» El ejercicio físico extremo era su forma de meditar y la frase «Siente el esfuerzo», su mantra. Incluso después de retirarse de las Fuerzas Especiales continuaba practicando un

régimen de ejercicio físico más adecuado para su ex unidad, que para un consultor de negocios entrado en años. Hasta el día de su muerte, en un choque de navegación experimental de alta velocidad, a la edad de setenta y seis años, aún recorría las playas de San Diego y escalaba las montañas que estaban más al este.

–Me alejo corriendo de la vejez. Si me detengo, me alcanzará -le gustaba bromear.

Ahora ella sabía que, aunque puedas dejar atrás la vejez, la muerte siempre es más rápida y te alcanza. Sabía que había verdad en todo lo que le decía su padre y pensaba en ello mientras sacaba los remos fuera del agua y los deslizaba hacia el cabo donde el *Tagcat Too* levaba anclas y se mecía suavemente contra la línea de amarre, con la proa orientada hacia la entrada del puerto.

Un aullido de lobo atravesó el canal principal y llegó hasta ella.

–¡Eh, cariño!

Lara siguió el rastro que dejó el eco del aullido hasta un hombre gordo que holgazaneaba en la popa de un yate a motor, blanco, grande y caro. Pensó que, tal vez, era un miembro de un grupo de presión o algo así y parecía estar en su embarcación a todas horas, usualmente divirtiendo a pequeños grupos de gente.

–¡Un día de estos tenemos que salir juntos!

Dio una calada a un cigarro y la saludó alzando una bebida mezclada de color marrón cuando ella pasó por su lado, deslizándose. Su intensa mirada iba completamente dirigida, de forma demasiado obvia, a sus pechos. El sudor había hecho que el body de lycra se aferrase a su cuerpo, y resaltase sus pezones marcados contra el tejido elástico.

–Pierde ese barrigón de cerveza y tira los cigarrillos y tal vez tengamos algo de lo que hablar.

El hombre le lanzó una mirada lasciva e hizo un gesto obsceno con su dedo medio. Era su rutina habitual y casi había llegado a hacerse amistosa. Los hombres como él se parecían demasiado a los perros que corren tras los coches. Pensaban que tenía un aspecto sexy a distancia, y luego cambiaban de parecer cuando se acercaban; a la mayoría de hombres no les gustaban las mujeres lo suficientemente altas como para mirarles directamente a los ojos. Aparte de que luego se fijaban en el pecho, en su ancho busto. Se suponía que las mujeres no tenían que tener músculos y tetas a la vez.

Lara colocó los remos en el muelle, y luego salió con agilidad del casco y lo sacó del agua. Se estiró un momento y caminó rápidamente hacia la escotilla del *Tagcat Too*, marcó la combinación y bajó a comprobar si tenía algún mensaje de voz o algún correo electrónico de Ismail. Nada.

De regreso al muelle, regó con la manguera el bote y los remos con agua fresca, los secó, los puso de nuevo en el almacén del muelle y después cerró con llave.

Una ruidosa risa y el sonido de una cordialidad forzada llegaba hasta ella por el agua desde un gran yate a motor, cuando un hombre que ella reconoció, por haberle visto en las noticias por la televisión, como el presidente de pelo blanco de algún comité del senado u otro, estrechaba la mano del propietario del yate. Una rubia con un cuerpo de Barbie y tacones de aguja decoraba al senador.

Lara enrolló la manguera y la colgó en el gancho de la caja del muelle, al lado del grifo, subió a bordo del *Tagcat Too* y, después de mirar por la cubierta para asegurarse de que todo estaba en orden, descendió con la imagen de la rubia en su cabeza y en lo fácil que una mujer encajaba en un rol tan trillado, la mujer como ornamento. Un momento de envidia sorprendió a Lara mientras comprobaba que las escotillas de la embarcación estaban aseguradas. No se trataba en absoluto de que ella desease encajar en el rol de mujer trofeo, sino que su corpulencia y estatura significaban que ni siquiera podía probarlo, ni siquiera por una noche, sólo para ver lo que se debía sentir.

Consultó de nuevo su correo electrónico y luego se movió hacia popa del puente de mando y abrió la puerta de teca de su camarote. Allí se deshizo del body de lycra y lo echó dentro del cubo de la ropa sucia. El ornamento rubio atraía fácilmente a los hombres, que se sentían a gusto con ella. Lara envidió esa comodidad.

Desde que le alcanzaba la memoria, ella ponía nerviosa a la gente. En la escuela, los que se sentían incómodos con su tamaño contraatacaban con burlas y mofas que la llevaban a sumergirse aún más en sus estudios y los deportes, áreas donde podía distinguirse y escapar a los insultos que la perseguían durante las horas lectivas.

Lara se quitó cuidadosamente los pendientes y se masajeó los agujeros de las orejas con el índice y el pulgar, y fue a los cajones del joyero hechos a medida, forrados de terciopelo, que guardaban su colección de pendientes.

Tenía montones de ellos, y un total de dieciséis cajones, cada uno de treinta centímetros de ancho y largo y unos tres de profundidad. Un amigo en una ocasión bromeó que coleccionaba pendientes igual que Imelda Marcos tenía zapatos. Colocó los pendientes en el cajón con cuidado y dejó que sus ojos acariciasen amorosamente hilera tras hilera de ellos, algunos de valor incalculable, otros completamente sin valor, sin recuerdos vinculados a ellos. Era cierto. Le encantaban los pendientes porque eran una de las pocas cosas que ella podía comprar y llevarse al momento, entrar en la tienda y comprarlos allí mismo, sin alteraciones, sin espera. Aparte de la ropa de las tiendas deportivas, casi todo lo que vestía tenía que ser retocado o hecho a medida. Incluso los colgantes o brazaletes tenían que ser modificados para que pudiesen adecuarse a su tamaño. Por el hecho de ser alta y fuerte había podido llegar a lugares que pocas mujeres podían alcanzar pero, a medida que se hacía mayor, más deseaba ser tan sólo una mujer de talla normal, con una vida normal, con un hombre normal, e hijos.

Ser normal, pensó mientras abría el grifo del agua caliente de la ducha, era un concepto que estaba demasiado subestimado. El calentador de agua de propano se encendió.

Lara caminó desnuda por el salón comedor para comprobar el correo electrónico por última vez y luego entró en la ducha.

Ismail era el hombre más normal que conocía pero, desde luego, alguien con un premio Nobel era difícil que fuera el chico de tu vida normal y corriente. Le quería como a un hermano y colega, alguien con quien había luchado para construir una compañía y creado nuevas formas de curar a las personas. Hubo un tiempo, probablemente en la época de la universidad, suponía, que hubiesen podido ser amantes. Pero entonces, como ahora, él era un devoto musulmán que creía que el sexo fuera del matrimonio estaba mal. Al principio opinó que su celibato de soltero era extraño y pasado de moda, pero finalmente lo encontró cómodo porque les permitía trabajar muchísimas horas juntos sin que el sexo se convirtiese en un problema. Luego, no mucho después de la universidad, fueron colaboradores y más tarde cofundadores de una nueva compañía.

Ambos estaban convencidos de que el romance con compañeros de trabajo era un tobogán resbaladizo que conducía al desastre. Se habían comportado de forma lógica, racional, pensaba mientras se masajeaba el pelo con champú. Ser sensatos había merecido la pena para los dos, pero

ahora se preguntaba si ambos no habían pagado un precio demasiado alto. No se trataba de que intentase compensar los tiempos perdidos, sino de la deprimente serie de citas de una sola noche que la habían quemado emocionalmente. Precisamente, los únicos hombres lo suficientemente seguros de sí mismos que le preguntaban si quería salir eran otros atletas, pero la mayoría de ellos estaban totalmente absortos en sí mismos y eran incapaces de estar a su altura intelectual; la única excepción había volado como polvo gris en el World Trade Center. Nunca podría mirar aquellas imponentes nubes de polvo asaltando los cañones del bajo Manhattan sin pensar en él, como parte del inmenso e irritante fantasma que se había llevado tantas esperanzas y sueños.

El teléfono sonó. Maldiciendo entre dientes, Lara cerró el agua y caminó rápidamente hacia la extensión de su cabina. La pantalla ID de la llamada mostraba el número de móvil de Ismail.

–¡Ismail! – dijo ella, alzando el receptor-. Estaba preocupada.

–No tanto como deberías estar -su voz era sombría. La conexión se hizo más confusa por la estática.

–¿Dónde estás? – preguntó Lara.

–Dirigiéndome a La Jolla -dijo con el tono debilitado por un *crescendo* de estática.

–Tan pronto como obtuve los resultados iniciales supe que necesitaría desarrollar más trabajo, pero creo que me vigilan de cerca en el laboratorio. Sé que no puedo hacerlo allí; por lo tanto, he conseguido que el Institute Scripps me ayude un poco.

–¿Qué quieres decir?

–Los organismos que tu amigo envió contienen bases de ADN artificiales.

–¡Dios mío!

Un prolongado silencio roto por el ruido de la estática en la línea llenó el auricular.

–Sí -dijo Ismail al fin.

El código genético completo de la vida está escrito por cuatro bases de ADN, adenina, guanina, citosina y timina, todas encadenadas billones de veces como cuentas en la doble hélice de ADN. Cada serie de tres bases, junto con la cadena de ADN, forma un codón que es específico para uno de

los veinte aminoácidos que, con poquísimas excepciones, son usados por todos los seres vivos desde la levadura a los seres humanos.

Un gen no es más que una cadena de codones de tres bases que le dice a la célula cómo unir los aminoácidos correspondientes en una proteína útil. Una célula que une una proteína de ADN, por ejemplo, sabría que cuando se encuentra el codón CAT, debe colocarse en un aminoácido histidina, codificado TGG para triptofán y TAG sería como el punto al final de una frase, marcando el punto final de la proteína.

Las dos hélices de ADN se mantienen unidas por vínculos entre bases específicas; la adenina siempre se empareja con una cadena de la hélice con otra de timina, y la citosina con guanina. Pero a causa de que sólo hay cuatro bases en el ADN, ello restringe el número de aminoácidos que una célula puede utilizar para fabricar proteínas. El ADN sintético, tal como innovaron los científicos en el *Scripps Research Institute y Cal Tech*, incorpora dos nuevas bases de ADN que pueden incorporarse al ADN y ampliar la gama de aminoácidos que se pueden formar.

Eso permite la producción de proteínas que nunca antes se habían producido en el organismo.

–¿Entonces, qué es lo que tenemos? – preguntó Lara-. Apostaría por xantosina fosforamidita en una de las bases.

–Sí, pero la otra es un verdadero misterio -continuó Ismail-. He buscado todas las isóteras no polares de timina posibles pero sin ningún resultado.

–¡Dios mío, Ismail! ¡Eso significa que puede ser uno de los míos! Sabes tan bien como yo que la forma molecular es más importante que el hidrógeno que se adhiere para pegar las dos cadenas de ADN con los pares C-G y AT. Por esa razón creé aquella serie de bases de ADN sintético para las terapias genéticas.

–Podría ser una de las tuyas -dijo Ismail, arrastrando las palabras-, pero recuerda que otros también trabajan en el ADN sintético, por lo tanto, cabe la posibilidad…

–No creo que sea una coincidencia -le interrumpió Lara-. Aparece un ADN sintético desconocido en una muestra de un patógeno de Tokio, precisamente cuando me dan la patada de mi propio laboratorio…, y esto se presenta después de que la compañía sea comprada por un multimillonario japonés, cuyos cuarteles generales están en Tokio.

–Estoy de acuerdo contigo. Pero aún hay algo incluso más preocupante -dijo Ismail.

–Casi cuesta creerlo.

–Todas las moléculas citosina en los pares C-G que se unen en el patógeno están mediadas.

–¡Oh, no! – Lara se apoyó en la mampara-. Ismail, recuerda, cuando la citosina y la guanina se emparejan en seres humanos, la citosina casi siempre tiene un grupo metilo vinculado.

–Lo sé, lo sé -dijo Brahimi.

Pero Lara continuó, pensando en voz alta.

–Ese grupo metilo tampoco está en los mismos enlaces C-G de las bacterias y otros patógenos humanos. Esa secuencia C-G permite que el sistema inmunitario se grabe en las secuencias no metiladas y lanzar una respuesta inmunológica generalizada que es la primera línea de defensa del cuerpo.

Hizo una pausa para pensar en lo que acababa de decir. El impacto la obligó a sentarse antes de que pudiese hablar de nuevo, pero esta vez lo hizo con un raro susurro, en voz baja, impropio de ella.

–Dios mío, Ismail, un patógeno sin citosina metilada en sus secuencias C-G sería como una bomba furtiva capaz de lanzar un ataque sin que reaccionasen las primeras líneas de defensa.

–Por esa razón te he llamado enseguida y he tomado el primer vuelo que he podido a San Diego. Allí hay media docena de personas que estudiaron con becas de GenIntron y utilizaron nuestros laboratorios.

–¡Cielos, Ismail! Qué sucedería si han unido nuestro proceso para la activación de secuencia étnica y en lugar de aplicarla a la terapia la han vinculado a una enfermedad sintética y mortal.

–Rezo para que no sea el caso.

–Necesitaremos algo más que oraciones -dijo ella-. Si se trata de patógenos sintéticos significa que el cuerpo humano no puede combatirlos, no puede producir anticuerpos.

–Si Dios quiere podremos hacer algo al respecto.

La llamada se cortó súbitamente con una tormenta de estática.

–¿Ismail? ¿Ismail? – Lara no oía nada, tan sólo se escuchaba el ruido de la estática.

–¡Maldición! – exclamó, golpeando el teléfono contra el receptor. Seguidamente fue al ropero a buscar ropa.

Luchando contra el negro y profundo terror que crecía pesado como una piedra en lo más profundo de su vientre, Lara se vistió rápidamente con unos pantalones cortos y una camiseta de la maratón de Washington. Ismail seguramente volvería a llamarla para decirle que había llegado a Scripps, y contactaría con ella cuando tuviese más información.

Lara, entonces, se dirigió rápidamente a la estación de navegación y buscó el número de teléfono de Jim Condon en el bloc de notas que tenía allí. Marcó el número de teléfono, pero no obtuvo respuesta.

Capítulo 13

A las dos de la madrugada, las calles del distrito Kabukicho de Tokio aún estaban atestadas de juerguistas que disfrutaban bajo el resplandor de las luces de neón, buscando diversión, suerte, música, intoxicación, cine, sexo. Situado al noroeste de la estación de tren de Shinkuku y a menos de mil metros de los Jardines Reales, el distrito de Kabukicho latía cada noche hasta que el sol naciente limpiaba las calles y enviaba a los *sararimen* a sus oficinas, que se arrastraban por las calles con los ojos enrojecidos, adormilados, exaltados, nerviosos y oliendo a spray para el mal aliento.

Una discreta limusina oscura se detuvo y aparcó en doble fila en el bordillo, al lado de un Mitsubishi que llevaba una calcomanía «Honra a los guerreros de la Gran Guerra del Pacífico». Los coches aparcados delante y detrás de éste también lucían esas pegatinas.

A la vista del vehículo aparcado en doble fila, un policía que lucía guantes blancos de algodón, salió de su *koban* y se dirigió hacia la limusina, haciéndole señales con las manos para que se moviese antes de que bloquease el tráfico.

Al acercarse, vio a dos hombres corpulentos, altos, vestidos con trajes negros, obviamente guardaespaldas, que salían de la parte delantera de la limusina. Uno abrió la puerta trasera. El joven que salió de ella le pareció vagamente familiar al policía. Cuando Tokutaro Kurata salió del vehículo, el policía se detuvo en seco. Permaneció allí, medio embobado, mientras el séquito se acercaba. Kurata y el joven caminaban uno junto al otro, con un guardaespaldas delante y otro detrás. El policía se inclinó profundamente cuando pasó Kurata.

–Haces que me sienta orgulloso de ti -dijo Kurata a Akira Sugawara, mientras pasaban junto a una puerta de la que escapaban los estallidos de los frenéticos sonidos y los destellos de las máquinas *pachinko.* La nariz de Kurata se frunció como si hubiese olido algo desagradable. Las salas *pachinko* estaban dirigidas por coreanos.

–Gracias, tío. He tenido un buen maestro -replicó Sugawara.

Kurata sonrió. Tardarán meses en desentrañar el acuerdo que acaban de suscribir.

–Sin duda -asintió Sugawara, pensando en los cinco norteamericanos que acababan de dejar en su hotel, después de una velada de comida y bebida.

Aquellos estadounidenses eran los propietarios de una gran compañía de software que le habían pedido a Kurata que les ayudase a penetrar en el mercado japonés mediante una *joint venture* que podía burlar las «inspecciones de garantía de calidad» que el gobierno japonés había utilizado durante más de veintiún meses para evitar la venta de su producto.

–Tienen una buena compañía -dijo Kurata, mientras atravesaban el fragante humo *hibachi* del *yakitori* de un tenderete de la acera-. La quiero.

-*Hai,* Kurata-*sama*.

–Consíguela de la forma habitual. Haz que se desesperen y luego la venderán a un precio ventajoso para nosotros.

-*Hai.* Sugawara sacó una pequeña agenda del bolsillo de la chaqueta de su sencillo traje azul marino y garabateó una anotación.

–Europa es una boutique; Estados Unidos, una granja.

Tomamos lo que queremos y les dejamos lo que nosotros queremos que tengan.

-*Hai.*

Caminaron en silencio unos minutos más, a través de un grupo de jóvenes, que se comían con los ojos un escaparate de un *Nopan kissa;* «orgasmo pero no coito», rezaba el cartel del *coffee shop* erótico.

Pasaron por otros ejemplos de la próspera industria de la eyaculación del distrito: salas de *striptease*, salones rosas, baños turcos, clubes de citas, salones de masajes, prostíbulos, espectáculos de enemas en escena, actos sexuales en vivo, e incluso *sekuhara,* donde mujeres vestidas de empleadas de oficina, aceptaban dinero de hombres que pagaban para acosarlas y, por más yenes, acostarse con ellas.

Intercalados con los negocios de la industria rosa había restaurantes, bares, teatros, cines, tiendas, clubes de música, todo ello legal, salas de juegos de vídeo que retumbaban con truenos digitales y tiendas de comestibles abiertas toda la noche. Sugawara se fijó en que muchos umbrales de los locales tenían un pequeño montón de sal, un ritual de purificación para limpiar a sus moradores.

Al pasar junto a otro *Nopan kissa,* Kurata miró adentro y resopló desdeñosamente.

–Éste es un buen lugar para una mujer. Las mujeres son agujeros que deben ser rellenados para producir hijos -dijo, citando un antiguo proverbio japonés.

-*Hai* Sugawara se sintió sucio por no haber mostrado su desacuerdo.

Kurata asintió sabiamente.

–Pero recuerda -se detuvo abruptamente y se dio la vuelta para ponerse frente a su sobrino.

Sugawara avanzó medio paso, se detuvo y se inclinó ante su tío. Delante y detrás, los guardaespaldas se detuvieron al instante, a media zancada.

–Recuerda -Kurata resumió en un tono de complicidad-, que no importa cuánto placer lleguen a darte, nunca confíes en ellas; nunca confíes en una mujer, ni siquiera aunque te haya dado siete hijos -citó otro viejo proverbio japonés.

-*Hai* -Sugawara se inclinó profundamente para que Kurata no viese el rechazo en su rostro y agradeció que estuviese oscuro.

Continuaron su paseo en silencio, y doblaron una esquina que daba a un estrecho callejón. Era aún más oscuro que la calle principal, pero una intensa luz brillaba, a mitad de camino, iluminando los caracteres *kanji* que identificaban el restaurante al que se dirigía Kurata, que mantenía sus compromisos incluso si tenían lugar a las dos de la madrugada.

Cuando Sugawara estuvo seguro de que su tío había terminado de hablar, al cabo de un momento dijo:

–Me pidió que me ocupara del tema de la mujer, Blackwood.

-*Hai* -replicó Kurata-, aquí tienes a una mujer que hubiese sido mejor que hubiese puesto su coño a trabajar y no su cerebro.

Sugawara sintió que se le encendían las mejillas. Tragó saliva y permaneció en silencio hasta que Kurata habló de nuevo.

–Dime.

–Los controles en su teléfono indican que su amigo, Ismail Brahimi, es hábil y se ha llevado las muestras de Tokio para que sean analizadas en el Instituto Scripps -dijo Sugawara.

Kurata frunció el ceño.

–Esto es lo más desafortunado que podía suceder. Caminaron una docena de pasos en silencio.

–¿Tenemos efectivos allí?

–Lo siento Kurata-*sama*, pero esta vez no. Kurata alzó una ceja e hizo un sonido de succión con los labios.

–Entonces nos quedan pocas alternativas -dijo finalmente-. Debes ponerte en contacto con Sheila Gaillard para que se ocupe inmediata y definitivamente de Blackwood, Brahimi y su contacto en Scripps. Tanto Blackwood como Brahimi tienen intelectos brillantes y poderosos, pero no pueden continuar brillando, si ella continua siendo nuestro enemigo, *¿neh?*

–Como usted desee -dijo Sugawara. Apartó la cara para que Kurata no viese la expresión de enfado y repugnancia en su rostro, que no podría ocultar tras ningún intento de disimulo. Era una pérdida indescriptible para la humanidad asesinar a un brillante premio Nobel y a una mujer que estaba en camino de ganar otro. Sugawara inspiró profundamente en silencio y contuvo el aliento para calmarse.

–Excelente… -dijo Kurata, dejando el final de la palabra con una entonación tal que Sugawara supiese que aún no había terminado de hablar, sólo estaba pensando.

–Toma nota.

Sugawara asintió con la cabeza.

–Tal como tú y yo hemos hablado otras veces, los accidentes atraen menos la atención hacia nosotros que algo que parezca un crimen. Hay mucha gente que puede matar, puesto que es algo que requiere muy poco talento. Pero la señorita Gaillard ha estado a mi servicio durante tanto tiempo porque su genio reside en saber preparar accidentes que son invariablemente fatales. Dile que se asegure que esta vez no sea la excepción.

-*Hai*, Kurata-*sama*, reconoció Akira mientras tragaba la amargura que subía por su garganta.

A medida que se acercaban al restaurante, se podían escuchar los cánticos del interior, canciones con una cadencia marcial, cantadas a voz en

grito por hombres cuyo fervor por la letra excedía con mucho su talento con la melodía. Era un bar de canciones militares, donde los hombres de negocios japoneses vestidos con viejos uniformes militares sujetaban espadas a sus cinturones y posaban para hacerse fotografías delante de escenas pintadas de la Segunda Guerra Mundial. Eran los fieles seguidores de los planes de Kurata para *hakko ichiu.* La frase había definido el objetivo de Japón en su agresión en la Segunda Guerra Mundial, y ahora volvía de nuevo con sus planes depredadores, utilizando el dinero y el comercio como armas.

Los fragmentos de las palabras resonaban por el callejón.

Sonno significa literalmente «venera al emperador»; *joi,* «expulsa a los extranjeros».

Sugawara recordó la letra de la canción, palabras que su padre y su tío le habían enseñado. Escuchó los fragmentos de música y acabó de completar las palabras que le fallaban de memoria; sabía la parte sobre *junshi*, el honor del samurái de seguir a su señor hasta la muerte, y la gloria de *junshi* al servicio de *Sanshu no shinki,* «el espejo, la espada y la joya de la insignia imperial».

Sugawara había estado en cientos de bares de éstos desde Kyushu a Hokkaido, siempre con Kurata, siempre permaneciendo apartado, al margen, mientras el público trataba como un personaje al «defensor de Yamato», como un mesías contemporáneo. Siempre se sorprendía de los jóvenes que eran la mayoría de los participantes; casi todos tenían la edad de Sugawara, y eran por lo tanto demasiado jóvenes para haber desempeñado algún papel en la Guerra del Pacífico, muchos de ellos ni siquiera habían nacido entonces.

De vez en cuando, Sugawara reconocía incluso a un oficial o un soldado raso que había servido en las Fuerzas de Autodefensa y, ocasionalmente, a algún profesor de sus días en la Academia de Defensa Nacional. Quedaba perplejo al ver como estos jóvenes cantaban lo más fuerte que podían, mientras las palabras se deslizaban por las pantallas de televisión, y vitoreaban con la mayor intensidad posible cuando los viejos documentales mostraban escenas de victorias japonesas.

«En el sacrificio está nuestra alegría» rezaban las palabras de la canción del bar; «no hay mejor recompensa que una muerte gloriosa».

Sugawara pensó que éstos eran el equivalente japonés de los jóvenes neonazis alemanes, cabezas rapadas, pero en lugar de suprimir el movimiento, el gobierno japonés fomentaba los bares de canciones militares, y promovía las asociaciones como una forma de que los jóvenes hombres de negocios y los burócratas hiciesen alianzas que podrían impulsar sus carreras. Su uniforme no era la cabeza rapada, sino el traje de negocios; sus armas no eran los clubes y los agitadores sino el yen, el *zaibatsu,* la burocracia. Sin embargo, compartían los mismos enemigos, los judíos, los extranjeros y otros que no actuaban, parecían o pensaban igual que ellos.

Para estos samuráis *sarariman,* la guerra no sólo no se había terminado, sino que continuaba, y esta vez la estaban ganando.

«Toda la gloria a *Yamato zoku»,* la raza japonesa. Las palabras se derramaban por el callejón y lo llenaban con una intensidad cada vez más emocional. «Toda la fuerza a *Yamato damashii,* el alma japonesa.» «Cien millones de corazones latiendo como uno solo.» Sugawara se encogió, intentando no oír las estrofas finales que ya había escuchado en su cabeza. «Puesto que somos el destino, la única, la *shido minzoku,* la raza principal».

Aunque a Sugawara le costase comprenderlo, el Jiminto -el Partido Liberal Democrático, que gobernaba en Japón- había tenido éxito en sus intentos para hacer resurgir el culto a la divinidad del emperador.

Aunque los ocupantes estadounidenses y la constitución que habían escrito para Japón prohibían el culto al emperador, no emprendieron ninguna acción cuando el Instituto Imperial se restableció y tampoco protestaron cuando, en 1960, el primer ministro Hayato Ikeda y su gabinete confirmaron la divinidad del emperador y el papel que el espejo sagrado, el *yata,* desempeñaba en la identidad japonesa.

A medida que Sugawara caminaba hacia el restaurante, escuchaba la letra con más claridad pero, de forma más intensa, escuchó la fe incuestionable que había tras las palabras. ¿Cómo era posible que tanta gente creyese de forma tan literal en la naturaleza divina de un hombre, tan sólo un hombre? En 1973, la nación celebró otro ritual prohibido por los norteamericanos, el *kenjinogodoza,* el culto a otras dos insignias imperiales, la espada y las joyas.

Cuatro años después, el emperador Hirohito se retractó de las palabras que había pronunciado en 1946, palabras exigidas por los victoriosos

estadounidenses, en las que renunciaba a cualquier reivindicación de divinidad.

Además, estaba el santuario Yasukuni, donde todos los caídos japoneses de la guerra, seguramente incluyendo criminales de guerra tan malvados como los peores nazis de Alemania, eran adorados como dioses. El santuario estaba legitimado por las visitas que recibía de cada primer ministro, ministro de gabinete y ocho millones de personas al año.

Todo ello enfurecía a Sugawara. ¿Por qué los japoneses estaban tan dispuestos a ser liderados por mentirosos y farsantes?

Kurata se detuvo de pronto y puso una mano sobre el hombro de Sugawara.

-*¿Hai?* Kurata-*sama* -Sugawara se detuvo.

–He estado pensando, justo ahora. Parece como si estuviésemos en el proceso de erradicar muchas de las espinas que nos han estado pinchando desde el pasado durante semanas y meses.

Kurata hizo una pausa y miró pensativamente a su sobrino. Sugawara sabía por experiencia que debía permanecer callado y ser paciente. Su tío asintió ligeramente para sí y continuó.

–Nosotros, con esto quiero decir los japoneses patriotas y no sólo Daiwa Ichiban, durante años nos hemos sentido acosados por los esfuerzos de una organización conocida como *Shinrai,* que ha intentado ponernos en situaciones embarazosas por nuestro heroísmo en la Gran Guerra patriótica.

-*¿Shinrai*, la Verdad?

–Sí. Son una banda disoluta de descontentos y gente emocionalmente perturbada, fanáticos en realidad, que tienen procesos entablados contra las grandes compañías que hicieron que nuestro esfuerzo de guerra fuese posible. Han removido sentimientos e incluso han provocado a los chinos a emprender ciertas acciones que nos afectan a nosotros y nuestro gran país.

Hizo otra pausa y ladeó la cabeza hacia las canciones que surgían del interior. El viento removía su abrigo como si fuese un carterista.

–Creo que ha llegado el momento de que empecemos a eliminar a esos cerdos insignificantes -continuó-, para detener sus mentiras y bloquear sus esfuerzos. En mi despacho hay un expediente que deseo que leas y lo discutas con la señorita Gaillard, se trata de un programa para su neutralización.

-*Hai,* Kurata-*sama*.

Kurata asintió, luego atravesó con decisión la puerta abierta del restaurante. Sugawara lo siguió y los guardaespaldas siguieron a Sugawara. Permanecieron en la entrada, en una zona de la recepción débilmente iluminada, sobre todo por las brillantes luces que se escapaban por la puerta abierta del bar principal, donde una canción estaba desgranando sus notas finales.

Allí se encontraban dos hombres, uno junto a otro, de pie, mirando hacia el salón principal.

–Te lo dije, tenemos que hacer algo -dijo un hombre bajo muy delgado, sosteniendo un montón de menús impresos con la mano-. Asumirán el poder a menos que un nuevo viento divino llegue y los barra bien lejos.

Sugawara miró a su tío e hizo un gesto con la mano para preguntarle a Kurata si quería que interrumpiese a los dos hombres, para anunciar su presencia. Kurata movió la cabeza e indicó que no lo hiciese moviendo su dedo índice.

–¡Ese bastardo comunista debería ser asesinado! Imagina, el primer ministro disculpándose por la Gran Guerra patriótica -dijo el segundo, un hombre corpulento y gordo, que Sugawara reconoció por las fotos de los periódicos como el propietario de un estadio de sumo y miembro del Diet, del partido ultrapatriótico de Kurata.

–Al menos nos mantenemos firmes en el Diet -resopló el hombre delgado-. ¿Qué vas a hacer con esos procesos? Los coreanos, los norteamericanos, los holandeses, todos los apestosos *gaijin* están presentando demandas de indemnización.

–Cambiaremos las leyes que les dan fundamentos. Además, ningún juez japonés fallará a favor de esos piojos -dijo el hombre gordo.

–Y los que lo hagan -hizo el gesto de cortarse el cuello con un dedo.

–Todo eso está muy bien -insistió el hombre delgado-. Pero he oído que también están presentado demandas contra empresas y corporaciones. Creen que los *zaibatsu* pueden pagarles con gestos de relaciones públicas, algo para evitar empañar sus reputaciones y sus ventas, en especial en Corea y China.

El hombre gordo se encogió de hombros.

–Deben hacer lo que deben hacer. Sólo podemos facilitarles el camino que elijan.

El hombre delgado miró detrás de él y vio a Kurata allí, esperando.

–¡Kurata-*sama*! – dijo el hombre delgado y dejó caer los menús al suelo.

Se inclinó con una profunda reverencia. El hombre gordo le imitó; Kurata, Sugawara y los guardaespaldas devolvieron los saludos, todos con el grado correspondiente relativo a su situación.

–Nos sentimos muy honrados; sus seguidores están ansiosos de verle.

Un murmullo de conversación llenaba el salón principal después de que finalizase la última canción. El hombre delgado dio un puntapié a los menús tirados por el suelo para apartarlos del paso, y condujo a Kurata dentro de la habitación, donde más de doscientos hombres estaban sentados, bebiendo y fumando.

El propietario no tuvo que decir ni una palabra; la gente que estaba más cerca de la puerta reconoció a Kurata e, inmediatamente, creció el silencio mientras se inclinaban profundamente. En unos pocos segundos, en toda la habitación reinó un silencio sepulcral. Kurata se inclinó; Sugawara y los guardaespaldas también se inclinaron. Sugawara miró por toda la sala y, de nuevo, le impactó lo joven que parecía el público. La nueva progenie se alimentaba de una ideología del pasado, dando nacimiento a lo que había sido abortado antes de que la generación anterior pudiese alcanzar el éxito. Aquí y allí, Sugawara vislumbró retazos de un color que le era familiar, el azul grisáceo de las Fuerzas de Autodefensa terrestres, uniformes de trabajo caqui de las FAD de la Marina, y el azul claro de las FAD Aérea. Entre las FAD de Tierra vio un arco iris de ribetes de uniformes que identificaban a los hombres de infantería -ribete rojo-, las unidades blindadas -amarillo- y los aerotransportados -blancos-. Rezó una oración en voz baja de agradecimiento, porque no reconoció ninguno de los rostros allí presentes. Mientras Akira escaneaba las mesas, su vista se fijó en los restos que quedaban de la anterior generación; una mesa en la que había seis ancianos entrecanos consumidos, sentados a la cabeza, en la sala, en su lugar de honor; eran los restos del *Seikonkai*, la Asociación del Espíritu Perfeccionado. Eran los más activos de los grupos de veteranos desde la década de 1960, cuando toda la supervisión norteamericana se desvaneció, hasta la de 1980, cuando las muertes se hicieron cada vez más frecuentes.

Los *Seikonkai* recibían honores del gobierno de Tokio, eran recompensados con los más altos honores y se les concedieron los más altos respetos por parte de las organizaciones cívicas.

El *Seikonkai* fue fundado por el doctor Shiro Ishii y estaba compuesto exclusivamente por veteranos de la infame Unidad 731. Era, pensaba Sugawara, como si Josef Mengele y sus subordinados hubiesen sido reconocidos como héroes por los alemanes modernos, honrados con discursos de Bonn, Berlín o cualquier otra ciudad.

–… de estar aquí esta noche -Kurata ya había empezado a hablar.

Sugawara se concentró en las palabras de su tío, aunque las había escuchado mil veces.

–Vosotros sois el filo de la espada de Yamato -decía Kurata-, la primera y más valiosa línea de defensa contra los *gaijin* y aquellos de nuestro propio pueblo que hacen el juego a los *gaijin y* destruyen nuestra cultura única. Puesto que nosotros no somos solamente una nación, sino una única tribu unida por nuestro antepasado común, el gran Jimmu. Somos la raza más pura de la Tierra, la raza más pura que el mundo haya conocido jamás, o incluso que conocerá, porque las otras razas han contaminado sus líneas de sangre con genes inferiores. Somos fuertes porque somos puros; igual que los cortes del láser porque su luz es completamente pura, somos fuertes y nos impondremos gracias a la pureza de nuestra sangre. Sentimos como uno, creemos como uno, actuamos como uno -su voz se elevó-. ¡Nosotros somos uno! ¡Nosotros somos Yamato!

El público bramó.

Kurata permaneció allí, erguido, con una adusta sonrisa de satisfacción en su rostro. Asentía con la cabeza mientras la asamblea aplaudía.

–Debemos recordar que estamos en guerra contra el mundo que quiere manchar nuestras manos y nuestra sangre -continuó Kurata, mientras en la sala se hacía de nuevo el silencio.

»Somos un pueblo divino, ¿por qué sino el kamikaze, el viento divino, nos habría salvado tantas veces, habría mantenido la inmundicia alejada de nuestras costas? ¡Porque estamos bendecidos! ¡Estoy convencido de que el kamikaze vendrá de nuevo para barrer y limpiar la inmundicia y desterrar a nuestros enemigos!

De nuevo, hizo una pausa para que el público pudiese vitorearle.

–Todos debemos hacer nuestra parte para ganarnos la intervención divina. Tenemos que luchar, no debemos ablandarnos, no debemos transigir. Todos debemos recordar las palabras de nuestro amado *Showa Tenno,* el emperador Hirohito, que pronunció con motivo de su ochenta y cinco

cumpleaños. Aquel día, después de estar en íntima comunión con los espíritus del santuario Yasukuni, explicó a la nación que cuando llegue el día que Japón se alce de nuevo en guerra contra el mal que se despliega contra nosotros, los espíritus de Yasukuni se alzarán con su ejército divino.

Un silencio sepulcral llenó la sala cuando Kurata bajó la voz.

–Vosotros sois el ejército del emperador. *¡Banzai!* ¡Diez mil años de vida al emperador!

-*¡Banzai!* -secundó la multitud, una y otra vez como balas de mortero explotando.

Akira Sugawara estaba atónito ante el hecho de que unos simples sonidos pudiesen ser tan dolorosos.

Capítulo 14

El tráfico de las últimas horas de la mañana avanzaba fluido y recorría la avenida Pennsylvania y la intersección con la calle Dieciséis, justo al oeste de la Casa Blanca. Lara Blackwood estaba junto a las ventanas del quinto piso del edificio de la intersección, en la oficina que hacía esquina en el New Executive Office Building, y observaba la parte superior de los coches, los taxis y los autobuses que se movían al compás silencioso del metrónomo del semáforo. Como un tic nervioso, su muñeca derecha parecía alzarse y girar de motu propio, llevándole el reloj a la altura de sus ojos.

–¡Maldición! – murmuró de nuevo.

El tiempo transcurría más lento que los continentes empujados por la corriente; la interminable noche se había convertido en una mañana interminable. Bostezó, se cubrió la boca, se frotó los ojos cerrados un momento, y luego los abrió, casi esperando despertarse de una pesadilla.

Justo antes del amanecer se había quedado dormida con un sueño inquieto, después de trazar un esbozo de las alternativas que tenía y repasar con cuidado los recursos que podía utilizar contra Kurata. Había hecho una lista de las personas y las agencias que no controlaban Kurata o la Casa Blanca, y señaló aquellas en las que podía buscar protección. Era una lista deprimentemente corta.

Apartándose ahora de la ventana que daba a la avenida Pennsylvania, Lara se dirigió a la mesa de su despacho y bebió otro sorbo de café. Estaba frío; hizo una mueca y vació el contenido de la taza, en espera de que la cafeína la ayudase a librarse de la persistente sensación de surrealismo que

había planeado sobre ella desde el momento en que Kurata salió del Salón Azul. Se sentía distante, como si estuviese flotando en algún punto brillante, sobrenatural, como si no estuviera dentro de sí misma y pudiese verse como observador y al mismo tiempo observada.

No sabía qué hacer, cómo sentirse. Su padre había sido un hombre sorprendentemente inteligente, físicamente imponente y emocionalmente reservado.

Era un hombre solitario, con pocos amigos, y la convicción de que era mejor confiar en uno mismo. Y había educado a su única hija de la misma forma.

Se dio cuenta de que no tenía amigos de confianza a los que acudir, aparte de Ismail.

Entonces se sentó en la mesa de su despacho que daba a la calle de la Casa Blanca. Deseaba desesperadamente que hubiese alguien a quien pudiese pedir ayuda, que la protegiese. Ella nunca se había enfrentado con la Casa Blanca antes, y tampoco con un *zaibatsu.* Un gigantesco conglomerado global como Daiwa Ichiban tenía recursos casi inimaginables, y estaba libre de ataduras tanto legales como éticas.

Un golpe en la puerta la sobresaltó.

–¿Sí? – preguntó Lara-. Adelante -dijo, pasando la página del cuaderno que tenía encima de la mesa, para dejar una página en blanco.

La puerta se abrió.

–Acaba de llegar esto -la secretaria de Lara, Sandra Robinson, le alargó un sencillo sobre de papel manila mientras se dirigía a la mesa de Lara. Era una mujer pulcra, sencilla, que tanto podía tener treinta y cinco como cincuenta y cinco años; siempre vestía un jersey, una blusa y una falda, hiciese la temperatura que hiciese. Sandra Robinson había servido eficientemente a un flujo continuo de nombramientos de la Casa Blanca, y pensaba que su falta de opiniones políticas era su mayor virtud.

–Por correo -dijo mientras lo dejaba sobre la mesa del despacho de Lara-. Lo han pasado por rayos X, está correcto.

–Gracias -dijo Lara, mientras tomaba el sobre.

Sandra miró la taza de café de Lara.

–Tengo café recién hecho; ¿le apetece un poco más?

Lara negó con la cabeza.

–No, gracias.

La secretaria cerró la puerta tras de sí. Lara observó el sobre con su nombre y la dirección de su oficina escrito con claridad en una sencilla etiqueta blanca, sin remitente. Deslizó el dedo índice bajo la solapa del sobre y lo abrió rasgándolo.

El sobre contenía la portada de un periódico limpiamente recortada, de un tabloide japonés y una sola hoja de papel de carta normal, sin encabezado o cualquier otra marca distintiva. Con creciente ansiedad, Lara desplegó el periódico. Le costó un poco reconocer que la gran foto de la primera página era la de una rata grande, dándose un festín con una cabeza humana decapitada.

–¡Dios mío! – la apartó de un empujón del escritorio y se levantó, dándole la espalda a la grotesca imagen.

Las náuseas se retorcieron en su estómago y, poco a poco, fueron reemplazadas por fríos nudos de temor cuando, lentamente, descifró los destacados caracteres *kanji* de los titulares: «Doctores del ejército norteamericano asesinados; la policía cree que se trata de deudas de juego con la Yakuza».

Forzó la vista para apartar los ojos de los titulares y mirar de nuevo la foto y el pie de foto. «La cabeza decapitada del doctor en medicina del ejército de Estados Unidos, James Condon, fue descubierta por los basureros en un callejón que atraviesa un conocido sector de comercio de mala reputación. Su cuerpo fue descubierto por los alrededores, junto con el cuerpo horriblemente mutilado de otro doctor en medicina norteamericano, Denis Yaro».

Lara agarró el periódico de mala manera y le dio la vuelta.

–¡Dios! – sus labios se movieron silenciosamente-. ¡Dios mío!

Lara se sintió como si un camión la hubiese atropellado; se sentó entre convulsiones que sacudían su cuerpo, agarrándose a los apoyabrazos de su sillón, luchando contra las náuseas que subían por su garganta.

Frenéticamente repasó el sobre y con rapidez examinó las hojas de papel de nuevo para ver si había algún indicio de quién lo había enviado.

Después de largos segundos, se dio cuenta de que el papel de carta que había llegado con el sobre contenía una traducción en inglés del artículo, esmeradamente adjuntada, de manera que no se perdiera la traducción de una sola palabra.

Deseaba que sus manos no temblasen y apremió a su corazón para que dejase de latir en su garganta y regresase al pecho, mientras alzaba su teléfono móvil y marcaba el número del teléfono móvil de Ismail Brahimi. Sonó cuatro veces, luego escuchó el buzón de voz.

–Ismail, ten cuidado. Ve con muchísimo cuidado. Jim Condon y Denis Yaro han muerto. Un periódico japonés dice que fueron asesinados por deudas de juego, pero yo no creo ni una palabra.

Lara se sentó muy quieta y cerró los ojos, se concentró en su respiración e intentó sofocar la electricidad que crepitaba por cada centímetro de piel de su cuerpo. Al cabo de un momento, cada inspiración se hizo más profunda y regular; su corazón y sus pensamientos se regularizaron y sintió la profunda y centrada calma que la mantenía firme cuando las tormentas y los fuertes vientos la golpeaban cuando estaba en la cubierta de su navío. Alguien estaba intentando asustarla. ¿Quién? Ella sabía que sólo podía ser Kurata. Y si no podía asustarla, ¿se atrevería a ir más lejos? ¿Había sido él el responsable de las muertes de Jim y Denis? ¿Iría tras ella y sería la siguiente? ¿Qué tenía que ver el presidente con todo esto? ¿Simplemente le había prestado la Casa Blanca a Kurata para sus propósitos secretos particulares, porque le proporcionaba tantos contribuidores ricos a la campaña o estaba implicado en el asunto el Despacho Oval? Las preguntas se enlazaban unas con otras formando un enmarañado caos de duda e incertidumbre.

Lara alargó la mano, alzó el teléfono y marcó el número directo de Peter Durant. Contestó su buzón de voz.

–¡Maldición!

Marcó su móvil y obtuvo el mismo resultado.

–Peter, soy Lara. Llámame lo antes posible. Es una emergencia.

Por un momento consideró bajar al túnel bajo la avenida Pennsylvania hasta la Casa Blanca y localizarle. La conversación con Kurata le vino a la memoria y analizó mejor todo lo que habían dicho.

Cogió su cuaderno, pasó las hojas hasta llegar a la última página y leyó su plan de acción.

Tenía que hacer efectivas algunas acciones de GenIntron y añadirlo a las provisiones de a bordo que guardaba para los días difíciles. Después tenía que comprar municiones frescas. Eso era evidente. Había atravesado muchos lugares del Caribe e Indonesia donde la piratería era muy común, y

por ello transportaba un arsenal de armas sólidamente seleccionado que, de forma rutinaria, disparaba por el Potomac en Arlington. Pero no importaba lo buena que fuese el arma de fuego, las municiones viejas podían deteriorarse y atascar las armas automáticas o, simplemente, no dispararse. Por supuesto, debía ir a Virginia para obtener la munición, puesto que todas las armas que tenía encerradas bajo llave en su barco eran ilegales en el distrito. A pesar de las bienintencionadas leyes sobre el control de armas, los criminales conseguían las armas que querían mientras que los ciudadanos honrados estaban desnudos y desprotegidos.

Capítulo 15

Lara sacó su todoterreno Suburban del aparcamiento subterráneo del New Executive Office Building. Esquivando a un sintecho que arrastraba tres carros de la compra repletos, atados uno tras otro como un tren, acercó el gran vehículo blindado al flujo de renuente tráfico, que se movía dando bandazos, y se dirigió a Arlington por el puente Memorial. Condujo con habilidad por el confuso laberinto de calles bloqueadas y de un solo sentido, que habían sido cerradas o redireccionadas para evitar ataques terroristas en la Casa Blanca, esquivó un maltrecho taxi blanco que se saltó un semáforo en la calle G y evitó un *skater* que cruzó la calle disparado sin mirar.

–Darwin te recibirá con los brazos abiertos, imbécil descerebrado - murmuró mientras miraba al ocupante del monopatín, vestido con un gorro de punto y ropas anchas, bajando a toda velocidad en dirección contraria por el cruce de una calle de dirección única.

Mientras conducía, la mente de Lara trabajaba con intensidad, planteándose preguntas sin respuesta. Cada vez más, sin embargo, sus pensamientos empezaron a instalarse en órbitas caóticas alrededor de una cuestión profundamente inquietante: el trabajo de su vida, las ideas y los procesos que había creado para salvar vidas, habían sido convertidos en un arma mortal. La culpabilidad se instaló pesada y oscura en su corazón, mientras se preguntaba cuánto tardaría el mercado negro de tráfico de armas en incluir entre su arsenal viales de bombas genéticas junto con misiles Stinger, AK-47s y tanques de Napalm. No cabía duda de que, cuando las bombas genéticas se perfeccionasen y probasen ser efectivas, se venderían en el mercado abierto.

El vacío crecía en su interior cada vez más frío, más profundo, a medida que se daba cuenta de que, si se usaban con discreción, las bombas genéticas permitirían al agresor hacer la guerra sin que las víctimas se diesen cuenta de que habían sido atacadas, hasta que ya fuese demasiado tarde, si es que algún día llegaban a darse cuenta. En una era en la que emergían nuevas enfermedades como la fiebre Ébola o la bacteria estafilococo «comedora de carne», que ocupaban grandes titulares en los medios de comunicación, un ataque masivo con una bomba genética podría aniquilar furtivamente poblaciones enteras en un santiamén sin que se supiera quién había sido el causante.

–¡Dios mío! ¿Cómo ha podido suceder? – Lara se estremeció.

Pensando en ello ahora, con perspectiva, cada uno de los pasos seguidos, la fundación de GenIntron, la elección de la investigación, el baile financiero con el First Mercantil American Bank Trust que la había conducido a la crisis financiera que había desembocado en su venta a Daiwa Ichiban Corporation, que en su momento le pareció tan inocente y lógica, ahora resonaba con vibraciones siniestras. Ella había sentido aquellas vibraciones, pero había escogido ignorarlas; en realidad no había tenido elección si quería que su compañía sobreviviese.

Por fin, al llegar a la avenida de la Constitución puso el intermitente para girar a la derecha y entonces su teléfono móvil sonó. Esperaba contra todo pronóstico que fuese Ismail, sin embargo, sus esperanzas se desvanecieron cuando agarró con rapidez el teléfono de su bolso y lo descolgó.

–¿Lara? – era la voz de Peter Durant, cargada de preocupación.

Su corazón se hundió.

–Tengo que verte, Peter. Necesito hablar contigo.

Y le informó de las muertes de los dos doctores del ejército.

–No sé, parece que te estás preocupando por algo que parece un accidente -dijo Durant sin convicción.

–Si es así, entonces, ¿por qué alguien me envía los recortes e intenta asustarme?

La estática llenó su pensativa pausa.

–¿Has informado a seguridad de ello? El servicio secreto y el servicio de protección ejecutiva vigilan la Casa Blanca y sus edificios de oficinas.

–No -contestó Lara.

–¿Por qué?

Ella dudó antes de responder.

–Porque…, porque no estoy segura en quién confiar.

–Claro, pero ¿no pensarás acaso que el presidente tenga algo que ver con esto?

–Yo ya no sé qué pensar -replicó Lara, y luego describió su reunión con Kurata en la Casa Blanca.

–No sé. Simplemente creo que estás llevando esto demasiado lejos y que imaginas cosas sobre ese tema que no están justificadas -replicó Durant.

–Eso es porque tú prefieres no verlo, Peter -dijo ella, furiosa, cuando el semáforo cambió y la obligaba a girar-. ¡Eres igual que cada jodido tipo de esta apestosa ciudad, con esa visión de túnel moral que, convenientemente, borra de su mente cualquier cosa que no está vinculada a sus propios objetivos egoístas!

Los edificios del Departamento de Estado se alzaban a la derecha, mientras Lara daba la vuelta por el carril de la izquierda que la llevaría por la parte norte del Lincoln Memorial. De nuevo se preguntó dónde habían ido a parar los gigantes y los héroes de la nación.

–¡Eso es un golpe bajo, Lara! – Durant estaba furioso.

–Entonces, ¿no ves que Daiwa Ichiban compró GenIntron para poder conseguir las últimas piezas vitales que necesitaban para perfeccionar un arma genéticamente orientada? Lo que se dijo que era lepra coreana no es más que eso.

–¡Vamos, Lara! Creo que tienes una imaginación desbordante. No veo cómo puedes justificar la descabellada conclusión a la que has ido a parar.

–Está bien, hablemos.

–En la actualidad, las cosas son terriblemente difíciles -dijo de mala gana-, el presidente…

–¡Que se joda el presidente! – soltó Lara bruscamente-. Esto es importante, Peter.

–¡Estaaá bieeen! – Luego dudó-. Me reuniré contigo en mi despacho, a las nueve, mañana por la mañana.

–¿No podemos encontrarnos fuera de la Casa Blanca?

–Lara, en mi despacho a las nueve, mañana -dijo Durant duramente, luego colgó.

–Gilipollas -masculló ella.

Lara maniobró su Suburban directa al puente Memorial. Cuando por fin se dirigía hacia el sur por el paseo, hacia el Pentágono, intentó contactar con el teléfono móvil de Ismail de nuevo.

–Creo que seguramente obtendremos algunos resultados esta tarde -dijo Craig Bartlett mientras conducía con habilidad su desvencijado Volvo por el estrecho y serpenteante atajo de dos carriles, que se retorcía por las colinas entre La Jolla y Rancho Bernardo, justo al norte de San Diego.

Era un experimentado investigador de genética molecular en el Scripps Institute. Ismail Brahimi estaba sentado en el asiento del acompañante, a su lado, y su teléfono móvil empezó a sonar.

–¿Diga? – contestó-. ¿Diga? – el auricular crujió con la estática. Movió la cabeza y colgó el aparato.

–Aquí entre las colinas no hay mucha cobertura -dijo Bartlett.

Brahimi asintió.

–Gracias por la hospitalidad. Hubiese podido alojarme en un hotel.

–Sabes que no te lo habría permitido.

–Gracias -dijo Brahimi con una alegría que no sentía. Algo estaba terriblemente mal en las muestras enviadas de Tokio.

Bartlett bizqueó a causa del intenso sol que lo deslumbró al girar el volante a la derecha, a la izquierda, a la derecha de nuevo, conduciendo el Volvo por la estrecha carretera de asfalto, plagada de curvas sin visibilidad.

Después de que el coche hubiese pasado, tras él, un hombre con un casco en la cabeza y vestido con ropas color naranja del departamento de transportes de California salió de entre la artemisa y el seco chaparral y colocó una hilera de conos color naranja a través de la carretera. Después de regresar a la maleza, conectó el *walkie talkie* y dijo una sola palabra, «ahora».

La carretera se estrechó, y se hizo aún más tortuosa, mientras el Volvo se acercaba a la cima de las colinas que separaban la costa del área interior. Redujo una marcha para entrar en la curva muy cerrada que sabía que iba a llevarles hasta la cresta.

–¡Jesús! ¿Qué es esto? – gritó Bartlett al doblar la curva cerrada.

Brahimi miró justo a tiempo de ver el tanque de propano de un camión volcado en el suelo, con su largo tráiler como una bomba bloqueando la carretera por completo.

Su mente se llenó con las imágenes de las noticias de televisión de cisternas que ardían y columnas de fuego que se elevaban hacia el cielo. Bartlett pisó el freno, sintió que los frenos de los neumáticos se soltaban y las ruedas empezaban a derrapar. La cisterna de propano se acercaba a toda velocidad. Con los ojos abiertos de par en par por el miedo, giró hacia la curva; el Volvo se deslizó hacia el tanque, ahora de lado, reduciendo la velocidad casi imperceptiblemente. Por un momento pareció que el coche iba a volcar, pero luego recuperó el equilibrio. Una eternidad después, entre el hedor a azufre de la goma derrapada y los gritos de los neumáticos torturados, el coche se detuvo justo a pocos centímetros de la cisterna inutilizada.

–¡Joder! – exclamó Bartlett, inclinó su cabeza contra el volante e inspiró profundamente. Al cabo de unos minutos, se incorporó en el asiento, se echó hacia atrás e inspiró de nuevo, profundamente; después soltó un largo y tembloroso suspiro. A su lado, Brahimi luchaba por controlar el temblor de sus manos mientras miraba el camión.

–¿Qué demonios es esto? – dijo Brahimi.

Abrió la puerta y vio al conductor echado bocabajo en la carretera.

–¡Mira! – lo señaló.

Los dos salieron corriendo del Volvo y se dirigieron al camión. Intentaron marcar el 911 en sus móviles. Pero no había cobertura.

Un movimiento en lo alto de la colina captó la atención de Brahimi. Se detuvo y miró hacia lo alto, sobre la carretera. Al hacerlo vio una figura solitaria, alta, una persona delgada con las piernas separadas, que se recortaba contra la brillante luz del sol. La persona que estaba allí de pie estaba demasiado lejos para poder decir si era un hombre o una mujer, o para distinguir la pequeña caja de metal que llevaba en una mano o para ver un dedo índice mientras pulsaba el pequeño botón rojo del panel frontal de la caja.

Capítulo 16

OceanofPDF.com

–Increíble. Jodidamente irreal -Lara Blackwood murmuró mientras se inclinaba sobre el creciente montón de papel que vomitaba una pequeña impresora HP LaserJet, en el salón comedor. Al lado de la impresora, la luz del indicador del disco duro de su portátil parpadeaba continuamente. Tardaría horas antes de que la impresora acabase de imprimir todos los datos que había bajado de Internet, algunos de ellos gratis y fácilmente disponibles, otros que provenían de bases de datos registradas y se debían pagar precios exorbitantes.

Lara agarró otro montón de papel de la impresora y bostezó mientras miraba la página superior. Le ocuparía días leer todo aquello, pero leerlo como ella quería. En alguna parte, entre el torrente de información, creía que estaba la información sobre Kurata que la ayudaría a entender cómo estaba implicado en el asunto de la lepra coreana y por qué. Y, lo que era más importante, tal vez sería precisamente el fragmento correcto de datos que le diría qué era lo que ella podía hacer al respecto. Leyó todas las páginas que contenían la segunda o tercera variante de la biografía de Kurata. Todas parecían iguales; no obstante, Lara lo intentó una y otra vez, con la esperanza de que uno de los resúmenes o tal vez los artículos de periódicos contuvieran aquel único trozo de información que ella buscaba.

Hojeó las páginas con rapidez, saltándose la historia que ahora ya le era familiar; Kurata, nativo de Kioto, adolescente heroico, hijo de una antigua familia samurái, entrenado y preparado para las misiones torpedo suicidas contra la flota estadounidense, educado en el negocio familiar de la medicina con hierbas que rápidamente convirtió en un negocio internacional, adquirido en 1955 por la Daiwa Ichiban Corporation, una pequeña y nueva compañía con grandes aspiraciones. Durante los veinte años siguientes, Kurata impulsó la carrera corporativa de la empresa y convirtió Daiwa Ichiban en un *zaibatsu* con intereses internacionales y participaciones en los sectores de la banca, el acero, la electrónica, la navegación, las farmacéuticas, las químicas, la manufactura pesada, los astilleros y los automóviles. Y, junto a todo ello, por el camino, a lo largo de los años se convirtió en un icono del movimiento neonacionalista. Los viejos mitos de la superioridad racial de los japoneses, el culto al emperador, los orígenes divinos de los japoneses y la noción de que un mundo caucásico estaba injustamente confabulado contra ellos le hizo

crecer capa a capa con el tiempo hasta que se convirtió en la perla negra de Japón.

En 1976, Kurata dedicó su considerable influencia y la inestimable riqueza de Daiwa Ichiban en la batalla por sanear los libros de texto de la nación y proyectar una buena imagen del papel japonés desempeñado en la Segunda Guerra Mundial. Gracias a sus esfuerzos y la complicidad del gobierno, los escolares japoneses aprendieron que la guerra había sido causada por los agresores occidentales. Las invasiones japonesas de sus vecinos fueron «avances», y la subyugación de obreros esclavos fue una «movilización de fuerza laboral».

Hacia 1977, las nuevas directrices históricas del ministerio de educación en lo relativo a la historia básica de Japón habían reducido la Segunda Guerra Mundial a seis páginas de los cientos que ocupaba. La mayoría de esas seis páginas estaban ocupadas por fotos de la bomba atómica de Hiroshima, imágenes de japoneses muertos en la guerra, fotos del bombardeo de Tokio y otras «atrocidades caucásicas». Al año siguiente, Kurata lideró los procesos para rehabilitar a Tojo y otros trece criminales de guerra convictos y, con éxito, logró que fueran santificados como deidades en el santuario Yasukuni. Todos los primeros ministros, desde entonces, excepto Morihiro Hosokawa, visitaron Yasukuni para rezar a Tojo y los otros caídos de guerra.

Lara sacudió la cabeza despacio, mientras se levantaba y llevaba la taza de café vacía a la cocina para volverla a llenar. Bebió un sorbo y luego regresó a la condenatoria evidencia que vomitaba su impresora. Había sido Kurata, las páginas se lo decían. Había sido él quien había dirigido el escándalo contra el primer ministro Hosokawa en el pasado, a fines de la década de 1990, porque sugirió que Japón debía una disculpa al mundo por su agresión en el Pacífico. Kurata se aseguró que la carrera política de Hosokawa tuviese una muerte rápida. Un miembro del Diet que se había mostrado de acuerdo con los puntos de vista de Kurata era Shintaro Ishihara, que expresaba que Hosokawa merecía morir por sus sugerencias de que era necesario disculparse. Ishihara, que coescribió un libro neonacionalista y racista, que atacaba a los caucásicos, junto con el presidente de Sony Corporation, Akio Morita, llamado *El Japón que puede decir no,* se convirtió en un feroz apologista para el ala derecha, implicando entre otras cosas que la invasión japonesa de sus vecinos en realidad había

sido un bien para ellos. «Los países asiáticos que se expanden económicamente -Corea del Sur, Taiwán, Singapur…, todos estuvieron controlados por Japón en un momento dado, antes o durante la Segunda Guerra Mundial. Gracias al intenso esfuerzo, incluyendo la contribución de Japón, los países están haciendo un rápido progreso social y económico. No se puede decir lo mismo de ningún país donde los caucásicos son preeminentes.»

–¡Caramba! – murmuró Lara mientras sorbía otro trago de café-. El renacimiento de Tojo.

La base de datos recorría textos completos de artículos de varios periódicos y revistas. Uno indicaba que Kurata había financiado personalmente a una continua sucesión de fanáticos, incluyendo al que disparó e hirió a Hitoshi Motoshima, el alcalde de Nagasaki, después de que Motoshima sugiriese que el emperador Hirohito debía cargar con la responsabilidad de los crímenes de guerra. Nunca se llegó a probar ningún vínculo, pero artículo tras artículo implicaban que la mano de Kurata, su carisma y su dinero habían guiado y apoyado el movimiento militarista de Japón de vuelta a sus actitudes previas a la Segunda Guerra Mundial. Además, los artículos sugerían que los japoneses, condicionados a cumplir con las normas sociales que requerían que «el clavo que sobresale debe ser golpeado con fuerza», parecían contentos de seguir bajo su liderazgo. Algunos artículos de análisis de las bases de datos concluían que las dificultades económicas de Japón de mediados de la década de 1990 y, de nuevo, a principios del nuevo siglo habían alimentado el apoyo al ala derecha, que culpaba de los problemas a las conspiraciones inspiradas por los caucásicos y a las reducidas, pero visibles, comunidades de indios, coreanos, bangladesíes, filipinos y otras razas consideradas «inferiores».

Después de leer la última página del montón que había recogido de la impresora, Lara suspiró. ¿Por qué no se había enterado de eso antes? Los artículos de las bases de datos estaban disponibles, pero de forma inconexa, y nunca antes nadie los había juntado. ¿Los editores tenían miedo de ofenderles? ¿La compra de las empresas de medios de comunicación por parte de Sony y otras corporaciones japonesas habían enfriado los debates? La idea la hizo temblar. Dejó la taza de café y tomó otro montón de papel de la impresora. Ahora, mientras Lara leía la copia en disco más reciente, la profunda y vacía oscuridad que bullía en su corazón se volvió tensa,

retorcida y fría. La búsqueda en la base de datos de Kurata y Daiwa Ichiban había vaciado información sobre las unidades de experimentación médica japonesa secreta, que habían realizado terribles experimentos médicos en desventurados civiles chinos en Manchuria y prisioneros de guerra aliados. Estaba la Unidad 731 y un doctor llamado Shiro Ishii, el nombre le era vagamente familiar a Lara. Con un bolígrafo subrayó el nombre. El texto indicaba que Ishii era un «Mengele japonés» que, entre otras muchas atrocidades, había congelado a miles de inocentes hasta la muerte para estudiar el desarrollo de la congelación y la hipotermia. Las autoridades no lo habían procesado por sus crímenes de guerra porque el ejército norteamericano lo consideró un genio de la guerra bacteriológica. En lugar de castigarle, le recompensaron, a él y a cientos de sus colegas, con inmunidad y unas cómodas vidas subvencionadas por el gobierno, como intercambio por su cooperación en el desarrollo de armas para combatir el comunismo mundial. El texto histórico describía múltiples centros de «experimentación» en Manchuria, China, Filipinas, Indonesia y el mismo Japón. Le entraron náuseas y sintió aversión al leer los detalles de la tortura, la perversión y los crímenes contra natura que habían sido oficialmente sancionados por el gobierno japonés, con el conocimiento del mismo emperador Hirohito.

El texto se desviaba de pronto de las atrocidades médicas hacia la política oficial del gobierno japonés, que hacía de la violación un instrumento de guerra. «Fui testigo de la violación de una mujer china por diecisiete soldados japoneses uno tras otro», testificó un joven profesor de la Universidad de Nanjing, sus palabras estaban registradas en la base de datos de los Archivos Nacionales que contenían documentos sobre los juicios por crímenes de guerra de Tokio. «No me molestaré en repetir los casos ocasionales de comportamiento sádico y anormal relacionados con las violaciones, pero sólo en la zona de la universidad, una niña de nueve años y una anciana de setenta y seis años fueron violadas.» Los testigos del juicio estimaron que, en seis semanas de ocupación japonesa de Nanjing, fueron violadas unas veinte mil mujeres. Muchas de ellas también fueron mutiladas y asesinadas. Las niñas y las mujeres entre trece y cuarenta años eran reunidas y violadas en grupo. Hsu Chuanying, un funcionario de sesenta y dos años del ministerio chino de ferrocarriles, explicaba en ese mismo juicio: «Visité un hogar donde tres de las mujeres habían sido

violadas, incluyendo dos niñas. Una niña fue violada sobre una mesa y, mientras yo estaba allí, la sangre derramada sobre la mesa aún no se había secado».

–¡Jodidos monstruos! – Lara lanzó violentamente los papeles sobre la mesa y se levantó tan abruptamente que la silla cayó hacia atrás, con un ruido sordo al golpear débilmente una caja de cartón a medio llenar.

–Jodidos animales hacéis que los serbios y los talibanes parezcan la madre Teresa.

Respirando agitadamente, en una lucha contra las oleadas de furia que le atenazaban el pecho, Lara dejó la taza de café y subió a cubierta en busca de un poco de aire fresco. El viento de medianoche soplaba agitado, los débiles y distantes susurros de un huracán que viajaba erráticamente y que soplaba desde las Carolinas llegaban hasta ella. Lara disfrutó del viento y se dio la vuelta para que le acariciase el rostro.

–¿Cómo puede ser que no sepamos esas cosas sobre los japoneses? – se preguntó-. Sabemos lo que hicieron los nazis pero nunca llegamos a enterarnos de que los japoneses masacraron a más de seis millones de civiles inocentes, sobre todo de razas «inferiores» o «contaminadas» como chinos, coreanos, filipinos y blancos.

Arriba, en la zona del aparcamiento, detrás de la cadena que hacía de valla, un brillante BMW esquivaba las luces naranjas, buscando una plaza de aparcamiento. Más allá del ostentoso sedán alemán, un grupo de jóvenes adolescentes con pantalones anchos se apiñaban y hablaban en la acera. Los observó un momento. Era difícil decir si eran sólo unos críos pasando el tiempo o una banda callejera que pensaba que era hora de matar. Con frecuencia, las bandas cometían actos vandálicos contra los edificios del puerto deportivo y, de vez en cuando, irrumpían en las embarcaciones para robar. Era gracioso, pensó, que las leyes de control de armas nunca los hubieran detenido.

Los japoneses habían igualado o excedido las atrocidades por las que eran conocidos los nazis y lo habían hecho, sin embargo, con un ansia de sangre que rivalizaba con Idi Amin Dada o Pol Pot. Sin embargo, nadie sabía nada…, ni parecía preocuparse por ello. ¿Estados Unidos aún sentían la necesidad de mantener la finalidad de su pacto faustiano con el «Mengele japonés» ahora que el comunismo había implosionado? ¿Esos pactos inmorales eran inevitables? ¿Si se tenía que hacer el mal para proteger

nuestra capacidad para hacer el bien, entonces cómo afecta al bien que intentábamos hacer?

De pronto, la intensa rabia que sentía se volvió contra ella al caer en la cuenta de que, vendiendo GenIntron, había vendido también sus convicciones precisamente como lo había hecho el gobierno que protegía a los monstruos imperiales de Japón, que habían igualado a los nazis en pura maldad.

En la distancia, los adolescentes se fueron dispersando. Lara bajó de nuevo, y cerró con cuidado la escotilla tras ella. Caminó con precaución hacia la proa, y comprobó que todas las escotillas estuviesen adecuadamente aseguradas. Lara regresó al salón comedor y se enfrentó de nuevo con el montón de hojas impresas. La búsqueda por ordenador había encontrado las actas de la Conferencia de 1989, sobre el significado del Holocausto para la bioética en la Universidad de Michigan. Impactada, Lara leyó la página y se enteró de que Shiro Ishii, el «Mengele japonés», había sido honrado por el gobierno japonés en 1984, premiado con el premio Extraordinario para la Investigación Médica por su trabajo sobre la regulación de la temperatura en humanos. Ese trabajo, sabía ella por sus anteriores lecturas, se había basado en la tortura de civiles inocentes chinos y prisioneros de guerra de las fuerzas aliadas en cubas de agua congelada, para ver cuánto tiempo permanecían con vida y cómo la hipotermia progresaba hasta la muerte. ¿Cómo pudieron hacerlo? ¿Cómo podía el gobierno actual de lo que pretendía ser una nación ilustrada dar tales honores a un monstruo tan odioso? Luego, mientras leía, comprendió que aún era peor. No sólo Ishii había recibido honores, sino que los que habían trabajado con él en la Unidad 731 habían alcanzado posiciones de gran poder, influencia y prestigio en Japón, incluyendo a varios jefes de institutos nacionales de la salud de Japón, la Dirección general de salud pública, importantes puestos en las facultades de las universidades de Tokio, Kioto y Osaka… Muchos estaban empleados en cargos de responsabilidad en empresas bien conocidas como Takeda Pharmaceutical Company, Hayakawa Medical Company y, contuvo el aliento, en el consejo de administración de Daiwa Ichiban Corporation y su filial NorAm Pharmco.

–¡Cielos! – exclamó Lara débilmente.

La pesadilla de su vida se había hecho realidad de una forma que nunca antes hubiera imaginado. Las manos le temblaban cuando leyó la página una y otra vez, esperando tal vez que los nombres desapareciesen. Se le saltaron las lágrimas. Kurata había designado a dos de los cohortes de Ishii, criminales de guerra por méritos propios, para cubrir las plazas vacantes en el consejo de administración de GenIntron, que habían dejado vacantes Ismail Brahimi y ella.

Capítulo 17

El edificio de ladrillo, color crudo, y de dos plantas, perteneciente al Laboratorio 73, estaba separado del resto de los edificios despersonalizados y anodinos del vasto complejo Tachikawa, en la periferia occidental de Tokio, donde la apiñada jungla urbana se entregaba a los arrozales y las arboledas de bambú.

Tachikawa era una antigua ciudad que se alzaba en las llanuras, al este de los montes Chichibu, visibles solamente aquellos raros días cuando el *smog* tóxico de Tokio no era tan intenso. A pesar de sus antiguas raíces, Tachikawa era un suburbio arenoso para los que trabajaban en las vastas factorías de los modernos *zaibatsu:* Honda, Mitsubishi, Toshiba, y mil más.

En la historia más reciente, Tachikawa había sido utilizada como centro de la maquinaria de guerra japonesa para la investigación y el desarrollo. Las instalaciones destinadas a la investigación se encontraban entre las que ocuparon en primer lugar las tropas aliadas después de la rendición de Japón. A causa del largo plazo transcurrido entre la rendición y la ocupación real por parte de las tropas estadounidenses, muchos de los materiales más delicados del centro de investigación y desarrollo se distribuyeron entre los científicos y los investigadores que los escondieron como bazas a intercambiar contra las penas de prisión o ejecución.

En 1977, cuando los norteamericanos devolvieron la base a las Fuerzas de Autodefensa japonesas, alijos de documentos, papeles, libros de laboratorio e incluso prototipos aún estaban escondidos bajo tierra en jardines particulares y hogares ancestrales de las casas de campo de los que estaban relacionados con los trabajadores. Ninguno de los científicos que trabajó en Tachikawa fue procesado por el tribunal de crímenes de guerra de Tokio. La mayoría de los edificios habían vuelto a albergar los sistemas más destacados de investigación y desarrollo relacionados con la defensa,

incluyendo el avión de combate FSX, con el cual Japón intentaba dejar atrás la supremacía estadounidense, tal como había hecho con los semiconductores, los televisores y los automóviles.

Desde las ventanas superiores del tercer piso del edificio de ladrillos que albergaba el Laboratorio 3, los diseñadores del FSX apenas podían vislumbrar el Laboratorio 73, escondido tras la densa espesura de bambú, ni siquiera desde el resto de ese complejo de alta seguridad, protegido con dos verjas electrificadas de seis metros, rematadas en lo alto con alambre de púas. Perros y hombres armados patrullaban por la zona de tierra que había entre las alambradas. El Laboratorio 73 tenía incluso su propia entrada separada, de manera que sus trabajadores no tuviesen que mezclarse con el personal de los otros laboratorios. Aunque sólo una elite de unos pocos japoneses y norteamericanos sabían de la existencia del Laboratorio 3 y su trabajo en el FSX, ninguno de los empleados del Laboratorio 3 tenía ni la más ligera idea de lo que sucedía tras las paredes del Laboratorio 73.

El Laboratorio 73 llevaba a cabo, precisamente, los mismos tipos de investigación y desarrollo que hacía antes y durante la Segunda Guerra Mundial, bajo el mando del teniente general del ejército Shiro Ishii. Entonces se conocía como la Unidad 731.

El tejado del Laboratorio 73 se erizaba con las antenas parabólicas que conectaban sus superordenadores, a través de enlaces de calidad de fibra óptica y con comunicaciones seguras encriptadas, con otros superordenadores ubicados por todo el mundo y operados por los socios de investigación. Era el nodo central de una red global que abarcaba los muchos laboratorios de Daiwa Ichiban Corporation y sus filiales, incluyendo NorAm Pharmco y ahora GenIntron.

Para mantener una estricta seguridad y evitar que las personas que realmente llevaban a cabo la investigación se hicieran una composición global de lo que se hacía, se distribuía la investigación fragmentada entre laboratorios periféricos y se unía solamente en un único lugar: Tachikawa. Incluso en Tachikawa, sólo un puñado de personas, que ocupaban los cargos más altos, conocía lo que se llevaba a cabo en conjunto. Uno de ellos era Kenji Yamamoto. Científico de formación, el trabajo de Yamamoto ya no era la investigación. Después de treinta y cinco años como científico del Laboratorio 73, hacía las funciones de director del centro de producción de

masa, que se encargaba de manufacturar grandes cantidades de sustancias desarrolladas en el centro.

Estaba de pie, al lado de la ventana que daba a las montañas y luchaba por controlar la furia que lo consumía en su interior. Inspiró profundamente, luego volvió a enfrentarse de nuevo a su torturador.

–No quiero volver a insistir con más intensidad de lo que ya he hecho hasta ahora en lo peligrosa que es su demanda de que la producción se incremente tan rápidamente -dijo Yamamoto.

Dio una calada a un cigarrillo y exhaló una bocanada de humo que se añadió al que ya flotaba en el aire, suspendido como sedimentos geológicos en compactas capas horizontales.

–¡Demonios, Kenji! – La gran oleada de furia de su voz casi sobrepasó el acento inglés, por lo general preciso de la BBC-. Lo único que has hecho estos tres putos meses es decirme que no puedes hacerlo. Ahora te estoy diciendo qué es lo que tienes que hacer. Kurata ha fijado la fecha y, a menos que estés jodidamente dispuesto a clavarte tu propia espada, te sugiero que muevas tu culo de gandul.

–Rycroft-*san*, por favor, escucha la voz de la prudencia -suplicó.

Edward Rycroft abría y cerraba los puños con fuerza mientras observaba al director de producción.

–Kurata no quiere prudencia -soltó bruscamente Rycroft-, quiere resultados…, y un montón de coreanos muertos.

–Pero su reciente método de producción no está probado -insistió Yamamoto-. Es rápido, pero es necesario probarlo mejor.

–Veamos, Kenji, ¿quién diseñó el método de producción para la prueba en Tokio?

–Usted, Rycroft-*san*.

–¿Hicisteis el trabajo tal como dije que se hiciera?

–Por supuesto, Rycroft-*san*, pero…

–¿La prueba anterior en Corea funcionó tal como dije?

–Sí, pero…

–¡No vuelvas a interrumpirme ni una jodida vez más! ¿Me oyes?

-*Hai.* -Yamamoto se inclinó.

–Eso está mejor -Rycroft bajó la voz-. Ahora escúchame, Kenji, y escúchame bien, porque te despediré si tengo que repetírtelo una vez más. Yo creé el proceso y funciona con precisión tal como predije en cada

ocasión. Creé este nuevo proceso y funcionará de forma tan precisa como sucedió con los demás, porque yo lo digo. No olvides que tratas con un científico que está a medio paso del premio Nobel. ¿Cómo te atreves a cuestionar mi criterio?

Yamamoto tragó saliva con fuerza ante la humillación que estaba soportando y se inclinó profundamente.

-*Hai,* Rycroft-*san*.

–Entonces hazlo.

Rycroft se dirigió a la puerta y la abrió.

–Kenji, si los materiales no están a punto para cuando los necesitemos, tu familia sentirá tu fracaso durante generaciones.

Rycroft salió al pasadizo. Cuando cerró la puerta dando un portazo, sonó como si hubiese explotado una granada.

Capítulo 18

La lluvia salpicaba el parabrisas de la limusina del presidente mientras avanzaba por la avenida Connecticut hacia Chevy Chase.

–Dicen que casi tiene la fuerza de un huracán y que no debe menospreciarse. Creo que en alguna parte en Carolina del Norte ha generado algunos tornados tras él y ha barrido todo un campo de caravanas -dijo el presidente a Lara.

Estaba sentado al lado de Peter Durant, en el lujoso asiento de la limusina, mirando hacia delante. Lara estaba sentada sola, frente a ellos.

El presidente movió la cabeza. Su voz era más grave cuando dijo:

–Esto seguramente no va a ayudar a aumentar el número de asistentes -el presidente vestía zapatos de golf y una camisa de flores hawaiana. Volvió a negar con la cabeza-. No ayudará nada. Hizo una pausa mientras acariciaba y jugaba con un *putter* con empuñadura de oro, regalo del sultán de Brunei.

–¡Casi no puedo creer que esté diciendo esto en un momento como éste! – Lara Blackwood agitó una copia del *Washington Post* de la mañana delante de él. Estaba doblado por la página del artículo que hablaba de las violentas muertes de Ismail Brahimi y Craig Bartlett. Las lágrimas que derramó a primera hora de la mañana se habían cristalizado en rabia y resolución-. Es decididamente criminal que usted se preocupe porque la lluvia pueda arruinar un acto político para recaudar fondos, cuando

personas con un talento increíble han muerto y uno de sus leales contribuidores corporativos está a punto de soltar una terrible enfermedad contagiosa que va a matar a cientos de miles de coreanos japoneses. El presidente miró a Peter Durant.

–Sé lo mucho que te ha afectado esa pérdida -empezó Durant-. Pero todo esto parece ser una increíble cadena de coincidencias. El presidente asintió-. El artículo cita que la patrulla de autopistas de California dice que fue claramente un accidente.

La limusina redujo la velocidad cuando, delante de ellos, los motociclistas detuvieron el tráfico en el cruce para que la comitiva presidencial pudiese pasar con el semáforo en rojo.

–Y encontraron pruebas determinantes en los efectos personales de los dos soldados de que habían dejado de pagar importantes deudas de juego al crimen organizado.

Las articuladas frases que se había repetido antes la abandonaron ahora, borradas por la rabia que sentía, desmontadas por el surrealismo de la situación.

–¿Realmente… no lo entiende, verdad? – preguntó Lara retóricamente-. Ellos quieren que usted crea que fue un accidente. ¿Y qué me dice de las muertes de coreanos en Tokio? ¿Cómo explica esto?

Durant sacudió la cabeza.

–La gente pensó lo mismo cuando el Ébola entró en escena. Vemos cómo emergen nuevos tipos de enfermedades, incluso en áreas urbanas, a causa de los viajes aéreos por todo el globo.

Al cabo de un largo instante de silencio, el presidente habló.

–Creo que los… -buscó la palabra adecuada-, los problemas que ha experimentado recientemente con su antigua compañía la han afectado y esos últimos y desgraciados acontecimientos se han añadido a ellos, de tal forma que han distorsionado su criterio.

–¿Distorsionado? ¿A mí? – Lara se inclinó hacia el presidente. El hombre más poderoso del mundo se echó hacia atrás, encogiéndose-. Usted preferiría jugar con su *putter* antes que mirar directamente los hechos y reconocer que tenemos asesinatos y un desastre médico entre nuestras manos. Eso sí que es distorsión, señor.

–Lara, por favor, cálmate -Durant se inclinó hacia ella y puso su mano en el brazo de Lara. Ella alejó su brazo como si ese contacto le hubiese

quemado.

–Creo que la tensión te ha hecho llegar a conclusiones que no están confirmadas -dijo Durant-. Ni el presidente ni yo mismo deseamos ver cómo perjudicas tu reputación, mostrándote como una especie de bicho raro que ve conspiraciones por todas partes, como esa gente que vive sola en el desierto y ve ovnis cada noche.

Lara se recostó en su asiento y respondió a la pregunta con un suspiro exasperado. Cuando habló de nuevo, estaba tranquila y lo hizo más para sí que para sus compañeros de viaje.

–En verdad no les creo, a ninguno de los dos -negó con la cabeza lentamente-. ¿De veras no quieren saber nada?

Miró los rostros de los dos hombres alternativamente. El presidente se encogió de hombros.

–Hay muchas cosas que no quiero saber. Cuanto mayor me hago, más cosas hay que encajan en esa categoría -dijo él.

Desde el exterior se escucharon sonidos de vítores cuando la limusina redujo la velocidad al prepararse para atravesar otro semáforo en rojo. El presidente se inclinó hacia delante, a la parte de la ventanilla que no tenía cristales ahumados y saludó con la mano a la multitud. La limusina avanzó y el presidente estiró el cuello para mirar al público que le adoraba, hasta que desaparecieron de la vista. Durante un breve instante, admiró su propio reflejo en el cristal ahumado.

Lara giró la cabeza y miró al exterior, hacia un mundo oscurecido por algo más que un cristal y el mal tiempo. Los árboles corrían a su paso, cuando la limusina giró a la derecha, hacia la avenida Wisconsin.

–Entonces hagan algo -dijo con suavidad mientras se enfrentaba de nuevo a él.

–¿No lo comprendes? No hay nada que hacer -dijo Durant.

–Ni siquiera tenemos indicios suficientes para poner investigadores a trabajar en ello. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Enviar al FBI a San Diego a meter las narices en un accidente de tráfico? ¿Poner a la CIA a trabajar en un caso para buscar deudas de juego sin pagar? – negó con la cabeza.

–Pues dimitiré, iré al *Post,* y les daré el soplo. Sé que les gusto -dijo Lara.

La limusina salió de la avenida Wisconsin y se dirigió a una calle elegante con zonas de césped muy cuidadas.

–No te engañes -replicó el presidente-. Seguro, les encanta citarte. Les encantará machacarme otra vez por algo…, lo que sea. Pero cuando empiecen a verificar tu historia, se encontrarán con un agente de tráfico o con algún ayudante del sheriff del sur de California que jurará que no hay pruebas de juego sucio. ¿Y qué van a encontrar los tipos de la prensa en Tokio? Un informe policial cerrado, dos *gaijin* que descubrieron que con la Yakuza no se juega. Movió la cabeza y luego miró por la ventana. Después de varias curvas y pasar manzanas bordeadas de árboles, señaló:

–Ésa es la casa que quiero después de mi segundo mandato.

Lara abrió la boca para hablar, pero el presidente movió la mano.

Su voz era suave cuando al fin dijo:

–Verdaderamente no lo entiendes. Si Kurata estuviese detrás de todo esto, por favor comprende que estoy hablando hipotéticamente ahora, pero si estuviese tras ello, tiene suficientes recursos e influencia para asegurarse de que su mano nunca sea vista, sólo que se sienta. Puedo garantizarte que, no importa los esfuerzos que hagas para intentar probar su conspiración, nadie te creerá. Lo único que tienes es una corazonada y, por el contrario, ellos tienen recursos. Pueden arruinarte sin llegar a matarte realmente.

–Tal vez sea cierto -dijo Lara, de repente calmada y resuelta-, pero moralmente no tengo otra elección que intentarlo y detener todo esto.

–¡Pero Lara…! – exclamó Durant-. Seguramente tú…

El presidente movió la mano para pedirle silencio.

–Siento que hayas llegado a esa conclusión -dijo el presidente, con la voz tensa ahora por la formalidad-. Por lo tanto, con todo mi pesar, acepto tu dimisión.

–¡Pero no estoy dimitiendo!

–¿En realidad no lo entiendes, verdad? – el presidente hablaba ahora en voz baja por el asombro.

Capítulo 19

El cielo de Tokio brillaba al mediodía y estaba lleno de caracteres *kanji* gigantes.

«Gloria al emperador» rezaba el mensaje, cuando fuertes vientos en las alturas empezaron a deformar lo que estaba escrito en el cielo y a llevarse los caracteres por el aire hacia la ciudad. Cuando todavía el primer mensaje se empezaba a desdibujar por el cielo, los diez aviones de construcción

australiana Kingsford Smith KS-3 Cropmaster, que realizaban el vuelo, ya se reagrupaban sobre Tokorozawa para otro pase, para dejar otro mensaje.

En tierra, a la hora de comer, una gran multitud se reunía en los parques, las esquinas, las ventanas, y en las azoteas de los tejados de los edificios de las oficinas, para ver a los pilotos y los mensajes que escribían en el cielo.

–Creo que están bien -dijo un *sarariman*, un oficinista, vestido con un traje azul, a sus compañeros de trabajo mientras estaban sentados en la azotea de su empresa en las mesas para almorzar en Minato, el distrito de Tokio-. Ya es hora de que reclamemos nuestra herencia.

–Los estadounidenses son demasiado débiles para que nos digan nunca más qué culto debemos tener y qué debemos creer -opinó un obeso pero idénticamente uniformado colega, mientras encendía su tercer cigarrillo después de almorzar.

–Es cierto, han centrado todas las ideas de Tokio en esos asuntos -dijo un tercero-. Todas las semanas, todos los lunes, nos dan algo en qué pensar cuando empezamos la semana laboral -gorroneó un cigarrillo y lo encendió-. Qué dedicación. Ya hace casi un año y nunca han repetido el mismo proverbio dos veces.

–Le he dicho a mi mujer que dé preferencia a sus productos cuando compre comida -dijo el hombre obeso.

–Tú debes consumir la mitad de la producción anual de arroz -bromeó el primer *sarariman*, mientras exhalaba una profunda bocanada de humo.

El hombre obeso frunció el ceño cuando sus colegas se echaron a reír.

–No le restes importancia a lo que esos monjes han sido capaces de llevar a cabo con su persistente trabajo -rebatió-. Si piensas que tienen razón -desafió al primer hombre-, entonces también deberías comprar sus productos, para apoyar sus actividades.

Se produjeron movimientos de asentimiento con la cabeza, mientras estiraban el cuello para poder captar bien el próximo mensaje.

–Es muy caro hacer todo eso -insistió el hombre gordo-. Comprendo que la belleza y la precisión de los *kanji* provienen no sólo de la habilidad de los pilotos, sino de un sistema especial de ordenador, diseñado por el sobrino de Kurata-*sama*, que le indica a cada piloto el recorrido que debe sobrevolar.

El tercer hombre resopló.

–El ordenador ya está integrado en la cabina de mando -dijo-. Eso es para los aeroplanos que utilizan en la agricultura, los que los monjes usan para sus granjas. Leí un artículo en el *Asahi Shimbun* que un avión como ése tiene una pantalla de ordenador con un sistema de posicionamiento y navegación global por satélite que programa una pauta en spray y sigue el rastro de la posición del aeroplano, de manera que no se deje ninguna zona del campo o que rocíe una parte dos veces. Estoy de acuerdo en que los *kanji* son artísticos. Yo también aprecio sus palabras cada semana, pero no es tan caro como decís, porque ya tienen los ordenadores y el equipo. El gordo se enfurruñó.

–Los que no contribuyen de lo que disfrutan son parásitos. Ellos son hombres buenos, patriotas y monjes consagrados a Buda. Además, dedican todos sus beneficios a las buenas obras.

–Bueno, yo creo que, a veces, son extremistas, incluso en el culto -el primer hombre sacudió la ceniza del cigarrillo, dio una calada y luego añadió:

–Además, creo que simplemente han encontrado una buena perspectiva de marketing y explotan el patriotismo para vender arroz y soja.

–Pensaba que decías que estabas de acuerdo con ellos -dijo el hombre obeso.

–Estoy de acuerdo con lo que dicen -repuso el primer hombre-. Creo que hacen mucho bien al espíritu japonés, pero también creo que tenemos que ser realistas.

–Eso es un poco cínico por tu parte -dijo el gordo mientras se levantaba-. La fe tiene que ser incondicional. Cuando la marea cambie, los que tenemos fe nos acordaremos de los cínicos como tú -dijo él. Y se alejó caminando como un pato.

El segundo hombre encendió otro cigarrillo con la colilla del último que había fumado y exhaló un cúmulo circular de humo.

–Creo que participa en algo más que en la comida de la secta.

«Yamato vive en nuestra sangre» -Kenji Yamamoto leyó el mensaje del cielo.

–No está mal, *¿neh?* -dijo a Akira Sugawara mientras los dos hombres permanecían entre la muchedumbre, en el parque imperial Shinjuku y miraban el cielo.

–No, no está mal.

Yamamoto bajó la vista hacia el ordenador del tamaño de una palma que tenía en la mano derecha y la centró en la pantalla LCD y en el gráfico de barras que mostraba; momentos después, las barras empezaron a crecer mientras el analizador de muestras de aire incorporado empezaba a registrar los componentes marcadores que se habían añadido a los productos químicos de la escritura en el cielo, con los que la dispersión se podía medir con toda precisión.

–La oleada del primer mensaje llega ahora.

Pulsó una tecla especial que empezó a registrar los datos: tiempo de llegada, concentraciones de virus con marcadores inertes esparcidos por Tokio, pero con especial énfasis en aquellas prefecturas y aquellos barrios habitados por coreanos, unas dos docenas adicionales de monitores idénticos controlados por más personal del laboratorio también tomaban muestras de la atmósfera.

–¡Venga! – Yamamoto exclamó impaciente mientras golpeaba la pantalla del captador.

–¡Venga! ¿Qué le pasa a esto?

Miró la pantalla e intentó generar algo de entusiasmo a pesar de sus recelos.

–Erupciones solares -dijo Sugawara mientras sostenía el Palm de Yamamoto-. Hace varios días que son muy intensas. Son muy perjudiciales para los instrumentos. Interfieren en la electrónica. La página web del sistema de alerta mundial para la previsión del tiempo solar pronostica que es posible que se produzcan importantes y fuertes tormentas geomagnéticas.

–¿Cómo es posible? – Yamamoto preguntó-. Yo no me había dado cuenta…

Yamamoto miró al alto joven en quien Kurata depositaba tanta confianza e intentó controlar sus sentimientos. A pesar de las imperativas órdenes de Rycroft, que ordenaban lo contrario, Yamamoto aún estaba convencido de que el proceso no funcionaba de forma correcta. Una palabra, una sola frase a ese joven podría resolver el problema.

–Los niveles inusuales de partículas y radiación solar colisionan con el campo magnético de la tierra y pueden causar una tormenta geomagnética que afecta a las transmisiones de radio y televisión, así como a las comunicaciones por satélite. Incluso pueden causar desperfectos y provocar errores inexplicables en chips semiconductores. Sus efectos pueden también

distorsionar o interrumpir la señal de los satélites de navegación. Recuerda que nuestros pilotos confían en las señales que reciben del sistema de posicionamiento global por satélite, tanto por seguridad como por la belleza de los *kanji.* Una señal mala o distorsionada desde el satélite podría significar un desastre.

El Palm de Sugawara despidió un fuerte pitido. Los dos hombres lo miraron. Igual que había sucedido momentos antes, los datos empezaron a llegar desde otros monitores, transmitidos por otros aparatos integrados en módems móviles. Los datos tardaron un momento, empezaron a aparecer y luego aumentaron.

–El enlace inalámbrico también está afectado -dijo Sugawara mientras comentaba las pulsaciones irregulares de datos. El software que comprueba los errores provoca demoras porque solicita que se vuelvan a enviar los datos, posiblemente corruptos.

Yamamoto asintió mientras él y Sugawara observaban el modelo que les resultaba familiar y que emergía en los datos. Al fin, Sugawara dijo:

–Es exacto. Seis veces en una serie, la entrega se ha producido de forma correcta. Ahora ya estamos preparados.

Luchó por ocultar la sombría convicción que guardaba en su corazón, que le decía que estaba jugando con fuego. Sugawara alzó la vista del ordenador Palm.

–¿Estamos completamente seguros de que nadie puede relacionar esto con Daiwa Ichiban? ¿Con Kurata-*sama*?

Yamamoto suspiró.

–Te lo he dicho tantas veces que si no fueras tan joven sospecharía que estás senil. En primer lugar, las autoridades no van a salir a investigar las muertes de coreanos. Las muertes resolverán un problema, y las agencias del gobierno no querrán que el problema vuelva a aparecer.

–Pero la comunidad internacional…

–No tiene influencia. Mira China, donde los bienes de consumo están hechos por esclavos laborales, bajo las condiciones más crueles posibles y el mundo continúa comprando esos bienes -negó con la cabeza-. Incluso si nos anunciásemos en páginas de propaganda en los periódicos más importantes y les explicásemos exactamente qué sucedió y quién lo hizo, el escándalo desaparecería en pocas semanas. Ten presente que la conciencia de Occidente está cegada por los bienes de consumo a los que son adictos.

Sugawara apartó la vista y miró a lo lejos para que Yamamoto no viese la consternación que bullía en su interior. Lo que Yamamoto decía era verdad; el mundo no tenía conciencia. La ONU y Estados Unidos pronunciaban tópicos sobre atrocidades, poco o en absoluto respaldadas por la comunidad internacional. Por mucho que Sugawara desease que no fuera así, Kurata parecía tener razón cuando acusaba a los norteamericanos de no estar dispuestos, de forma cobarde y sin agallas, a sacrificarse por sus superficiales credos y endebles creencias. Sugawara arrastró su concentración de nuevo a las palabras de Yamamoto.

–Los miembros de la secta no saben nada -Yamamoto continuó-. Han estado recibiendo los botes de los pulverizadores para escribir en el cielo a un precio de descuento a través de una empresa mayorista australiana, propiedad de una compañía química alemana, filial a su vez de NorArm Pharmco. La culpa, en caso de que se descubriera algo, recaería en una serie de compañías, propiedad de ojos redondos. Serían ellos los que cargarían con la culpa de un genocidio racial. Los miembros de la secta no saben nada -reiteró-. Además, los proverbios escritos en el aire han estado apareciendo durante casi un año, regularmente, sin ningún efecto adverso; la gente los adora, se han acostumbrado a ellos. Además, el período de incubación es de diez días, lo que significa que aquellos apestosos comedores de ajos empezarán a morir a mediodía de un jueves. Es tan improbable que asocien los proverbios del cielo con la limpieza coreana como que asocien el terremoto de Osaka con el resultado de que un periódico llegue a tu puerta.

Hizo una pausa, alzó la vista del ordenador y escudriñó el cielo.

–Allí, el tercer proverbio -señaló-. *Un wa yusha o tasuku,* «El destino ayuda al valiente». ¡Eso es!

«Sí, y *Ja no michi wa hebi,* Las víboras siguen el camino de las serpientes», pensó Sugawara.

Observaron la pantalla en silencio durante casi media hora, mientras los mensajes se desvanecían en la nada.

Sugawara luchó contra sus lealtades. ¿Cómo podía tener él razón sobre la maldad de la operación Tsushima y, por el contrario, todo el mundo estar equivocado sobre él? Su cabeza, sus deberes y sus obligaciones, le decían que no podía estarlo, pero su corazón le decía que sí. ¿Por qué se sentía de esa manera? Había sido educado en un hogar estrictamente japonés. ¿Cómo podía pensar de forma tan distinta a sus padres, al tío Kurata? La pregunta

le había estado acosando continuamente. No sabía por qué. Algunas veces las cosas ocurrían sin motivo. Le daba la impresión de que había absolutos sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, sobre el bien y el mal. No importa que a alguna gente le guste vivir sus vidas en una miasma de limbo relativista que justifique su propio comportamiento y sancione sus prejuicios personales, su corazón le decía que había principios universales que requerían lealtad. Pero incluso si él tenía razón y todo el mundo, incluido Kurata, estaba equivocado, ¿qué podía hacer al respecto? ¿Qué recursos tenía? ¿Qué podía hacer una sola persona? Destapar el asunto, ni hablar. Kurata tenía un inteligente plan de contingencia diseñado para el caso de que alguien sospechase que había intervención humana en lo que se suponía que tenía que parecer un fenómeno natural. Revelaría que una investigación interna había determinado que NorArm Pharmco y un grupo de un grupo de *strangeloves* del departamento de defensa estadounidense habían preparado todo el asunto sin el conocimiento de Kurata o de nadie más allá de los límites corporativos de NorArm. Para compensarlos, todos los activos de NorArm, valorados en billones de dólares, serían donados a las Naciones Unidas y dedicados a proporcionar medicamentos gratis o a bajo coste al Tercer Mundo.

El cortafuegos había sido construido, la denegabilidad establecida, las compensaciones cuidadosamente estructuradas para causar apenas una oleada en la superficie del balance final total de Daiwa Ichiban. Gran parte de ello se había hecho con la ayuda de Sugawara, y eso ensombrecía su corazón.

–¡Vamos! – dijo Yamamoto, cerrando el pequeño ordenador-. Regresemos al laboratorio y comuniquémosles las buenas noticias; el ensayo ha terminado.

«Y es hora de que yo actúe», pensó Sugawara.

Lara Blackwood se deslizó por la escotilla de la escalera de la cámara principal del *Tagcat Too,* perseguida implacablemente por un viento salvaje que la asaltaba con sus gotas de lluvia del tamaño de canicas de hierro.

–¡Maldición! – cerró la escotilla y se quedó allí un momento, en cubierta, empapada, sobre un enrejado de latón a los pies de los escalones que se escurrían hacia la sentina. El *Tagcat Too* se balanceaba con suavidad contra las amarras. Al final, Lara se dirigió a su camarote, dejó caer una pequeña bolsa de lona al suelo, al lado de la puerta, y se estiró por el dolor

que sentía en la espalda y los hombros a causa del estrés y la tensión. Últimamente había tenido mucho de esto en su vida y no había hecho el suficiente ejercicio. Bajó la vista a la bolsa y pensó en la bomba que contenía, disquetes y documentos, la esencia destilada de su caso contra Kurata y la Casa Blanca. Todo estaba allí; los datos extraídos de webs de todo el mundo, los detalles de sus conversaciones con Jim Condon, con Ismail Brahimi, con Kurata en la Casa Blanca, y con el presidente en su limusina, así como con Peter Durant y el golpe de Estado que al final la había forzado a marcharse de su propia compañía.

Arriba de todo había una copia del *Post,* doblada por la página de la reseña con el reportaje sobre su conferencia sobre el genoma. El nombre del periodista que lo firmaba estaba marcado con un círculo rojo, en rotulador, junto a la hora de su cita, las diez de la mañana, al día siguiente.

Lara se desplomó contra el marco de la puerta; se frotó en las zonas donde el dolor le martilleaba la frente. Necesitaba dormir toda una noche para estar preparada para la entrevista con el *Post.* Agotada por la tensión de los pasados dos días, se dirigió de popa a proa y regresó para encender las luces y comprobar que las escotillas y los ojos de buey estaban cerrados y asegurados. Por fin fue a la estación de navegación y comprobó las imágenes de las cámaras web exteriores. Al no ver nada fuera de lo normal, Lara conectó la alarma y entró en su camarote. De debajo de la cama sacó una fina funda de pistola de piel con clip y sacó de ella el *silver* Colt.380 automático que había cargado con munición reciente pocas horas antes. Desprendió el clip, extrajo el cargador y revisó las balas, movió la corredera, presionó el gatillo y luego lo volvió a montar todo y lo colocó al lado de la cama. Después se fue a dormir, se tapó con las sábanas y apagó la luz. Durante unos segundos, se sintió culpable por no haberse lavado los dientes y, luego, cayó profundamente dormida.

Unos ojos escondidos espiaban a través de la penumbra y observaban las sombras que se movían tras las cortinas de *portlite* del *Tagcat Too.*

Al otro lado de la autopista, tras las ventanas del octavo piso de un edificio de apartamentos anodino, Horst Von Neuman estaba sentado pacientemente en una confortable tumbona junto a una maraña de equipos electrónicos. Un micrófono direccional, montado en un trípode, apuntaba directamente a la embarcación de Lara; a su lado, una antena parabólica apuntaba al mismo punto. Un objetivo compacto de visión nocturna colgaba

de un cordón que pendía del cuello del hombre. El amplificador del auricular del micrófono tapaba su oído izquierdo; un cable de la radio bidireccional llegaba hasta su oreja derecha. Von Neuman asintió al mirar la antena parabólica que captaba débiles señales de radio, conocidas como radiación Van Eck, emitidas por el teclado del ordenador de Lara, la impresora y el monitor de vídeo. Desde la antena, un cable recorría la unidad de vigilancia TEMPEST, que en sí misma también era un pequeño ordenador portátil pero que había sido especialmente protegido para evitar que sus ondas de radio fueran a parar a manos de extraños. Pocos usuarios de ordenadores personales se daban cuenta de que todo lo que producían en sus sistemas podía ser captado por extraños, si utilizaban sistemas tan poco sofisticados como un aparato de televisión ordinario y un puñado de componentes de algún ordenador.

La mayoría tampoco era demasiado consciente de que los teclados podían conectarse a los delicados chips y circuitos de un ordenador medio. El hombre miró la antena parabólica dirigida hacia el portátil de Lara. Ahora estaba recibiendo datos pero, si fuese necesario, podría conectar un interruptor y transmitir una poderosa oleada de ondas de radio en banda microondas. Los circuitos del ordenador de Lara actuarían como antenas provisionales y recogerían las señales que, enseguida, colapsarían el aparato y provocarían que se estropease sin razón aparente. A unos niveles de potencia más elevados, las ondas de radio podrían causar un daño permanente en los circuitos.

Von Neuman observó cómo la pantalla de cristal líquido de la unidad TEMPEST emitía continuamente la misma información que aparecía en el portátil de Lara. Exactamente a media noche, recibió una comunicación inalámbrica encriptada y pasó toda la información a Sheila Gaillard. Informó que, aparte de una letanía de palabrotas, la mujer en cuestión no había dicho nada, no tenía visitantes, había recorrido la proa y tirado de la cadena del baño cuatro veces y luego había estado ocupada con su ordenador personal durante más de seis horas.

–Estate preparado -le dijo Sheila y luego colgó.

Capítulo 20

Akira Sugawara siguió a Kenji Yamamoto, que subía por las escaleras de metal hacia una pasarela que se ramificaba en todas direcciones,

formando un sendero que serpenteaba entre la parte superior de los tanques más grandes de fermentación y los recipientes de biorreactores del Laboratorio 73.

Sugawara pensó que se parecía un poco a una bodega, algo así como una cervecería, una refinería de petróleo en miniatura, tanques, tuberías y torres de fraccionamiento se contraían para encajar en ese edificio cavernoso de metal que estaba detrás del laboratorio principal.

Sus pasos resonaban en el suelo de metal y marcaban el ritmo del zumbido y la succión de las bombas, como corazones de metal hambrientos que mantenían ese sistema biológico vivo.

A su alrededor, grandes gotas de líquido avanzaban a toda velocidad por las gruesas venas de Pyrex transparente del diámetro de las tuberías de un sumidero, dispuestas de cualquier manera pero que siempre cambiaban de dirección en codos formados por ángulos precisos de noventa grados que se dirigían a otro tanque enterrado profundamente en las entrañas de la bestia. Por un lado, en un tanque, el líquido era turbio y marrón; por otra parte, saliendo de otro precipitador, había otro de color bilis transparente; un poco más allá del color y la consistencia del zumo de piña**.** Por todas partes, amplios garrafones de reactivos colgaban como garrapatas hinchadas de sangre de una tubería, de los que goteaban precisas cantidades, controladas por ordenador, de su contenido en el sistema, como hormonas y jugos gástricos.

En cada empalme y cada punto crítico había una válvula que se accionaba eléctricamente, y estaba controlada por un ordenador en tiempo real que comprobaba el proceso de miles de sensores, como si fuesen nervios conectados a través de todo el aparato. El ordenador ajustaba el flujo, la temperatura, la presión y la composición química precisa. Ese sistema nervioso central orquestaba la sinapsis de cientos de relés eléctricos que chirriaban ahora como un coro de grillos mecánicos.

No era el brillante mundo de series de frascos y tubos de cristal reluciente que abarrotaban las mesas de trabajo de los laboratorios. Éste no era un lugar de experimentación, sino un lugar de trabajo; no era un sitio para plantearse preguntas sino para producir. En ese lugar, los procesos perfeccionados de los laboratorios se sellaban de forma que la industria de la muerte podía ser conducida de forma eficiente. Esto hizo temblar a Sugawara. A donde quiera que mirase, Sugawara veía pruebas de su

culpabilidad. Él había diseñado el sistema de control por ordenador, había escrito gran parte del código. Su mano había guiado todos los pasos de la muerte.

A Yamamoto le gustaba decir a los visitantes que ese sistema estaba vivo, que respiraba, metabolizaba, crecía y producía residuos. Sugawara sabía que era cierto y eso le provocó escalofríos. Era como un monstruo de Mary Shelley, sin rostro que, de forma invisible, saldría arrastrándose del laboratorio y haría su trabajo antes de que los habitantes de la aldea global pudiesen encender las antorchas y asaltasen el castillo.

–Como puedes ver, el rendimiento aquí es exactamente tal como se predijo -Yamamoto se había detenido a tirar de una larga hoja de papel continuo con unos gráficos extraídos de un aparato registrador. Se la alargó a Sugawara para que la viese-. No hay ninguna duda que este lote cumple con nuestros requerimientos por lo que respecta a la potencia y la inactivación después del período de tiempo descrito.

Dejó caer el papel y se dio la vuelta para dirigirse hacia la pantalla de un ordenador.

–Como sabes, debemos ser muy precisos en la fabricación porque las diferencias genéticas entre cualquiera de dos grupos de gente son muy, muy pequeñas.

Después bajó la voz.

–Aunque no haga demasiado felices a Kurata-*sama* y a sus aliados reconocerlo, hay muy poca diferencia genética entre nosotros y los coreanos. – Se detuvo y dijo enfáticamente-: las diferencias no son numerosas, pero son importantes culturalmente, *¿neh?*

Sin responderle directamente, Sugawara le siguió, ponderando las implicaciones que el jefe de producción de la operación Tsushima había dejado colgando en el aire.

Potencia, vida limitada, especificidad genética: eran los tres distintivos de la bomba étnica que habían producido. Por tercera vez aquella mañana, Yamamoto había mencionado las primeras dos y no la tercera. Sugawara siguió al anciano hacia el terminal del ordenador. El corazón de Sugawara se iluminó cuando pensó en que podría utilizar un defecto del proceso para posponer la operación Tsushima. Ahora sentía haberse resistido inicialmente a hacer aquella visita.

Yamamoto había insistido en que realizase esa visita cada día durante casi dos semanas. Sugawara la había pospuesto día tras día. Había visto todo lo de ese monstruo que le interesaba ver y, simplemente, no podía reunir la energía psicológica que requería visitar las entrañas de la bestia de nuevo. La llamada le había dejado vacío, exhausto.

De nuevo se preguntaba cómo había llegado a pensar de esa forma. Maldijo los acontecimientos o la mutación genética que habían hecho que él pensase de forma tan distinta, tan independiente de la forma en que había sido educado, la forma cómo su familia vivía, la forma en que se esperaba que se comportase. ¿Tal vez había sido su estancia en Estados Unidos?

Durante las últimas semanas había permanecido con la vista fija en la oscuridad mientras los demás dormían, intentando recorrer los marcos que delimitaban su vida anterior, buscaba el punto preciso, el momento exacto en que había cambiado, cuando había ido por el mal camino. Tal vez, si lograba concretar el momento o la causa precisa en su mente, le permitiría cambiar de nuevo y volver a pensar de la forma en que estaba obligado.

Pero, por más que lo intentaba, no encontraba la causa. No podía recordar una época en la que no hubiese sido exactamente quien él era ahora. Era posible que hubiese empezado a aceptar que siempre había sido imperfecto, pero capaz de sobrellevarlo sin que demasiada gente se diera cuenta. Hasta ahora. Tal vez había sido preciso algo tan horrible como la operación Tsushima para focalizar sus pensamientos, para forzar la decisión que debía tomar; tenía que guardar sus impulsos individualistas occidentales tras él o debía escindirse de las costumbres de su gente, traicionar a su familia, rebelarse contra los *giri* que le unían a todos ellos. No podía ver siquiera el más ligero atolón en el golfo que le separaba de esas dos decisiones. El fracaso en hacer el salto completo le dejaría en una ciénaga agnóstica, sin rumbo, sin compromisos, desleal a cualquiera de los polos que se aferraban a su corazón.

Quería estar solo para luchar contra esos pensamientos, batallar contra la pesadilla que se había apoderado de él. Dar otra vuelta por las instalaciones era lo último que necesitaba Sugawara, pero el anciano no aceptaría un no por respuesta.

–Tú eres los ojos y los oídos de Kurata-*sama*, y sus piernas jóvenes y fuertes -Yamamoto había insistido-. Tienes que poder responder a cualquier

pregunta que nuestro señor pueda hacerte. Es tu obligación. No querrás decepcionarle.

«Sí -pensó Sugawara-, quiero decepcionarle pero no tengo el valor de hacerlo.» Al final se dio cuenta de que la insistencia del anciano y la creciente estridencia en urgirle la inspección tal vez significaba que quería comunicarle algo, pero de esa forma, porque no podía hacerlo directamente.

Sugawara siguió a Yamamoto por un corto tramo de escaleras hacia una plataforma del entresuelo que descansaba al abrigo de un alto tanque de acero inoxidable.

Sugawara sabía que si él se dirigía a Kurata y le contaba directamente que había un problema en el proceso, entonces forzaría a que todo el tema saliese a la luz, con el resultado de que alguien debería ser culpable, humillado. Ese tipo de gente podía ser peligroso. Y aún más, Sugawara sabía que podía estar equivocado acerca de que hubiese un problema con el proceso. Yamamoto podría contestar sinceramente: yo nunca he dicho esto. Sugawara sabía que entonces él sería humillado, perdería la credibilidad, su influencia en la organización. Probablemente, se le negaría el acceso a la información que necesitaba para seguir el desarrollo del proyecto.

Los dos hombres se detuvieron en la pequeña plataforma del entresuelo, que no era más grande que una mesa de ping-pong. Yamamoto encendió una luz colgante y, bajo la iluminación que proporcionaba la bombilla desnuda, señaló un pequeño tubo de cristal por el que recorría un líquido incoloro.

–Éste es el suero final antes de que sea incorporado a los microsomas respiratorios -dijo Yamamoto.

Cortésmente, Sugawara se inclinó hacia delante, aunque sabía que había poco que ver, sólo un flujo de muerte, apenas visible, mientras se movía por la maquinaria patentada que encapsularía partículas del vector Ojo de Fuego en motas de polvo especiales, microscópicas, que podían ser aerosolizadas sin dañar el vector.

Desarrollado en primer lugar por el doctor Ishii y después perfeccionado y patentado por NorArm Pharmco como forma de proporcionar medicamentos orgánicos delicados, vía inhaladores pulmonares, el microsoma era un caparazón protector de no más de unas pocas moléculas fuertemente envueltas alrededor del vector. El tamaño de la partícula estaba fabricado con extremo cuidado para que tuviese el

tamaño perfecto para ser transportada a lo más profundo de los pulmones con cada inhalación, directamente a los alvéolos, donde una única capa de células separa el aire de los capilares donde el oxígeno y el dióxido de carbono se intercambian. Allí, el microsoma se disolvería instantáneamente y liberaría el vector Ojo de Fuego que pasaría de forma directa al torrente sanguíneo.

El proceso pasó por la mente de Sugawara mientras observaba el flujo de líquido.

–Las cantidades son exactamente las necesarias -dijo Yamamoto-. Por favor, hazle saber a Kurata-*sama* que he seguido fielmente las instrucciones de Rycroft-*san*, al pie de la letra.

El anciano le tocó ligeramente en el hombro. Cuando Sugawara se dio la vuelta, vio que Yamamoto lo miraba directamente a los ojos.

–Al pie de la letra, fielmente.

Luego el anciano esperó un momento, y se inclinó un poco.

–Al pie de la letra, fielmente -repitió de nuevo.

Después, sin pronunciar ni una palabra más, se dirigió a unas escaleras que conducían abajo.

La repetición críptica de Yamamoto captó la atención de Sugawara. Al pie de la letra, fielmente. Pensó intensamente sobre ello, entonces la niebla se disipó.

–¡Eso es! – Sugawara se dijo para sí-. Esto es lo que él quería que yo supiese. Había algo que estaba mal en el proceso y era culpa de Rycroft. Pero los japoneses más ancianos, tradicionales, nunca critican a los demás tan directamente, en especial si estas personas son sus supervisores. La rebelión abierta estaba fuera de cuestión, pero Yamamoto quería que Kurata supiese que las instrucciones erróneas de Rycroft se habían seguido fielmente, al pie de la letra.

Sin pronunciar palabra, Akira maldijo la tradicional afición por la comunicación llena de rodeos. Sin embargo, Yamamoto era de la vieja escuela y, bajo ninguna circunstancia, iría directamente al grano en una conversación que implicase acusar a su supervisor.

Sugawara permaneció allí, observando cómo Yamamoto se apresuraba hacia el área donde se llevaba a cabo el microsoma, obviamente no deseaba hablar más del asunto. Para Yamamoto, el mensaje había sido enviado y

recibido; algo no funcionaba bien en el proceso, algo que era culpa de Rycroft.

Se presentaba una oportunidad para los que la estaban esperando. Esto era seguramente lo que había estado esperando. Ésta era la cuña que necesitaba para introducirse entre Kurata y la operación Tsushima y retrasarla, y tal vez le daría tiempo a hacer algo de una forma más permanente. Fantástico, pensó feliz. Es fantástico.

Sugawara siguió a Yamamoto a corta distancia. Tenía que pensar cómo usar la información, cómo construir un consenso contra Rycroft. Sabía que no se podía mover directamente contra el arrogante británico, porque ofendería a Kurata. Además, Rycroft tenía sus propios apoyos que no querrían saber nada acerca de desbaratar la operación Tsushima. El proyecto tenía vida propia, un momento que al fin tal vez sería imposible evitar.

Por un instante, Sugawara consideró la opción de no decir nada, y dejar que el gigante rodara. Se producirían muchas más muertes, japoneses igual que coreanos, pero él podría destaparlo más tarde y atraer la atención de la nación sobre lo que sucede cuando los políticos crean una atmósfera de racismo y elitismo, y las consecuencias para los ciudadanos corrientes que las secundan.

Recordó sus lecciones de historia y se dio cuenta de que su arrogancia política y un populacho dócil fue lo que había creado las condiciones idóneas para el ataque a Pearl Harbor, la Guerra del Pacífico y la humillación que siguió a esos acontecimientos. Los líderes de Japón y su población nunca habían sido obligados a reconocer su culpabilidad por la historia del pasado medio siglo. Al negar su responsabilidad, ahora iban por el mismo camino para repetirlo.

Era una idea tentadora, pensó Sugawara, mientras entraba en la limpia sala de la cámara estanca con Yamamoto y se detenía para ponerse la bata y las zapatillas.

Pero la lección para sus paisanos costaría vidas inocentes de cientos de miles de coreanos, gente que ya había sufrido bastante bajo la opresión japonesa. Además, pensó, calzándose las botas de papel y un gorro también de papel que parecía una versión retorcida del gorro de un chef, no había manera de que pudiera retener la información. No tenía ni idea de a cuanta gente Yamamoto había acompañado o quería acompañar a hacer la misma

visita, para conducirlos a las mismas conclusiones. No había manera de entablar una acción directa, y tampoco había forma de evitar la colaboración indirecta con Yamamoto.

El truco estaba, pensó Sugawara mientras terminaba de atarse la bata de laboratorio de papel desechable, en ejercer precisamente la cantidad justa de presión en el lugar correcto, de manera que el resultado no fuese lo que Kurata esperaba ni lo que Yamamoto quería.

Sugawara siguió al anciano al interior de la sala higiénica. Después, cuando la puerta de ésta se cerró automáticamente tras ellos, Sugawara tuvo la sensación de que otras puertas también se cerraban de golpe en su vida.

Capítulo 21

El teléfono despertó de golpe a Lara Blackwood con un sobresalto. Primero alargó la mano buscando el.380 automático, antes de darse cuenta de que no había amenaza. Por un momento se le pasó por la cabeza la absurda visión de pegarle un par de balazos al teléfono, y así poder volverse a dormir. En lugar de eso, miró el reloj; sólo eran las dos de la madrugada.

El teléfono sonó de nuevo, pero su vibración estaba casi cubierta por las huracanadas ráfagas de viento del exterior y la consiguiente cortina de lluvia contra la cubierta.

Lara reconoció el número de teléfono del puerto deportivo en la pantalla del aparato y descolgó.

–Blackwood.

–Perdone que la moleste señorita Blackwood. Soy Sumter Jones, el vigilante nocturno. Tengo a un loco en la puerta que dice que tiene que hablar con usted. Ahora.

Al instante, Lara sintió un hormigueo en los dedos. Se sentó y balanceó las piernas por el lado de la cama.

–¿Y el loco tiene nombre? – preguntó.

–Pues sí. Un nombre importante. Peter Durant. Le he reconocido por la televisión -dijo Jones.

¿Qué podía ir tan mal para que Durant tuviese que visitarla en persona, en la oscuridad de una noche de lluvia torrencial?

–Voy enseguida -respondió Lara.

Colgó el teléfono, se puso una camiseta y unos vaqueros y se dirigió hacia el armario donde guardaba el impermeable, para atravesar los

escalones de la escalera de cámara. Se puso su impermeable de Gore Tex, se colgó el móvil al cinturón, agarró las llaves y una linterna y subió unos cuantos escalones. A medio camino se detuvo y regresó al camarote para recoger la.380 automática. Luego, con la funda abrochada a su cinturón, se adentró en la noche entre la intensa lluvia azotada por el viento. Durant nunca había visitado su navío. Ella le había dejado claro al principio que lo consideraba fuera de los límites, una violación intolerable de su vida personal.

Algo tenía que ir terriblemente mal para que él decidiese acercarse hasta allí. Menos de un minuto después, Lara encontró a Peter Durant y Sumter Jones junto a la cadena de seguridad que cerraba la puerta. Jones iba vestido con un impermeable amarillo. Durant sólo llevaba unos vaqueros, zapatillas y una camiseta. Estaba empapado.

Cuando Durant vio a Lara, se abalanzó hacia delante y se agarró a la reja de la puerta.

–¡Gracias a Dios que estás aquí! – gritó como un histérico, mientras se agarraba a la puerta, con los nudillos tan blancos por la fuerza que casi brillaban en la oscuridad.

Lara sacó sus propias llaves e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a Jones, para indicarle que ya podía ir a ponerse a resguardo de la lluvia. Jones dudó. Lara miró la oscura cara del hombre; se podía decir por la mirada en sus ojos que estaba preocupado por ella.

–Todo va bien, Sumter. Yo me ocupo de él. Todo va bien -dijo Lara.

Alzó las llaves y escogió entre el montón la más larga, la que abría la verja. Jones la miró por última vez, con una mirada dudosa, luego se dio la vuelta y regresó a su departamento.

Por el rabillo del ojo vio que les observaba a través de las persianas y se preguntó si tenía aún aquel revolver oxidado que parecía una pieza de museo y que le había enseñado en una ocasión.

–Es demasiado horrible para decirlo en voz alta -Durant balbuceó casi de forma incoherente.

–He enviado a Peggy y a los niños lejos, con sus padres, por seguridad. – Luego empezó a llorar-. ¡No me he enterado hasta ahora! ¡Oh, Dios mío!

Por fin logró abrir la puerta; Lara la atravesó y se acercó a su colega sin poder hacer nada durante unos instantes.

–Baja conmigo al barco -dijo Lara, colocando su mano sobre el hombro de Durant-. Allí se está seco y caliente.

–¡No hay tiempo, no hay tiempo! – Durant se alejó y echó a correr dando traspiés hacia el aparcamiento-. No hay tiempo. ¡Vamos, vamos! – corría dando bandazos entre los coches y los camiones que se amontonaban en los espacios más cercanos a la puerta. Lara observó que se dirigía a una minivan, estacionada en un rincón pobremente iluminado de la zona de aparcamiento.

–¡Ya vienen! – gritó Durant-. Lee mientras puedas -permanecía de pie, con la mano en la puerta y esperaba a que Lara le siguiese y entrase.

Mientras ella caminaba hacia la minivan, Durant abrió la puerta del acompañante y movió la mano, impaciente.

–¡Vamos, date prisa!

Subió al vehículo entre un revoltijo de asientos de niños, juguetes, migas de galletas y barritas a medio comer, los inevitables restos que dejaba la infancia. Lara se quedó helada cuando vio las carpetas de fuelle oficiales forradas de piel con las brillantes letras naranja fluorescentes que ordenaban: «seguridad 4-0, no sacar del depósito de documentos». Lara sabía que existía un depósito en los sótanos de la Casa Blanca. Había estado allí, acompañada, según las normas, por un guardia armado que se aseguró que no sacaba de allí ningún documento, lo alteraba o copiaba.

Los expedientes de la minivan de Durant estaban salpicados de sangre fresca.

–Qué diablos has…

–¡No! – la interrumpió-. ¡No hables! ¡No hay tiempo, no hay tiempo!

Agarró una de las carpetas de los expedientes salpicados de sangre que estaba sobre el asiento, sacó de ella un fajo de documentos y se los entregó a Lara.

Por el rabillo del ojo, Lara vio que Durant se cubría el rostro con ambas manos y se lo frotaba mientras trataba con todas sus fuerzas de recomponerse.

–Adelante. Léelo. Estoy histérico, pero no estoy jodidamente loco -pidió.

Entonces, Lara leyó los documentos bajo el débil resplandor amarillento de la luz del techo de la minivan, sus entrañas se enredaron en la más profunda oscuridad que nunca hubiera experimentado.

–¡Santo Cristo! – dijo Lara en voz baja mientras miraba a su ex compañero-. Dime que no es verdad.

La boca de Durant se movió en silencio, trataba de buscar las palabras y no las encontraba. En silencio le alargó otro expediente.

Capítulo 22

La lluvia golpeaba con más fuerza el techo de la minivan mientras Lara leía el segundo expediente. Nunca hubiese imaginado que pudiera sentir un vacío tan profundo, tan oscuro, tan desesperado.

Sin pronunciar palabra, Durant le alargó dos expedientes más.

–Es demasiado. No puede ser. Simplemente no puede ser. Este tipo de conspiraciones extrañas sólo ocurren en novelas baratas de intriga -dijo Lara.

–¿Cómo pudo hacer esto el presidente? ¿Cómo ha podido Kurata?

–Créelo. He dejado a un guardia en cuidados intensivos para conseguir esto -dijo Durant.

Su voz sonaba ahora más calmada, más serena.

–¿Cómo? – Lara buscó las palabras mientras intentaba comprender el horror que reflejaban las páginas.

–¿Por qué?

–Tu nombre empezó a sonar muchísimo estas pasadas veinticuatro horas. Además, no podía dejar de pensar que tal vez tuvieses razón y que todas esas muertes no fuesen coincidencias. Cuanto más preguntaba, más duro era el bloqueo al que me sometían. Teóricamente soy tu jefe, o al menos lo era, y tenía derecho a saberlo todo. Entonces escuché conversaciones en teoría secretas y presté mucha más atención a lo que se decía. Y cuando oí que esos expedientes iban a ser sacados del depósito para ser destruidos, me las arreglé para echarles un vistazo antes de que se los llevasen -dijo.

–¿Y tú…?

–Los he requisado.

–¿No hay ninguna duda de que son auténticos? – preguntó Lara.

–Ninguna duda.

Apoyó el rostro entre sus manos durante un rato, luego alzó la vista de nuevo y miró a Durant.

–Me han utilizado -dijo con amargura-. Esos jodidos ladrones, los muy cabrones, me mintieron y robaron mi compañía para poder matar gente.

–Ahora están destruyendo todos tus archivos -dijo Durant.

Lara Blackwood se dejó caer en el asiento de la minivan y se dejó aplastar por la enormidad de lo que ella había hecho. Era la más horrible de las pesadillas que hubiese podido imaginar en el rincón más oscuro y recóndito de su mente; demasiado difícil de soportar, y por más que lo intentaba no podía despertar de ella.

–Si miras atentamente, verás que cada uno de los expedientes lleva el código doble nueve para el control externo -continuó Durant.

Lara se inclinó hacia delante, abrió el expediente y acercó la cara al documento, intentando ver las palabras con la débil luz.

Al inclinarse hacia delante, Lara escuchó el inconfundible silbido de una bala que atravesaba el aire cerca de su oreja. Se giró con rapidez para prevenir a Durant, y vio cómo su rostro se convertía en una pulpa gris sangrienta. Dos balas más impactaron en el pecho de Durant, esparciendo carne, sangre y fluidos corporales por todo el interior de la furgoneta.

Balas explosivas. Lara saltó hacia atrás, para alejarse de la línea de fuego. Echada junto a la puerta trasera de la minivan, Lara limpió la sangre y los pedazos de cuerpo de Durant que le habían salpicado la cara. Intentó abrir el seguro, pero estaba cerrado. Apenas escuchó el sordo sonido del silenciador de un arma cuando tres balas más impactaron en el cuerpo ya sin vida de Durant, destrozando su carne como una trituradora. Los trozos se esparcieron y quedaron colgando de los lados y el techo de la minivan.

Lara se lanzó por la ventanilla trasera de la minivan y golpeó el suelo bajo una lluvia de partículas empañadas de cristal. La lluvia torrencial y el viento aporreaban los trozos de cristal, esparciéndolos de un modo salvaje.

¡Otro disparo! Más cristales cayeron sobre ella como una lluvia de granizo a su alrededor cuando el cristal trasero de la minivan voló por los aires. Laura rodó por el suelo hasta que pudo incorporarse entre dos coches. El cristal de la luz trasera de un coche estalló sólo a pocos centímetros de su cara. El calor de lo que reconoció como su propia sangre corría por su mejilla, y se mezcló con la fría lluvia.

Con la mano derecha sacó la.380 automática de debajo del impermeable. Olía a disolvente limpiador Hoppes número 9. ¡Otro disparo! Una lluvia de plomo recorrió el pavimento, arañándolo a pocos centímetros

de sus pies. Intentaban disparar bajo los coches para herirla o forzarla a salir. Si se quedaba allí quieta, se enfrentaba a una muerte segura, en especial si continuaba vestida con el impermeable de color amarillo brillante.

Lara sacó las llaves de los bolsillos del impermeable y las metió como pudo en los de sus vaqueros. A continuación se quitó el impermeable, lo arrugó y reptó hacia la parte delantera del coche. Se detuvo cuando llegó a un ancho pasadizo entre las hileras que formaban los vehículos. Otro disparo resonó tras ella.

«¡Muévete!, ¡muévete!», se animaba Lara a sí misma.

Esperó a que una fuerte racha de viento la ayudase a pasar desapercibida y nublase la visibilidad del atacante, y entonces se lanzó a toda velocidad por el pasadizo entre los coches. Lejos, tras ella, una bala se incrustó con un ruido sordo en un guardabarros.

Sin detenerse, Lara zigzagueó hasta el próximo pasillo y se deslizó tras una camioneta de reparto; corrió veloz dentro de la relativa seguridad de la oscuridad que le proporcionaba una farola de la calle rota. Se detuvo allí un momento en las sombras, respirando profundamente. Lo que más deseaba era poder llegar a su gran Chevy Suburban blindado, pero estaba aparcado en el perímetro de la zona de aparcamiento, demasiado lejos y dentro de la línea de fuego del arma. Habían bloqueado inteligentemente todas las salidas.

Lara miró a su alrededor, entrecerrando los ojos para poder ver algo entre la cortina de lluvia y elaboró un plan, basado en parte por lo que podía ver, y en parte por lo que podía recordar. Apartó las dudas de su mente: Podía funcionar… Tenía que funcionar, porque era ágil y rápida y sería la carrera de su vida.

¡De pronto se produjo un movimiento! Se echó al suelo boca abajo, sobre el pavimento, y una bala chocó contra la puerta del Suburban. Lara se arrastró y dio vueltas sobre sí misma, arrastrándose de nuevo mientras las balas le seguían el rastro. Siguió el destello de la boca del cañón y vio que se movía una sombra entre la oscuridad. Hizo una pausa sólo un momento y rápidamente disparó tres veces hacia la sombra. El grito de un hombre resonó en la oscuridad. Disparó a la fuente del sonido y el grito calló abruptamente. Escuchó que un arma golpeaba el pavimento. Lara se puso en cuclillas y vio que la sombra formaba un bulto sobre el asfalto, inmóvil.

Había más asesinos sueltos en la oscuridad, esperándola. La lluvia repiqueteaba sobre la parte superior de los vehículos a su alrededor y azotaba su cabeza mientras corría, siguiendo los movimientos que había repasado de memoria una vez más, luego con un solo y fluido impulso hizo un sprint hacia el puerto deportivo.

Las balas la acorralaron, haciendo añicos todos los cristales que se encontraban a su alrededor, mientras corría en zigzag hacia la puerta del puerto deportivo con las llaves en la mano. Las balas alcanzaban todos y cada uno de sus pasos mientras corría.

Cuando llegó a la puerta, se refugió detrás de un recipiente de hormigón para la basura, mientras buscaba la llave de la puerta. Las balas arrancaban grandes trozos de hormigón del recipiente.

El miedo acrecentó el frío que tenía y se le encogió el estómago al empezar a pensar que su plan no funcionaría, que el tiempo se despejaría con rapidez, antes de que ella pudiese actuar.

–Sólo puedes hacer lo que sabes hacer. Entonces hazlo -murmuró para sí.

En aquel momento, una sirena resonó por encima del repiqueteo de la lluvia. Instintivamente buscó entre la oscuridad, mirando hacia la dirección de donde provenía el sonido, mientras su tono se elevaba y descendía.

Las pistolas de sus asaltantes estaban equipadas con silenciadores, pero la suya no. Sumter o alguien debía de haber escuchado sus disparos y llamado al 911.

Capítulo 23

Parpadeando para librarse de la hiriente lluvia, con la piel empapada y entumecida por la tormenta, Lara sujetó con fuerza la llave y miró hacia la puerta de entrada, la oficina del capitán del puerto y, tras ella, la serie de edificios y toldos que cubrían la orilla y dominaban los muelles. Estaban el restaurante Rusty Pelican, al lado de un local de compraventa de embarcaciones, una compañía de reparaciones, y dos almacenes de suministros que se hacían la competencia en vender caros accesorios de latón y acero.

Intentó vislumbrar algo a través de la cortina de lluvia que fluía y refluía, nublando por completo su visión un momento y ofreciéndole una clara perspectiva al momento siguiente. Esperó la próxima arremetida,

luego se movió, rezando para que la llave encajase en la puerta. La deslizó dentro de la cerradura sin problemas, en el primer intento. Dio la vuelta a la llave y abrió la puerta.

La fuerza de la lluvia disminuyó cuando atravesó la puerta corriendo a toda velocidad. Esperaba sentir un balazo en cualquier momento, pero continuó corriendo deprisa, dándose impulso al bajar por la rampa del muelle y adentrarse en las sombras hacia el *Tagcat Too.* Instantes después, las balas impactaron contra las cubiertas de fibra de vidrio de los botes amarrados a cada lado, rodeándola, y que la apuntaban directamente. Se agachó detrás de una caja porque una ráfaga acribilló el muelle por la parte que quería atravesar. Las sirenas se acercaban cada vez más. Pero el bombardeo de sus asaltantes continuaba. Estaría muerta antes de que llegasen. Pensó un momento en Durant, los expedientes y la horrible verdad que le aguardaba si lograba sobrevivir a aquella noche.

El viento y la lluvia, de nuevo, formaban una cortina sobre la noche y aprovechó para correr como alma que lleva el diablo a través de la impenetrable oscuridad, en línea recta hacia el *Tagcat Too.*

Sin dudarlo ni un instante, desató las amarras de las cornamusas de la embarcación. El viento empezó inmediatamente a alejar el barco del muelle. Saltó con agilidad a bordo mientras las balas la buscaban entre la noche. Desconectó la conexión eléctrica con la costa y el cable de la línea telefónica terrestre, luego saltó por la escalera de cámara. Las balas rebotaron en la escotilla de acero mientras la cerraba. Bajo cubierta puso en marcha el par de motores diesel, a toda máquina. Utilizó el radar y las imágenes de las cámaras web y las cámaras de visión nocturna para guiarse, y el timón de bajo cubierta para el mal tiempo para alejar al *Tagcat Too* del muelle y adentrarse en la noche.

–¡Dios mío! – exclamó en voz baja, mientras empezaba a temblar tanto por el terror que sentía, como por las ropas empapadas por la tormenta-. Gracias, Dios mío -murmuró.

El *Tagcat Too* giraba bruscamente y se balanceaba bajo las salvajes ráfagas de viento. Tuvo que concentrarse al máximo para mantener el gran queche por el estrecho canal que la llevaba al Potomac. Un movimiento en falso y la alada quilla en forma de torpedo, rellena de uranio empobrecido ultra denso, se engancharía en alguna marisma o, lo que sería aún peor, chocaría con los pilares de hormigón que se extendían por el canal.

Entonces se encontraría a merced de la tormenta, que podría machacar el casco de acero de la embarcación y reducirlo a chatarra. Tanto ella como los arquitectos navales que diseñaron el *Tagcat Too* se habían asegurado que la embarcación sería capaz de soportar el peor tiempo del mundo, y el oleaje del sector austral del océano Atlántico. Pero eso era válido en mar abierto, donde sólo había agua y nada más que agua contra la que chocar. El canal era estrecho, y las poderosas ráfagas de viento podían inclinarlo o balancearlo justo en el momento equivocado y hacer que chocara directamente contra los pilares de hormigón que destrozarían incluso el fuerte casco de acero del *Tagcat Too.* La total concentración borró el frío, calmó los escalofríos, y dejó su mente en blanco, ausente de emociones o temor. Se convirtió en acción; ella era la acción. Había sólo acción, y eso la liberó.

En la pantalla de visión nocturna, colocada en gran angular, sintió, más que vio, que se aproximaban los pilares de hormigón, que se alzaron como unas columnas de Hércules particulares. Sus manos tenían vida propia, acariciaban el mando del timón, manipulaban el propulsor de proa. Después, de pronto, el último de los pilares quedó atrás, en la oscuridad. Viró a babor y trazó un rumbo directo hacia el centro del Potomac. Sólo entonces inspiró profundamente y conectó la radio para escuchar la previsión del tiempo. Lo que escuchó la aterró y la llenó de júbilo al mismo tiempo.

«El Servicio nacional de meteorología ha emitido una alerta de huracán para las zonas costeras de Carolina del Norte, Virginia, Maryland, Delaware y New Jersey, con ráfagas de viento de más de cien millas por hora y gran oleaje en las zonas inferiores a los seis metros. Las evacuaciones han empezado.»

La radio había dicho que el ojo del huracán estaba estancado en cabo Hatteras. La armada enviaba sus barcos mar adentro, para situarlos delante de la tormenta que se aproximaba y mantenerlos alejados de los peligros de las aguas poco profundas; hasta el momento habían muerto doce personas, todos ellos pasajeros de una furgoneta de la iglesia que había intentado cruzar un torrente crecido con la lluvia en la parte rural de Carolina del Sur. El huracán estancado estaba provocando mal tiempo y tornados a lo largo de toda la costa atlántica.

Pensó en el viejo refrán que hacía referencia a estar entre el infierno y el mar abierto, y se dio cuenta de que de nuevo se encontraba en aquella situación. Había luchado otras veces con la fuerza de un huracán. Y había perdido.

No podía apartar la fría losa que se había instalado en su corazón que le decía que, de nuevo, estaba en la misma situación que en el cabo de Hornos. Sólo que esta vez no había nadie para sacarla del agua.

Capítulo 24

El salón del hotel, cuyas paredes de más de nueve metros de alto, forradas completamente de arriba abajo con maderas nobles tropicales, era inmenso y estaba diseñado para albergar a cientos de invitados sentados. Las elegantes arañas de cristal estaban a media luz y dejaban la estancia casi completamente a oscuras. Sin embargo, en lugar de la Conferencia internacional sobre ventas de valores de derivados financieros, que había llenado la sala hacía menos de veinticuatro horas, sólo estaba Edward Rycroft, de pie ante un sólido podio de caoba, que se enfrentaba a una curiosa sala de conferencias en la que doce hombres estaban sentados en doce compartimentos privados, separados por cortinas y equipados con una confortable silla, una pequeña mesa con refrescos y espacio suficiente para los guardaespaldas de esos hombres, fuertemente armados, que, por muy comprensibles razones, siempre los acompañaban.

Los hombres y sus escoltas de seguridad habían entrado en el salón en penumbras por puertas distintas, todos con ligeras variaciones de tiempo acordadas de antemano. Ninguno deseaba que su rostro fuese visto por los demás. Se trataba de un grupo de importantes funcionarios civiles y militares de una docena de países, conocidos por sus conflictos étnicos. Ninguno de ellos estaba particularmente contento de que Rycroft y su ayudante les viese el rostro, pero era el precio que tenían que pagar por tener una nueva capacidad para alimentar sus obsesiones megalómanas de permanecer en el poder sin importarles cuánta gente de su país tenía que sufrir por ese privilegio.

En la parte más alejada de la habitación, escondido entre la más profunda oscuridad, estaba Jason Woodruff, que observaba a todos los que estaban allí reunidos e intentaba deducir cuál de ellos pagaría más.

–En resumen -explicó Rycroft-, el valor máximo del arma genéticamente específica que les ofrecemos tiene varias ventajas. En primer lugar permite localizar las poblaciones objetivo concretas que pueden estar demasiado mezcladas con los ciudadanos beneficiados, para considerar eliminarlos por medios convencionales. En segundo lugar, la barrera para conseguirla es mucho más elevada que, por ejemplo, las armas nucleares. La inversión de capital en investigación e instalaciones para su producción y la destacable profundidad de -Rycroft hizo una pausa-, como lo diría, de genio científico requerido hace improbable que el arma pueda ser reproducida por ahora, si es que se logra algún día. En tercer lugar, a causa de su diseño, el arma no puede ser combatida ni tampoco, en su forma final, siquiera detectada. Cuando nuestro diseño se combina con el patógeno de una enfermedad existente, se convierte en el arma furtiva definitiva que, del mismo modo, aísla a sus usuarios contra las acusaciones de crímenes de guerra.

Rycroft hizo una pausa y bebió de su vaso de agua. Era una hazaña biotecnológica y éste era su show.

–Finalmente -concluyó-, no podemos pasar por alto la característica del atractivo primordial del hecho que nuestra arma no sólo deja a las poblaciones que no son objetivo intactas, sino que tampoco daña o contamina de forma permanente edificios, infraestructuras, hogares, centros de producción u otros activos valiosos. La guerra convencional es cara y absorbe recursos financieros que serían más productivos si se invirtiesen en la compra de productos de nuestras compañías. Las guerras convencionales destrozan los mercados y, en última instancia, reducen y perjudican nuestros balances. Gracias al Ojo de fuego, las guerras convencionales han pasado a ser ya financieramente obsoletas.

Miró alrededor de la sala y vio que estaban todos atentamente absortos en sus palabras.

–Entonces, con esta introducción, por favor permítanme presentarles unos cuantos detalles más -hizo un gesto con la cabeza a Woodruff que bajó las luces y encendió un proyector de diapositivas.

En cuanto la sala quedó a oscuras, Rycroft pulsó el mando a distancia inalámbrico y apareció la diapositiva de un chimpancé.

–La madre naturaleza es bastante tacaña -empezó Rycroft-. Cree más en la reutilización de materiales ya disponibles que en crear nuevos. Por esta

razón nuestra composición genética varía menos de un 2% de este hermoso ejemplar de primate.

El proyector hizo un chasquido y apareció una imagen con cuatro fotografías de microscopio.

–Aquí tienen células de levadura -utilizando un puntero láser, indicó el cuadrante superior izquierdo-. En sentido contrario a las agujas del reloj, las células de un sapo cornudo, de un hongo y de un pepino de mar. Aunque su componente genético difiere del nuestro mucho más que el del chimpancé, aún comparten muchos de los mismos genes y enzimas con nosotros.

La siguiente diapositiva, igualmente dividida en cuatro partes, mostró los rostros de personas de cuatro categorías raciales: caucásicos, asiáticos, africanos e indios norteamericanos.

Rycroft dio unos pasos cerca de la pared, y se colocó detrás del cono de luz que conectaba la pantalla al proyector.

–Por término medio, cualquier par de personas en la Tierra varían en sus componentes genéticos sólo un 0,2%, una quinta parte del 1%. De este 0,2%, la mayor parte de la variación, algo así como el 85%, es la variación local entre la gente. Este énfasis local es lo que hace que el arma que les ofrecemos sea tan efectiva.

A continuación presentó la diapositiva de un grupo de pigmeos africanos.

–Hay grandes y detectables diferencias genéticas entre los grupos de pigmeos que viven sólo a tres kilómetros de distancia.

Le siguió la diapositiva de personas con sombreros tiroleses, vacas con campanillas y montañas cubiertas de nieve al fondo.

–Del mismo modo, la composición genética en las aldeas de los Alpes suizos son diferenciadamente distintas de un pueblo a otro.

La siguiente era una diapositiva de una familia huesuda delante de una autocaravana.

–Ésta está tomada en el estado norteamericano de Virginia Oeste, donde, de nuevo, hay claras diferencias entre los pueblos separados por unos pocos kilómetros. A pesar de la creciente movilidad de una pequeña minoría de la población mundial, la mayoría de las personas aún se casa y se cría dentro de un estrecho margen de grupos geográficos, étnicos, raciales, lingüísticos y religiosos. Alrededor del podio de caoba, cada uno de los asistentes asintió con entusiasmo. En una rápida sucesión, Rycroft se

dirigió a las diapositivas de un hombre que llevaba un *yarmulke,* una mujer cubierta con un chal y un chador, un grupo de niños delante de una señal indicando el aeropuerto de Sarajevo, y un grupo de ancianas entre las ruinas de la estación de tren de Grozny.

–Aunque se pueda pensar que el Ojo de fuego es un arma racial, las diferencias raciales sólo explican el 6 del 0,2% de la variación entre humanos.

La diapositiva de las cuatro razas volvió a aparecer.

–Por lo tanto, las diferencias genéticas raciales no son claras. Son sólo manifestaciones más visibles de las otras variaciones más significativas que acabo de mencionar.

La pantalla quedó en blanco cuando una diapositiva opaca cayó en el proyector.

–No es importante el hecho de preguntarse por qué hay diferencias genéticas -la voz de Rycroft resonó en la oscuridad con un inquietante eco-. Lo importante es que estas diferencias existen.

Hizo una pausa y un gráfico apareció en la pantalla.

–E incluso lo más importante para ustedes es el hecho de que nosotros podemos encontrarlas con rapidez y utilizar esas diferencias.

Utilizó el puntero láser para atraer la atención hacia el primer gráfico.

–Aunque el 0,2% sea una fracción relativamente pequeña, cuando se multiplica por los, aproximadamente, tres mil millones de bases de nucleótidos de nuestro ADN, el resultado es de unos dos millones de diferencias de nucleótidos. Esto es importante en un sistema donde un único nucleótido en una posición sensible puede producir desórdenes genéticos fatales como la corea de Huntington, la fibrosis cística o Tay-Sachs.

Se dirigió hacia un aparador y se sirvió un vaso de zumo de naranja recién exprimida, preparado sólo para él.

–El truco, como ya deben imaginar -dijo Rycroft después de hacer una pausa para tragar el líquido-, está en localizar esos dos millones aproximados de nucleótidos diferentes. Nosotros utilizamos una potente nueva técnica denominada análisis de representación de diferencias, un atajo que compara la composición genética de dos individuos, resta todos los segmentos idénticos y nos deja con los que son distintos. Utilizamos un semiconductor patentado que realiza todo el proceso con un único biochip.

Una diapositiva mostró un diagrama esquemático de la técnica.

–A causa de las variaciones existentes entre individuos, incluso en las mismas aldeas remotas, entonces es necesario tomar muchas muestras diferentes para determinar cuáles de los dos millones de nucleótidos están presentes en un grupo y ausentes en el otro por completo. Esa diferencia es el margen entre la vida y la muerte.

Apareció otra diapositiva. Ésta era un diagrama de flujo del proceso de un laboratorio.

–Hemos perfeccionado el proceso para localizar esas significantes diferencias y crear el Ojo de fuego, un vector orgánico hecho a medida, que es inactivo a menos que se encuentre en presencia de la secuencia del nucleótido específico que existe sólo en la población objetivo. En otras palabras, nuestro vector personalizado reconoce un gen específico de ese grupo seleccionado y se activa mediante ese gen, y sólo mediante ese gen. Es inofensivo para el resto de poblaciones. Como director de investigación de GenIntron, he realizado tres descubrimientos clave que han hecho que el Ojo de fuego fuese posible. En primer lugar he identificado las regiones de cada cromosoma humano que, con mayor probabilidad, contienen las únicas secuencias que necesitamos.

Rycroft bebió otro sorbo de su zumo de naranja y resumió, mientras caminaba por la periferia de la luz proyectada:

–Esos genes únicos se encuentran entre las vastas extensiones de ADN que no funcionan de forma activa como genes.

Apareció una diapositiva que mostraba la pequeña porción de cada gen que realmente producía proteínas y las secciones más amplias que no lo hacían.

–Estos tramos abarcan más del 90% del ADN de una persona. Hasta que presenté mi obra pionera en GenIntron, la mayoría de la comunidad científica denigraba esas áreas cromosómicas como ADN basura.

Pensó que en realidad esta parte del trabajo la había realizado Lara Blackwood y aquel extranjero islámico. Pero éste ya estaba muerto y ella lo estaría muy pronto.

–Esas áreas se conocen como «intrones» -continuó-. Los científicos que antes eran escépticos, ahora se han visto obligados a darnos la razón acerca de muchas de las funciones clave que desempeñan los intrones, incluyendo la forma estructural y la regulación de genes activos, productores de proteínas. Además, han permitido a GenIntron producir terapias genéticas

para anormalidades vinculadas con grupos étnicos específicos, y son la mitad de la clave del Ojo de fuego.

Rycroft, entusiasmado con su presentación, se sentía como un gran sacerdote al mirar los embelesados rostros alzados de sus acólitos; sus miradas débilmente iluminadas fijas en él, enmudecidos, pendientes de todas sus palabras. A la escasa luz dispersada por el haz principal del proyector, sus cuerpos quedaban escondidos fuera de la vista, en la oscuridad, y conferían a sus rostros el aspecto de cabezas sin cuerpo, que flotaban en las sombras como máscaras teatrales.

–La otra mitad de la clave reside también en los intrones humanos -la voz de Rycroft estaba integrada en el púlpito que ahora dirigía. En muchos aspectos, él era, en aquel momento, el hombre más poderoso del mundo e intentó transmitirlo a su audiencia.

–El segundo descubrimiento clave que hice fue el hallazgo de un fósil genético que vive en los genes de todos los seres humanos -tosió para aclarar su garganta-. Es bien sabido que algunos de nuestros intrones son los restos de antiguos retrovirus que infectaron a nuestros predecesores hace millones de años, tal vez cinco o más, o probablemente hace diez millones de años, y tal como son capaces de hacer los retrovirus se insertan en sus cromosomas. Tal vez sepan que los retrovirus se denominan «retro» porque tiene una estructura muy rudimentaria, en el sentido evolutivo, en la que su código genético no es ADN sino una sola cadena de ARN. Sin embargo, cuando están dentro de un anfitrión, como, por ejemplo, nosotros mismos, una enzima especial convierte el ARN en ADN viral, que entonces se une a nuestro ADN. Una vez está unido a nuestros genes, fuerza a la célula a producir más y más virus hasta que la célula finalmente revienta y muere.

La sala quedó tan silenciosa en aquel momento, que el ventilador del proyector sonó como si fuese las ráfagas de un pequeño vendaval en aquel espacio cerrado.

–Por fortuna, ese potentísimo retrovirus mutó antes de que pudiese exterminar a toda la especie humana. El genoma del retrovirus mutado, no obstante, aún está vivo en todas y cada una de nuestras células, no como ADN basura sino como un mensaje fósil de los albores de nuestra especie, que se ha extendido entre nosotros, contándonos la historia de la prehistoria en frases elocuentes de las cuatro bases de nucleótidos: guanina, citosina, timina y adenina.

Bajando el tono de voz para darle un efecto dramático, Rycroft miró a su alrededor, en un intento de buscar el contacto visual con cada una de las personas con las que hablaba.

–Tenemos suerte de que las mutaciones son una incidencia diaria en nuestros genes, puesto que mi investigación ha revelado el descubrimiento de un intrón retrovirus particularmente letal. Este intrón es la prueba viviente indiscutible de un retrovirus que casi exterminó a toda la especie humana en una epidemia que alcanzó el grado de cataclismo, un desastre global, la extinción total de la especie, frenada sólo por una mutación casual. Ese virus era un exterminador y, en su forma no mutada, era mortal en un 100%.

Una diapositiva opaca llenó el espacio de nuevo, dejando otra vez la habitación en una extraña oscuridad. Las personas allí reunidas se removieron inquietas en sus asientos. La voz de Rycroft llenó la oscuridad.

–En la actualidad, todo humano vivo transporta el gen Ojo de fuego letal en cada una de sus células -Rycroft continuó-. Todos nosotros transportamos el Ojo de fuego con la misma mutación de una base de nucleótido. Todos tenemos esa mutación porque los que no la tenían murieron.

Hizo una pausa. El salón se llenó de susurros cuando los presentes se removieron en las sillas incómodos, al pensar en la muerte primitiva que albergaban en cada una de sus células.

–Se trata, en el sentido más amplio de la palabra, de una infección transportada a través de los eones, desde los albores de nuestra especie; la muerte cuidadosamente preservada por la vida.

Hizo una pausa para dejar que sus palabras calasen.

–Cuando descubrí el gen Ojo de fuego mutado, el trabajo no hizo más que empezar. No fue sencillo para mí desarrollar un método para recuperar el gen inicial de manera que produjese los efectos originales e invariablemente letales del Ojo de fuego. Si fuera tan sencillo, la especie humana no habría sobrevivido tanto tiempo. En los laboratorios de GenIntron, de máxima contención de bioseguridad, comprobé que el Ojo de fuego podría ser activado con una forma de ADN sintético que usase seis bases en lugar de las cuatro habituales. Y no sólo eso, sino que también descubrí que cuando el patógeno sintético activaba el Ojo de fuego, se hacía agresivamente contagioso de un miembro de la población objetivo a otro,

de esta forma se asegura el máximo impacto con el mínimo de recursos iniciales. Este vector casi indetectable transporta el factor que reconoce a la población objetivo y el desencadenante que lanza al Ojo de fuego hacia su trayectoria mortal. Se trata de una partícula pequeña, inestable, completamente sintética, principalmente basada en proteínas, que se parece a una minúscula célula de levadura. Vive en el medio ambiente un día o dos como máximo. Es tan inestable que todas las técnicas de laboratorio, excepto la especial que yo he desarrollado y que podría usarse para detectar esa partícula, la destruye. Recuerden, el vector Ojo de fuego no es un virus. No es infeccioso por sí solo. Lo único que hace es desencadenar la resurrección de un gen antediluviano que es el que en realidad mata. Para terminar mi exposición, me gustaría rendir homenaje al doctor Shiro Ishii, cuyos trabajos pioneros sobre la dispersión por aerosol de muermo y otros vectores de enfermedades hacen que el aspecto físico de nuestro trabajo sea posible. La investigación en la dispersión por aerosoles ha desempeñado un papel fundamental en el inhalador revolucionario de NorArm para el suministro respiratorio de medicamentos. Nosotros, en GenIntron, hemos autorizado esta tecnología para el suministro de nuestras terapias genéticas. Este trabajo fue cuidadosamente probado y sutilmente mejorado por el ejército y por la CIA, en las décadas de 1950 y 1960, con pruebas a gran escala, que implicaron la liberación de bacterias inofensivas, entre otras muchas áreas, por el sistema de metro de Nueva York y en los vientos preponderantes del noroeste del área de la bahía de San Francisco. Una pequeña extensión de este trabajo pionero hará posible que liberemos el Ojo de fuego a la población coreana de Japón, cuando la operación Tsushima empiece dentro de menos de dos semanas a contar a partir de hoy. Después de esta prueba sobre el terreno, nosotros -miró a Woodruff-, estaremos en contacto con ustedes para hablar de sus particulares necesidades específicas.

A continuación, Rycroft se inclinó ante su público.

–Esto concluye mi exposición.

Hizo una mueca cuando las luces se encendieron. La habitación estalló con una multitud de preguntas entusiasmadas.

Capítulo 25

En la residencia de Kioto de Tokutaro Kurata, en la habitación del piso superior que su tío le había asignado, Akira Sugawara estaba sentado con las piernas cruzadas en la oscuridad, sobre un tatami, mientras escuchaba cómo la lluvia golpeaba los árboles en el exterior.

Intentó pensar en cualquier otra cosa que no fuese Sheila Gaillard, Horst Von Neuman y los asesinos a sueldo que habían contratado para matar a Lara Blackwood. El ataque, según ella le había informado, había sido un éxito. Blackwood había escapado en su barco, pero incluso una gran embarcación particular como la de ella sería destruida por el inminente huracán con toda seguridad.

Movió la cabeza como un caballo expulsándose las moscas, como si de alguna forma el movimiento pudiese evitar el sentimiento de desazón que sentía, porque su muerte, e incluso todas las muertes que se habían producido antes de la de ella, estaban muy mal.

El esfuerzo hizo que aún se sintiese peor. Tales pensamientos no eran honorables; al contrario, deshonraban su deber para con su tío. ¿Pero cómo había llegado a adoptar esa postura? A menudo le parecía que simplemente siempre había sido así, pero él sabía que las cosas habían sucedido poco a poco; había caído sutilmente arrastrado hacia la red de Kurata, realizando primero un trabajo y luego otro. Cada acto por sí solo parecía inocente, envuelto como siempre en el sentido del deber, la lealtad familiar, los imperativos culturales. Pero ahora pensaba que, cuando lo consideraba como un todo, el curso de los acontecimientos le había arrastrado inexorablemente hacia él y conducido, en algún punto concreto, de la inocencia a la maldad.

Paso a paso, Kurata lo había arrastrado cada vez más profundo, cada acto era más oscuro que el anterior, más incriminatorio. Las amenazas, los *giri*, las recompensas materiales prodigadas a sus padres como recompensa por sus buenas actuaciones, ataban a Sugawara al camino que le había trazado su tío. Había intentado armarse de valor para luchar contra el significado de lo que estaba haciendo. Durante un tiempo, los trucos burocráticos usuales: no se trata de personas, tan sólo son «unidades», «parásitos», «vidas que no merecen la pena vivir» o una «enfermedad que es necesario erradicar».

Pero cuando sus rostros escapaban de la tiranía de los números y los eufemismos -tal como lo hicieron el día que, con lágrimas en los ojos, vio

las emisiones en televisión, la agonía de familias enteras en el césped del hospital, en Tokio-, el dolor penetraba en él y cortaba como el filo de un puñal los compromisos que lo ataban de forma tan profunda a Kurata y su causa.

Sugawara pensó en los crímenes de guerra y la culpabilidad y supo, con toda certeza, que en la actualidad ya era culpable de muchas cosas. Se escuchó el sonido de la madera pulida que se deslizaba con suavidad sobre otra madera, por encima de la charla de la radio y el constante repiqueteo de la fuerte lluvia sobre el tejado. Conocía bien ese sonido; alguien abría la pantalla *shoji* de su habitación. El corazón le dio un vuelco. Nadie había llamado antes de entrar. Tenía que ser Kurata.

–Buenas tardes, Kurata-*sama* -dijo Sugawara cuando abrió los ojos.

La débil iluminación de las luces de seguridad del exterior, que se filtraban por la habitación, dibujaron de forma vaga la silueta de un hombre que entraba en el cuarto. El corazón de Sugawara se aceleró, propulsado por la culpa y el temor. Era como si el anciano pudiese leer sus pensamientos y hubiese venido a recordarle que regresase al camino correcto.

–Buenas tardes, sobrino -respondió Kurata, mientras deslizaba la pantalla para cerrarla. Se acercó a Sugawara. A pesar de la poca luz era posible vislumbrar un paquete en su mano.

–He oído que los acontecimientos progresan bien -dijo Kurata mientras se arrodillaba junto a la mesa y se sentaba.

–Sí, honorable tío. Pronto todo habrá terminado -confirmó. Hizo lo que pudo para ocultar la decepción de su voz.

Durante unos minutos, los dos hombres escucharon la charla operacional que emitía la radio, sin hablar. Los efectivos pronto se reunirían en el puerto deportivo.

–Me has servido bien. Te has ganado mi confianza -dijo Kurata al fin.

–Sólo soy su humilde servidor, mi señor -repuso.

Kurata asintió en la oscuridad, aceptando su reconocimiento.

–Sí. Lo has hecho bien. Pero no podrás hacerlo mejor a menos que sepas más; más sobre nuestro objetivo final, más de la estrategia para alcanzar el objetivo.

Sugawara quería gritar: «¡No! ¡No me digas nada más! ¡El conocimiento sólo me arrastra más profundamente, me da otra confianza más que traicionar! ¡Me carga con más *giri!*

En lugar de expresar lo que pensaba, Sugawara dijo lo que se esperaba de él:

–Me honra su confianza, Kurata-*sama*.

–Sí. Entonces escucha bien -dijo Kurata. Hizo una pausa y luego preguntó:

–¿Estás familiarizado con *hakko ichiu?*

–Las ocho esquinas del mundo bajo un techo, el techo de Yamato -dijo Sugawara de inmediato.

–Muy bien. Puesto que éste es nuestro objetivo -dijo Kurata.

Luchando por controlar la rabia que le hacía hervir la sangre, el temor, la frustración y el sentido de la inminente muerte que llenaba su corazón, Sugawara replicó:

–Mil disculpas por mi impertinencia, mi señor, pero ¿no era el objetivo del gobierno nacional antes de la Guerra del Pacífico?

–Por supuesto. Un objetivo honorable llevado a cabo lamentablemente con una mala ejecución -dijo Kurata.

Contestando como pensó que su tío esperaba, Sugawara preguntó:

–Por favor, ilústreme, mi señor.

–Los generales no tuvieron éxito en llevar a cabo el *hakko ichiu* porque actuaron demasiado pronto. También porque se apartaron de sus raíces y cayeron en la trampa occidental de la confrontación abierta.

Sugawara contuvo el aliento, estaba sorprendido. Como el resto de japoneses nunca antes había escuchado a Kurata pronunciar ninguna palabra que no fuesen alabanzas hacia los militares y el gobierno en tiempos de guerra. Era, al fin y al cabo, el gran Kurata-*sama* que había liderado la consagración de Tojo y otros generales en el santuario de Yasukuni, liderado los cargos contra los políticos que se atrevieron a sugerir que Japón debía una disculpa al mundo por sus acciones en la Guerra del Pacífico.

–Sí, escucho tu preocupación -Kurata continuó-. Aquéllos fueron grandes hombres con honorables intenciones. Pero, como muchos de nuestros grandes hombres de aquella época, dejaron que sus pensamientos se nublasen con pensamientos occidentales, se confundieron con los principios occidentales y se encorsetaron con las estrategias occidentales. Primero hubiesen tenido que escuchar al gran Shumei Okawa.

Sugawara asintió, familiarizado con el doctor Okawa, un héroe para los japoneses conservadores contemporáneos. Aunque no mantenía ninguna postura formal, sus conceptos habían guiado a los neonacionalistas durante la década de 1930.

Desempeñó un papel fundamental en el asesinato de dos primeros ministros japoneses y en la invasión de Manchuria. Acusado por los Aliados de criminal de guerra de clase A, junto con Tojo, no fue ejecutado sino puesto en libertad, en 1948, y considerado un hombre libre.

–Okawa conminó a Tojo y a los demás a que esperasen -continuó Kurata-. A que esperasen el momento oportuno. Pero se dejaron seducir por sus armas y estaban impacientes por usarlas. Olvidaron la primera regla del samurái: «la espada más hábil nunca abandona su vaina».

-*¿Un wa yusha o tasuku?* -Sugawara preguntó, citando un antiguo proverbio que significaba «el destino ayuda al valiente».

-*Hai* -replicó Kurata-. El destino ayuda al valiente, pero el destino no tiene paciencia con los imprudentes. No *aru taka wa tsume o kakusu.* La filosofía occidental de la confrontación abierta no es nuestra manera de actuar, viola nuestro principio que aconseja que debemos actuar sin parecer que actuamos, hasta que la victoria está garantizada. El halcón inteligente esconde sus garras.

Como todos los niños japoneses, Sugawara había sido educado para aborrecer la confrontación directa. Incluso la forma directa de responder «sí» o «no», casi una segunda naturaleza de los occidentales, era inaceptable. Ello provoca que se deje constancia de algo demasiado pronto y, de ese modo, se causa desprestigio si se diese el caso de que se tuviese que cambiar de opinión. Las confrontaciones directas se debían evitar, porque hacían inevitable desde su inicio que habría un evidente y público ganador, y también un perdedor. Perder significaba perder prestigio, y perder prestigio era mucho peor a largo plazo que ganar o perder la discusión que había provocado la confrontación inicialmente. Un hombre humillado era un hombre peligroso que finalmente buscaría venganza. Por consiguiente, si uno estaba preparado para enfrentarse de forma abierta con otro y ganar la confrontación, también debía estar preparado para matar al perdedor. Era la única forma de conseguir la paz a largo plazo.

–Por esa razón los valientes pero equivocados hombres de la Guerra del Pacífico no consiguieron *hakko ichiu*, porque lucharon contra los blancos

con las reglas del hombre blanco, y perdieron. Ahora estamos ganando, porque hemos regresado a la sabiduría de nuestros ancestros.

La radio seguía graznando desde la mesa.

–Y esa sabiduría y esa estrategia es lo que yo deseo que forme parte de tu mismo ser, sobrino mío, puesto que eres tú quien heredará los frutos de nuestro trabajo.

Sugawara cerró los ojos y se inclinó profundamente.

–Estoy intensamente honrado por su confianza y sobrecogido por la responsabilidad que deposita en mí.

«Yo no la quiero», pensó Sugawara en silencio. «No me cuentes nada más».

–Bien -dijo Kurata-. Recuerda que las semillas de nuestra nueva victoria se sustentan en la cobardía de los estadounidenses y sus aliados. Aunque su tecnología llevó al fin del conflicto, ellos no tienen *dokyo,* no tienen estómago, ni nervio para la victoria. En lugar de desempeñar el papel que corresponde al victorioso, el gobierno de Estados Unidos vio una oportunidad para, como dirían ellos, establecer acuerdos. No tienen principios. Eso nos ha permitido manipularles, nos ha permitido emprender acciones contra ellos sin que pareciese que entrábamos en acción. Libraron a nuestros científicos de ser procesados en intercambio de una pequeña parte de su investigación. El débil juicio por crímenes de guerra no condenó a los miembros de las sociedades ultrapatrióticas, ni a los jefes de la Kempeitai, ni a la policía secreta, ni a los miembros de los *zaibatsu:* Mitsubishi, Mitsui, Yasuda, Kawasaki, Sumimoto, a pesar del hecho de que todos participaron de forma extensa en lo que los norteamericanos llamaron atrocidades.

–¿Por qué, honorable tío, esos ciudadanos no fueron juzgados?

–Los estadounidenses eran codiciosos y querían utilizar a esos hombres para su propio beneficio. Hacer dinero con rapidez es más importante para ellos que los principios -afirmó Kurata-. En lugar de actuar correctamente como vencedores, intentaron, como dirían ellos, conseguir dinero fácil. Querían dinero y cosas materiales de inmediato. No consideraron que, en el futuro, los negocios, las finanzas y las tecnologías serían los terrenos de batalla sobre los cuales las guerras futuras se librarían, ganarían y perderían. Los norteamericanos nos venden su tecnología, luego nos la compran a nosotros de nuevo en productos que valen diez veces más su precio; nos la

venden una vez y nos la compran a nosotros cien millones de veces. Por eso ellos pierden siempre.

De improviso, un rayo destelló en la habitación y deslumbró a los dos hombres. En aquel breve instante, Sugawara vio el rostro de Kurata, captado como si lo hubiese iluminado el flash de un fotógrafo; la mirada fanática, cercana al trance, de los ojos de su tío le asustó. Pero, lo que era peor, la mirada de Kurata tenía la cualidad hipnótica, paralizante, que hacía que Sugawara se sintiese como si estuviese atado al anciano, que lo acercaba y unía con más fuerza a él con unos lazos invisibles. Retumbó un trueno en la oscuridad; Sugawara. Se movió inquieto, intentó borrar el destello de la imagen de su tío de su mente.

–Son unos degenerados -continuó Kurata con tranquilidad, como si el rayo y el trueno no existiesen-. Son así todos a causa de una columna vertebral racial desintegradora, y porque están controlados por la conspiración internacional judía: los Sabios de Sión. Nosotros mantenemos nuestros principios porque tenemos nuestra *tan'itsu minzoku shakai*, una cultura monorracial, sin contaminación, a diferencia de la raza mestiza, como ha sucedido en Estados Unidos. El primer ministro Nakasone tenía razón cuando dijo al mundo que Estados Unidos estaba en declive porque los negros y los mexicanos habían contaminado la raza y disminuido el nivel de inteligencia.

»Ese tipo de gente se puede usar, comprar y manipular con toda facilidad -continuó, con un fervor crecientemente evangélico-. Nos serán útiles mientras sus empresas nos den un modesto beneficio, mientras les vendamos televisiones y coches. Sus políticos corruptos nos lo permitirán mientras continúen aceptando nuestro dinero. Mientras nosotros financiemos su deuda y sus estúpidos gastos; no pueden hacer nada al respecto. Comprende que los bancos y las corporaciones controladas por judíos consideran que nosotros somos los que estamos manipulados por ellos -resumió Kurata-. A su vez, ellos se equivocan, como es habitual, y consideran nuestro silencio y cooperación como conformidad.

«Recuerda, hacemos lo que hacemos porque está bien. Es honorable. Es nuestro destino. Los norteamericanos y otras naciones mestizas hacen lo que hacen por avaricia.

Kurata hizo una pausa mientras una serie de relámpagos iluminaba con sus destellos estroboscópicos la habitación, a los que siguieron grandes

estruendos. Cuando el retumbar de los truenos se alejó, Kurata reemprendió su narración.

–A partir de la Guerra del Pacífico, actuamos sin que pareciese que actuábamos. Ganamos sin que pareciese que ganábamos. Ahora estamos en la cima y los estadounidenses no parecen darse cuenta -afirmó Kurata con orgullo.

–Suplico su indulgencia, tío. Mis estudios me indican que los norteamericanos no son un pueblo estúpido. ¿Cómo es posible entonces que no se den cuenta de ello? – preguntó Sugawara.

En la débil luz, Sugawara vio que su tío asentía con la cabeza.

–Los blancos no son tan estúpidos -empezó-, pero son arrogantes y su arrogancia les ciega, de manera que ellos ven el mundo como quieren verlo en lugar de verlo como es en realidad. Sólo tienes que considerar que nunca, en todos los años desde que terminó la Guerra del Pacífico, el gobierno japonés nunca se ha referido a Estados Unidos como un aliado.

-Ah, so -comentó Sugawara-. Ahora lo recuerdo, incluso en mis libros de historia de la escuela. Durante la guerra, la Alemania nazi era nuestro *domei koku*, pero se menciona a Estados Unidos como *joyaku*, una relación.

–Has aprendido muy bien tus lecciones, sobrino -dijo Kurata-. Como bien sabes, *joyaku* define una posición inferior. Sin embargo, durante más de medio siglo, los norteamericanos nunca se han dado cuenta de que ningún boletín, ningún tratado, ningún comunicado o cualquier otro documento nunca se ha referido a ellos como nuestro aliado. Eso es ceguera. Eso es estupidez.

Calló cuando sonó un chasquido en la radio. «¿Dónde demonios está todo el mundo?», preguntó una voz que ambos hombres reconocieron como la de Gaillard. Los «efectivos» respondieron uno tras otro. Las historias eran parecidas. La tormenta había inundado las calles en las que estaba uno; un segundo estaba atrapado tras un accidente de tráfico provocado por la lluvia; el tercero estaba unas manzanas más allá, dando un rodeo porque un árbol había roto las líneas eléctricas a través de la avenida Independencia.

–Son como niños nerviosos -sonrió Kurata con indulgencia.

Hizo una pausa y dejó que los sonidos del viento y la lluvia llenasen sus oídos. Se escuchó un roce de ropa cuando Kurata le alargó un libro a Sugawara.

–Deberías llevar este libro en el corazón. Apréndelo -dijo Kurata.

–Un millón de gracias -dijo Sugawara, inclinándose profundamente.

–El libro, en realidad, es una colección -explicó Kurata-. Las tres obras que contiene son la obra de Kamakage, llamada *La conspiración judía para controlar el mundo;* la obra erudita de Yajima, *La forma experta de leer los Protocolos de los Sabios de Sión*, y la obra de Satio, *El secreto del poder judío que mueve el mundo.*

-*Hai* -agradeció Sugawara. – He oído hablar de todos ellos. Han vendido millones de copias en nuestra patria.

–Debes utilizarlos como tus libros de texto. Después de todo sólo nosotros, el pueblo de Yamato, podemos hacer frente a los judíos y su dominación del mundo. Recuerda siempre: Yajima resumió mejor la situación cuando escribió que «crear confusión y luego explotarla en beneficio propio es el procedimiento estándar de la forma de operar del capital judío internacional» -le instruyó Kurata-. Los judíos son taimados -afirmó-. Sólo porque están perdiendo ante nuestra superioridad no significa que hayan sido vencidos. Sólo tienes que observar la recesión que ha sufrido nuestro país y los problemas económicos de mediados de la década de 1990, resultado de la manipulación judía de los mercados financieros. Y, lo que es más importante, tienes que recordar que es imprescindible evitar la confrontación directa y abierta. Puesto que, mientras los estadounidenses y sus aliados no se den cuenta de que están siendo derrotados en la actual guerra económica, podremos disfrutar de todos los beneficios de una nación conquistada sin tener que destruir primero sus activos y reconstruirlos. Todo ello hace que la operación Tsushima cobre incluso más importancia -continuó Kurata-. Algunas veces es necesario eliminar de forma física a personas. Pero no deseamos destruir sus activos al hacerlo. Sería un despilfarro y, además, contraproducente. La operación Tsushima nos permitirá eliminar las ofensivas plagas de la tierra, sin que ellos o sus hermanas débiles del mundo se den cuenta de que ha sido un acto deliberado. La operación Tsushima nos dará la forma definitiva de actuar sin que parezca que actuamos.

Sugawara sintió que moría otro fragmento de su ser.

Capítulo 26

Un despiadado viento de cola empujaba el *Tagcat Too* con endiabladas ráfagas de lluvia, mientras el río Potomac se abría paso hacia la Bahía

Chesapeake y la noche daba paso a una mañana gris sin amanecer.

Lara Blackwood estudió el radar y observó cómo las riberas del río quedaban atrás, a ambos lados. La confusa señal bailaba en la pantalla del radar como si estuviese llena de nieve. A pesar de la estática visual, distinguió con facilidad las boyas del canal equipadas con reflectores de radar que las hacían visibles incluso bajo esas condiciones. No vio nada más. Ni barcos ni botes. Sin embargo, también sabía que no estaría segura hasta que el radar ya no captase restos arrastrados por la tormenta flotando en el agua. Lara sofocó un bostezo mientras giraba despacio el timón hacia el sur y conectaba el piloto automático del timón. Sacó una taza de plástico de su soporte de suspensión cardán doble, escurrió los últimos sorbos de café frío que quedaba en ella, y se levantó.

Utilizó las barandillas para mantenerse en pie contra los embates y los bandazos del navío, se dirigió a la cocina y preparó otra cafetera. Igual que los soportes para las tazas de café, la cafetera de acero inoxidable contaba con un sistema de suspensión cardán doble que le permitía seguir más o menos en pie incluso cuando la embarcación cabeceaba y se inclinaba. Con la única excepción de las terribles treinta y seis horas que precedieron al hundimiento del *Tagcat*, en el Cabo de Buena Esperanza, siempre se las había arreglado bebiendo litros de café negro fuerte y permitiéndose cortos y frecuentes períodos de sueño para evitar caer en la provisión de anfetaminas que transportaba para emergencias extremas.

Cuando el café estuvo preparado, volvió a repasar el plan que había trazado en su cabeza. Hasta que averiguase lo que sucedía, Lara decidió que estaría más segura si la gente que quería asesinarla creía que estaba muerta. Por lo tanto, se dirigió a proa y recogió algunas cosas que ayudasen a hacer que lo pareciese.

A los pies de los escalones de la escalera de cámara, amontonó ropas, dejó un arcón para el hielo y chalecos salvavidas. Se dirigió a la parte delantera y dio una patada a la puerta de teca y caoba para sacarla de los goznes. La arrastró y la amontonó con lo que ya había puesto en el suelo al lado de la escalerilla, junto con un asiento del baño y almohadas de goma espuma del camarote de proa. Luego sacó su impermeable del armario y se puso unos pantalones con peto, atándose con fuerza los tirantes. Se calzó las botas y apretó las tiras de velcro de los pantalones firmemente a los tobillos. Se puso la chaqueta de Gore-Tex, una gorra de béisbol y se cubrió con la

capucha de la chaqueta sobre la gorra. Se encogió dentro del arnés de seguridad, ató las anillas en forma de «D» con fuerza y se enrolló la cuerda alrededor de la cintura. Por fin sacó un par de guantes de Gore-Tex con puntos de agarre de goma en las palmas y los dedos, y abrió la escotilla.

La lluvia y el viento penetraron en el interior cuando, con rapidez, empujó el montón de cosas, las arrastró por el suelo y las sacó por la apertura de la escotilla, hacia el puente de mando, que daba bandazos bajo la tormenta. Empezó a subir las escaleras, luego hizo una pausa mientras sacaba un gran cilindro de plástico color naranja de su soporte, en la mampara, y lo arrastraba con ella hacia el huracán. Desató el cabo de nailon de casi dos metros de largo del pasamano que llevaba atado a la cintura, y lo ató con rapidez a una de las resistentes argollas de acero inoxidable de las docenas de soportes instalados por el *Tagcat Too.* Permaneció allí un momento para recuperar el aliento, mientras observaba cómo el viento cortaba los rizos de espuma de las olas y los arrojaba contra su cabeza. Después empezó a lanzar todo por la borda hacia la vorágine del huracán: la puerta, el asiento del baño, las almohadas… Todo. Lo único que tenía que hacer era alzarlo lo suficiente, y el viento simplemente se lo arrancaba de las manos y se lo llevaba hacia la penumbra del amanecer. A continuación luchó para salir del puente de mando, enganchando y desenganchando el cabo del pasamano mientras se dirigía hacia el cilindro blanco con bordes redondeados. Cada paso estaba calculado, cada vez que se sujetaba con la mano lo comprobaba dos veces, mientras luchaba contra un viento infernal que quería arrancarla de cubierta y empujarla hacia un mar implacable. Por fin alcanzó el bote salvavidas; rápidamente desató las sujeciones, lo hizo rodar por cubierta y lo lanzó al mar.

–No van a creer que haya hecho algo tan estúpido -se dijo, mientras observaba cómo el bote salvavidas autohinchable se alejaba, saltando sobre las olas, y se desvanecía entre las fauces de la tormenta. Sabía que era un acto extremo pero necesario para prestar la verosimilitud necesaria, si quería tener alguna oportunidad de convencer a los sabuesos que seguir con su búsqueda sería inútil. También sabía que sería fatal para ella si algo le sucedía a la embarcación. Lo único que tenía ahora era el bote hinchable que colgaba de sus pescantes de popa. Ciertamente no era adecuado para una tormenta y, con mal tiempo, sería poco mejor que un patito de goma grande.

De regreso al puente de mando, recogió el cilindro brillante de color naranja y extendió la antena. Era un EPIRB, un radiofaro de emergencia indicador de posición, que transmitiría una señal de socorro internacionalmente reconocible y que alertaría a las autoridades de rescate. No es que ellos pudieran hacer nada por el momento, pensó mientras apretaba el interruptor impermeable para ponerlo en funcionamiento y echarlo al océano.

Mientras miraba cómo el EPIRB desaparecía entre la tormenta, sintió que su corazón temblaba como si lo hubiese sacudido un terremoto. «Medimos el tiempo de nuestras vidas -pensó-, a partir de los cambios más importantes que nos conducen a toda velocidad hacia nuevas direcciones. Antes de Cristo, *Anno Domini,* desde el divorcio, después de la muerte de mamá, antes de la boda, después del nacimiento. Los calendarios dirigían el comercio y los horarios de las líneas aéreas, pero para cada persona los recuerdos de las conmociones personales marcaban y establecían de nuevo el tiempo.

Había tenido una vida antes de que su padre muriese y luego después. Había tenido una vida antes de GenIntron, luego la que tuvo a su pesar después. Y ahora, ésta. ¿Cómo sería el día después? Movió la cabeza poco a poco, se dirigió de regreso a la escotilla y consiguió bajar sin problemas al interior. Fue a buscar más café recién hecho y pensó que, definitivamente, tenía que haber perdido la chaveta para atreverse a navegar en medio de un huracán.

Era difícil decir si el nuevo *onsen,* las fuentes termales, de Fuefuki estaba en el interior o el exterior. Sentado en una roca sumergida en el borde de una piscina tropical, con una exuberante vegetación excavada entre rocas volcánicas negras, Edward Rycroft dejó que las aguas calientes del *onsen,* enriquecidas con alumbre, diesen un cálido masaje a los agarrotados músculos de la parte baja de su espalda, mientras ociosamente ponderaba esa cuestión. Las cosas iban bastante bien, pensó mientras dejaba que el agua caliente lo calmase.

Aquella puta creída de Blackwood seguramente ya estaba muerta. Cuatro días en un huracán era mucho más que de lo que incluso una supermujer como ella podía soportar. Y además estaba el dinero que el pequeño plan de Woodruff estaba a punto de aportarle. Una sonrisa divertida confirió a su rostro un aspecto casi inofensivo y amable.

Como había previsto, sus primeros clientes adinerados llegaron de Oriente Próximo. El hombre de negocios saudí, que servía de pantalla a la cuenta de fanáticos babosos de ojos desorbitados que pensaban que su rama distorsionada del islam era la única alternativa, no le sorprendió. No era una sorpresa en absoluto. Demasiados condenados extranjeros de aquel tipo habían llamado a su puerta.

La sonrisa de Rycroft se acentuó cuando recordó otra reunión. La que había mantenido con otros hombres barbudos vestidos de negro. Los de Jerusalén, con el dinero de los extremistas ultraortodoxos que querían asegurarse de que los árabes y los palestinos de la era actual se marchaban de la misma manera que sus parientes bíblicos, cuando conquistaron las tribus de Israel, limpiando étnicamente la tierra prometida. La ironía le entusiasmaba, pero no tanto casi como la justicia por la que había esperado toda su vida. El retraso en llegar de su justicia era amargo, pero pronto sería dulce.

Miró con ojos entornados a través de las ramas de un árbol de alcanfor las nubes que cruzaban el cielo, e intentó determinar si los paneles del techo estaban abiertos o si el cielo y las nubes eran simplemente más imágenes inteligentes del sistema de proyección Ikeda-Grunwald de alta resolución, personalizado para Kurata. Nada era demasiado bueno para sus empleados.

El hecho de no poder distinguir la diferencia le molestaba. El fastidio empezó a subir por detrás de su esternón, como un cangrejo, junto con una sensación de picor. Rycroft intentó pasar por alto la desazón, mirando a su alrededor y buscando una distracción. Lo que vio aún le hizo sentir peor: piscinas perfectas de agua humeante estaban distribuidas por doquier, bajo un dosel de árboles tropicales de maderas nobles y, por todo su alrededor, una perfecta vegetación tropical, hasta llegar directamente al musgo en las grietas de las rocas. Se habían gastado cientos de millones de yenes en recrear una imitación interior de un genuino *rotenboro.* Sólo la riqueza de Kurata era capaz de producir una imitación de la vida tan perfecta, que era imposible decir si era una jungla real o sólo un engaño elaborado por un arquitecto que se alimentaba de la buena disposición del bañista a ser engañado en la apreciación de la belleza.

De todos modos, ¿acaso importaba? Si confundía a los expertos, si olía y sabía igual de bien, entonces, ¿acaso importaba algo? Rycroft reflexionó sobre ello y miró a su alrededor a los japoneses desnudos que

holgazaneaban en la gran piscina, justo detrás de un parapeto de palmeras. Algunos charlaban en grupos comunales, *hadaka no tsukiai*, «compañeros de desnudez»; otros descansaban solos o en parejas. Los hombres paseaban tranquilamente por los senderos allanados de la jungla, entre las grandes rocas, yendo de sus áreas de higiene personales a otras de la gran piscina o algunas otras de las muchas más pequeñas, del tamaño de un jacuzzi, como en la que se encontraba sentado Rycroft.

Los hombres vestían *yufondoshi*, taparrabos para agua caliente, mientras iban y venían. La mayoría llevaban un *furoshiki,* un pequeño trozo de tela como un pañuelo en el que guardaban sus artículos personales. Como era costumbre entre los empleados de Daiwa Ichiban, cada uno de sus *furoshiki* estaban bordados con su propio *hanko,* su sello personal, registrado por las autoridades y que los japoneses usaban para firmar documentos y cartas en lugar de las firmas autógrafas.

Rycroft miró hacia los dos fardos *furoshiki* que descansaban en el borde de la piscina, cerca de su cabeza. Uno era un *furoshiki* sencillo, el otro estaba bordado con su *hanko.* Se había llevado los dos. El bordado contenía su cartera, las llaves y el reloj. El liso contenía un afilado cuchillo y un montón de papeles.

Rycroft sonrió al observar el *hanko* y pensó en la conmoción que había causado cuando pidió por primera vez el suyo. ¡Un *gaijin*! La mayoría de las casas de baño japonesas prohibían la entrada a los occidentales por sus torpes maneras y por la ignorancia sobre las costumbres y la higiene. Rycroft había demostrado ser un astuto y devoto seguidor de las tradiciones japonesas, además dominaba su idioma como un nativo, y habían hecho una excepción con él. Kurata se aseguró que se podían hacer excepciones.

Se escuchaban ruidos exuberantes que provenían de la piscina grande, donde un grupo de jóvenes *sararimen* chapoteaba en su esquina. Rycroft miró hacia ellos y realizó una atenta y lenta inspección, recorriendo con la vista toda la sala, con los ojos puestos con más frecuencia en los hombres que estaban solos aquí y allí. Los solitarios parecían estar meditando o, tal vez, simplemente rezando para que las aguas enriquecidas con minerales curasen su reumatismo o sus urticarias, como los letreros proclamaban en las salas exteriores donde los bañistas frotaban vigorosamente cada centímetro cuadrado de su cuerpo antes de entrar en los baños comunales. Algo que a él le parecía una evidente tontería.

Lo cierto era que el agua era relajante y que, tal vez, el calor estimulaba la circulación hasta cierto punto. Era posible que la relajación tuviese algunos efectos psicosomáticos positivos, pero ¿curar? Rycroft miró de nuevo a su alrededor y consiguió disimular un resoplido de repugnancia que distorsionaba su rostro. Eran monos. Simios malvados, pelados y amarillos, cuyos pies estaban sumergidos en el estiércol del vudú, la superstición y la irracionalidad, incluso cuando sus mentes de autómata continuamente sobrepasaban los límites de la tecnología. Él los odiaba. ¡Maldecía a aquellas ratas amarillas! Bajo el agua, Rycroft abría y cerraba los puños, relajaba los dedos y luego volvía a cerrar la mano otra vez. Pensaban que había aprendido sus costumbres y su idioma porque le gustaba su cultura y quería ser una especie de japonés honorario. ¡Locos! La arrogancia les cegaba.

Rycroft recordó que, cuando tenía cuatro años, las tropas japonesas entraron en Singapur, donde su padre trabajaba de funcionario de poca importancia en un banco británico. La casa, en la ladera de la colina, no ofrecía ninguna vía de escape excepto la carretera por donde llegó el camión de las tropas japonesas.

Acurrucados dentro de un gran baúl de mimbre, utilizado como rinconera para una lámpara, Rycroft y su hermana, sólo un año mayor que él, temblaban mientras los soldados de la sección primero golpearon a su padre hasta dejarlo semiinconsciente y, luego, se turnaron para violar en grupo a su madre, a veces tres a la vez. Rycroft recordaba haber pensado, ya entonces, que farfullaban como los monos que vivían en la selva de las cercanas colinas. Al final, después de eyacular por todas partes, uno sacó un revólver y disparó a su madre en la cara. Recordaba lo horrible que fue ver la sacudida de su cuerpo cuando la bala impactó en ella, pero que, sin embargo, no la mató y tampoco los dos disparos siguientes. Finalmente uno de ellos, mientras reía, se sacó el cinturón y la estranguló con él.

O él o su hermana debieron hacer algún ruido, porque, momentos después, los soldados abrieron la tapa del baúl de mimbre. Rycroft siempre recordaría la forma en que su padre, desnudo, bañado en su propia sangre, se zafaba de los soldados e intentaba ir en ayuda de sus hijos. Rycroft nunca olvidaría la forma rápida y bien entrenada en que el oficial japonés al mando sacó una daga de su cintura y con una limpia arremetida, abrió el vientre de su padre desde el esternón hasta el escroto. Nunca habría un

horror tal que superase el hecho de ver la avalancha rosa y gris de las entrañas de su padre, derramándose de la herida al suelo. Una expresión de horror, confusión y disculpa se dibujó en el padre de Rycroft cuando sus ojos se clavaron en los de su hijo. Luego, su cabeza dio una sacudida. Sus ojos se abrieron de par en par, y se cerraron. Por más que lo intentaba, Rycroft nunca pudo recordar el sonido del disparo de rifle. Impulsado por algún instinto primario, el joven Rycroft intentó proteger a su hermana mayor, sin embargo pequeña. Siempre recordaría la risa mientras tiraban de él y lo separaban de su hermana. Cuando los soldados se llevaron a su hermana, repetían una y otra vez una frase con insistencia. Nunca la volvió a ver.

El oficial japonés tomó a Rycroft como mascota, como esclavo, como una novedad. Ellos le enseñaron a leer y hablar japonés para que pudiese hacer de criado, «como le corresponde a su estatus como miembro de las razas inferiores».

A medida que aumentaba su dominio del japonés, aprendió el significado de la frase que los soldados habían repetido mientras se llevaban a su hermana: «Carne fresca para mi pincho».

Todos esos hechos pasaron por la cabeza de Rycroft mientras estaba sentado en el arremolinado *onsen* e intentaba calmarse para el acto que seguía a continuación. Luchó para enterrar la furia, y de forma gradual borró los recuerdos de su mente. Justo a tiempo.

–Rycroft-*san* -dijo una voz detrás de él.

Rycroft giró la cabeza y vio a su director de producción, Kenji Yamamoto, caminar hacia él, con un *yufondoshi* en la cintura, zuecos de madera en los pies y un *furoshiki* que le colgaba de una mano.

Yamamoto se inclinó, y Rycroft se inclinó también, pero algo menos, como correspondía a su cargo como jefe de Yamamoto.

Rycroft se recostó mientras Yamamoto se despojaba del taparrabos y se deslizaba dentro del agua caliente.

–¡Ahhh! El momento de entrar siempre es el más intenso, ¿verdad?

–Sin duda -Rycroft esperó a que Yamamoto se hubiese instalado-. No me gusta la forma en que estás sembrando dudas sobre mí y mis métodos, Kenji.

-*Hai* -dijo Yamamoto evasivamente.

–No voy a permitir que esto continúe.

–Me duele tener que enfrentarme a la situación de esta manera -dijo Yamamoto, mientras tomaba agua, formando un cuenco con las manos, y la derramaba sobre su cabeza-. Pero yo creo que hay un fallo en el método. Además, he llevado a cabo algunos análisis de laboratorio adicionales, que, aunque aún están incompletos, indican que este lote de Ojo de fuego es posible que sea menos selectivo y se active con algo más que sólo las secuencias genéticas coreanas.

–Has desobedecido las órdenes que te di al respecto -Rycroft se esforzó para mantener su voz calmada y hablar en voz baja-. Te dije que ese problema no existe y, en tu propia estupidez, has seguido presionando. Esto ya es suficiente motivo para tu despido inmediato, lo sabes.

-*Hai*, Rycroft-*san*. Ya lo sé. He corrido ese riesgo porque creo que el actual proceso pone en peligro tanto a la población objetivo como a toda la raza japonesa.

–Eres una criatura estúpida, Kenji -soltó bruscamente-. No te corresponde a ti tomar esa decisión.

–Lo siento, pero tampoco es la suya -contrarrestó Yamamoto-. Con todos mis respetos, creo que la decisión descansa en las honorables manos de Kurata-*sama*.

–Tal vez -dijo Rycroft. Le dedicó a Yamamoto una sonrisa glacial y, luego, se dio la vuelta para recoger el *furoshiki* liso que estaba al lado del suyo. Le pasó el bulto a Yamamoto, quien lo cogió sin ganas y miró a Rycroft con una mirada interrogante.

–Adelante, apestoso japo bastardo, ábrelo. Echa una buena ojeada a tu pasado y a tu futuro.

La cara de Yamamoto no mostró ninguna evidencia de haber escuchado el comentario racista. Apoyó el fardo en un espacio seco en el borde de la piscina y hábilmente lo desató.

Aspiró profundamente por los apretados labios al ver la daga. Sus manos, no obstante, primero se dirigieron al sobre y lo abrió.

Rycroft observó la pálida cara de Yamamoto, su porte normalmente erguido se vino abajo cuando leyó primero un documento, luego el otro. Sus manos empezaron a temblar.

Finalmente, Yamamoto se dirigió a él y dijo:

–¿Qué significa esto?

–Significa que tengo pruebas irrefutables de que tu bisabuelo era coreano, Kenji. Tú tienes las copias, yo tengo la prueba.

Rycroft sintió que la cálida intoxicación de la victoria corría por su estómago y subía hasta su cabeza, como una oleada caliente y visceral.

–Lo que en realidad significa que puedo arruinarte a ti, tu familia y la familia de tu esposa. Unas pocas palabras y tu hijo será avergonzado en la Universidad de Tokio, y el único marido que podrán encontrar tus hijas será algún *burakumin* de matadero o, tal vez, algún tipo que vaya a desatascar la mierda de las alcantarillas.

Rycroft hizo una pausa, y en voz más baja añadió:

–Todo puede ser distinto si haces lo correcto.

Derrotado, Yamamoto inclinó la cabeza, abrió la boca como si fuese a decir algo y luego la cerró. Rycroft salió de la piscina mientras Yamamoto miraba el cuchillo.

Rycroft se envolvió su *yufondoshi* alrededor de la cintura, deslizó los pies en los zuecos de madera y recogió su *furoshiki.* Vio que Yamamoto lo miraba, después acercaba el cuchillo y lo sacaba de su funda.

Rycroft se alejó con tranquilidad. Al acercarse al área donde se lavaban, se dio la vuelta y vio que el agua de la piscina se teñía de rojo y que el rostro de Yamamoto se hundía bajo la superficie.

Ya fuera de su vista, Rycroft escuchó un grito. Sonrió. El dossier de Yamamoto estaría sobre la mesa del despacho de Kurata por la mañana.

Capítulo 27

Con los pies separados y apoyada para luchar contra el constante balanceo, las cabezadas y los bandazos, Lara Blackwood permanecía en la cabina de mando, tras el timón, del *Tagcat Too,* frente a popa. Hacía pequeños ajustes en una corta rejilla parecida a un telar de líneas codificadas por colores. Agrupadas allí por seguridad y conveniencia estaban todas las líneas de control necesarias para gobernar correctamente el barco sin tener que abandonar la relativa seguridad de la cabina de mando y sin necesidad de utilizar los controles eléctricos en el caso de un fallo de corriente.

Inspeccionó con cuidado la pequeña vela que tenía desplegada, sólo como pequeños pañuelos en el foque y la vela mayor, ninguna en absoluto en el palo de mesana, en la popa. Pero era más que suficiente con un viento

como aquel con ráfagas de 130 km/h allí y a 280 km desde el ojo del huracán.

Lara luchó contra las náuseas que le provocaba el terror que sentía en sus entrañas, mientras el *Tagcat Too* se deslizaba por las crestas de las gigantescas olas y volvía a bajar hacia las profundidades de las depresiones que éstas formaban y que le recordaban las del sector austral del océano Atlántico que una vez ya la habían derrotado. En la cresta de las olas pudo ver inmensas vetas de espuma blanca que la tormenta arrastraba y diseminaba por todo el recorrido de la dirección general del viento. En el seno de las olas vio cómo el violento viento decapitaba la cresta de cada ola y lanzaba la espuma resultante al aire, donde se condensaba y se añadía a la lluvia que caía.

Echó una mirada a las velas, realizando ajustes precisos en el timón y las escotas, al mismo tiempo que revisaba cuál de las pequeñas velas que estaban desplegadas necesitaban ser equilibradas con precisión. El foque estaba ceñido con poco trapo, ganando barlovento, proa al viento; la vela mayor también estaba ceñida en una amura de babor; el timón costaba mucho de guiar a estribor. Cuando ajustaba las velas y el timón, la embarcación disminuía su atlético vaivén y se estabilizaba con un ritmo menos violento.

La maniobra era conocida como ponerse a la capa. Proporcionaba estabilidad y permitía mover el barco entre el oleaje y el mal tiempo. Con las velas y el timón colocados correctamente, la embarcación podría ir a la deriva casi indefinidamente sin tener que prestarle demasiada atención. Por supuesto, eso significaba que recorría muy poca distancia. Pero, en aquel momento, lo más importante era que la maniobra le permitiera una relativa tregua para poder descansar. ¡Descansar! ¡Dios mío! ¡Cuánto necesitaba descansar! Después de un último ajuste a la escota de la vela mayor, Lara se dirigió hacia la escalera de cámara donde desenganchó el pasamano, abrió la escotilla y bajó hacia lo que le pareció un calor tropical en ausencia de la lluvia torrencial; el silencio causado por la ausencia del viento atronador resonaba en sus oídos con cada latido de su corazón, mientras aseguraba la escotilla hermética de la escalera en caso de que una ola rompiese por el puente de mando.

Permaneció un momento a los pies de la escalera y cerró los ojos para librarse de la fatiga. Al poco rato se dio cuenta de que un aroma le daba la

bienvenida. Café. Colgó su impermeable en la rejilla que se escurría en el pantoque, fue hacia la cocina y se preparó una taza de café para combatir el frío que el mal tiempo había dejado en su interior. Tomó la taza, se sentó en la estación de navegación y revisó los últimos mapas del tiempo. La línea costera oriental de Estados Unidos rozaba el lado izquierdo de la pantalla, Reino Unido y Europa estaban a la derecha. Una amplia masa de nubes grises cubría la mayor parte del océano Atlántico que se encontraba en medio.

Como esperaba, había conseguido posicionar el *Tagcat Too* a lo largo del borde del huracán, de manera que se la llevaría consigo sin hacerla pedazos. El ojo, como pudo ver en el mapa, aún estaba a unos 280 km, sobre todo hacia el sur y un poco al oeste de su posición. Según el GPS, su latitud y longitud la colocaban a más de medio camino hacia el Reino Unido o, tal vez, pensó esperanzada, hacia Países Bajos, según el recorrido de la tormenta. A una media de veinte nudos, unos 40 km regulares por hora, como mínimo durante tres días, ella y el *Tagcat Too* habrían recorrido más de tres mil kilómetros, no todos en línea recta, sino estaría incluso más cerca de Europa.

Se abrió una ventana de alerta climatológica, con un mensaje de aviso de los meteorólogos, de que ese huracán podría ser otro de gran importancia, como el Gran Huracán de 1703, que recorrió el océano desde las Colonias, en noviembre de aquel año, y arrancó el tejado de la habitación de la reina en Londres, barrió el puerto de Bristol y arrasó la mitad de la flota británica.

Lara tembló al pensar que navegaba por el filo de la historia al hacerlo, viajando con el fenómeno meteorológico que se dirigía en dirección este-noroeste y se llevaba al *Tagcat Too* con él en su recorrido. También sabía que las nubes le prestarían protección y estaría a cubierto si alguien la buscaba, y la tormenta evitaría que alguien que dudase de su falso hundimiento lanzase una operación de búsqueda. Los satélites ordinarios no podrían verla y, en alta mar, el radar se confundiría tanto que incluso los satélites militares que pudiesen ver a través de las nubes tendrían muchas dificultades para distinguirla del intenso oleaje.

La embarcación parecía estable; el sistema electrónico decía que seguían el rumbo. Conectó el radar, la profundidad y las alarmas de cambio de rumbo que la alertarían en caso de peligro y, a continuación, se fue al

salón comedor; se echó sobre el banco e intentó pensar en algo que hubiese olvidado o le hubiese pasado por alto.

El *Tagcat Too* cabalgaba por las empinadas olas a la capa, como lo haría la mejor embarcación del mundo. Ese pensamiento la hizo feliz, la satisfizo. Ella había diseñado el bote y ahora se estaba comportando mejor de lo que cabría esperar. Dejar el timón al cuidado del piloto automático no había sido su primera elección. Sin embargo, tomó la decisión cuando consideró que el peligro de dejar el timón desatendido era mucho menor que la amenaza de un fatigado timonel, propenso a cometer serios errores o dar una cabezada cuando los sistemas eléctricos no estaban conectados.

Se recostó despacio e intentó hacer que sus músculos se relajasen; sus hombros parecían hechos de dobles nudos de cable de acero; sus rodillas temblaban a causa del dolor que se le clavaba como puñales de estar tanto tiempo de pie durante días.

Cuando su mente se abalanzaba hacia su primer sueño desde que empezó aquella locura, varias escenas destellaron por sus pensamientos como diapositivas brillantes a todo color, en una sala de proyección perfectamente a oscuras.

¡Flash! Llamada telefónica desde Tokio; curiosidad.

¡Flash! Peter Durant; confusión.

¡Flash! Horribles imágenes en los tabloides de Denis Yaro y Jim Condon, muertos en Tokio; furia.

Flash Flash Flash Flash Flash.

El Salón Azul, Kurata; traición.

El presidente y su ridícula boina escocesa; asco.

Periódicos, Ismail muerto; tristeza.

La cabeza de Durant explotando; puro terror.

Huida; miedo; júbilo.

La última cosa que le pasó por la cabeza, antes de que la pantalla quedase en blanco, fue su sorpresa ante el hecho de que aún se mantuviese a flote, viva.

Akira Sugawara estaba sentado en una mesa de fórmica de color verde de la sala de empleados y tenía en la mano una taza de té de máquina. Consultaba con frecuencia su reloj y miraba las noticias de la CNN en el televisor, colocado en una esquina. Intentó ocultar la desolación que vaciaba sus entrañas y lo hacía sentir como un caparazón vacío,

abandonado, en la corteza de un pino, con la espalda escindida por donde la vida real había escalado y volado lejos.

Una atractiva mujer de raza blanca leía las noticias; al fondo, una pared de monitores de televisión parpadeaban y cambiaban alternativamente sin guardar sintonía con sus palabras. Apareció un icono sobre su hombro izquierdo, el dibujo de un navío en los momentos finales de hundirse bajo un temporal de olas.

«Se ha suspendido la búsqueda de posibles supervivientes del naufragio de un yate de recreo provocado por el huracán en la Bahía Chesapeake. El corresponsal de la CNN, James Nations, informa desde la cubierta del guardacostas *Jonh Brady.»* La imagen mostraba la oscilante cubierta de un barco. Nubes de color plomizo cruzaban raudas y bajas, cercanas al agua, la bruma enturbiaba la lente de la cámara. Al fondo se veía despegar un helicóptero. El ruido de las aspas del helicóptero ahogó las primeras palabras del reportero. «… ojo está ahora a unos 320 kilómetros al nordeste y aún arrastra vientos con fuerza huracanada. Se trata de una gran tormenta que, como pueden ver, aún provoca un gran temporal. Los oficiales del guardacostas han suspendido la búsqueda y los esfuerzos de rescate para localizar el yate *Tagcat Too.* Tengo conmigo a la capitán Mary Evelyn Arnold, que está al mando de este guardacostas. Afirma que han localizado restos que indican que, con toda seguridad, el yate ha naufragado y que no hay ninguna posibilidad de que haya supervivientes.»

Sugawara sorbió un poco de té, hizo una mueca y miró cómo las imágenes de la televisión retrocedían para mostrar al reportero y la capitán del guardacostas, ambos vestidos con impermeables naranjas fluorescentes. A su lado había un montón de restos.

–¿Esto nos lleva a concluir que continuar la búsqueda sería inútil? –preguntó el periodista de la CNN.

La capitán parpadeó ante las luces de la cámara, claramente más cómoda frente al rugiente huracán que ante las cámaras de televisión.

–Bien -dijo ella, agachándose para recoger un cilindro naranja del tamaño de un extintor-. Éste es el EPIRB de la embarcación, es decir, el radiofaro indicador de la posición de emergencia y que se conecta automáticamente sólo en caso de que la tripulación se vea forzada a abandonar el barco o, en alguna emergencia, cuando el sistema de radio convencional falla.

–¿Qué otras pruebas la han convencido para hacerles desistir de continuar con la búsqueda?

La cámara cambió el enfoque para seguir la mirada de la capitán hacia un gran montón de ropa arrugada y goma.

–Esto es lo que queda del bote salvavidas -explicó-. Además -señaló con la mano-, tenemos una gran colección de objetos marcados con claridad, así como el bote salvavidas, con el nombre del navío *Tagcat Too:* chalecos salvavidas, un arcón de hielo, ropas.

–¿Qué puede decirnos acerca de los cuerpos encontrados en el puerto deportivo donde estaba atracada la embarcación?

–Nada. Eso es asunto de la policía de allí -respondió la capitán de forma lacónica.

–¿Se basan en su opinión al decidir si mantienen la caza de la fugitiva?

–Tendrá que preguntárselo a ellos. El asesinato no es de mi competencia -repuso ella.

–¿Cree que puede tratarse de una astuta treta? – preguntó el periodista-. Tengo entendido que Lara Blackwood es una experimentada navegante.

Arnold asintió con la cabeza.

–Es una de las mejores del mundo y, en mi opinión, creo que tiene habilidad suficiente; con mucha suerte su embarcación sería capaz de sobrevivir un tiempo como éste.

Apurando los últimos amargos posos de su taza, Sugawara vio que la pantalla enfocaba al periodista y acercaba la cámara hasta conseguir un primer plano.

–Y, para saber más al respecto, pasamos la conexión a Judy Paige de la CNN, en directo, en el puerto deportivo de Washington.

–Gracias, Jerry -dijo una mujer vestida con un impermeable amarillo y una imagen de embarcaciones al fondo-. La Policía no quiere comentar nada al respecto y continúa diciendo sólo que la sospechosa del caso, la empresaria en biotecnología y consejera de la Casa Blanca, Lara Blackwood, podría estar involucrada en alguna trama para vender información que podría utilizarse para fabricar armas biológicas mortales. No dirán nada más de forma oficial al respecto, pero fuentes cercanas nos han informado que las fuerzas de seguridad reciben imágenes de la Oficina de Reconocimiento Nacional y del ejército para intentar establecer si el navío en cuestión ha naufragado realmente. Al mismo tiempo, nuestras

fuentes nos han comunicado que las lanchas y los helicópteros de la policía y los aeroplanos de ala fija no están operativos en estos momentos, puesto que la mayoría están confinados en sus bases a causa del persistente mal tiempo. De nuevo con ustedes en Atlanta.

Igual que un hombre hundido hasta las rodillas arrastrándose, Sugawara se levantó de la mesa. La campaña de desinformación para catalogar a Lara Blackwood como una criminal había empezado y acabaría con su muerte, incluso si sobrevivía a la tormenta. Su parte de culpa en esa destrucción atormentaba lo más profundo de su alma.

Consultó de nuevo el reloj y salió de la sala de empleados.

Él y su tío tendrían una teleconferencia con Gaillard en pocos minutos. Empezó a comprender lo que tenía que hacer para rescatar su propia alma.

–Creo que aún está viva -dijo Sheila Gaillard, sentada sola en una habitación de hotel, con vistas a través de Lafayette Park a la Casa Blanca.

Sobre la mesa de despacho, delante de ella, había un ordenador portátil equipado con un micrófono y una pequeña cámara. El software para teleconferencias seguras encriptaba sus palabras y su imagen, antes de que cualquier dato llegase a la conexión de banda ancha del hotel, y desencriptaba los flujos de imágenes y palabras que llegaban de Japón, desde Kurata en su residencia de Kioto y Sugawara, en el laboratorio. Las imágenes saltaban y parpadeaban con el ir y venir del flujo global de Internet. Con frecuencia molesto, pensó Gaillard, pero siempre seguro.

–El guardacostas y las otras fuentes del gobierno dicen que creen que está muerta -dijo Sugawara-. ¿Por qué cree que aún está viva?

–Lo sé. Puedo sentirlo -repuso Gaillard-. Como usted sabe, los contactos de Kurata-*sama* lo dispusieron todo para que la marina de Estados Unidos hiciera volar uno de sus cazas de submarinos P3 Orion sobre el área. Los sofisticados magnetómetros de la nave no tendrían ningún problema en detectar el gran casco metálico en las aguas poco profundas de la Bahía Chesapeake. No han encontrado nada.

–Es una bahía muy grande -replicó Sugawara.

–Es un barco muy grande -dijo bruscamente Gaillard-. Además he tenido la oportunidad de ver algunos de los escáneres del radar de vigilancia submarina hechos por el satélite que han desaparecido de la Oficina Nacional de Reconocimiento, de nuevo gracias a los amables contactos de Kurata-*sama* en la Casa Blanca. Un joven ansioso por complacerme me

hizo una valoración de las fotos y, aunque el huracán no deja ver casi nada, hay algunos detalles muy interesantes, inclusive un conjunto de reflejos inexplicables en el Atlántico Norte. Aunque sus análisis de ordenador indican una alta probabilidad de que se trate de un reflejo espurio causado por las olas o algún tipo de restos metálicos en las olas, yo apuesto a que es ella.

–¿Por qué? – preguntó Kurata. Por la imagen de la pantalla, ella podía ver que Kurata llevaba ropa tradicional de seda.

–Si se traza una línea entre la desembocadura de la Bahía Chesapeake y los reflejos, y luego extendemos la línea más allá, hacia el noreste, señala como una flecha hacia Países Bajos. Las conexiones de Blackwood con ese país son bien conocidas, y no creo en coincidencias.

No, aquello no era una coincidencia. Ella creía en sus presentimientos. Estaba viva por hacerles caso y otros morían por ellos. Sabía que el inexplicable reflejo en el radar era el *Tagcat Too.*

–¿Y cuál sería su recomendación?

–Prepararnos para recibirla allí. Tenemos importantes contactos en Países Bajos. Pueden ir a la caza de su embarcación, de ella. También podemos extender la campaña publicitaria sobre sus crímenes a Europa, de forma que las agencias de policía puedan ayudar en la búsqueda.

–Creo que es una buena estrategia. Tiene todo mi apoyo -sentenció Kurata.

–Gracias, Kurata-*sama* -dijo Gaillard.

–¿Akira? – continuó Kurata.

–¿Sí, mi señor?

–Quiero que vayas a Ámsterdam y proporciones toda la asistencia que pueda necesitar esa operación, en especial tus considerables habilidades en informática y cuestiones en las que destacas como parte del Ejército Imperial Japonés.

Sugawara se estremeció. En privado, Kurata nunca se refería a las Fuerzas de Autodefensa por su nombre correcto.

-*Hai,* Kurata-*sama*.

–Y llévate contigo toda la información sobre *Shinrai.*

-*Hai.*

–Sin duda habrás notado que los máximos líderes de *Shinrai* están cerca de Ámsterdam.

-Hai.

–Tómate esta oportunidad para ver cuántos de ellos puedes eliminar.

–Como usted desee, Kurata-*sama* -expresó con un entusiasmo que estaba muy lejos de sentir.

–Excelente. Tú eres una parte vital de la resurrección de Yamato, hijo mío -repuso Kurata.

Cuando Akira Sugawara apagó la teleconferencia, su mente ya sabía exactamente cómo iba a seguir el camino que guiaba su corazón.

Capítulo 28

El antiguo reloj de latón pulido dio las doce y despertó a Lara, incluso antes de que sonase la alarma. A regañadientes, intentó abrir los ojos y ver algo a través de la fatiga. Apenas creía que había pasado una hora con tanta rapidez. Dirigió la vista hacia el reloj; había un contraste arcaico maravilloso con los chips y los prodigios digitales que formaban el sistema nervioso del *Tagcat Too.* Rescatado por su padre durante una de sus inmersiones, entre los restos del naufragio de un mercancías norteamericano hundido por los *U-boote* nazis, en las costas de Cerdeña, en 1944, y amorosamente restaurado por él, el reloj había sido uno de sus objetos preferidos. Siempre le hacía pensar en él con orgullo.

Su mirada cambió del reloj a los documentos y los libros esparcidos por la mesa, todos amontonados contra las barandillas que evitaban que los objetos cayesen cuando hacía mal tiempo o el bote iba a toda vela y escoraba. Era su investigación sobre Kurata y los criminales de guerra que él había designado para formar parte del consejo de administración de GenIntron.

Con el *Tagcat Too* aún estable, se inclinó y echó un vistazo a los documentos. Sintió que el fuego de su ira alejaba los últimos vestigios de sueño de su cabeza. Sus ojos se posaron en un libro de 1994 que había sacado de la biblioteca: *Prisioneros de los japoneses,* de Gavan Daws.

Mientras el mar mecía al *Tagcat Too,* alzó el libro y revisó las páginas que había señalado antes con notas amarillas auto-adhesivas. En la página 258 leyó: «En Kandok, para beneficio de algunos estudiantes de medicina japoneses, un prisionero de guerra fue atado a un árbol, le arrancaron las uñas, le abrieron en canal y le sacaron el corazón. En Guadalcanal, dos prisioneros fueron capturados cuando intentaban escapar y, para evitar que

lo volvieran a hacer, los japoneses les dispararon a los pies. Un oficial médico los diseccionó vivos, y les sacó el hígado».

Físicamente asqueada por las revelaciones irrefutablemente documentadas del libro acerca de los horrores más bajos y flagrantes imaginables perpetrados por los dirigentes japoneses, quería cerrar las tapas del libro contra las verdades horribles y brutales que documentaba pero, sin embargo, sus dedos continuaron pasando páginas, cada sucesiva nota amarilla pegada a ellas la conducía a otra creativa abominación que le hacía preguntarse cómo algunas personas podían ser tan hábiles en encontrar métodos sádicos para torturar a otras personas hasta la muerte.

Esto hacía que creyese en el mal. El siguiente párrafo señalado se refería a las operaciones de la Unidad 731, en las afueras de la ciudad china de Harbin. «La *Kempeitai,* la "policía secreta", les trajo prisioneros para que los utilizasen como conejillos de indias: hombres, mujeres y niños, asiáticos y caucásicos. Eran llamados *maruta*, que significa "troncos de leña". Algunos fueron infectados con enfermedades: cólera, tifus, ántrax, peste, sífilis y muermo». «Otros -continuaba el fragmento- fueron cortados vivos para ver qué sucedía en los diferentes estadios de fiebre hemorrágica.»

–¡Dios santo! – exclamó Lara, cerrando los ojos, en un intento por contener las lágrimas. Una profunda y fría oscuridad atenazó sus entrañas cuando, de nuevo, se dio cuenta de que, al vender GenIntron, no sólo había vendido el trabajo de su vida y todos los secretos que había descubierto al enemigo, sino que era un enemigo capaz de crímenes imaginables tan sólo para aquellos cuyas fantasías estaban envueltas en la más pura maldad. Ella había vendido a esos monstruos una nueva y aún más poderosa ciencia, capaz de sembrar pesadillas muchísimo más espantosas que las que había practicado y fomentado el gobierno japonés en la Segunda Guerra Mundial.

«El mando militar occidental de Japón dio a unos catedráticos de medicina de la Universidad Imperial de Kyushu ocho tripulantes de un B-29», continuaba el libro cuando abrió los ojos y se obligó a continuar leyendo la siguiente página marcada con una nota. «Los catedráticos los cortaron vivos, en una sucia habitación sobre mesas de estaño donde los estudiantes diseccionaban cadáveres. Les sacaron la sangre y la reemplazaron con agua de mar. Les sacaron los pulmones, los hígados y los estómagos. Detuvieron el flujo sanguíneo en una arteria cerca del corazón

para ver cuánto tiempo tardaba en morir. Hicieron agujeros en un cráneo y clavaron un cuchillo en un cerebro vivo para ver qué sucedía.»

Lara sintió que se le revolvía el estómago, tragó saliva con fuerza y continuó leyendo, buscó el siguiente marcador, el siguiente fragmento señalado.

«En Kandebo -leyó, la Kempeitai cortó la cabeza del piloto de un caza, luego su cuerpo fue cortado a trozos, frito, y repartido entre 150 japoneses, que se lo comieron después de un discurso de un general de división. Ob Chichi Jima, un general japonés dio la orden en las Islas Bonin de que los pilotos capturados fuesen asesinados y devorados; él y otros altos cargos comían la carne en fiestas privadas. Un almirante llegó a hacer el pedido de un hígado del próximo piloto capturado.»

Lara corrió al lavabo para vomitar.

Capítulo 29

En la oscuridad imperante a las tres de la madrugada, Akira Sugawara se dirigió hacia el área de producción del Ojo de fuego, subió un tramo de escalones, junto a una pasarela, y bajó unos escalones más.

En ausencia del ruido de fondo diurno, cada borboteo y burbujeo resonaba por todas partes de forma inquietante. Los relés chasqueaban, las válvulas se abrían, el líquido mortal recorría las tuberías. El organismo respiraba, metabolizaba y excretaba, estaba vivo, a su alrededor, pensó Sugawara, mientras recorría sus entrañas y se dirigía hacia la parte trasera de las instalaciones del edificio de producción.

Casi todas las luces del techo estaban apagadas, y sólo quedaban encendidos unos pocos fluorescentes repartidos por la sala por cuestiones de seguridad. En la penumbra, las pantallas del proceso de control del ordenador le miraban fijamente, con grandes ojos de cíclope; llenaban los pasadizos de luces fantasmales que le pintaban con los colores cambiantes del momento; primero rojo, luego azul, verde, gris pálido, de nuevo rojo. Bajó el último tramo de escalones hacia el suelo de hormigón pulido. Intentó andar con seguridad y honestidad ante las cámaras de vídeo vigilancia presentes para dar la imagen de un hombre que iba a cumplir un cometido. Se sintió como un ladrón cuando sus pasos resonaron en el hormigón. Sabía que debía de parecer un ladrón. En alguna parte de la oficina de seguridad, tenía que haber un agente observándole en la pantalla

de vídeo, y diciéndose para sí: «ahí va un ladrón», y dirigiéndose a las alarmas. A cada paso que daba, Sugawara esperaba oír las sirenas conectadas de un momento a otro, temía que pronto escucharía el ruido sordo de los pasos de los agentes de seguridad y caerían sobre él.

Sin embargo, él era el ungido por Kurata. Sólo Kurata en persona podía desafiarle… Y Kurata estaba dormido. Sugawara rezaba para que estuviese dormido. Al llegar a la compuerta, al final de las instalaciones de producción, Sugawara tecleó su código de seguridad. Se produjo una ligerísima demora a causa de la electrónica; el corazón de Sugawara dio un vuelco. Su mente sabía que era preciso un instante para que el ordenador reconociese el código y abriese el pestillo, sin embargo, su corazón sabía, simplemente sabía, que caerían sobre él, que el pestillo no se abriría, que se daría la vuelta y descubriría a Kurata tras él, acusándolo. Tenía preparado lo que le diría. Que había hecho las maletas y, tal como habían quedado antes, cuando iba de camino a Narita a tomar su vuelo a Ámsterdam tuvo una premonición, la intuición de que algo no iba bien. No podía quitarse esa sensación de encima y decidió comprobarlo por sí mismo. Lo más probable es que no fuese nada, tan sólo los nervios provocados por la muerte de Yamamoto y la falta de sueño sumada al curso poco satisfactorio de los acontecimientos.

En lo más profundo de su corazón, no creía que Kurata se lo tragase. Rezó para que no se presentase la situación. El pestillo se abrió. Sugawara suspiró, entró en la cámara estanca y encendió la luz, que lo obligó entornar los ojos y parpadear deslumbrado por el brillo; miró fijamente la cámara de vigilancia y con rapidez se calzó las blancas zapatillas desechables y se cubrió con la bata y el gorro del laboratorio. Cuando lo hubo hecho, salió por la puerta y giró a la derecha. Pasó por las cámaras estancas dentro de las áreas de alto nivel de bioseguridad y se dirigió hacia la habitación que había visitado una sola vez. No sonó ninguna sirena, ninguna alarma. Su corazón se aceleró. No aún, no aún, no aún, no aún. Al final del pasadizo, miró de reojo hacia otra cámara de vigilancia, tecleó su código en otro panel y esperó una eternidad, con el corazón en un puño, a que el pestillo saltase. Lo hizo.

Sugawara comprobó su reloj: las 2:17 de la madrugada. El vuelo de KLM a Ámsterdam no salía hasta las cinco. No tenía amigos, ni aliados dignos de confianza en Japón. La policía no detendría a Kurata; nunca se

alzarían en contra de un hombre tan poderoso como él, ni siquiera aunque se presentasen pruebas irrefutables. El consenso para el Ojo de fuego se había propagado profundamente por todo el gobierno hasta llegar al nuevo primer ministro, para que llegado el caso el gobierno decidiese investigar y, mucho menos, entrase en acción. Además, existía un cortafuegos que protegía a Kurata, una denegabilidad y una secuencia de control de daños que el mismo Sugawara había ayudado a construir.

Sugawara necesitaba ayuda pero no la encontraría en Japón, no recibiría ayuda hasta que él hubiese ayudado a Lara Blackwood. Y para hacerlo necesitaba pruebas.

Tenía un gigabyte de pruebas en una memoria USB, donde estaban guardados todos los datos, en el bolsillo del pantalón, un objeto del tamaño de una galleta Fig Newton, pero que parecía pesar al menos media tonelada y que lo sentía como si destellase al rojo vivo y gritase: «¡ladrón!, ¡ladrón!», a cada paso que daba.

Él sabía que, en algún lugar, el programa administrativo del ordenador central había registrado su acceso, había anotado los archivos de los que había hecho una copia. Esperaba que el virus que había introducido en el ordenador enmascarase el acceso, e hiciese que pareciese una copia de seguridad rutinaria de datos. Pero también podría ser que no. Tal vez había conectado alarmas silenciosas. Pero los datos sólo eran datos. El Ojo de fuego era real: podías verlo, tocarlo, mirar cómo mataba. Era la prueba definitiva y él no tenía ninguna duda de que Lara Blackwood podría desvelar sus secretos con mucha más rapidez que cualquier otra persona en el mundo. Si es que vivía lo suficiente para llevárselo.

Sugawara miró alrededor de la pequeña habitación y vio mesas de trabajo de laboratorio, con los tableros negros, un extractor de vapor, armarios, maquinaria. Un gigantesco Dewar despedía gases en un rincón y en el que una etiqueta decía que contenía nitrógeno líquido. Se apresuró hacia la falange de unos barriles inmensos, del tamaño de un bidón de petróleo, que se alineaban en la parte más alejada de la habitación. Llegaban casi a la altura del pecho y estaban pintados con esmalte de color beige grisáceo y adornados con tiras de cromo. Cada uno tenía una gruesa tapa en lo alto, como un gran sombrero de señora. Parecían botellas gigantes de termo, que es lo que eran en realidad.

Se formularían preguntas, y las respuestas las recibirían a través de las cámaras de vigilancia, los registros del ordenador y los del control de existencias desaparecidas. Le implicarían, irían a por él. Por lo mucho que sabía. La pregunta clave era cuánto tardarían en darse cuenta de que se había convertido en un traidor. ¿Descubrirían su traición antes de que hubiese tenido tiempo de contactar con Blackwood? ¿Llegaría a Ámsterdam sólo para conseguir entregar sus pruebas a los matones de Kurata y su vida a una extraña y dolorosa muerte que sólo Sheila podría concebir…, y disfrutar.

La muerte de Yamamoto podría ayudar a confundir las cosas, hacer que la gente olvidase los procedimientos rutinarios. ¿O tal vez pondría en alerta al personal? ¿Haría que lo atrapasen con más rapidez?

Sonó un chasquido tras él.

–¡Oh, Dios mío! – Sugawara se dio la vuelta con rapidez. No vio a nadie; el sonido provenía de la puerta al cerrarse y del pestillo al volver a su sitio. Respiró profundamente y cerró los ojos un momento. Dejó escapar el aire poco a poco y se dirigió a una tablilla con un sujetapapeles, colgada de una pared próxima a la hilera de barriles. Repasó la lista colgada en la tablilla y asintió con la cabeza. Luego se agachó, abrió una puerta de armario tras otra hasta que encontró uno que contenía una serie de lo que parecían contenedores termo ordinarios, de boca ancha. Construidos con las mismas líneas básicas que un termo corriente, éstos contaban con unas paredes de cristal mucho más gruesas y un espacio de vacío más alto entre sus paredes, para mantener el contenido más caliente o, en este caso, más frío, durante más tiempo. Además, el espacio entre el cristal del frasco del termo y las paredes exteriores de plástico estaba relleno con un aerogel diseñado para bloquear la transferencia de temperatura hacia dentro o hacia fuera.

Sugawara se llevó uno de los termos hacia el gran termo Dewar. Lo colocó sobre la mesa de trabajo que estaba al lado y colocó el tapón en un recipiente de metal poco profundo. Después abrió el gran Dewar; se formaron nubes cuando el nitrógeno líquido del interior del Dewar condensó el vapor en el aire. De la pared, tomó un par de gafas protectoras y se las puso sobre los ojos, y deslizó las manos dentro de un par de guantes aislantes.

El nitrógeno, un gas incoloro, inodoro, no venenoso, representa más del 78% del aire que respiramos pero, en su forma líquida, puede causar la congelación instantánea. Los médicos lo suelen usar para quitar verrugas.

De la lectura de los documentos de la Unidad 731 que habían logrado ocultar con éxito a los norteamericanos, Sugawara sabía que una serie de investigadores había llevado a cabo experimentos con prisioneros para ver qué efecto tenía el nitrógeno sobre ellos.

Sumergieron las extremidades de los prisioneros dentro del líquido y descubrieron que la carne se congelaba con la dureza del acero y se quebraba como el vidrio. Por diversión, algunos de los investigadores golpeaban las extremidades congeladas para ver cómo la carne se hacía añicos. Al descongelarse, la carne parecía que hubiese sido cortada a tiras con cuchillo. Las víctimas solían desangrarse hasta morir. Los protocolos de los laboratorios requerían que no se los tratase para poder seguir el progreso del experimento hasta el final. Incluso se llevaron a cabo experimentos más horripilantes, que implicaban verter nitrógeno líquido por las gargantas de la gente y salpicarles los ojos con él. En un caso provocaba una muerte terriblemente espantosa, en el otro ceguera. Cada vez que Sugawara pensaba en aquellos experimentos secretos sentía vergüenza.

Agarró un artilugio que parecía una lata de metal con un caño para verter líquido, unido a una larga asa. Sosteniéndolo por las empuñaduras aislantes, Sugawara sumergió la lata atravesando el nimbus de vapor y la introdujo en el Dewar; escuchó cómo el nitrógeno líquido crepitaba y silbaba mientras que la temperatura ambiente de la lata provocaba que el líquido frío hirviese un instante. Luego, el cucharón se enfrió hasta la misma temperatura helada y se llenó. Sacó el humeante cucharón del Dewar y lo vació con cuidado en el termo que había sacado del armario. Al principio, el nitrógeno chisporroteó e hirvió hasta convertirse en vapor, luego cuando el interior del termo especial se enfrió, la violenta agitación se calmó y le permitió llenarlo hasta el borde. Siguió el mismo procedimiento con el tapón especial del termo. Cuando el termo y el tapón se enfriaron hasta la temperatura del nitrógeno líquido, Sugawara consultó otra vez la tablilla y fue hacia el Dewar, que estaba en un extremo, y abrió la tapa. De nuevo, las nubes provocadas por la condensación se alzaron desde la abertura. Sujetando la parte superior por un asa, Sugawara tiró hacia arriba. Una brillante rejilla metálica repleta de ampollas selladas emergió del

líquido. Permaneció quieto un instante, paralizado por la visión, hilera tras hilera de muertes seguras, todas en animación suspendida, a punto de ser descongeladas, preparadas para matar.

A causa de que cada lote de Ojo de fuego estuviese programado para autodestruirse al cabo de unos tres días, cada nueva partida era congelada de inmediato para evitar que se pusiera en marcha el reloj biológico hasta que Kurata estuviese preparado.

Sugawara alargó la mano libre y tomó primero una ampolla y luego una segunda, concentrándose en sujetarlas con fuerza a pesar de los guantes aislantes. Miró los dos delgados viales, cada uno con su código de barras único y particular, y un número de serie. Dejó la rejilla en su lugar, cerró la tapa y se dirigió a los termos. Tanto éstos, como la tapa especial habían cesado de hervir, indicando que se habían enfriado por completo. Trabajando con rapidez ahora, Sugawara vació el nitrógeno líquido de **nuevo** dentro del Dewar, colocó las dos ampollas dentro de los termos ya congelados, sacó la tapa del recipiente con un par de tenacillas y la introdujo, asegurándola con fuerza, en la boca del termo. Cerró la tapa del Dewar, fue al armario de los termos y sacó una tapa especial, rellena de aerogel, y la enroscó en él. Sólo entonces volvió a colocar las gafas protectoras y los guantes en la pared. Por fin fue a un gran congelador y abrió la puerta. Dentro había bolsas de nailon especialmente diseñadas con la forma pertinente para los termos. Cada una tenía una gruesa capa de gel congelante, similar a las que se usan para colocar sobre las lesiones provocadas por el ejercicio, sólo que diseñadas para ser congeladas a temperaturas extremas. Desabrochó la tapa de velcro. Resonó como si alguien disparase en el silencio de la habitación. El sonido alteró a Sugawara y desencadenó en él un temblor que le empezó en la base de la columna vertebral y le subió hasta llegar a los omóplatos; se le puso el vello de punta. Con las manos temblando un poco, y en espera de escuchar las alarmas en cualquier momento, Sugawara deslizó el termo especial en su bolsa para transportarlo y volvió a cerrar el velcro. Luego se dio la vuelta y salió hacia un futuro tan incierto que no estaba seguro siquiera de llegar a la calle vivo.

Capítulo 30

Lara sacó un envase de zumo de naranja de un armario de la cocina, y clavó la cañita en él. Bebió con rapidez el contenido, sacó otro y se lo llevó al salón comedor.

Allí de pie, con las piernas separadas para mantener el equilibrio, sorbió el zumo y bajó la vista hacia la mesa cubierta con los documentos de su investigación. Estaba sorprendida de la gran cantidad de criminales de guerra, monstruos, que habían llegado a ser altos cargos de la sociedad japonesa; habían sido honrados, celebrados, venerados, algunas veces incluso por las atrocidades que habían cometido, más que a pesar de ellas. Se sentó y alzó la lista que había extraído de los renuentes datos.

Un nombre en la lista la escandalizó sobremanera. En la lista había encontrado a un hombre, un premio Nobel. Ella le había respetado como persona, respetado su trabajo, aceptado el hecho de que merecía los honores y los premios concedidos. Pero ahora estaba claro que aquel hombre había escalado sus posiciones de prominencia a través del sufrimiento de los cuerpos de gente inocente contra su voluntad. Sus patentes habían sido escritas con sangre. ¿Cuántos más como él había? La idea la hizo temblar.

Distraída, escuchó el zumbido de la estática del televisor y dirigió la mirada hacia él, colgado en lo alto de un robusto soporte de acero. Una débil imagen con el logotipo de la CNN aparecía y desaparecía en la pantalla, no se podía ver nada con claridad. Había dejado conectado el volumen para poder ver las noticias tan pronto como la recepción mejorase. El último informativo que había visto era el que decía que había sido declarada asesina, una criminal a la fuga. La inusual y pobre recepción de la señal de televisión y la conexión intermitente de su sistema por satélite, normalmente fiable, se debían sin duda a las tormentas solares que ya eran noticia por sí mismas. A pesar del orgulloso avance tecnológico, la gente aún está, en gran medida, a merced de la naturaleza, pensó.

Lara sorbió el zumo de naranja y se maravilló ante la innegable historia de un olvidado holocausto llevado a cabo por los japoneses, en el que seis millones de civiles inocentes habían muerto de un modo horrible. Un holocausto que el gobierno estadounidense había encubierto de forma voluntaria en nombre de desarrollar más y mejor armamento para la Guerra fría. Era una estrategia que se repetía de nuevo pero con más amplitud y aún de forma más espantosa que nunca.

Tras ella, Lara escuchó fragmentos de charlas que provenían de la televisión y que luchaban por abrirse paso entre la estática, mientras tomaba *The Other Nüremberg*, de Arnold C. Brackman. Ella era una lectora voraz. ¿Por qué nunca había oído hablar de ese libro? ¿Era posible que los medios de comunicación norteamericanos tuviesen tanto miedo de ofender a los japoneses que, simplemente, no escribían sobre ese tipo de libros? Dejó escapar un suspiro, lo abrió y leyó en voz alta el fragmento subrayado.

«El último juez superviviente de los juicios por crímenes de guerra japoneses en Tokio, B.V.A. Roling, de Países Bajos, expresó su opinión de que Estados Unidos debería avergonzarse por el hecho de que ocultaron información al tribunal con respecto a los experimentos biológicos de los japoneses en Manchuria, efectuados sobre prisioneros de guerra chinos y estadounidenses […]; supone una amarga experiencia para mí ser informado ahora que la criminalidad de guerra japonesa, ordenada desde las sedes centrales y del tipo más horrible, fue mantenida en secreto al tribunal por parte del gobierno de Estados Unidos.»

–Jodidamente real -se dijo a sí misma mientras dejaba otra vez el libro en la mesa y se dirigía a la cocina. Tiró el envase del zumo de naranja a la basura, después fue hacia la proa y se quedó mirando uno de los motores diesel para ver si su alternador podría cargar las baterías y proporcionar voltaje AC para hacer funcionar

Capítulo 31

Algunos hombres de rostro serio cruzaban las calles del barrio rojo de Ámsterdam. Inspeccionaban atentamente la mercancía, pero evitaban con cuidado el contacto visual, esperando fervientemente no reconocer a nadie ni ser reconocidos.

Miraban los escaparates. Caminaban, paseaban, se detenían, observaban y merodeaban por los estrechos callejones pavimentados con adoquines marrón rojizo y las aceras, que aún brillaban húmedas por el chaparrón que había caído por la noche. Todos ellos intentaban, sin éxito, dar la impresión de que habían salido a hacer simplemente una saludable caminata y, ¡qué sorpresa!, habían ido a parar por pura casualidad al barrio de la prostitución.

Sobre sus cabezas, las nubes habían empezado a dispersarse lo suficiente para dejar que el sol del mediodía brillase a través de ellas de vez en cuando. Aquella mañana, los partes meteorológicos habían anunciado

por la televisión que la tormenta proveniente de Estados Unidos se había estancado en el Mar del Norte, y se estaba dispersando. Provocaría algunos chaparrones intensos y tormentas de granizo, por lo que se avisaba a los agricultores que protegiesen sus cosechas.

Los hombres que rondaban por las calles en busca de sexo eran como sacos calientes cargados de sucia lujuria, caminaban con rigidez como si un gran tumor royese sus entrepiernas. A pesar de sus máscaras de fingida despreocupación, que no engañaban a nadie, en especial a los burdeles que los habían visto tantas veces que ya habían perdido la cuenta, para ellos era un asunto serio. Era comercio.

De vez en cuando se cruzaban con un par o un trío de jóvenes con los ojos abiertos como platos que acababan de pasar la adolescencia, y lo miraban todo con avidez, hacían muecas y murmuraban de forma afectada entre ellos. Sus miradas directas y de franco asombro iban pisando los talones, fastidiosamente, a la falsa tranquilidad de los hombres de más edad.

En la Oude Zijds Achterburgwal se producía una escena familiar.

–¡Fuera de aquí, chicos, que molestáis a los clientes! – decía una de las chicas que trabajaba allí, sonriendo afablemente.

–Tenemos dinero -decía uno de los chicos con un mohín.

–Entonces, o te lo gastas o te vas.

Ella hacía que se sintiesen como niños otra vez, inseguros, tal vez un poco asustados. Se miraron unos a otros, y una muda determinación acordada antes, probablemente mientras comían una hamburguesa con patatas sentados en un McDonald's fuera de Damrak, cruzó por sus rostros.

Uno de ellos se dirigió a ella. Ahora que la miraban realmente, empezaron a darse cuenta de que tenía la sombra de un horrible mostacho y que debía pesar quince kilos de más, lo que ayudaba a mantener sus pechos en buen estado para venderse, pero no ayudaban en nada al resto de su cuerpo. En el fondo de su mente sabían que tenía la misma edad que sus madres. Sin embargo, el chico siguió adelante, abrió la boca.

–Nosotros queríamos saber si…

–No hago tratos, ni rebajas, ni descuentos de grupo -dijo ella, sabiendo lo que iba a decirle a continuación-. ¿Queréis los tres? No hay problema. Tres veces el precio.

Los jóvenes se alejaron.

Toda la escena había sido observada a través de unos excelentes prismáticos Zeiss, colocados sobre un trípode hecho especialmente para ellos, en la habitación del tercer piso de un hotel para turistas, anónimo y barato, al otro lado de la calle y a menos de media manzana del escaparate de la prostituta.

Mientras los chicos se iban poco a poco, Sheila Gaillard dio otra larga calada a su décimo cigarrillo de la mañana y observó a través de los prismáticos cómo un hombre alto y delgado, vestido con un impermeable caqui, salía de entre un grupo de coches aparcados y se dirigía resueltamente a la ventana de la prostituta, negociaba rápidamente y se encaminaba al interior. Las cortinas se cerraron.

–Con los ojos cerrados, todas son iguales -murmuró Sheila para sí, mientras exhalaba el humo del cigarrillo por la nariz. ¿Quién se lo había dicho a ella? Se apartó de los prismáticos y se recostó en su asiento, se desperezó y dio otra calada al cigarrillo.

Sheila se encorvó hacia los prismáticos de nuevo, y los movió un poco para que cambiasen el objetivo del escaparate con cortinas de la prostituta y se detuviese en la puerta de al lado, en un grupo de casas del canal que habían sido convertidas en un hotel de tendencias gay y casa de citas. El propietario era el ex director general de la filial de GenIntron en Países Bajos, que había dimitido para seguir sus inclinaciones después de lo que Gaillard supuso que fue una fantástica erección. A partir de los expedientes que había podido reunir, el propietario era el amigo más íntimo que tenía Lara Blackwood en ese país. De los informes de los negocios e impuestos, se desprendía que Blackwood había proporcionado el capital inicial para la empresa a cambio de una modesta participación en acciones.

Gaillard movió los binoculares y los enfocó en el *sex shop* de la puerta de al lado, que resultaba un próspero negocio. Mientras miraba, una mujer bien vestida salió de allí, llevando un consolador de un metro de largo, anatómicamente correcto pero con dos extremos, bajo el brazo como si fuese una baguette. Cuando la mujer llegó a la acera, el chófer de un Mercedes salió del coche y le abrió la puerta.

Era hermosa, pensó Sheila mientras el Mercedes se alejaba. Sheila empezó a humedecerse y se dejó llevar hacia una rápida fantasía de ella con la mujer y el gran consolador. Su fantasía se desvaneció con rapidez al

reconocer las enérgicas y apresuradas zancadas de un hombre que bajaba por la calle y se dirigía directamente a su hotel.

Horst Von Neuman, uno de los miles de ex agentes Stasi, de Alemania del Este, desperdigados por el mundo tras la caída del Muro de Berlín. Aunque el resto del mundo los consideraba hombres brutales, crueles, sin escrúpulos y sin rastro de decencia humana, ella, sin embargo, los encontraba entregados, de confianza, con talento y grandes recursos. Lo mejor de todo era que tenían pocos escrúpulos en hacer cualquier cosa por la cantidad de dinero indicada. Antes de la caída del comunismo, tenían experiencia en infligir todo tipo de dolor, tortura, degradación y muerte sobre sus paisanos, vecinos y, con frecuencia, los miembros de su propia familia. Horst y muchos de sus colegas habían escapado del Este o se habían escondido antes de la caída del muro, llevándose consigo discos duros de ordenador, archivos y fotos.

Esos hombres y esas mujeres habían formado una amplia red, como una Odessa actual, y sobrevivían gracias al chantaje, el espionaje, los interrogatorios y el asesinato por encargo; además, seguían en contacto con los miembros del gobierno alemán que creían que la caída del muro no debía de haberse producido.

Horst era uno de los mejores especímenes, pensó Sheila mientras lo miraba cuando cruzó la calle, se acercó al hotel y desapareció de la vista al entrar por la puerta del hotel, tres pisos por debajo de donde estaba ella.

Von Neuman era alto, seguro que superaba los dos metros, adusto, con el pelo casi blanco, pálido, de piel que se quemaba fácilmente con el sol, nariz afilada como un hacha y pómulos elevados que parecían tan angulosos que ella siempre se sorprendía de que no atravesasen la piel bajo sus ojos. Era inteligente, lo suficiente para cumplir las órdenes que le daba al pie de la letra. También tenía un trozo de carne entre sus piernas que podría hacer una carrera estelar si se dedicase a las películas porno.

Sheila encendió otro cigarrillo con la colilla del que acababa de fumar y se levantó de la silla. Se dirigió a la puerta cuando Horst llamó.

–Los micrófonos ya están colocados -dijo el alemán sin ningún preámbulo al entrar. La cola de su gran impermeable de color verde oliva flotó tras él como una estela de humo-. Los transmisores están conectados directamente a las grabadoras -hizo un gesto con la cabeza hacia la serie de aparatos electrónicos en miniatura, colocados en la mesa de fórmica

desconchada, llena de quemaduras de cigarrillos, que estaba al lado de la cama de Sheila.

Eran las últimas unidades japonesas fabricadas por una de las compañías de Kurata, una décima parte del tamaño y con un alcance mucho más sensible que el mejor aparato que el FBI pudiese conseguir. Kurata le había explicado que, tan pronto como su compañía terminase la nueva generación, que incluso era más pequeña y más sensible que ésta, vendería la vieja generación al gobierno de Estados Unidos.

Se rendirán a ellos con grandes exclamaciones de admiración ante su tecnología, como niños pequeños en Navidad, había comentado Kurata, y nos halagarán por nuestras proezas sin llegar a darse cuenta jamás de que les vendemos productos obsoletos por cien veces nuestro coste.

Sheila cerró la puerta y observó a Horst dirigirse a la ventana y mirar hacia la calle, frente al hotel. Pareció satisfecho de lo que vio allí, porque asintió y luego dio media vuelta. Ella paseó por la habitación y se sentó a los pies de la cama; echó un vistazo a los milagros digitales que la gente de Kurata había envuelto en paquetes no mayores que un reproductor de CD portátil. Algunos eran tan pequeños como un *walkman.*

Von Neuman se desabrochó el gran impermeable que colgaba de su cuerpo de *Ichabod Crane* como una tienda de campaña y luego se lo quitó. Debajo llevaba otro abrigo, sólo que éste era de resistente lona, repleto de bolsillos, lazos y bolsas que abultaban por las herramientas, los cables, las tablillas de circuitos electrónicos, los indicadores de pruebas y todo tipo de parafernalia similar. Bajó la cremallera de la parte delantera de ese segundo abrigo y sacó un montón de papel doblado de un bolsillo interior. Fue hacia Sheila y se lo entregó.

Sheila desdobló el papel mientras Von Neuman se sacaba el segundo abrigo, se alejaba de ella y lo colgaba en un clavo doblado clavado en la agrietada pared de yeso, al lado de la puerta. Sacó un paquete de Marlboro del bolsillo de su jersey y se puso un cigarrillo en la boca. Fue de nuevo hacia ella, se inclinó para encender el cigarrillo con el de Sheila. El olor del sudor de la mujer hizo estremecer su entrepierna. Hizo una pausa para succionar el cigarrillo y fue hacia la mesa con el equipo electrónico.

–También programaré el escáner móvil para buscar al propietario del NSE, el número de serie electrónico de su móvil. No hay problema -dio otra calada al cigarrillo.

–Fantástico -Sheila asintió con la cabeza y dejó escapar el humo de su boca.

Su teléfono móvil sonó. Se lo quedó mirando, estaba al lado de la silla, junto a la ventana. Sonó por segunda vez. Horst agarró el teléfono y se lo alargó. Sheila pulsó la tecla verde del móvil.

–¿Diga? – contestó.

–Por favor active encriptación, clave pública 7666. Pulsó la tecla de función y los cuatro numerales para cargar el software de encriptación.

–Soy Sugawara. ¿Señorita Gaillard?

–¿Sí? – ¡Maldición! Ella odiaba al insolente sobrino de Kurata, resentida por la autoridad que el anciano delegaba en aquel pequeño mocoso.

La conexión crepitó por la estática. ¿Por qué era tan mala la conexión?

–He recibido una llamada de nuestra fuente en la Oficina de Reconocimiento Nacional. La capa de nubes se empieza a dispersar y creen que hay una embarcación que concuerda con la descripción del *Tagcat Too.*

–¡Sí! – El hecho de tener razón era casi más divertido que el sexo. Por un instante, la euforia hizo que sintiese su cabeza tan ligera como la sintió al fumar su primer cigarrillo.

–¿Cómo van los… progresos en Ámsterdam?

–Se progresa bien -respondió Sheila vagamente-. Creo que esos pesados de mierda del *Shinrai* están husmeando algo también. Creo que ahora sí tendríamos que eliminarlos de una vez por todas.

–Es verdad que han sido una fuente de frustración para Kurata-*sama* -dijo Sugawara-. ¿Pero sus muertes servirán de algo?

–Sí, por supuesto, una cosa menos de qué preocuparse. Más tarde enviaré un informe completo a Kurata -respondió y colgó bruscamente.

–Ella viene hacia aquí -dijo Sheila mientras dejaba el teléfono sobre la mesa y se acercaba al alto alemán-. Lo único que tenemos que hacer es esperar y será nuestra.

Presionó sus pechos contra el duro torso del alemán y alargó la mano para masajear su entrepierna. El reaccionó enseguida. Ella lo empujó hacia atrás, sobre la cama y desabrochó la cremallera de su pantalón.

Capítulo 32

El *Tagcat Too* atravesaba las olas, recorriendo los agitados mares del color de la espuma. Bancos de niebla arremolinada del tamaño de un superpetrolero se deslizaban en la oscuridad que se avecinaba. A toda vela y con el viento más calmado, el casco de acero del queche cabalgaba ahora con agilidad, subiendo y bajando con el flujo y el reflujo del fuerte oleaje provocado por la tormenta que llegaba ahora del sur.

Todo el día había estado lloviendo de forma sistemática, y unas rápidas nubes de color plomizo cruzaban raudas por el cielo. De forma inesperada, los restos del huracán habían chocado con una nueva entrada de corriente de viento del sur y se había estrellado contra un poderoso anticiclón de las Azores. El resultado era un tiempo inclemente que, después del huracán, parecía propiciar una navegación tranquila.

Lara Blackwood permanecía de pie con una mano en el timón, las piernas separadas para mantener el equilibrio ante el constante balanceo de la cubierta y el extremo escorado de la ceñida a barlovento. Dejó que la fina y fría llovizna acariciase su cara, se desabrochó la chaqueta del impermeable y se ajustó la gorra de béisbol en la cabeza.

Desde que atravesó el estrecho de Dover, se había encontrado cada vez con más tráfico naval de camino al norte de la costa holandesa: grandes y elegantes buques cisterna, cargueros cargados con containeres y cajas, transportadores descomunales de coches y ferries, gigantescos buques cisterna de todo tipo y, de vez en cuando, entre ellos, oxidados barreños que, a duras penas, sacaban algún beneficio y, cada vez más reducido, del dinero que no invertían en el mantenimiento adecuado.

La niebla había representado un reto para la navegación de todos esos navíos y ahora, salpicando el paisaje marítimo, había plataformas petrolíferas en alta mar, alumbradas con más luces que un casino de Las Vegas.

Se inclinó hacia delante para concentrarse en la pantalla impermeable del timón, que era un reflejo de la pantalla del portátil de la estación de navegación que había bajo cubierta. Frunció el ceño cuando vio que las lecturas del GPS cambiaban bruscamente bajo la influencia de las tormentas solares. Captó una gran imagen en la pantalla del radar y decidió virar.

De repente, la profunda vibración de un gran y poderoso motor que había estado oyendo como un débil ruido de fondo, hacía sólo un minuto, se escuchó de pronto mucho más fuerte. En la niebla, el sonido parecía

provenir de todas direcciones y al mismo tiempo. En aquel mismo instante, una gran proa negra se alzó sobre ella surgida de la oscuridad.

–¡Caray! – exclamó mientras veía salir de entre la niebla un inmenso supercarguero de gas natural líquido, disparado como una gran bola roja de mercancías, que cortaba el agua por el mismo rumbo que había dejado atrás el queche.

–¡Dios mío!

El casco estaba lo bastante cerca para ver las soldaduras de las planchas y distinguir las líneas de carga máxima del buque. Su corazón latía con la fuerza de un martillo detrás del esternón. Lara estiró el cuello y miró hacia atrás, vio las inmensas cúpulas LNG con la forma de un pecho, descansando sobre el casco. A continuación, un banco de niebla se tragó el tanque por la proa.

OceanofPDF.com

Capítulo 33

El *Tagcat Too* resonó como si fuese un bidón de aceite repleto de chatarra de metal y cristales rotos. Todo quedó a oscuras, la oscuridad explotó con unos chirridos horribles del metal rascando contra metal, emitiendo unas oleadas permanentes de sonido que resonaban dentro del casco y que hacían que sus entrañas retumbasen con cada sonido.

Todo se balanceaba y daba sacudidas.

En un momento determinado, la tenue luz del sistema de iluminación de emergencia del barco, que proporcionaban las baterías del sistema de alimentación rompió la oscuridad. Apenas antes de que se apagasen esas luces, Lara pudo contemplar bajo la tenue luz la extraña escena: cojines, libros, restos esparcidos por todas partes, nada estaba en su sitio. Entonces se dio cuenta de que estaba echada bocabajo sobre el aislante acolchado que cubría las superficies del techo.

El *Tagcat Too* se estremeció y bamboleó; el ruido del metal machacado penetró en la cabeza de Lara como un dolor agudo e intenso que la hizo pensar en una historia de un periódico que hablaba de un obrero de la construcción que se había caído de un andamio y se había empalado por la cabeza con la punta de una barra de acero que sobresalía de un molde de hormigón.

La enormidad de lo que sucedía la sobrecogió como un frío puño que atenazaba su corazón. El fino y elegante casco del *Tagcat Too* estaba siendo despedazado por las gruesas planchas de acero de algún Goliat oceánico. ¿Cuánto resistiría? ¿Cuánto más castigo podría resistir el casco antes de que se abriera una brecha y entraran en él las frías e implacables aguas del Mar del Norte?

Un violento desgarro, un gran chasquido como una explosión, reverberó por la cabina y la golpeó bocabajo. Luego, tan repentinamente como había empezado, el chirrido paró.

El repiqueteo de los motores en el interior de la panza de un barco y la estela de sus hélices llenaron el silencio, por lo demás angustioso, que la llenó de esperanza y agrio temor.

Lara inspiró profundamente, temblando, mientras la cubierta empezaba a inclinarse de nuevo. El *Tagcat Too* empezó a crujir, intercambiando el techo por el suelo. Lara, junto con los cojines de los asientos, las lonas y el

resto de objetos se deslizaron rodando primero hacia los costados, y luego por el suelo mientras el navío recuperaba el equilibrio. El casco oscilaba y daba bandazos como un tiovivo loco con el suelo inclinado.

Después, el sonido de la fuerza del agua llenó el aire. A Lara se le congelaron las entrañas al escuchar aquel ruido; sólo lo había escuchado una vez en su vida. Precisamente segundos antes de que el *Tagcat* se hundiese en el Cabo de Buena Esperanza.

Corrió al armario que estaba junto a la escalera de cámara y sacó una bolsa de lona de supervivencia. Mientras se recuperaba en Ciudad del Cabo, tuvo mucho tiempo de pensar en el naufragio y en lo que hubiese hecho de forma distinta. Una de esas cosas era tener una bolsa de supervivencia que contuviese elementos útiles que había echado de menos después de su rescate: un recambio de ropa, maquillaje, dinero y otras muchas cosas más.

Con el *Tagcat Too* moviéndose bajo sus pies, agarró su bolso, el Colt.380 automático y cajas de munición, las introdujo en la bolsa de supervivencia; descolgó una linterna del soporte de la estación de navegación y subió las escaleras. Se detuvo de golpe y, con la desesperación en su respiración, dejó la bolsa y se dirigió con dificultad a su camarote, directamente al cajón superior de su colección de pendientes donde guardaba sus favoritos y los más valiosos. Limpió el poco profundo cajón con dos manotazos y los puso a toda prisa en un bolsillo de su impermeable. Cerró la cremallera del bolsillo y atravesó el pasadizo con el agua que aumentaba el nivel y le llegaba ya hasta los tobillos. Agarró la bolsa y salió disparada por los escalones de la escalera de cámara.

Ya sobre cubierta, sintió un fino sabor salado en su lengua; su nariz se llenó con el inconfundible hedor dulzón, intenso y sulfuroso de los residuos de combustible parcialmente quemado. Se dejó guiar por su nariz y descubrió la popa de un gigantesco portacontenedores cargado hasta los topes, que desaparecía entre la niebla. Lara vislumbró el nombre, *Abraham Lincoln,* en la popa y vio su inmenso casco deslizarse en la noche, negro sobre gris. La niebla se dispersaba, al menos localmente, y pudo ver el resplandor de las luces de las plataformas de petróleo y gas hacia el este. Miró al cielo y vio las estrellas y media luna a través de los filamentos de la capa de gasa que formaba la niebla.

Precisamente en aquel momento escuchó una bocina proveniente de las cubiertas del *Abraham Lincoln.* Se habían dado cuenta de la colisión,

invertirían los motores, enviarían un mensaje a las autoridades con la latitud y la longitud debidamente anotadas y se enviarían partidas de rescate. Vendrían personas cargadas de buena voluntad y después del rescate la llevarían directamente a la cárcel.

Atrapada ahora entre la muerte en el mar y el desastre al que la conducirían los que intentasen salvarla, Lara subió a cubierta en una lucha contra la tristeza que llenaba su corazón mientras se preparaba para abandonar el barco. Otra vez. Permaneció allí un momento e iluminó con la linterna la cubierta del navío, maravillándose ante la nudosa telaraña cinética del aparejo que la envolvía y se enlazaba por la cubierta como una red de serpientes de acero, retorciéndose y sujetándose a ellas con cada movimiento que hacía el barco. El agua ya entraba por el puente de mando, sumergiendo cada vez más y más la embarcación hacia el fondo.

En la distancia, escuchó que los motores del *Abraham Lincoln* se invertían, y que el mar se arremolinaba cuando las hélices golpearon el agua hacia atrás. Bajó el bote hinchable hasta las frías aguas, lanzó la bolsa de supervivencia dentro de él y luego subió. El agua ya empezaba a cubrir las partes más altas de la cubierta del *Tagcat Too;* Lara puso en marcha la lancha fuera bordo y dejó el motor al ralentí unos segundos antes de arrancar y acelerar para alejarse unos metros.

Se le llenó el corazón de horror al ver cómo la cubierta del *Tagcat Too* se sumergía, y desaparecía. Cuando el mástil se hundió elegantemente, le recordó la apacible dignidad de la torre de emisión en lo alto del World Trade Center. De nuevo volvió a sentir la profunda e infinitamente oscura pérdida que la había sobrecogido el 11 de septiembre, y se instaló tenebrosamente en su corazón con un irresistible y enervante peso que la dejó clavada, inmóvil en su asiento. Al fin, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos mientras los instrumentos y la antena, en lo más alto del mástil, se hundieron y desaparecieron de su vista para siempre. Se quedó mirando las aguas en aquel punto un buen rato. Los tanques de diesel derramaron el líquido que salía del *Tagcat Too y* se extendió por el agua, formando arco iris oscuros que se reflejaban con las luces que brillaban en la distancia. Cuando estuvo segura de que recordaría aquella escena el resto de su vida, volvió el rostro hacia las luces del puerto de Scheveningen, encaró hacia allí el bote neumático hinchable y puso el fuera bordo a toda velocidad.

Capítulo 34

Los marineros de agua dulce creen que el mar huele a algo. Visitan un puerto o recorren la playa y opinan que el mar tiene un olor característico a pescado y yodo.

«Éste es el olor del mar» se dicen unos a otros e inspiran profundamente.

Lara Blackwood sabía que el mar no olía a nada, que los olores del litoral que asaltan los olfatos de los marineros de agua dulce no provienen del mar, sino de la simple descomposición de las algas y la vida marina, todo mezclado y vaporizado por el constante vaivén de las olas.

El mar no se puede oler pero, seguramente, sí se puede oler la tierra, pensó mientras se apoyaba en las paredes toscamente pintadas de los servicios y las duchas públicas del puerto deportivo de Scheveningen. Inspiró profundamente por la nariz, como un experto catador de vinos. En el aire del puerto captó rastros de diesel y gasolina, algas podridas bajo los embarcaderos, ráfagas de petróleo quemado en las calderas de los grandes barcos en el puerto exterior, el olor penetrante del desinfectante de los servicios, los olores suaves y redondos de las pastillas de jabón de las duchas; de los ruidosos extractores del bar cercano y del restaurante llenos de navegantes de paso y de residentes, llegaban expulsados el apestoso humo viciado del tabaco consumido y los vapores de grasa de una gran freidora.

Los sonidos de la gente, hablando en seis idiomas, pasándoselo bien un viernes por la noche, viajaban empujados por el viento a través de los muelles, cuya iluminación se derramaba extendiéndose por el agua y se arremolinaba con las suaves olas de un bote neumático que pasaba por allí.

Nadie le prestó especial atención mientras entraba navegando hacia el puerto, ni tampoco cuando se dirigió al gran Woorhaven, dentro del Eerste Binnenhaven, el primer puerto interior donde los grandes barcos estaban fondeados y a través del estrecho canal, en el Tweede Binnenhaven, donde estaban las pequeñas embarcaciones del puerto marítimo. Todo tipo de pequeñas embarcaciones, desde las hinchables como la suya, a los barcos más grandes de los prácticos y los navíos de trabajo, surcaban sus aguas a todas horas. No había aduana ni control de pasaportes porque la gente no llega de países extranjeros en botes neumáticos. El suyo había sido sólo uno

entre muchos de los que estaban amarrados en los muelles de invitados cerca del bar y el restaurante del puerto deportivo.

Lara dejó escapar un profundo suspiro y cerró los ojos un momento mientras batallaba contra la fatiga que retumbaba en ella, como una avalancha que se oía en la distancia. La amenaza inmediata había desaparecido, los vestigios de la última anfetamina también. Sólo quedaba encontrar un lugar seguro donde dormir, descansar, reponer fuerzas.

Abrió los ojos y bajó la vista hacia la bolsa de supervivencia: era todo lo que le quedaba de su vida anterior. En aquel instante, Lara sintió una gran tristeza que se le clavó en el corazón como si lo atravesasen con huesos rotos. El *Tagcat Too* descansaba ahora en el fondo del Mar del Norte junto con los premios, las medallas Olímpicas y las fotos de su padre. Todo lo que podía recordarle su pasado lo guardaba a bordo del *Tagcat Too,* y ahora estaba en lo más profundo del mar, enterrado bajo las olas.

Escuchó el sonido de un chasquido metálico y se dio la vuelta justo a tiempo de ver que se abría la puerta de los servicios y las duchas de mujeres. Por un momento, la mujer quedó iluminada a contraluz por los fluorescentes del interior, luego la puerta se cerró. Lara recogió su bolsa y entró. Se duchó, disfrutando del agua caliente, se quitó de encima el humo, el sudor y la mugre. Mientras dejaba que el agua cayese sobre los músculos de sus hombros, su mente empezó a pensar de nuevo en cuáles eran los siguientes pasos que debía dar. Tenía que evitar que Kurata matase de nuevo, pero ¿cómo? ¿Y cómo sobreviviría lo suficiente para responder a esa pregunta? Ismail estaba muerto. Y también lo estaba Peter Durant y los doctores de Tokio. Lo más seguro era que Kurata rastreara sus pasos. En algún momento se daría cuenta de que estaba viva y saldría a cazarla. Sabía que era vital cambiar de aspecto antes de que nadie la viese.

En alguna parte había leído que la mayoría de veces que alguien intentaba disfrazarse con bigotes postizos, pelucas y maquillajes extremos, no se conseguía engañar a nadie porque se veía el engaño. Recordó haber leído que el objetivo debía ser la alteración y no el disfraz; que tenía que hacerse con ropas y productos que la gente llevaba y usaba de forma cotidiana.

Hizo un esfuerzo por recordar las numerosas descripciones que habían hecho de ella y aparecido en los periódicos, las revistas y la televisión. A

medida que las recordaba, se dio cuenta de que la definían en términos de su fuerza, altura, ojos y pechos.

Salió de la ducha y se pasó los dedos por el pelo húmedo mientras se miraba al espejo. Al menos en los Países Bajos su altura no sobresaldría y su fuerza no era algo que se pudiese ver si estaba vestida. Y sin pendientes. Los periodistas habían escrito reportajes sobre su colección. Kurata seguramente lo sabía y también las personas que la buscasen.

Lara se miró con más atención en el espejo, luego se puso manos a la obra. Cuando salió del servicio, no quedaba ni rastro de sus pechos; había sacado una banda elástica del botiquín y se los había vendado bien aplastados. Se cortó el pelo muy corto y lo escondió por completo bajo una gorra Nike de béisbol; incluso en un lugar bien iluminado, podría seguir con la gorra puesta y la visera baja para ocultar sus increíbles ojos. Vestía una sudadera azul marino oscuro lisa sobre unos Levi's gastados y llevaba puestas unas botas de agua.

Cuando salió afuera metió su impermeable en un cubo de basura. Estaba marcado con su nombre y con el del *Tagcat Too.* Seguro que pronto lo descubrirían, pero era mejor que nadie se fijase que lo llevaba puesto. A continuación dejó la bolsa en la agostada lancha y se alejó del muelle de invitados, bien iluminado, hacia las más profundas sombras, donde sacó el bidón de fuel y lo colocó sobre el *riprap* de hormigón. Ahora era una embarcación de flotación casi vacía. Sacó entonces una navaja suiza de su bolsillo y la clavó en los cuatro compartimentos hinchables de aire y vio cómo la robusta y pequeña embarcación se hundía junto con el más seguro fuera bordo que había tenido. Al fin recogió la lata anónima de combustible y la bolsa y se dirigió por el sendero de piedra hacia una acera donde dejó la lata.

Hacía años que no visitaba el puerto, pero recordaba que había una línea de autobús justo al salir del puerto deportivo que la llevaría a La Haya, y a la estación central de ferrocarril. Desde allí, podría coger el tren a Ámsterdam.

Capítulo 35

La estación central de Ámsterdam olía a cemento húmedo y a ozono cuando Lara Blackwood entró en el andén, pasada la media noche, el sábado por la madrugada. Permaneció allí un momento mientras un grupo

de adolescentes pasaba por su lado, charlando en voz alta con los sonoros sonidos guturales del neerlandés.

Dos carriles más allá, un tren con destino a París y Roma se alejaba con lentitud, dejando tras de sí una lluvia de chispas cuando sus tres motores alzaron sus brazos pantógrafos e hicieron contacto con los cables de alta tensión que pasaban encima de él.

Lara tosió y miró a su alrededor; una ráfaga de viento húmedo que transportaba motas de llovizna entraba por el extremo abierto de la inmensa cúpula semicilíndrica, y depositaba el polvo en el andén con suavidad. Del restaurante se escapaba el aroma de café; un hombre salió del servicio público, aún subiéndose la cremallera del pantalón. Lara intentó contener el escalofrío que recorrió su helada espina dorsal, mientras se colgaba la bolsa al hombro y continuaba caminando; pasó junto a los carritos con los radios de las ruedas de metal y bajó un corto tramo de escaleras hacia el túnel de pasajeros que estaba debajo y daba acceso a todas las vías.

A medida que subía la ligera pendiente que llevaba al área de la terminal principal, cada vez había más gente. Ya había estado en la Estación Central de Ámsterdam muchas otras veces, y la atravesaba con tanta seguridad como un nativo, mezclándose entre la multitud.

La aglomeración disminuyó cuando entró en el vestíbulo principal de la estación; al frente, las luces de Damrak brillaban a través de las puertas principales. Cuando pasó por el quiosco de periódicos que estaba delante de la entrada, algo muy familiar captó su atención: su propio rostro.

–¡Oh! – dijo en voz baja para sí, y se detuvo.

Algo parecido a pasos helados recorrió su esternón cuando vio una antigua foto publicitaria suya en la portada del *Het Parool.* Debajo había una foto del *Tagcat Too.* Leer neerlandés nunca había sido su fuerte, pero pudo descifrar lo suficiente para entender que hablaba de su presunta muerte y de algo igualmente preocupante, que era sospechosa de tramar un complot para vender armas biológicas secretas a países terroristas. El trato se había ido al traste, según el artículo, y había asesinado a Peter Durant. A ella le resultaba increíble, pero después del período subsiguiente a tanto robo y mentiras entre iconos de empresas estadounidenses y de las tramas retorcidas y diabólicas de terroristas y otros lunáticos, supuso que el público ahora estaría dispuesto a aceptar incluso las más absurdas situaciones como

verdades, simplemente porque lo increíble ya había pasado demasiadas veces.

Los fríos pasos en su corazón se movieron más lentamente ahora, aplastando un vacío terror en su vientre. Lara miró la caseta de la cajera donde una joven de piel oscura, de Indonesia tal vez, estaba concentrada en una pequeña pantalla de televisión, mirando un vídeo musical. Sus labios se movían silenciosamente, sin pronunciar palabras. Sin llamar la atención de la vendedora, Lara se dirigió tranquilamente hacia las puertas principales de la estación. En el exterior, una fina bruma se arremolinó a su alrededor bajo las luces anaranjadas de las calles mientras atravesaba la Stationsplein, cruzaba el ancho puente sobre el canal Haven y se dirigía a los semáforos en la Prins Hendrikkade.

El semáforo cambió y continuó hacia el lado este del Damrak; dejó atrás un stand de información turística que estaba cerrado de noche y un reloj sobre una falange de botes para turistas, con la parte superior de cristal, que se mecían suavemente entre la oscuridad de la madrugada. A su derecha pasó traqueteando un tranvía con la barra colectora de alimentación chispeando por los cables que colgaban por encima. A la altura del edificio de la Bolsa, giró a la izquierda y se alejó de la calle brillantemente iluminada que una señal junto a un alto edificio de ladrillo identificaba como el Damrak. Enfrente vio un oscuro laberinto de estrechos callejones pobremente iluminados por las luces destellantes de las tiendas de artículos porno.

Lara avanzó por la Oude Brugsteeg, dejó atrás tiendas con brillantes luces multicolores y escaparates llenos de grandes penes de plástico, todo tipo de accesorios y fotografías morbosas que mostraban gráficamente y a todo color más posturas ginecológica y urológicamente correctas que el *Kama Sutra*. Llegó a la Warmoesstraat donde la Oude Brugsteed torcía a la izquierda y se convertía en Lange Niezel. Sus pasos resonaron con fuerza en el estrecho callejón rodeado de ásperas paredes de ladrillo. Cruzó la Oudezijds Voorburgwal y, finalmente, llegó a la Oudezijds Acherburgwal donde giró a la derecha, dejando atrás la marquesina de un pequeño cine gay que proyectaba *Teddy's Rough Riders* y *The Crisco Kid. A* menos de media manzana llegó a una alta pared de ladrillo sin ventanas, pintada de blanco, y que destacaba entre las paredes que había a cada lado. Una sencilla puerta de color negro estaba en medio de la pared pintada de

blanco, flanqueada por dos lámparas de gas con el cristal y la estructura estilo *carriage,* pasado de moda. La lente rodeada de latón de una mirilla apuntaba al exterior, a la altura de los ojos de Lara; se podía ver luz tras ella. A la derecha había una placa de latón pulido del tamaño de una tarjeta en el marco de la puerta, justo encima de un timbre iluminado. La placa de latón anunciaba así la entrada a Casa Blanca. Lara alzó la vista y entrecerró los ojos para ver los vagos contornos de algo que pudiese ser el trampantojo de una gran casa.

Llamó al timbre. Al cabo de un momento, la mirilla se oscureció, unas luces eléctricas parpadearon sobre la puerta un momento y, seguidamente, el ruido de un cerrojo fue seguido por el chasquido de un pasador bien engrasado. La puerta se abrió y dejó ver a un hombre muy alto, esbelto, de piel oscura con cejas gruesas, un bigote tipo Zapata y una estructura facial mexicana que provenía de una combinación de genes indios y europeos. El hombre tenía los ojos negros e iba vestido también todo de negro: camisa de seda, pantalones anchos, zapatillas. Llevaba la camisa abierta hasta el ombligo, dejando al descubierto un torso depilado -electrólisis, pensó Lara- cubierto de cadenas de oro que le colgaban hasta el estómago, liso y musculoso. Era un palmo más alto que Lara. Santiago Rodríguez. Su ex director general.

–¿En qué puedo ayudarla? – dijo el hombre formalmente. La mirada de su rostro claramente decía que no le gustaba lo que veía en el umbral de su puerta: una mujer ajada, arrugada, con el rostro oculto por una gorra de béisbol.

–Vengo a comprobar mi inversión.

El hombre alto frunció el ceño al escuchar las palabras, como alguien que intenta situar un recuerdo en su mente. Lara observó cómo el amplio rostro del hombre cubría todo el espectro de gestos: desde la confusión al shock, al reconocimiento y la alegría.

–¡Amiga! El hombre abrió los brazos de par en par y dio un paso hacia delante. Abrazó a Lara y la alzó del suelo.

–Pensaba que habías muerto; pensaba que habías muerto -le dio un fuerte abrazo y luego retrocedió.

–Bien, no te quedes ahí, entra. ¡Entra! – y recogió su bolsa.

Lara siguió al hombre alto al interior de una elegante sala revestida de alfombras azul pizarra y una colección de antigüedades, que iban desde

Bergere y sillas *cabriolet,* a un *confidente* poco corriente. Pinturas al óleo ornadas con dorados marcos tallados cubrían las paredes; también había esculturas adornando la sala, inclusive un mármol que reconoció: *El esclavo rebelde,* de Miguel Ángel. Rodríguez se dio cuenta de que ella se quedaba con la boca abierta.

–Es una copia muy buena -dijo Rodríguez-. He realizado unos pequeños retoques en la decoración desde la última vez que estuviste aquí. Observó cómo Lara recorría la sala y se dirigía a un mostrador discretamente arrinconado en la esquina más alejada de la habitación, detrás del cual había un organizador de llaves y ranuras para el correo.

–Y alguna ampliación, ya ves. Veintitrés habitaciones de huéspedes todas equipadas con antigüedades o reproducciones tan fieles que podrían venderse como originales a los más exigentes y entendidos compradores -Rodríguez sonrió-. Ven aquí.

Se dirigió hacia un sillón orejero de piel, pespunteado con tachuelas redondas de latón. Iba a tomarme un vaso de un buen oporto seco antes de abrirte la puerta. Lara vio una mesita auxiliar con una licorera de cristal tallado al lado de un vaso de jerez. Rodríguez dejó la bolsa junto a la pared, detrás de un sillón orejero idéntico, luego se dirigió a una *Reina Ana* de caoba, abrió las puertas de cristal y sacó otro vaso de jerez.

Lara fue al sillón y se dejó caer en él.

–Eso está mejor. Rodríguez llenó los vasos con el licor de la licorera.

Sentados, alzaron sus vasos.

–A tu salud -brindó Rodríguez.

Hicieron chocar los vasos.

–Y a la tuya -dijo Lara.

Bebieron. Al cabo de un momento, Rodríguez habló con la voz cargada de preocupación.

–Y bien. ¿Cómo estás?

–Cansada. Contenta de estar viva, supongo.

Rodríguez asintió con la cabeza.

–Leí el periódico. Me preguntaba cuánto tardarías en llegar hasta aquí.

–Tengo suerte de estar aquí. Él asintió lentamente.

–Ha venido gente a llamar a mi puerta, buscándote.

Hizo una pausa. Lara sintió que se le aceleraba el corazón.

–Algunos eran policías -continuó Rodríguez-. Pero actuaban con discreción, como si no se tratase de un asunto oficial.

–¿Cómo lo sabes?

El hombre sonrió.

–Bueno, ya sabes que en mi negocio conozco a muchos policías…, y a mujeres, tanto como clientes como funcionarios.

–No creo que mi inversión aquí…, o nuestra amistad sea ningún secreto.

–Es cierto, es cierto.

Después de otro trago, él dijo:

–Esperaba a la policía. Pero luego vinieron los otros. Primero, un alemán alto de rostro anguloso y ojos fríos. Luego, a altas horas de la noche, la visita más curiosa de todas, un anciano -hizo una pausa-. Realmente, me dio la impresión de que estaba realmente preocupado por ti. Cuando marchó, dijo algo verdaderamente extraño.

–¿Qué dijo?

–El anciano me dijo: «Si la ve, por favor, dígale que hay otros que también buscan la verdad».

–¿Sólo dijo eso? Rodríguez asintió con la cabeza.

–Y dejó una dirección de correo electrónico. Una de esas direcciones anónimas. Buscó dentro del bolsillo de su camisa y sacó una hoja grande autoadhesiva y se la dio.

–Dijo que si querías hablar con él, le enviases un correo electrónico y le comunicases una forma de poneros en contacto.

Lara se estremeció.

–Todo esto es un poco espeluznante.

-Ajá**.** Y creo que había algo que me resultaba vagamente familiar en él. Pondría la mano en el fuego.

Lara movió la cabeza despacio y colocó el vaso sobre la mesa. Esto es muy raro -hizo una pausa-. Estoy tan cansada, no tengo ni idea de lo que puede estar pasando aquí.

–¿Mataste al hombre de Washington que el periódico dijo que habías matado?

–¿Qué? ¡Claro que no! ¡Por supuesto que no!

–¿Y has vendido armas biológicas secretas a células terroristas?

–¡No! ¡Me conoces demasiado bien para creer todo eso! Rodríguez sonrió.

–Sí, te conozco bien, pero da la impresión de que personas situadas en altos cargos quieren que el resto del mundo piense diferente. Lo suficientemente diferente para que utilicen todos los cuerpos de seguridad de que disponen para darte caza.

Hizo una pausa y dejó que el silencio acentuase su prudencia. Entonces preguntó:

–¿Qué sabes que ellos no quieren que se lo cuentes al mundo?

Cansinamente, Lara se apoyó en el sillón. Las palabras empezaron a brotar y empezó con su abrupto desahucio de GenIntron. Se sintió mejor al hablar; el peso que oprimía su pecho parecía desaparecer mientras describía la llamada telefónica desde Tokio, las extrañas conversaciones con Kurata, el presidente, Ismail Brahimi y Peter Durant. Luego le explicó la violencia, las muertes, el descubrimiento de lo que creía que Daiwa Ichiban planeaba hacer y luego el terrible y agotador viaje que terminó con la pérdida de otro navío.

A continuación, una expresión de horror se dibujó en su rostro.

–¡Dios mío! Se inclinó hacia delante. ¡Soy una estúpida al venir aquí! Este lugar es demasiado obvio para venir a buscarme. Te he puesto en peligro -movió la cabeza apesadumbrada.

–Hay una razón para que no haya ventanas en la planta baja de mi hotel y que las dos únicas entradas sean de chapa de madera sobre acero.

Lara alzó las cejas.

–Incluso en un país como los Países Bajos hay personas que harían daño a los gays que hacen lo que hacen en las habitaciones que les alquilo. Hemos tenido bombas incendiarias, bombas caseras, individuos desequilibrados con cuchillos y barras de hierro.

Dejó el vaso y se puso en pie.

–Ven -dijo mientras se dirigía al mostrador de las llaves y se colocaba tras él. Lara le siguió.

–Mira -señaló un panel con seis pequeñas pantallas, cada una mostraba una imagen del exterior de un circuito cerrado de cámaras de televisión-. Tengo un buen sistema de vigilancia, puertas y paredes sólidas y -señaló un botón rojo al lado de las pantallas de las cámaras-, un botón de alarma que suena en la comisaría de policía en la Warmoesstraat, tan sólo a un par de manzanas.

Lara movió la cabeza con lentitud.

–Nunca en mis más descabellados sueños hubiese pensado que me vería implicada en un embrollo como éste.

Se puso una mano sobre la boca intentando no bostezar sin éxito. Lara se sintió avergonzada cuando su mirada se encontró con la de Rodríguez.

–Desde luego, soy un mal anfitrión -dijo él-. Quiero saberlo todo, pero sólo después de que hayas dormido lo suficiente para recordarlo con claridad.

–Gracias -dijo Lara y bostezó profundamente.

Rodríguez recogió una brillante leontina del organizador de llaves.

–Sígueme -fue hasta la bolsa, la alzó y se dirigió a un tramo de escaleras estrechas y empinadas. Lara lo siguió de cerca.

–Me queda una habitación libre -dijo él, hablando con la cabeza vuelta hacia ella. Encontrarás la decoración un poco chillona pero, como bien sabes, muchos de mis clientes la encuentran…, estimulante.

Desapareció tras un recodo y Lara corrió para alcanzarle. En el cuarto piso, Rodríguez se detuvo en el rellano y señaló la puerta del pasillo abierta para ella.

–La 410 -dijo alargándole la llave.

Lara se dirigió hacia la puerta. Cuando encendió las luces, le dio la impresión de que la habitación le saltase encima; los suelos y las paredes de mármol gris y negro absorbían la iluminación de las luces halógenas de diseño italiano que colgaban del techo. El resto de la habitación estaba completamente decorada con cromo y piel negra. Había un sillón *Bauhaus* y mesas que parecían sillas de dentista o tal vez camillas para exámenes ginecológicos, minipersianas de cromo y cortinas negras de ante. Repartidos por la espaciosa habitación, había marcos de brillante cromo que guardaban un ligero parecido y recordaban las máquinas de ejercicio *Nautilus.* Había tiras de cuero negro acolchadas, con hebillas, para las muñecas o los tobillos unidas a cuerdas negras de nylon que pasaban por poleas y plataformas.

Lara se fijó en que las poleas, a su vez, estaban unidas a argollas que les permitían trasladarse de un lugar a otro de la habitación, de un punto de sujeción a otro. En el centro de la habitación, la cama destacaba como un escenario con un inspirado dosel, formado sólo por tubos de cromo brillante, generosamente festoneados con anillas en forma de «D».

En conjunto guardaba bastante parecido con un navío, excepto en las líneas y las plataformas que en aquella estancia estaban diseñadas para izar personas en lugar de velas.

–¡Guau! – exclamó Lara en voz baja, mientras se inclinaba hacia atrás y se veía reflejada en el espejo que cubría toda la habitación.

Miró todo el cuarto mientras Rodríguez la observaba con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Sin decir nada más, entraron en la habitación y cerraron la puerta. Lara fue hasta el cuarto de baño, que estaba casi al lado de la puerta, sacó la cabeza para mirar adentro y se sintió aliviada al ver que, aparte de una gran bañera jacuzzi, el baño gris, negro y cromo era funcional, prosaico y no estaba diseñado para otra cosa que no fuese sus funciones normales.

A continuación se dirigió hacia un ramo de doce delicadas rosas de piel negra con tallos, hojas y espinas de cromo brillante. Descansaban en un gran jarrón de cristal tallado, que lanzaba destellos irisados al reflejarse la luz halógena en él. El jarrón estaba lleno de lo que parecía ser mercurio cubierto por una fina capa de aceite mineral; los tallos de las rosas formaban hoyos en la superficie del mercurio; una única hoja de cromo flotaba en la superficie del mercurio.

Rodríguez captó la muda pregunta que planteaba el examen de las rosas.

–Es de un famoso artista alemán que, regularmente, reserva esta habitación -dijo Rodríguez-. Me han dicho que vale una fortuna, y sí, es mercurio de verdad, pero el aceite mineral evita que se escape algún vapor perjudicial.

–Fascinante -expresó Lara.

Se dio la vuelta y se quedó con la boca abierta cuando vio una extraña colección de lo que parecían estatuillas en el extremo más apartado de la habitación. Objetos piramidalmente fálicos, la mayoría de ellos de unos dos pies de alto, como las barreras para el tráfico que había visto alineadas en las aceras para que los coches no aparquen donde no deben. Forraban toda la pared, desde un armario con puerta de persiana hasta una puerta francesa doble situada en la pared de enfrente.

–Éstos también son nuevos. Lo que ves es la colección más completa de *Amsterdamjes*, pequeños amsterdameses, reales y *kitsch*, los funcionales y las imitaciones, los históricos y los contemporáneos -explicó Rodríguez con orgullo.

Dejó la bolsa en un armario para el equipaje. Lara se acercó a los *Amsterdamjes* y vio algunos que parecían muy antiguos, otros nuevos; la mayoría tenían la punta redondeada, pero algunos de ellos, diseños abstractos que tal vez alguien se atrevería a llamar arte, pensó ella, tenían un capirote puntiagudo y parecían lo suficientemente afilados para cortar. Con cuidado tocó la punta de uno de éstos con el dedo índice. Todos los diseños estaban marcados con tres «X» dispuestas en vertical.

–Los museos, regularmente, me hacen ofertas para comprarme la colección.

–Debo confesar que es la habitación más sorprendente en la que he estado en mi vida -confesó Lara-. De todos modos, ¿cómo se las apaña la gente para dormir aquí?

Riendo a carcajadas, Rodríguez sujetó una de las muñequeras que había en el pilar de la cama y tiró de una cuerda negra medio metro por su riel.

–No alquilan esta habitación para dormir, no ésta precisamente.

Lara se sonrojó.

–No -dijo en voz baja, mientras sus ojos repasaban las líneas de cromo de la cama-. No creo que lo hagan.

Se dio la vuelta y fue hacia las puertas francesas enmarcadas por más ante negro y observó que se abrían a un pequeño balcón que daba al inclinado tejado del edificio contiguo.

Lara se dio la vuelta.

–Supongo que siempre hay una primera vez. Sonrió al ver que Rodríguez le lanzaba una mirada interrogante.

–¿Primera vez? – preguntó Rodríguez.

–Para dormir. La primera vez que alguien duerma aquí -dijo Lara.

Rodríguez se echó a reír.

Capítulo 36

El sonido de un disparo interrumpió la conversación de Lara con su padre mientras estaban sentados en el *Tagcat Too.* La sensación de estar profundamente en paz era palpable, mientras le enseñaba los cajones en los que guardaba la colección de pendientes. Él sonrió amplia y cálidamente cuando ella le contó que, de toda su colección, los zafiros en forma de estrella de Cachemira eran sus favoritos y que siempre lo serían.

Él desapareció con el primer estallido de un arma de fuego y se llevó al *Tagcat Too* con él. Luego, todo quedó a oscuras, sólo se oían más disparos, gritos, explosiones, improperios, órdenes a voz en grito y chillidos. Una de las voces era la de Rodríguez. Escuchaba voces en neerlandés, alemán e inglés.

Lara se despertó y saltó de la cama de golpe. La pantalla del reloj de la mesilla de noche le decía con sus cifras rojas que sólo eran las cuatro de la madrugada. Sacó el Colt.380 e hizo retroceder la corredera para que entrase una bala en la recámara; con rapidez se abalanzó hacia la puerta para asegurarse de que estaba cerrada. Respirando profunda y entrecortadamente, puso la oreja sobre la puerta un momento. El violento ruido parecía distante, como si estuviese debajo de ella. Arrastró un pesado sillón y lo empujó contra la puerta. A continuación se puso sus Levi's y la ropa que había dejado tirada por el suelo cuando, cansada, se había echado a dormir.

El ruido de la violencia se hacía cada vez más intenso, se acercaba. Lara buscó ansiosamente por la habitación una vía de escape. Sólo había una ventana abierta que daba al inclinado tejado de la cubierta del edificio contiguo. Miró con recelo las tejas húmedas y resbaladizas y, luego, fue rápidamente al baño. Ni siquiera una ventana.

–¡Es terrible! – murmuró, mientras cerraba la cremallera de su bolsa y se la ponía en bandolera, dejando que descansase cómodamente en su cadera izquierda.

Se oían voces que gritaban con fuerza al otro lado de la puerta. Algo golpeó contra el marco, resonando como un cañón. Luego otra vez. La puerta empezó a astillarse. Lara quitó el seguro del Colt, alzó el brazo y disparó un único disparo a la puerta, justo por encima del respaldo del sillón.

Un hombre gritó de dolor. Los golpes cesaron. Detrás de la puerta, resonaron pasos que corrían a toda prisa. Lara se permitió esbozar una sonrisa al escuchar los sordos juramentos y órdenes urgentes. Las órdenes dominantes provenían de una mujer que hablaba en inglés y alemán.

Es extraño, pensó Lara mientras descorría el pestillo de la ventana y abría las dos puertas. De repente, la puerta estalló bajo una lluvia de balas de una automática.

Lara se lanzó por la ventana para escapar del alcance de la ráfaga mortal de las armas de sus atacantes, pero se enfrentó a la deslizante superficie de las inclinadas y bien lubricadas tejas, mojadas por la lluvia del día anterior. Desesperada, buscó dónde aferrarse, con el Cok bien sujeto, repiqueteando contra las tejas delante de ella. Con el débil resplandor que reflejaban las farolas, Lara vio que estaba cerca del canalón y se dio cuenta de que lo arrancaría si no controlaba la velocidad.

¡Allí! una cañería de los tubos de ventilación sobresalía treinta centímetros del tejado.

Pero estaba demasiado lejos. A medida que la tubería se acercaba, Lara intentó ponerse de rodillas para prepararse y acercarse a ella. Sin embargo, todo estaba demasiado resbaladizo.

Vagamente escuchó voces furiosas y excitadas tras ella, por encima. Desesperada, rodó sobre su espalda y alargó las piernas para tocar la tubería. Ahora podía ver la ventana y con calma, casi con indiferencia, como si estuviese fuera de su cuerpo, vio que un montón de personas se inclinaba sobre el alféizar. Lara vio que una mujer alzaba un arma y apuntaba hacia ella. En aquel instante, el hueco de la rodilla extendida de Lara atrapó el canal de ventilación y la hizo balancear dando la vuelta en un violento círculo. Lara escuchó la detonación de un arma por encima, y después sintió que caía sobre ella una lluvia de metralla de terracota cuando la bala arrancó la teja por donde acababa de pasar. Otro disparo; otro más.

Lara alcanzó la tubería, pero la velocidad de su descenso por el inclinado tejado y la humedad hicieron que resbalase y no se pudiese sujetar. Al mismo tiempo también interrumpió su velocidad y le hizo dar una vuelta en redondo, de forma que se deslizara de espaldas con los pies por delante hacia el canalón. Los balazos la perseguían y cada vez estaban más cerca. Cuando sus pies tocaron la tubería, descendió con cuidado, moviéndose despacio hacia un alero que la separaba del alcance de visión de sus atacantes.

Lara descansó unos segundos, respirando agitadamente, y luego probó la resistencia del canalón, que se derrumbó de inmediato, despidiéndola por el tejado otros diez pies hasta aterrizar en lo alto de una escalera metálica de emergencia. Aturdida por la caída, Lara se esforzó por recuperar el aliento, sin éxito. Al fin, la primera bocanada de aire entró en sus pulmones y luego la siguiente. Se incorporó, apoyándose en los codos, sorprendida al

descubrir que donde le dolía más era en el muslo, donde se había golpeado con la maceta de una planta. Se encendieron luces tras la ventana que daba a la escalera de emergencia. Las alteradas voces se oían cada vez más fuerte.

Lara se puso en pie y saltó al suelo con rapidez, aterrizando sobre un montón de cajas y basura del fondo del callejón. En aquel preciso momento, una furgoneta azul dobló por el callejón y derrapó al detenerse. Las puertas se abrieron como si hubiese explotado una granada.

Cuatro hombres enmascarados cubiertos con pasamontañas y vestidos de negro se abalanzaron sobre ella.

–Venga con nosotros -dijo apremiante uno de ellos al abalanzarse sobre ella-. Somos amigos.

–¡No! ¡Alto! ¡Soltadme! – disparó un codo al rostro del hombre y el blando crujido de un hueso roto resonó en la penumbra del callejón. Las piernas del hombre se doblaron y cayó sobre el otro hombre que estaba tras él. Lara echó a correr a toda velocidad pero, segundos después, un gran placaje la derribó al húmedo e irregular pavimento.

Los terribles segundos que siguieron a continuación estuvieron repletos de latidos acelerados, hombres, manos, peso aplastándola, un guante en su boca, la punta de una aguja en la parte trasera de su muslo y después una cálida y confortable oscuridad, la sensación de desvanecerse que siguió a los potentes sedantes cuando le hicieron efecto. Lara sintió el tacto del metal. ¿Esposas? Y, luego, las manos que la sujetaban, manejaban, levantaban, se la llevaban.

Finalmente, se abandonó en el oscuro remolino que la adentró en las fauces de la oscuridad.

Capítulo 37

Voces en el vacío. Palabras sin significado. Sonidos sin contexto. Oscuridad.

Luego, poco a poco, Lara Blackwood sintió que volvía a ser ella misma de nuevo. Recuperaba la conciencia despacio, y con ella el temor y los recuerdos de hombres, uniformes y agujas sumiéndola en sueños narcóticos.

Sintió una suave tela bajo un lado de su cara, olió los olores viciados a humedad y alquitrán de una casa en la que se ha vivido mucho tiempo, las motas de polvo de viejos libros y madera.

Con cada latido de su corazón, las palabras que escuchaba cada vez tenían más sentido, aumentaban en contenido y creaban un contexto hasta que, por fin, pudo distinguir dos voces distintas que hablaban neerlandés. No se dieron cuenta de que podía entenderlos. Las voces parecían amistosas; le habían quitado las ataduras. Sin embargo, lo que era incluso más tranquilizador era la ausencia de los sonidos que hacían todos los edificios de las bulliciosas burocracias, ya sea un hospital o una comisaría. No escuchó ninguno de los constantes ruidos caóticos de fondo, ni teléfonos sonando, ni rumor de pisadas, ni ruido de papeles, ni voces que murmuran, sillas arrastrándose, chasquidos de cajones, puertas al cerrarse, toses o sonido de archivadores.

Por el contrario, sintió una suave brisa que entraba por una ventana abierta y, en la distancia, escuchó voces de niños jugando. Luego, un golpe en la puerta, una voz apagada que hablaba en neerlandés al otro lado, preguntando si podía entrar. A su lado, otra voz, también en neerlandés, dio su consentimiento. El pomo de la puerta resonó, los goznes chirriaron, una voz preocupada habló en inglés.

–¿Cómo está?

–Está -repuso un anciano.

«Un anciano… Me dio la impresión de que estaba realmente preocupado por ti.»

Tras la penumbra de sus párpados cerrados, recordó la descripción de su amigo.

«Cuando marchó, dijo algo verdaderamente extraño… El anciano me dijo: "Si la ve, por favor, dígale que hay otros que también buscan la verdad".»

El corazón de Lara se aceleró, pero frenó su primer impulso de abrir los ojos y levantarse. Permaneció quieta, como si aún durmiese, oculta tras sus párpados rosados, intentando asimilar lo máximo posible antes de decidir cómo actuar. Estaba acostada sobre su lado derecho, de cara a la conversación.

Al final, Lara abrió los ojos y habló:

–¿Es usted el hombre que también busca la verdad? – Arrastraba las palabras al hablar, tenía la lengua seca e hinchada.

–¡Ah! La bella durmiente se ha despertado.

–¡Cielos! – Lara exclamó cuando sus ojos enfocaron una cara que le resultó algo familiar, de un anciano sin embargo lleno de energía.

–Usted…, ¿no es usted Jan DeGroot? – preguntó.

–El mismo -la saludó con una inclinación propia del Viejo Continente.

–Profesor…, profesor emérito en la Universidad de Leiden -dijo ella vagamente-. Usted fue jefe de investigación de Eurodrug.

–Soy culpable de todo lo que me acuse -sonrió el hombre-. Y éste -señaló al otro neerlandés, un hombre maduro pero mucho más joven que DeGroot-, es Richard Falk, el segundo al mando de las fuerzas armadas neerlandesas y fundador, junto con un servidor, y varias personas más, de *Shinrai.*

-¿Shinrai?

–Es el término japonés para nombrar la verdad. Somos una red de gente establecida por todo el mundo, que cuenta inclusive con muchos japoneses que quisieran ver que concluye la situación a la que usted se ha visto arrastrada -dijo Falk.

–¿La situación?

DeGroot empezó su relato:

–Durante cincuenta años, políticos y escritores se han concentrado en los horrores de la Alemania nazi, contando historias sobre Odessa y tramas para crear un cuarto Reich, ¡perros de paja! – resopló con fuerza-. Tal vez sus esfuerzos y, ciertamente, la admisión de culpa por parte de los alemanes, los llantos judíos de «Nunca más» y la continua presión contra el auge del neofascismo, ha servido para mantener el demonio ario bajo control. Sin embargo, a su vez, esta concentración en Alemania ha desviado la atención de la gente del holocausto japonés y de las atrocidades médicas que se llevaron a cabo, su racismo exacerbado, el sentido de superioridad y del destino wagneriano que aún está vivo en Japón hoy.

Lara escuchó que el anciano inspiraba profundamente. Parecía que al neerlandés le costase más hablar a medida que el tema en cuestión se hacía más emocional y más intenso.

–Verá -continuó DeGroot, con la voz más calmada ahora-, excepto nuestros aliados japoneses, la mayoría de miembros de *Shinrai* sufrieron a manos de los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Los japoneses mataron a millones de personas inocentes y a otros, como nosotros, a los que no mataron, los mutilaron física y emocionalmente. No hay nada que

quede grabado de forma más permanente en la memoria que ver a nuestros seres queridos, a nuestros camaradas de armas, ser torturados, desmembrados, destripados, defenestrados, desangrados, disecados vivos y delante de nuestros ojos.

–Tal vez sería correcto que nos llamasen fanáticos -continuó DeGroot-. Aunque muchos de nosotros hemos vivido aparentemente vidas normales y algunos de nosotros hayamos alcanzado un substancial reconocimiento en nuestras carreras, no hay nada más importante en nuestras vidas que conseguir aunque fuera el 1% de la justicia que los japoneses nos han denegado a nosotros y al mundo.

–Hemos estado trabajando durante medio siglo para llevar a los arrogantes japoneses al mismo punto de contrición que Alemania aceptó hace más de medio siglo.

Hizo una pausa y en voz más baja añadió:

–Los viejos consideran que aquellos que olvidan la historia están condenados a repetirla, y en este caso es cierto y, además, doloroso; los japoneses nunca han sido castigados, nunca han sido obligados a enfrentarse a sus odiosos actos, nunca han aceptado su responsabilidad. A menos que lo hagan, lo repetirán de nuevo y el mundo volverá a ser un lugar horrible por esa causa.

–Tan sólo eres la última víctima y tal vez puedas ayudarnos a evitar que haya ninguna más -dijo Falk.

El vestíbulo del hotel Casa Blanca olía a colillas, café rancio y temor reciente. Sentado erguido en el borde de un sofá con brocados de oro, el agente de policía Joost Van Dyke entrecerraba los ojos, para que no le cayesen las lágrimas que bañaban su rostro y que le escocían a causa del humo de los cigarrillos que la mujer fumaba sin interrupción. Había tenido la mala suerte de ser el primer policía en responder a la llamada de emergencia por los disparos en la Oude Zijds Acherburgwal. Se encontró delante de la puerta principal del moderno hotel y casa de entretenimiento gay, demolido por lo que parecían ser explosivos preparados por profesionales y, al entrar, con una carnicería. El propietario estaba muerto, así como los dos huéspedes que, imprudentemente, abrieron sus puertas para ver qué era aquel revuelo. Encontraron tres cadáveres más. En el piso superior, el cadáver de un delincuente habitual de Irlanda del Norte, que

solía estar bajo condicional y que parecía que había disparado el arma demasiadas veces.

La oscuridad se había llenado de detectives, ambulancias, furgones de la morgue y un flujo continuo de oficiales de policía de las comisarías, cada vez de rango superior, todos formulándole las mismas preguntas mientras el alba daba paso al amanecer, y el amanecer avanzaba hacia el mediodía.

Luego llegó aquella mujer que le recordó a una cobra que una vez había visto en el zoo. Era una mujer formidable: alta, rubia, con un rostro que tenía la belleza letal de una cobra y una voz que te atravesaba hasta la médula de los huesos. Llegó al hotel acompañada por su oficial superior al mando, que le había llevado hasta allí.

La mujer estaba cerca del sofá donde Van Dyke estaba sentado solo.

–Muy bien -dijo ella, echando humo con cada sílaba-. Vamos a repasarlo otra vez más.

Van Dyke lanzó una mirada de súplica a su oficial superior para rogarle que hiciese algo con aquella víbora, que por favor le dejase marchar. El jefe de Van Dyke sacudió la cabeza de forma imperceptible. Ella estaba allí formando parte de un pequeño pero silencioso coro griego que estaba junto al jefe de toda la policía de Ámsterdam, el enlace diplomático de la oficina del alcalde y el número dos de la embajada de Estados Unidos. Una petición personal del presidente estadounidense para que se le dispensase a la víbora todas las atenciones, que había hecho que pasase rápidamente por todas las vías diplomáticas y había caído como una tonelada de adoquines sobre la cabeza de Van Dyke. La continuación o el desenlace de su prometedora carrera dependían de la calidad de sus respuestas. Van Dyke asintió a su oficial, intentó inspirar profundamente y se encontró de nuevo contra una barrera de humo de tabaco. La mujer puso los ojos en blanco mientras tomaba un sorbo de agua de un vaso de plástico.

–Lo siento -Van Dyke carraspeó y consultó otra vez sus notas.

–Como ya he dicho, observé que cinco personas salían de este negocio desde el momento que llamé a la central hasta que llegaron los efectivos.

Sheila lo miró en silencio.

–Todos eran hombres que iban desnudos o parcialmente vestidos.

Ella asintió con la cabeza. Aún en silencio, aún esperando. ¿Preparada para picar? Se preguntó el agente.

Tras él y en lo alto de las escaleras, escuchó el ruido que hacían los detectives y los técnicos del laboratorio forense al registrar el hotel en busca de pruebas.

Otra vez explicó lo que había encontrado: además de los cuerpos, los equipos habían encontrado una.380 automática en el suelo, en la parte trasera de una casa adyacente al canal, y un único casquillo de bala de la.380 en el suelo de la habitación 410. También pelo en la almohada de la habitación 410 y, en el callejón, un solo pendiente con uno de los zafiros en forma de estrella más sorprendentes que ninguno de ellos hubiera visto, incluyendo al viejo Wilhem de la estación, que estuvo destacado en la India y era experto en zafiros. También había huellas de pisadas frescas y marcas de neumáticos en el callejón. Habían conseguido muestras de las huellas de pisadas y las dactilares de la habitación 410 y la llave. Estaban a la espera de recibir un expediente con todos los datos del FBI para comprobar si alguna de las huellas concordaba con las de la fugitiva norteamericana, Lara Blackwood.

–Sí, sí, esto ya lo he escuchado antes. Movió su ya menguado cigarrillo, esparciendo el hedor por la habitación que se pegaba como el furgón de miel de un granjero.

–Quiero saber qué es lo que vio. Gente, vehículos, todo lo que estaba fuera de lugar a aquella hora de la mañana.

Con un gesto inútil, el agente de policía consultó sus notas; no había nada escrito sobre lo que le preguntaba. Movió la cabeza con la sensación de que, tal vez, aquello sería el funeral de su carrera. ¡Luego le vino a la cabeza algo que no había recordado con anterioridad!

–Una furgoneta -dijo vivamente.

–¿Recuerda el color?

Van Dyke movió negativamente la cabeza.

–Oscuro -se excusó.

Cerró los ojos e intentó visualizar el vehículo.

–Lo conducía un anciano. Era alguien que me resultó vagamente familiar -dijo Van Dyke al fin. El policía miró a la mujer-. Pero, a partir de cierta edad, muchos ancianos se parecen.

–Gracias, agente, por esta última y perspicaz observación -dijo Sheila mordaz-. Puede marcharse.

Van Dyke miró a su jefe con aire vacilante. Ella asintió con la cabeza y dio su consentimiento. Van Dyke salió a toda prisa al exterior, donde inspiró ávidamente grandes bocanadas de aire no contaminado por el vapor tóxico del tabaco quemado que contaminaba el hotel.

Mientras el agente estaba en la puerta, dos de los técnicos forenses que habían registrado antes el lugar y los servicios salieron de la furgoneta de la unidad móvil en la escena del crimen y se dirigieron al hotel.

Sheila Gaillard se desperezó, perfectamente consciente de los efectos que sus firmes y bien contorneados pechos causaban en los hombres que estaban a su alrededor; todos ellos intentaron sin éxito apartar la vista. Su mirada se cruzó con la del alcalde de Ámsterdam y le dedicó una ligera e insinuante sonrisa. Puede serme útil, pensó.

En aquel momento, dos hombres uniformados, vestidos de blanco, se aproximaron al reservado.

–Disculpen pero nos ordenaron que contactásemos con ustedes cuando tuviésemos los resultados preliminares -dijo uno de los uniformados.

Sheila se dio la vuelta.

–¿Sí?

–Las huellas digitales de la sospechosa concuerdan con las más recientes que hemos encontrado en la habitación, en la llave, el alféizar, la escalera de emergencia y el Colt.380 que encontramos en el callejón.

Un murmullo recorrió la habitación. Al fin, el alcalde preguntó a Sheila:

–Comprendo que Daiwa Ichiban la envíe a usted, miembro de su personal de seguridad, para que nos ayude a seguir la pista de alguno de su compañía que ha cometido esos crímenes odiosos, después de todo usted tiene acceso a las personas que la conocen mejor. Pero quisiera preguntarle si tiene alguna idea…, alguna idea al fin y al cabo, de lo que ha podido provocar que alguien con tanto talento y tan brillante como Lara Blackwood cambie tanto de repente y se convierta en una criminal. Al fin y al cabo, la recuerdo bien cuando la conocí antes de su competición olímpica…, participó en muchas regatas aquí y yo personalmente la condecoré-. Su voz sonaba triste, reacio a creer.

Gaillard movió la cabeza y disimuló la alegría que sintió al ver que ellos habían caído en la trama de la historia que había urdido.

–Tal vez se trate de un problema médico -dijo Sheila generosamente-. ¿Tal vez una lesión cerebral? – Movió la cabeza de un lado a otro,

lentamente, con burlona tristeza-. Nunca se sabe.

El alcalde asintió con la cabeza.

Sheila se dirigió al jefe de policía de Ámsterdam y le dijo:

–A la luz de este reciente incidente, ¿sería posible que usted emitiese el bosquejo de un retrato robot y un informe de caza y captura?

El policía asintió y luego se levantó.

–¿Sólo para la policía o también para los medios de comunicación?

–Para todo el mundo -dijo Sheila-. Así no habrá un lugar en el mundo donde pueda esconderse.

Capítulo 38

Lara estaba sentada en una mesa de cristal y cromo en un extremo de una inmaculada cocina revestida de baldosas blancas y plástico. La estancia y el mobiliario estaban tan limpios que hacían daño a la vista. A su lado estaba sentado Falk, al otro lado de la mesa dos personas más, Beatrix VanDeventer, una neerlandesa miembro del Tribunal Internacional de la Haya, y a su lado Henry Noord, el enlace neerlandés con la Interpol y jefe del departamento de policía de Rotterdam.

Al lado de la puerta, dos jóvenes con el pelo cortado a lo militar estaban en posición de descanso, mientras ellos comían. Cuatro más de ellos estaban desplegados por los alrededores de la casa y la calle. Uno tenía una venda sobre la nariz, que Lara había roto dolorosamente.

A la cabeza de la mesa, DeGroot hablaba a su pesar de sus experiencias durante la Segunda Guerra Mundial, a manos de los japoneses. Una miríada de cicatrices y manchas dejaban entrever gran parte de la dura experiencia a la que había sobrevivido. Les contó que era el único superviviente de un virus que había matado a todos los demás conejillos de indias humanos. En general, el índice de mortandad de los experimentos era del 100%, porque mataban a todos los supervivientes para diseccionarlos y averiguar por qué no habían muerto.

–Pero yo fui un hombre milagro y me mantuvieron vivo por allí como una especie de mascota, golpeándome, pinchándome, sacándome sangre, me recortaron muestras de tejido de todas partes, todo sin el beneficio de la anestesia, por supuesto.

Por otra parte, su atenta observación de los investigadores médicos japoneses y el acceso al estado de «mascota» que le dieron le permitió

absorber técnicas experimentales y procesos de laboratorio que luego aplicó a muchas de sus patentes farmacéuticas.

Igual que Noord, Falk y VanDeventer, DeGroot, de entre setenta y ochenta vigorosos y enérgicos años eran la prueba viva de que la edad y la tortura brutal no conducían de forma inevitable a la incapacidad.

–Después de la guerra, en la universidad, pensaron que yo era un chico maravilloso -dijo DeGroot-. Desarrollé tres patentes de vacunas incluso antes de licenciarme. Pero recuerden, Japón tenía en marcha una operación de guerra bacteriológica funcional que usaron para matar ingentes cantidades de chinos, con ántrax, peste, cólera y muermo. Ellos, sin embargo, debían desarrollar y probar vacunas para protegerse de sus propias armas. Lo que mis profesores y compañeros pensaron que eran brillantes introspecciones en el proceso biológico eran, simplemente, el resultado de mis observaciones y los recuerdos grabados en mi mente de los horribles experimentos efectuados sobre inocentes e indefensos seres humanos.

Se había casado y divorciado dos veces.

–Es difícil vivir con un hombre que grita en sueños a causa de las pesadillas, incluso durante el día y cuando está despierto -dijo con toda naturalidad.

Sus patentes le habían proporcionado millones; sin embargo, sólo se quedó una pequeña parte para él. El resto lo invirtió en la financiación de *Shinrai* o en el cuidado de los supervivientes que fueron víctimas de los japoneses.

–Puesto que ni los japoneses ni los norteamericanos, ni ningún otro país levantará ni un dedo manchado de sangre para ayudar a esos pobres desdichados -afirmó el anciano.

DeGroot alzó su tenedor y comió unos pocos vegetales al curry que había traído Falk y VanDeventer.

–Sorprendente; es extraordinario -dijo Lara, mientras sorbía un poco de vino-. La red, esta *Shinrai,* es verdaderamente sorprendente.

Encogiéndose de hombros, DeGroot tragó lo que tenía en la boca, y bebió un poco de vino.

–Ayudamos a los demás, porque tenemos la obligación de hacerlo.

Bebió un poco más de vino y luego continuó.

–Verá, somos como los efectivos de Kurata, pero justo en el lado contrario de la gente de Kurata, que está distribuida por muchos gobiernos y empresas, seducida por el dinero. Nosotros no somos tantos como ellos, pero nos seducen otras cosas, nos movemos por convicciones y no por dinero.

–Somos los polos opuestos de la gente de Kurata -dijo VanDeventer.

–Como los polos magnéticos, ninguno de nosotros existiría si no existiese el otro.

–Somos muy parecidos a la organización de Kurata. Estamos situados en los mismos niveles de responsabilidad y poder. Ocupamos cargos en los que observamos fluir la información pertinente; estamos en posición de dirigir ciertos efectivos y entrar en acción bajo el disfraz de actividades oficialmente sancionadas -añadió Falk.

–Por supuesto, nuestra gente ocupa precisamente cargos que Kurata está deseoso de subvertir. Como consecuencia de ello, se han acercado a muchos de nuestra congregación y, después de consultarlo, les hemos permitido que sean reclutados, de manera que así hemos podido controlar sus actividades más de cerca -dijo DeGroot.

En el silencio que siguió a continuación, se escuchó el canto de un pájaro que gorgojeaba alegremente; la brisa susurraba acariciando los árboles; los cálidos aromas de las hojas quemándose flotaban en el ambiente como débiles sombras sobre los días nublados.

–Increíble -murmuró Lara-. Mundos completamente secretos, esferas de influencia en lucha, en guerra realmente, todo ello sucediendo a la sombra-. Movió la cabeza.

–Es una larga tradición que se remonta a siglos y siglos atrás - VanDeventer se limpió la boca con su servilleta-. El mundo occidental moderno se ha engañado a sí mismo al pensar que sólo porque se supone que los gobiernos y la gente deben comportarse de una manera determinada se comportarán de esa manera -negó con la cabeza.

–Yo era una joven abogado asistente de Roling, gran hombre y juez neerlandés en el juicio por los crímenes de guerra en Tokio. Aprendí entonces que la civilización es un fino barniz, que de forma inadecuada amortigua a los animales que tenemos en nuestro interior. En especial en los japoneses.

–¿Por qué en especial? – preguntó Lara mientras clavaba el tenedor en el último trozo verdura al curry.

–Porque intentan agasajarnos con sus piadosas afirmaciones sobre lo muy civilizados que son ellos y, sin embargo, sus atrocidades médicas superaron incluso las que realizaron los nazis: ¡comieron carne humana! Eso no es civilización; es hipocresía -afirmó VanDeventer.

–Sabemos ahora -dijo Falk-, que los japoneses tenían un programa muy avanzado sobre la bomba atómica. Habían logrado más que los alemanes y planeaban incinerar Los Ángeles. Y, sin embargo, tocan sinfonías completas sobre las sangrantes fibras sensibles del mundo, ¡Hiroshima! ¡Nagasaki! ¡Oh, pobres de nosotros! Y no cuentan a nadie que ellos seguramente hubiesen usado su bomba atómica primero si hubiesen podido. No hay duda alguna que si no se hubiesen lanzado las bombas atómicas y las tropas no hubiesen invadido Japón, nos hubiésemos enfrentado a un masivo contraataque de armas biológicas.

–El hombre de Ishii encargado de la producción, Karasawa, tenía sus sistemas en marcha veinticuatro horas al día; fabricaban peste, ántrax, tifus y cólera entre otras plagas. Los archivos de su país, Lara, en Fort Detrick, estiman que los japoneses habían fabricado lo suficiente para infectar a medio planeta.

–Además, grabaciones hechas al alto mando japonés demuestran que no tenían ningún escrúpulo moral en usar las nuevas armas. Nadie se retorció las manos como sucedió en Estados Unidos. En su mundo racista, todos, excepto los japoneses, son inferiores, animales que deben ser masacrados cuando sea necesario para la gloria del emperador -continuó Falk.

–No estoy seguro de haberlo mencionado -dijo DeGroot-, pero las armas de la Unidad 731 casi frenan totalmente el avance norteamericano en el Pacífico.

Lara negó con la cabeza.

–No, no mencionó nada de eso.

DeGroot asintió.

–Tal vez recuerde que la marea de toda la guerra contra Japón dio un giro con la feroz batalla sobre Saipán, en 1944.

Lara se encogió de hombros y movió la cabeza vagamente.

–Las clases de historia parecen empezar con el ataque a Pearl Harbor y pasan directamente a Hiroshima, sin precisar ni hablar de mucho más de lo

sucedido entre esos dos acontecimientos.

DeGroot frunció el ceño, y luego continuó.

–Pues bien, hay más. Se produjo una sangrienta batalla con catorce mil estadounidenses y veinticuatro mil japoneses muertos en la contienda. Otros miles de coreanos más también murieron. Éstos eran básicamente esclavos comprados en las islas como trabajadores comunes. Pero, cuando la batalla empezó, los japoneses los masacraron a todos: hombres, mujeres y niños, porque temían que se rebelasen y apoyasen a los norteamericanos.

–¡Dios mío! – exclamó Lara en voz baja.

–Bueno, la Unidad 731 de Ishii había preparado una sorpresa a los invasores. Equipó un inmenso equipo de asalto con armas de peste bubónica. El barco con el equipo de asalto fue hundido por un submarino estadounidense antes de que pudiese alcanzar Saipán. De otro modo, la guerra habría sido muy distinta.

–La cuestión de todo esto -dijo VanDeventer con calma- es que, al margen de las manifestaciones japonesas, la civilización es inestable y las naciones, raras veces, hacen nada por razones morales. La paz aún se mantiene mediante el equilibrio armamentístico.

Aunque este armamento sea actualmente económico o cuente con alguna otra fuerza que pueda destruir sin destruir -añadió Noord.

–Guerras privadas -dijo Lara.

–Es el futuro. Los mejores ataques son los que el objetivo no puede detectar, las mejores batallas son las que los combatientes no saben que se están produciendo, y las mejores victorias son las que el derrotado no se da cuenta de que ha sufrido una derrota -opinó DeGroot.

–Éstas son las guerras del futuro. En la actualidad, aún se libran escaramuzas abiertamente. Tenemos ya una docena de Pearl Harbor, y la opinión pública ignora la mayoría de ellos y sólo ve los daños colaterales, fallos en el control aéreo, apagones, nuevos virus y bacterias resistentes a los antibióticos, choques de aviones, hundimientos de barcos, millones de dólares hackeados en sistemas bancarios, fallos en las más importantes conexiones telefónicas, mal funcionamiento de satélites. La opinión pública no tiene ni idea, ni idea en absoluto -afirmó Falk.

–La gente cree que sabe qué está pasando, que con el exceso de información que existe hoy cree sentir, de alguna manera, saber todo lo que ocurre -interpuso VanDeventer.

–Ingenuos -comentó Noord-. Suceden demasiadas cosas, probablemente, las más importantes que configuran nuestras vidas, lo que no se ve, lo que no se graba, lo que no se escribe en los libros.

–La opinión pública no tiene ni idea -repitió VanDeventer.

–No estoy de acuerdo -comentó DeGroot, que había permanecido en silencio mientras daba buena cuenta del curry, que se había enfriado-. Hay una pista, pero, por desgracia, la primera pista a menudo es la muerte.

Las luces de aterrizaje del aeropuerto de Valkenburg se acercaban cada vez más. Sentada directamente detrás del copiloto del helicóptero de la empresa Daiwa Ichiban, Sheila Gaillard miraba hacia la oscuridad y observaba el pequeño aeropuerto al este de Leiden, que ya estaba a la vista.

A su lado estaba sentado el jefe de las fuerzas policiales de Ámsterdam. Dos oficiales de paisano iban en el asiento de atrás.

En silencio fumaba un cigarrillo tras otro, cuyo humo se añadía al smog que se almacenaba en la cabina como capas de roca sedimentaria. Jodidos diplomáticos mojigatos. Ella sabía que el rastro de Blackwood conducía a la casa de DeGroot o que lo haría. No podía probarlo pero lo sabía en sus entrañas. Después de la reunión que habían mantenido en el hotel Casa Blanca, había localizado al tímido agente Van Dyke y había conseguido una foto de Internet de Jan DeGroot.

–Sí -dijo el agente a su pesar-. Podría ser el hombre que vi. Pero estaba muy oscuro y todos se parecen.

Sin embargo, los altos cargos del departamento de policía rechazaron dar a tan pobre evidencia el respeto que Sheila creía que merecía.

–No, decididamente no pensamos autorizar ninguna intrusión en el domicilio de un ciudadano neerlandés, basándonos en la información que usted tiene-. Habían sido categóricos.

–Blackwood es una mujer peligrosa. La vida del señor DeGroot podría estar en peligro -argumentó Sheila. Pero ellos no cambiaron de opinión.

–Usted no pondrá un pie en su propiedad -le dijeron bruscamente-. Nosotros haremos que uno de nuestros agentes hable con él, cuando exista la certeza de que haya pruebas de…, algún peligro.

Sheila aspiró el cigarrillo, quemando más de un centímetro de una sola calada; sacudió la ceniza en el suelo del helicóptero entre las colillas que ya había tirado antes, y maldijo a los neerlandeses y, a falta de una diana mejor, al adulador sobrino de Kurata, Akira Sugawara.

Se había puesto en contacto con Sugawara y le pidió que hiciese que Kurata intercediese con los neerlandeses. La respuesta de Kurata fue que ella tenía que hacer como si cooperase con ellos.

El suelo se acercó a toda velocidad hacia ellos cuando el piloto del helicóptero utilizó una emergencia policíaca para obtener prioridad y conseguir un espacio para aterrizar. Al acercarse a la pista de aterrizaje designada, Sheila vio un coche de policía de Leiden y otro sin ningún distintivo detrás.

Un jodido desfile, pensó. Lo que necesitamos es un gran y jodido desfile con sirenas y tal vez la carroza de Macy con Goofy o algo así. Al final, aquello distraería la atención de su propio equipo de vigilancia, que debería estar ya discretamente en el lugar. Pero la visita de la policía pondría en sobre aviso a DeGroot y sería otra oportunidad frustrada más.

Mierda, pensó mientras tiraba al suelo enmoquetado del helicóptero otra colilla. Una jodida mierda.

–La cuestión -dijo DeGroot mientras salía de la cocina, se dirigía al abarrotado salón y se instalaba en un sillón orejero- es cómo detener esa terrible cosa y cómo podemos evitar que suceda de nuevo.

–El *Shinrai* tiene seguidores, gente por todo el mundo, también en Japón; sin embargo, movilizarlos lleva tiempo -explicó Falk.

El teléfono sonó. DeGroot alzó el auricular.

–¿Diga?

Frunció el ceño un momento y luego colgó.

–Al parecer tenemos un amigo y una emergencia -habló pausadamente.

Los rostros se volvieron expectantes hacia él.

–El que ha llamado se ha identificado como *maruta* y dice que es miembro de la organización de Kurata.

Un ahogado grito colectivo llenó su breve pausa.

–Dice que un pequeño contingente de policía está en camino hacia aquí en este mismo instante.

–¿Y usted le cree? – dijo Lara.

–No vamos a sacar nada de no creerle, al menos por el momento.

–¿Qué vamos a hacer? – preguntó Lara.

–Nosotros, es decir, mis amigos y yo, no haremos nada -dijo DeGroot-, de otro modo, pondríamos en peligro a nuestro nuevo amigo, si es que es un amigo.

–Pero… -Lara quiso hablar.

–Esperará en el armario judío.

–¿El qué?

–¿Recuerda el *Diario,* de Ana Frank? Ella asintió con la cabeza.

–El título en neerlandés era *Het Achterhuis.* En holandés *achterhuis* significa, literalmente, «detrás de la casa», y se refiere a los escondites que muchos prepararon para esconder a sus amigos judíos de los nazis. Se levantó.

–Venga, se lo enseñaré.

Lara le siguió a una habitación trasera y observó cómo separaba los colgadores e insertaba la punta de un pequeño destornillador en un hueco que parecía como si fuese para la punta de un clavo. Una de las tablas de la pared del armario se aflojó con un chasquido.

–¿La palabra *maruta* significa algo? – preguntó Lara.

–Literalmente es el término japonés para «leño» -repuso DeGroot mientras quitaba la tabla y pasaba por un espacio que había detrás-. Pero, en realidad, tiene mucho más significado. Mucho más.

Se escuchó un chasquido mecánico y una parte de la pared trasera se movió hacia adentro, revelando un espacio oscuro y estrecho.

–Cuando los japoneses querían usar a alguien como conejillo de indias, el médico se refería a éste como *maruta:* «leño».

Hizo un gesto a Lara para que entrase en el escondite.

–Ishii y sus hombres requisaban *maruta* junto con papel higiénico y papel para escribir -explicó DeGroot-. Cuando tenían demasiadas existencias, los masacraban para no gastar comida y espacio -continuó DeGroot, mientras Lara se encaramaba al escondite.

–Hay muchas cosas que, por más que uno lo intente, nunca olvida -explicó DeGroot.

–Una de ellas…, una de ellas es una película de una entrevista a los técnicos de la Unidad 731, hecha por los oficiales de inteligencia en Tokio.

Lara se apretujó en un lado del espacio del tamaño de un ataúd doble que permitía que la puerta se balancease de nuevo hasta la posición de cerrado.

–Cuando el entrevistador le preguntó cómo podía llevar a cabo experimentos con seres humanos, él le respondió, y recuerdo su respuesta palabra por palabra: «Algunas veces no había anestesia. Gritaban y

gritaban. Nosotros no considerábamos a los *maruta* seres humanos. Ellos eran solamente pedazos de carne en la tabla del carnicero».

Lara se estremeció.

–Deshumanizar a los demás es el primer paso necesario para la crueldad y los crímenes de guerra -afirmó DeGroot mientras cerraba la puerta y la oscuridad se cernía sobre Lara. A continuación oyó que el anciano volvía a cerrar la puerta del armario judío.

Sugawara permanecía al lado de la cabina telefónica e intentaba mantener quietas las rodillas. Su corazón se aligeró porque sentía que lo que acababa de hacer era lo correcto. Tenía el estómago revuelto a causa del pesado y oscuro terror por lo que podría suceder a continuación. Los informes de Gaillard eran confidenciales y estaban restringidos a él y Kurata. Sus acciones podían ser rastreadas. Lo sabía de sobras, pero también sabía que tenía que seguir el nuevo camino que había elegido, porque era un camino sin vuelta atrás. Había quemado todos los puentes posibles para regresar al pasado y no podía hacer nada más. Al fin se dio la vuelta y se dirigió a las puertas de salida de la KLM.

Capítulo 39

El tiempo de la fugitiva pasó a toda velocidad, como si hubiese saltado la película del carrete y rodase a cámara rápida fuera de ángulo; en algunos momentos dando trompicones en línea recta, en otros corriendo irregularmente hacia otro ángulo, con la luz del proyector que se quemaba en la pantalla en forma de pastel.

Lara intentó organizar los fragmentos hechos añicos de todos los acontecimientos que tenía en la mente, y ordenarlos en un único pensamiento coherente. Estuvo en el armario judío, luego escuchó las voces apagadas de VanDeventer y Noord, despidiéndose. Pasos apresurados, golpecitos en la puerta del armario judío, luces brillantes y DeGroot, conminándola con desesperación a no decir ni una palabra. Le alargó una pizarra de plástico de las que usan los niños, en las que se puede escribir con un rotulador y luego borrarlas, frotando el plástico. Escrito en ambas pizarras había lo que debía hacer: «No digas nada. Sígueme rápidamente. Usa esto para comunicarte hasta que te digamos lo contrario. ¡Corre!

Siguió a DeGroot por el pasadizo, en cuyo final esperaban Falk y su guardaespaldas junto a una puerta abierta.

–Siempre es un placer ver a viejos amigos, ¿no es así general? – dijo DeGroot familiarmente.

–Ah, sí, cierto, pero parece que cada año son menos veces -replicó Falk. A pesar de su tono frívolo, el rostro de Falk era una tensa telaraña de arrugas y cartílagos, sus agudos ojos estaban alerta. Apartó la vista y miró a través de la puerta, luego les hizo gestos para que se movieran más rápido.

–Lo siento, es una consecuencia de vivir tanto -dijo DeGroot sin énfasis.

Para las posibles escuchas, pensó Lara. Poco antes, DeGroot le había dicho que la casa era registrada por expertos de forma regular, en busca de micrófonos y aparatos, incluso lo habían hecho pocas horas antes en previsión de su llegada. Tal vez pensaban que alguien podía apuntar micrófonos direccionales o de láser, de los que se enfocan a las ventanas.

Traspasaron la puerta.

Lara bajó dos escalones que la llevaron a un garaje espacioso, cerrado, de estilo estadounidense, lo bastante grande como para albergar un lujoso taller que parecía el mostrador de herramientas de una tienda; un viejo y abollado Citroën, que dejaba ver el óxido de la carrocería a través de la pintura gris, y un flamante coche nuevo, un Chevrolet Suburban negro, con las ventanas tintadas, descansando como un gran tanque de batalla, tan grande y oscuro que parecía absorber la luz del resto de la habitación.

Los guardaespaldas de Falk estaban en posición de firmes alrededor del enorme Suburban. Lara se dirigió directamente a la puerta trasera del todoterreno, que estaba abierta. DeGroot la retuvo por el brazo; con un susurro, le señaló que se dirigiese al Citroën. Ella dudó y frunció el ceño, pero DeGroot apretó su brazo con más fuerza. A regañadientes, dejó que la guiasen al Citroën, un modelo sedán grande, con forma de escarabajo aerodinámico. DeGroot abrió la puerta trasera y Lara entró. Uno de los hombres armados de Falk iba al volante. DeGroot se detuvo un momento, limpió su pizarra y empezó a escribir un mensaje, arrugando la cara, obviamente molesto por el retraso.

Dio la vuelta a la pizarra y se la enseñó a Lara: «Al suelo. Échate. Quédate así hasta que yo te lo diga. Muy importante. Vida o muerte».

Lara asintió al subir, sorprendida de lo espacioso que era el interior del vehículo. Había asientos plegables unidos a la parte trasera de los asientos delanteros, como si el Citroën hubiese sido en otro tiempo un taxi o una limusina. Entonces se fijó en las ventanillas ahumadas de la parte de atrás y

decidió que había sido una limusina, hacía unos veinte años tal vez. Un gran trozo de tapicería casera nueva cubría el suelo. Lara se echó sobre ella. DeGroot la cubrió con una tela negra que parecía muselina.

Casi al mismo tiempo que la puerta de atrás se cerraba, los motores de ambos vehículos se pusieron en marcha. Lara escuchó el chirrido de las puertas del garaje al abrirse. A continuación se pusieron en movimiento. Después se detuvieron, giraron, y avanzaron de nuevo con un balanceo. El Citroën vibraba acompasadamente con el profundo rugido del potente motor, obviamente nuevo y con un buen mantenimiento. El coche aceleró con rapidez y, sin esfuerzo, tomó los baches y las curvas como un coche de carreras.

Una radio chasqueó en la parte delantera, sin palabras, sólo se escuchaban una serie de chasquidos como si alguien en la distancia simplemente golpease la tecla de transmisión pero sin decir nada. Más giros, más chasquidos, un stop y luego el motor aceleró; los regulares sonidos de las juntas de dilatación y las altas revoluciones del vehículo le hicieron sospechar a Lara que se encontraban en una autopista.

–Ahora puede sentarse. El tono alto de la voz de DeGroot parecía bíblico cuando rompió el silencio.

Lara rodó sobre su espalda y se sentó. Se arrellanó en el asiento, miró hacia delante a través del parabrisas y vio que, por supuesto, estaban en una autopista. Lara vio un cartel, E10, pasar a toda velocidad.

–¿Qué sucede? – preguntó.

–La llamada telefónica, *maruta*, dijo que la policía estaba en camino, que les habían dicho que tal vez me tenía prisionero, como rehén-. Se echó a reír brevemente con una risa que sonó como si tosiera. Lara reconoció el sonido ahora como la forma que tenía DeGroot de intentar disimular un defecto del habla.

–Obviamente es una excusa para enviar a alguien a buscarla -sentenció.

Se escucharon tres chasquidos por los altavoces del aparato de radio; DeGroot se inclinó hacia delante, alzó el micrófono y presionó el botón del transmisor dos veces.

–Falk está detrás de nosotros y alguien detrás de Falk. Alguien que no es la policía -dijo DeGroot.

–¿No es la policía? – preguntó Lara.

DeGroot hizo un gesto de asentimiento.

–Gracias a nuestro señor *Maruta,* hemos representado una bonita escena para la policía tan pronto han llegado. Después de esconderla en el armario judío, Falk y yo hemos salido con Noord y VanDeventer, hablando sobre la encantadora tarde que habían pasado y cómo nos gustaría que se uniesen a nosotros a tomar un café. Fue un bonito cuadro que ilustró a la perfección que no estábamos en peligro. Se ofrecieron a dejar un guardia por si aparecías; les dije que Falk y sus guardaespaldas pasarían unos días conmigo de visita y que no era necesario.

Más chasquidos en la radio, dos lentos siguieron a cuatro rápidos.

Se acercaba una salida; el conductor giró rápidamente por la E10 hacia Plesmanlaan. DeGroot miró hacia la oscuridad y dijo:

–Mi laboratorio está cerca de aquí. Esa zona es conocida como Leeuwenhoek. El neerlandés que inventó el microscopio es de esta región -hizo una pausa-. Me encanta el sabor a historia, de continuidad, que siento al trabajar aquí.

El Citroën rugió, ahora más despacio. Tres chasquidos rápidos sonaron en el altavoz.

–Aún nos siguen. No hay duda alguna de que nos siguen -afirmó DeGroot.

Rodaron en silencio varios minutos. Todos pensaban en el coche o los coches que les seguían. El Citroën avanzó por una rotonda. Dejaron atrás la estación de ferrocarril, luego giraron para entrar en una calle con otro nombre que parecía un trabalenguas: Wilem DeZwijerlaan. Se escucharon tres chasquidos más en el altavoz. Seguidamente, el Citroën redujo la velocidad y giró a la izquierda por una estrecha calle. El rótulo decía «Leidseweg». Momentos después, tres chasquidos más, una pausa, luego dos más.

–Aún nos siguen. Dos de ellos -dijo DeGroot.

Lara miró por el cristal ahumado trasero y vio las luces delanteras de tres vehículos.

–Pero no por mucho tiempo -avanzó DeGroot, con voz enigmática de… «y ahora…», llena de satisfacción, anticipación.

–Noord y VanDeventer ya estarán en posición -dijo de forma misteriosa.

–Hemos practicado esto bastante tiempo, pero nunca creí que llegáramos a utilizarlo.

Lara lo miró con una mirada socarrona.

–Espere y verá. Muy pronto comprobará cómo el ratón cae en la ratonera -auguró DeGroot.

Capítulo 40

La niebla nocturna se amontonaba en el pólder Boterhuis, al este de Leiden; se arrastraba por las aguas del Joppe, deslizándose por los campos cerrados por los diques como un edredón acolchado.

Los jirones de niebla, levantados por una suave brisa, se separaban como diáfanas sombras fantasmagóricas y avanzaban con languidez por el estrecho Leidseweg. Éstos eran los eternos y originales *poltergeists* del mundo germánico que significaban «fantasmas del pólder». Los neerlandeses los llamaban *poldergeests.*

Encorvada en el asiento de atrás de un Mercedes serie 900 alquilado, con las luces apagadas, Sheila Gaillard intentó ver algo a través de la noche, concentrada en las luces traseras de los coches que tenía delante, sin reparar ni un instante en el hecho de que era testigo de un antiguo ciclo que, por sí mismo, había inspirado la mitología de varias naciones en todo el mundo. Aparte de ella y el conductor, un belga flamenco que le habían cedido en la OTAN, el Mercedes iba vacío.

Un BMW atravesaba veloz la niebla, 800 metros delante de ellos y, más allá, a otros 800, avanzaban las luces traseras de un gran y oscuro Chevy Suburban. Un poco más lejos, apenas visible ahora, el abollado Citroën.

–Que les jodan a todos -murmuró mientras las luces desaparecían de nuevo entre un banco de niebla. El conductor redujo la velocidad.

–Más deprisa -ladró Sheila.

–Pero está oscuro…, voy sin luces -se quejó el conductor-. Podemos tener un accidente y morir.

–Tal vez lo hagamos -gruñó ella-. Tienes mucha razón.

Hizo una pausa y captó su mirada un momento por el espejo retrovisor.

–Pero si los pierdes, te aseguro que tú morirás -Sheila sonrió-, muy despacio.

El Mercedes aumentó la velocidad y atravesó el *poltergeist.*

Gaillard no obtuvo ninguna satisfacción en ganar el pequeño pulso con el conductor. Por el contrario, la rabia la consumía por la humillación que sufrió al ver a DeGroot salir de su casa, ver cómo se reía ante la sugerencia de que podía estar en peligro, de haber visto a la policía reírse con él…, de

ella. Incapaz de soportar la humillación por más tiempo, Sheila les había pedido que la dejasen en la estación de ferrocarril, donde se subió a un taxi y regresó con los equipos de vigilancia que controlaban la casa de DeGroot. Dos equipos de vigilancia improvisados a toda prisa con efectivos de habilidades dispares, con los que nunca antes había trabajado; mal equipados y con poco personal.

–Que los jodan a todos -murmuró Sheila. El conductor le lanzó una mirada preocupada que casi la hizo sonreír.

–Joder, joder, joder.

Con el dinero y la influencia de Kurata que la respaldaban, casi nunca le habían faltado recursos ni cooperación, pero las cosas habían sucedido demasiado rápido para prepararse en un país donde la gente era casi incorruptible.

–Jodido orgullo neerlandés, y su jodido y quisquilloso sentido del deber.

No eran perfectos pero -pensó con arrepentimiento- era una buena razón por la que la organización de Kurata tuviese muchos menos efectivos en ese país que en cualquier otra parte del mundo.

–Jodidos neerlandeses -murmuró en voz alta, pasando por alto la mirada ansiosa del conductor. Éste aceleró, pensando que era lo que ella quería.

Y maldito Kurata.

–Aparenta cooperar. Que te jodan, Tokutaro -murmuró.

Revés doble: sin recursos y sin escándalo. La culparía a ella si perdían a aquella zorra de Blackwood. Se removió en el asiento de atrás, e intentó estirar los entumecidos músculos de sus pantorrillas y muslos. Demasiado tiempo sentada, demasiado tiempo inactiva.

–¿Qué sucede? – preguntó cuando vio que, al frente, brillaban luces de freno, primero el Suburban y luego el BMW.

–Han reducido la marcha -repuso el conductor.

Instantes después, los altavoces de la radio junto al asiento de Sheila chasquearon, primero con un tono de encriptación y luego se escuchó una voz.

–El Suburban se ha detenido, informó una voz desde el BMW.

–Detente tú también -Sheila reaccionó con rapidez-. Si no se mueven en un par de segundos, da la vuelta y espera en algún lugar cerca de Leiden. No quiero que te descubran.

–De acuerdo -contestó la voz.

Sheila ordenó a su conductor que se detuviese y se escondiese en una pequeña zona, al lado de una caseta. Con el Mercedes oculto por la pequeña estructura, Sheila salió del coche y observó la escena que se desarrollaba delante de ella. Mientras las luces traseras del Citroën desaparecían en la distancia, Sheila vio que el BMW daba la vuelta hacia ellos y luego pasaba de largo. Poco después, las luces de freno del Suburban se atenuaron. Sheila corrió hacia el Mercedes.

–Rápido, vamos -ordenó, golpeando con fuerza la puerta después de entrar-. Lo más rápido que puedas.

Atravesando a toda velocidad los bancos de niebla, el Mercedes derrapó por la estrecha y basta carretera; las luces traseras del Suburban se movían veloces. Entraron en una pequeña aldea, Warmond.

–No te acerques tanto ahora -ordenó Sheila, mientras miraba con atención la carretera, buscando alguna pista del Citroën. Blackwood tenía que estar allí, ella y los mamones de *Shinrai.*

–¿No van a ser tan tontos, los hombres del Chevy, para llevarnos hasta el otro coche ahora que lo hemos perdido de vista, verdad? – El conductor se atrevió a decir en voz alta la idea que Sheila había estado evitando.

Ella lo ignoró.

Que los jodan a todos, pensó mientras el Suburban recorría un pequeño pueblo y salía por el otro lado, moviéndose con cautela, aparentemente haciendo caso omiso a la vigilancia. Había señales que indicaban un *jachhaven,* «puerto para yates», dos de ellos.

El terror que sentía en su vientre le decía que tal vez en aquel momento Blackwood podría estar embarcándose en un bote y que no habría forma de seguirlo.

–Continúa siguiéndoles. No tenemos nada que perder -dijo Sheila.

El conductor se encogió de hombros.

Allí donde el pueblo terminaba, la carretera giraba bruscamente y perdieron de vista al Suburban un momento. A continuación, cuando el Mercedes pasó la curva, Sheila vio al Suburban traspasar un pequeño puente levadizo que, inmediatamente, empezó a abrirse.

–¡La madre que los parió!

El Suburban desapareció de su vista con rapidez, al otro lado del puente. – ¡Cabrones!

Cuando el Mercedes se detuvo en el puente, Sheila salió al exterior. Molensloot rezaba el cartel, refiriéndose, dedujo Sheila, al pequeño canal que parecía tan estrecho que casi se podía atravesar con un salto. Mientras estaba allí, una barcaza avanzaba decidida y lentamente hacia el puente. Por supuesto que se movía lentamente -pensó Sheila.

Procurando mantenerse en la sombra que le proporcionaba el puente, bajó hasta el nivel del agua mientras la barcaza se acercaba. A la luz de la luna, anotó el número de registro del bote. Después, por primera vez en toda la noche, sonrió.

Capítulo 41

La luz del amanecer acariciaba el avión del vuelo 747 de KLM a 300 metros de altura, sobre las estepas siberianas, al noroeste del Lago Baikal. Dentro del avión, en la primera cubierta, casi delante de todo en la cabina de primera clase, el ligero sonido de la alarma del reloj digital de Sugawara lo arrancó de una pesadilla. Kurata estaba probando nuevas hojas de cuchillo en él, le cortaba los dedos de las manos, de los pies, le rebanaba limpiamente los brazos y las piernas, centímetro a centímetro. Cada golpe atroz hacía que brotasen grandes chorros de sangre, y él suplicaba a gritos a Kurata que terminase con su sufrimiento y lo matase de una vez. Cada súplica era correspondida con una risa burlona de Kurata; con cada nueva espada que quería probar, la carne de Sugawara se curaba y estaba a punto para ser mutilada de nuevo.

Se despertó asustado, con la mente aún arrastrando el ácido residuo del miedo y sus extremidades palpitando con el dolor punzante que había sentido en sueños. Miró a su alrededor, con los ojos empañados por el sueño, y vio el asiento vacío a su lado. El resto de la sección de no fumadores estaba casi vacío; el aire limpio que respiraba finalizaba abruptamente cuatro hileras atrás, donde grandes volutas de humo de cigarrillo se alzaban alrededor de los pasajeros, en su mayoría japoneses.

Sugawara inspiró profundamente, intentando tragar el nudo que tenía en la garganta provocado por el temor; se irguió y consultó su reloj, las 8:51 de la mañana, hora de Tokio. Se frotó el rostro, pulsó el botón que incorporaba su asiento y pulsó también el que solicitaba la atención del asistente de vuelo.

Sólo entonces se inclinó y tocó el termo especial que llevaba en su bolsa, también especial. Por suerte pasó sin ningún problema por las máquinas de rayos X del aeropuerto, y además cabía fácilmente en el espacio que había bajo el asiento del avión: transportaba muerte.

Se incorporó en el asiento, erguido, y alargó la mano para tomar el caro teléfono que estaba en la parte de atrás del respaldo del asiento que tenía delante. ¿Iban ya a por él? ¿Ya había saltado la alarma para que en Ámsterdam lo recibiesen con hostilidad? Akira marcó el número de Tokio y, momentos después, entró su nombre de usuario y su contraseña para acceder al sistema de correo de voz en el que Gaillard dejaba sus informes de situación para él y Kurata. Frunció el ceño al escuchar los evidentes progresos que había realizado la diabólica mujer.

Si ella alcanzaba el éxito, él era empujado cada vez más cerca del fracaso.

–¿*Hai*? – el asistente de vuelo preguntó-. ¿En qué puedo ayudarle?

Sugawara alzó la vista para mirar al altísimo hombre rubio, vestido con el uniforme de KLM. Hablaba perfectamente japonés. Siempre le sorprendían los neerlandeses, con su facilidad para los idiomas y adaptarse a culturas diferentes. «Es muy útil para los negocios», un ejecutivo de Philips le explicó un día durante una conferencia sobre electrónica en Tokio. «No tiene sentido intentar hacer negocios con alguien, si no hablas y entiendes su idioma y conoces su cultura, ¿verdad?» Sugawara había asentido con la cabeza, con cortesía, al hombre.

Escuchó con atención cualquier pista que le indicase que Gaillard o Kurata iban tras él, y luego desconectó la llamada.

–Creo que me dormí durante el desayuno -dijo Sugawara al asistente mientras colocaba de nuevo el teléfono en el soporte del respaldo-. Tomaré café. – Por supuesto -respondió.

–¿Quiere que le sirva el desayuno completo? Se lo hemos guardado.

–Sí, gracias, me apetecería desayunar.

Sugawara miró de nuevo su reloj, las 8:53. La cobertura televisiva de la inauguración en Tokio ya debía de haber empezado, pero Kurata no estaría allí hasta las nueve en punto. Akira tiró de la pequeña pantalla del televisor personal unida al apoyabrazos central, la manipuló hasta quedar en la posición adecuada y luego lo puso en marcha. Las primeras imágenes mostraban la velocidad del 747, la posición, la hora local y la temperatura

ambiente fuera del avión. A continuación apareció un mapa con un pequeño icono con la forma del 747, que mostraba su posición sobre Siberia. Sugawara cambió rápidamente de canal, uno tras otro, hasta encontrar el satélite con la señal en vivo que le llegaba desde Tokio, utilizando la nueva antena desplegada de televisión diseñada para la recepción de señales en vuelo, en directo. La imagen era confusa y borrosa pero tolerable; la pantalla mostraba una disculpa que informaba a los espectadores que la actividad solar perjudicaba la calidad de la emisión en esos momentos. En pantalla vio largas hileras de limusinas aparcadas junto a la entrada del santuario Yasukuni. Al fondo, un grupo reducido de manifestantes gritaba: «¡No perdón para los criminales de guerra!» Los ministros del gabinete permanecían alejados. La imagen cambió cuando las cámaras enfocaron un desfile de hombres vestidos con colores oscuros que se reunían en una zona vacía, justo al lado del Kudan Kaikan Hotel.

Sugawara se colocó los auriculares cuando el comentarista de televisión explicaba a los telespectadores que más de 400 de los 751 miembros del Diet, incluyendo a la mayor parte de los miembros del gabinete, acababan de asistir al servicio religioso de plegarias en el santuario Yasukuni para honrar a los caídos de guerra japoneses. Ahora salían de allí para asistir a las ceremonias de inauguración en el Templo memorial de la paz de los caídos de guerra. Según el comentarista, primero se realizaría una consagración sintoísta del lugar, seguida de un discurso de Tokutaro Kurata, presidente de Daiwa Ichiban Corporation, que había donado ciento veinticinco millones de dólares de los ciento cincuenta que costaba el nuevo templo.

La voz del comentarista televisivo había pronunciado las palabras con notas de admiración cuando dijo: «Kurata es muy conocido por todos los japoneses como el defensor de Yamato». La pantalla destacó una imagen de Kurata, caminando junto al primer ministro y rodeado por parte de miembros del gabinete. El comentarista continuó con un relato sobre la trayectoria ascendente de Kurata, desde que en su juventud se encontraba preparado para subir a un torpedo hasta llegar a convertirse en el hombre más rico de Japón y el defensor número uno de «nuestra única cultura nacional». La cámara cambió de plano y pasó de Kurata a, inmediatamente, un primer plano de la fachada del santuario Yasukuni.

«Éstas son las personas por las que Kurata ha librado sus batallas», decía el comentarista. La imagen mostraba masas de fieles de gente corriente. Entre ellos, grupos de veteranos de la Segunda Guerra Mundial, vestidos con sus viejos uniformes, que subían los escalones en rigurosa formación, introducían monedas en los cepillos y unían sus manos para convocar a los espíritus de sus camaradas caídos. Mientras los hombres se alejaban, gente vestida de civil los rodeaban.

«Los asistentes plantean a los veteranos muchísimas preguntas con veneración», seguía el comentarista. «Los curiosos, en su mayoría demasiado jóvenes para recordar la Gran Guerra del Pacífico, preguntan a los entrecanos viejos veteranos cómo consiguieron sus medallas, en qué batallas combatieron, cuántos norteamericanos mataron. Su interés en una guerra que no pueden recordar», decía el comentarista, con una voz más sombría, «es un testamento a los esfuerzos de Kurata y la Asociación de familias afectadas por la guerra, y el nuevo Templo memorial de la paz será un inmenso y perdurable monumento para todos».

Un monumento a la atrocidad, pensó furioso Sugawara. Lo hacía sentir culpable de ser japonés, genéticamente malvado por ser familia de la misma sangre que Kurata. ¡Maldito seas! Pensó Sugawara en silencio cuando las cámaras, de nuevo, enfocaban a Kurata mientras atravesaba la aduladora multitud y subía al podio.

No existía algo así como la culpabilidad genética; ningún gen que heredase el mal karma de las generaciones anteriores. Sólo porque Kurata fuese malvado, sólo porque aquéllos de su línea de sangre habían actuado de forma malvada, no significaba que él también tuviese que ser malvado.

Por el contrario, pensó, mientras la multitud guardaba silencio esperando el discurso de Kurata, parecía que las sociedades tuviesen sus propios genomas culturales, sus rasgos particulares y hábitos, normas y creencias, que pasaban de unos a otros casi igual que los genes. Y, tal vez, entre el genoma cultural se encontraban los genes sociales para la culpabilidad y la maldad. La forma de pensar grupal y consensual de la sociedad japonesa favorecía la expresión del mal porque denunciaba la moral del hombre que tal vez se alzaría y gritaría: «¡Basta!». La sangre palpitaba en sus oídos como el viento a través de las hojas de otoño. Sugawara sabía que la única forma de curarse del mal cultural que le había infectado era ejercer sus propias decisiones personales y confiar en su fe;

tenía que dejar de escuchar al grupo y empezar a aceptar la responsabilidad individual que comportaban sus acciones, lo que significaba que la vida que le había alimentado debía morir.

Se mordió el labio cuando Kurata empezó un discurso repleto de sentimientos que le eran muy familiares.

–Japón está de nuevo en guerra -decía Kurata, hablando con voz monótona. La cámara de televisión mostró la reacción de sorpresa del público.

–Más de cincuenta años después de nuestra honorable guerra para liberar a Asia del gobierno del hombre blanco, estamos de nuevo en guerra contra unas fuerzas que quieren desmembrar nuestro país, que quieren manchar el honor de nuestros seres queridos que murieron luchando en aquella guerra justa, revisionistas que os contarán mentiras acerca del papel que desempeñó nuestra gran nación. Tal vez hayamos perdido los aspectos físicos de la Gran Guerra de Asia Oriental -continuó Kurata-, pero fijaros en lo que hemos conseguido: ya no hay más neerlandeses en Indonesia, no más estadounidenses en Filipinas, no más franceses en Indochina, no más británicos en Malasia, Birmania y Singapur.

Los aplausos estallaron entre el público. Kurata se inclinó un poco para agradecer el aplauso.

–Aquello fue un gran logro -continuó Kurata-. Cumplimos con nuestro objetivo de formar la esfera de coprosperidad de la Gran Asia Oriental, con gran esfuerzo y sacrificio de nuestra nación. Pero los enemigos están tanto dentro como fuera de nuestra sociedad, e insisten en negar la verdad, en denigrar nuestros logros.

El asistente de vuelo trajo el desayuno a Sugawara y se lo sirvió en la bandeja. Los ojos impasibles del hombre miraron de reojo la pantalla de televisión, luego el rostro de Sugawara y, después, apartó la vista. Sugawara sintió vergüenza.

«No es lo que piensas», pensó Sugawara. «Yo no soy uno de ellos», quería decir.

–¿Desea alguna otra cosa?

Sugawara negó con la cabeza.

–Esos enemigos, provocados por extranjeros y otra gente impura, han tramado una gran cantidad de ridículas mentiras para apoyar su causa: ¿Qué pasa con la violación de Nanjing, la Marcha de la Muerte de Bataan, la

masacre de millones de chinos y otros asiáticos, la prostitución forzosa y las denominadas atrocidades médicas?

La multitud permanecía silenciosa, boquiabierta ante la mención de esos dolorosos hechos.

–Todo eso son mentiras -dijo Kurata, en un tono más bajo-. Ésa es la historia escrita por los vencedores para justificar los medios y la voluntad de los blancos, que ha intentado y con justicia fallado destruir nuestra cultura. Mentiras… Mentiras… ¡Mentiras!

La multitud vitoreó; gritos de *¡Banzai!* se alzaban sobre el murmullo general. Sugawara sintió náuseas, sorbió su zumo de naranja y dejó la comida.

Esta vez, la gente tardó más de un minuto en tranquilizarse.

–Por esta razón estamos hoy aquí -dijo Kurata-. Nuestro nuevo Templo memorial de la paz de los caídos de guerra explicará la verdad, nuestra verdad, la historia verdadera. Se alzará sesenta metros por encima de este honorable suelo, junto al foso del Palacio Imperial, y justo al otro lado del estrecho canal del Budokan, donde nuestro amado emperador lleva a cabo su ceremonia solemne cada quince de agosto para conmemorar el fin de la Gran Guerra de Asia Oriental. Se alzará para que todos vean la verdad, para denunciar sus mentiras, para exultar nuestra bien merecida gloria, para honrar a los caídos en la guerra, a los que debemos más de lo que podríamos pagarles en diez mil vidas.

La multitud lo vitoreó.

–Con vuestro apoyo nos aseguraremos que el Diet no tenga que emitir una humillante disculpa, que deshonraría a los que murieron en la guerra -continuó-. ¡Disculpas! ¡Ja! Aquellos racistas blancos con pretensiones de superioridad deberían disculparse con nosotros por colocarnos en una posición en la que nos vimos obligados a defendernos, a nosotros mismos y a todos los demás asiáticos.

De nuevo se alzaron gritos de *¡Banzai!*

En la distancia, detrás de Kurata, el cielo despejado se llenaba de escritos en el aire.

«Gloria al emperador», decía el texto. «Salve al defensor de Yamato.»

El nudo que Sugawara tenía en la garganta se acentuó cuando vio que la escritura en el aire volaba por el cielo, ahora inofensiva, pero letal dentro de unos días.

Entonces, un gigantesco, abismático y doloroso vacío se abrió a su alrededor, como una enfermedad, devorándole con las punzantes fauces de la soledad. Nunca se había sentido tan solo en su vida, siempre había estado arropado por las manos de los amigos y la familia, y ahora estaba divorciado del paracaídas que le proporcionaba la sociedad. Si ahora caía, no habría nada, nadie que interrumpiese su caída.

Mientras resonaban los vítores de la muchedumbre de Tokio y Kurata cedía el podio al sacerdote que consagraría el suelo, Sugawara pensó en su infancia, en sus padres, en los tiempos fáciles en los que las decisiones las tomaban otros y las de éstos, la sociedad.

Se sintió culpable por la vergüenza que llevaría a su familia y por el deshonor que caería sobre ellos. Pensó en las represalias que sufrirían si Kurata lo capturaba. Por experiencia sabía que no había nada en sus peores pesadillas comparable a un castigo real que Kurata pudiese urdir. Tenía miedo. Le habían enseñado que un samurái no tenía miedo y que el valor nacía a través de la eliminación del miedo.

Mientras el vuelo 747 de KLM volaba a toda velocidad sobre algún lugar del tramo inferior del río Tunguska, Sugawara pensó en si en verdad se podría llamar valor a unas acciones aparentemente osadas que resultaban simplemente del acto de colocarse en una posición en la que no se podía volver atrás. En realidad él había elegido un camino sin retorno; lo tenía muy claro, incluso antes de que hubiese decidido traicionar a Kurata.

Pensó en ello, en los Países Bajos, en la muerte congelada que cabalgaba bajo su asiento, en Kurata, Blackwood, Sheila Gaillard. Pensó en todo ello y sabía que había dado el gran salto.

Sólo le quedaba una pregunta en el aire: ¿estaba saltando a través del abismo para cruzarlo o, al contrario, estaba cayendo dentro de él?

Capítulo 42

La espesa niebla empezaba en la oscuridad que cubría el firmamento a media noche y terminaba también en la oscuridad de las aguas mansas, sólo Dios sabía dónde. Entre esos dos puntos había una especie de confusa zona gris, no totalmente oscura y tampoco fácilmente navegable. Lara Blackwood imaginaba que la vida era, en gran medida, algo así para la mayoría de la gente.

Estaba sentada en la popa de una pequeña lancha fuera bordo de fibra de vidrio, tal vez de unos seis metros de largo, con dos motores fuera bordo muy silenciosos que hacían un ruido muy amortiguado en la popa. Estaban unidos con cables a un timón y unos controles, en el centro de la embarcación. DeGroot iba al timón, Falk a su lado. Apenas eran visibles entre las tinieblas.

Durante casi cuatro horas, DeGroot pilotó el bote por una continua sucesión de esclusas y canales, cenagales y desagües, estanques, lagos y acequias; sólo bajaba la vista de vez en cuando para consultar su mapa y el GPS de mano.

El bote pasó bajo lo que parecía un centenar de puentes y, durante mucho tiempo, avanzó paralelo a una carretera muy transitada de la que llegaba la oleada de acordes del constante tráfico de la autopista que rodaba a escasos metros, pero que quedaba oculta por la niebla.

El estrecho canal se ensanchó al llegar a un punto sin salida; DeGroot hizo dar la vuelta en redondo a la embarcación y puso el motor al ralentí. El bote se deslizó hacia un embarcadero bajo y luego chocó con suavidad contra los viejos neumáticos de coche que colgaban por los lados. Lara permaneció en silencio.

A continuación, Falk y Lara ataron el bote al muelle; el olor a humo de madera quemada llenaba el aire. Siguieron a DeGroot por un camino arbolado que atravesaba una estrecha franja pantanosa. Una casa blanca de dos pisos emergió gradualmente entre la niebla. Se dirigieron al porche cubierto de la casa, iluminado por una bombilla de bajo voltaje; la puerta se abrió y derramó la brillante luz de su interior.

–Buenas tardes -dijo una silueta que se recortaba a contraluz. Pasad y calentaros un poco.

Lara siguió al grupo, entró y le presentaron a Bernard Claes, agricultor de tulipanes y funcionario del gobierno.

–Estamos en una granja de cultivo activo de tulipanes y otros bulbos; es muy rentable y cubre de sobras todos los gastos -dijo Falk-. Lo único es que pertenece al gobierno neerlandés.

–Es una casa segura. Se utiliza para conferencias, reuniones confidenciales y encuentros similares -dijo Falk.

Dentro del salón de la granja, una luz azulada parpadeaba en una pared; la intermitencia estaba sincronizada con la voz apagada de un locutor de

televisión. Entrelazado con la voz del locutor se escuchaba un zumbido, un sonido artificial con una cadencia de ordenador. La leña del hogar silbaba y chasqueaba.

Cuando Lara miró el televisor, la imagen cambió del locutor a un plano amplio en el que se veía una calle estrecha y adoquinada. El vídeo parecía grabado por un aficionado, las imágenes se veían entrecortadas y granuladas. A pesar de la pobre calidad, Lara reconoció de inmediato la fachada del hotel Casa Blanca, en Ámsterdam. El terror la aplastó como si le hubiesen echado encima una pesada armadura de acero.

Se le cayó el alma al suelo cuando la imagen del vídeo se acercó. La voz en *off* explicaba que un turista había grabado el vídeo mientras daba su paseo matutino y que había descubierto a Santiago Rodríguez empalado en un *Amsterdamje* de dos pies de alto.

Lara sintió que la habitación empezaba a dar vueltas de forma vertiginosa, cambiaba; la luz cobró un extraño brillo mientras escuchaba que describían a Rodríguez como un próspero hotelero, respetado neerlandés, líder de la comunidad gay europea.

Le entraron náuseas que recorrieron el vacío que se había formado en sus entrañas mientras el locutor, con total tranquilidad, describía cómo Rodríguez había sido encontrado aún con vida, con la barrera del aparcamiento en forma de falo clavada en toda su longitud por su recto, con la parte superior presionando la base de su corazón.

Rodríguez, dijeron por la televisión, murió al cabo de siete horas de quirófano.

La víctima había sido un hombre muy fuerte. La policía dijo que habían encontrado muestras de sangre y tejidos de, al menos, cuatro asaltantes bajo las uñas de la víctima.

–¡Dios mío! – exclamó Lara en voz alta.

Ella había matado a Rodríguez. Había guiado a los asesinos hasta el hotel Casa Blanca, y éstos enviaban un mensaje a cualquiera que pensase ayudarla, para dejar claro lo que les sucedería si lo hacían.

Capítulo 43

La enormidad de los acontecimientos aplastó a Akira Sugawara como si un puño golpease con fuerza su estómago y el dolor subiese, dejándole sin aliento.

Encerrado en los lavabos del aeropuerto de Schiphol, Sugawara se arrodilló delante del lavabo y se inclinó hacia delante cuando la siguiente oleada de náuseas retorció sus entrañas, expulsando los últimos restos de las exquisiteces que KLM le había servido.

Tuvo más arcadas; sentía más náuseas. La oleada pasó. Tiró de un montón de papel higiénico, se limpió los labios y tragó la amargura que le inundaba la boca, mientras miraba el termo especial.

Se había colocado en una situación prácticamente imposible, y esa evidencia latía en sus entrañas. ¿En qué debía estar pensando? ¿Cómo pudo haber robado eso a Kurata? Ellos lo cazarían y le matarían. La víbora, aquella mujer, Gaillard, le haría sufrir durante horas…, tal vez días.

¿Habrían descubierto ya su traición? ¿Habrían dado la señal de alarma? ¿Entraría en las oficinas de Daiwa Ichiban, de Schiphol, y encontraría allí la muerte que se le había adelantado?

Se inclinó y escupió una nueva arcada sin expulsar nada, luego se sentó, apoyado sobre los talones.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

Una voz en su cabeza le decía que su única esperanza era contactar con Kurata, confesar, devolver los viales del Ojo de fuego, ponerse a merced de Kurata y suplicar clemencia.

Pero, precisamente, Kurata no era conocido por su clemencia.

Sugawara sabía que lo mejor que le podía suceder ahora, era encontrar una muerte rápida e inevitable, y sufrir el deshonor.

Con temblores, Sugawara se puso en pie e hizo correr el agua del inodoro. Sacudió la cabeza. Había recorrido demasiado trecho y estaba en un punto sin retorno; ya no había vuelta atrás. Había circulado con gran impulso el camino para saltar el abismo, atravesarlo. La vida ahora era como la trayectoria de una bala, recorriendo un trazo arqueado que lo conducía a un lugar desconocido. Él era quien volaba y tenía que seguir la parábola.

Salió de los servicios dando traspiés, arrastró sus maletas por los lavabos y se lavó la cara, se enjuagó la boca, evitando cuidadosamente mancharse el traje. Se peinó y consultó su reloj. El intérprete y el conductor que había pedido pronto llegarían al estacionamiento a buscarle. Se le había comunicado al servicio que era un científico que transportaba muestras de semen de toro. Habían localizado para él un centro de reproducción y

almacenaje de esperma, a media hora del aeropuerto, donde podría reabastecer el nitrógeno líquido de su termo especial.

Entonces, y sólo entonces, estaría preparado para entrar en las oficinas de Daiwa Ichiban.

Sugawara inspiró profundamente y se miró por última vez en el espejo. Después abandonó los servicios para descubrir qué trayectoria le deparaba la vida.

–Las palabras nos engañan, Matsue-*san*.

Tokutaro Kurata interrumpió el prolongado silencio de la meditación. Estaba sentado en un tosco banco de piedra, junto a la figura inclinada de Toru Matsue, el viejo criado de la familia, encargado de enseñar *Nihonjinron* a Akira Sugawara después del regreso del joven de su estancia en la universidad, en Estados Unidos. Los dos hombres habían ido a Kioto para disfrutar de los colores brillantes de las hojas de los árboles en otoño, y para conseguir las claras perspectivas que la meditación podía aportarles, alejados del irritante ajetreo y bullicio de la colmena de actividad de Daiwa Ichiban.

–Algunas veces creo que sustituimos las palabras por el pensamiento real -continuó Kurata, mientras una tenue brisa, fresca porque ya eran las últimas horas de la tarde, agitaba las hojas de la única planta de bambú en el jardín de piedra-. La actividad febril no puede remplazar la intención.

Permaneció en silencio de nuevo y miró a lo lejos, hacia el seco paisaje del jardín de Daisen-in. Creado en 1529 por el poeta, pintor y maestro del té Soami, las oscuras y escarpadas rocas y la gruesa y pulida arena marrón, rastrillada para imitar las corrientes de un río, representaba montañas y riachuelos y, en ellos, la ilusión de la tierra que apuntaba a la ilusión suprema de la vida misma. Un barco de piedra navegaba por las corrientes de arena.

–El amo Sugawara es un joven inquieto -dijo Matsue al fin-. Me temo que su contacto con los norteamericanos ha provocado que su adaptación haya sido difícil.

Kurata asintió en silencio.

–Es un buen hombre. Quiere complaceros, hacer las cosas bien -continuó Matsue.

–¿Pero está preocupado porque algunas veces duda de que complacerme y hacer lo correcto sea lo mismo? – Kurata inclinó la cabeza y miró al

anciano que tenía al lado.

-*Hai*, Kurata-*sama*. Como siempre sois perspicaz -respondió.

De nuevo, Kurata asintió como si fuese su obligación. – La verdad siempre está cerca, sólo que, para encontrarla, tenemos que abandonar las palabras, la lógica, la metafísica y buscar la iluminación. De otra manera, nos convertiríamos en seres iguales a las grandes masas, que están rodeados de agua y piden que les den de beber.

Matsue permaneció en silencio. Las últimas horas del mediodía daban paso al atardecer, el frío viento parecía llevarse volando la luz del día, igual que si fuese humo. Tembló pero no de frío; algo tan oscuro como la noche se acercaba.

Kurata se dirigió hacia la puerta del jardín e hizo una serie de movimientos con las manos. Poco después, uno de sus guardaespaldas le llevó una pequeña manta y la colocó sobre las espaldas de Matsue.

–Muchas gracias, Kurata-*sama*. Los años han hecho mella en mi cuerpo.

Kurata inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

–En el mundo de las palabras y la lógica, Akira actúa bien a pesar de sus conflictos. Lo que vemos y describimos va bien.

De nuevo, volvió la cabeza hacia el jardín, buscó en él como si pudiese encontrar respuestas. La brisa volvió a soplar, más cortante, más fría. Permanecieron en silencio durante más de media hora, mientras los restos de luz diurna se desvanecían en el cielo. Cuando Kurata habló de nuevo, su voz era firme, decidida.

–Presiento los problemas, viejo amigo -dijo Kurata al fin-. Algo que recorre profundamente mi interior y sobrepasa mi capacidad para expresarlo en palabras. Temo que, tal vez, he depositado demasiada confianza en él, demasiado pronto -hizo una pausa.

–He fallado en instruirle de forma correcta -dijo Matsue.

Kurata negó con la cabeza.

–El mejor jardinero no puede cultivar flores en la piedra. No, los acontecimientos de estos últimos días han hecho que me detenga a reflexionar. Sólo puedo decir que deberíamos vigilar con mucha atención a nuestro joven Sugawara. Seguir sus pasos, observar sus acciones de estos últimos días, las últimas semanas; determinar si hay alguna razón objetiva para la inquietud que no puedo definir ahora con palabras.

Kurata se puso en pie y alargó una mano a Matsue. El anciano la tomó agradecido y se alzó. La manta resbaló por sus hombros y cayó al suelo. Kurata la recogió y la colocó de nuevo alrededor de los encorvados y viejos hombros del anciano.

–Sólo el tiempo dirá si el joven Sugawara está a la altura del destino que puede llegar a ser suyo. Tiene que llevar a cabo la grandeza de *Yamato minzoku,* aceptar la responsabilidad de su nacimiento. Nosotros somos los *shido minzoku;* y nosotros, nuestra familia, somos la luz que guía a esta raza realmente única y pura -dijo Kurata.

Se dirigió hacia la puerta del jardín, caminando despacio puesto que Matsue caminaba lentamente, arrastrando los pies a su lado.

-*Yamato minzoku* permanece fuerte porque somos puros, y somos puros porque permanecemos fuertes contra el embate de la contaminación. Sugawara ascenderá porque es su derecho o tendrá que morir. No hay otra alternativa en el camino a la pureza -dijo Kurata.

-*Hai,* Kurata-*sama*.

Capítulo 44

El impacto fue una explosión que empezó con el ruido del bate de béisbol de aluminio volando por el aire, el golpe del bate y el prolongado y lloroso lamento de una anciana que vivía un infierno más allá del dolor.

Beatrix VanDeventer se retorcía agónicamente sobre el frío y descarnado suelo de cemento del sótano de su casa, y suplicaba piedad.

Sheila Gaillard reía y la empujaba con el extremo del bate. VanDeventer gimió de nuevo.

–Podemos mantenerte con vida durante días. Horst tiene preparación médica para ello -dijo Gaillard.

Ella miró a Horst Von Neuman, de pie entre las sombras, cerca de la escalera. Oyó pasos en el piso de arriba de otro de sus efectivos que estaban escudriñando la casa en busca de pistas.

–Te dejaremos en paz cuando me digas los nombres del resto de tu patético grupito.

VanDeventer gimió de nuevo.

Sheila movió la cabeza y la sacudió con el bate.

–Tú decides.

El móvil de Sheila Gaillard sonó con un único tono que la avisó que recibía una señal de entrada encriptada. El teléfono sonó de nuevo, con sus delicados tonos casi perdidos en el cavernoso sótano.

Sheila bajó la pesada barra de doce kilos que usaba para golpear las espinillas de Beatrix VanDeventer y fue hasta el teléfono.

–Déjame sola un momento. Comprueba que lo hacen bien. Quiero confirmar la información de esa zorra, asegurarme que no me ha dado deliberadamente una información equivocada -ordenó a Von Neuman.

El teléfono sonó de nuevo; ahora los lamentos de VanDeventer suplicando la muerte apenas se escuchaban. Von Neuman asintió y subió las escaleras, proyectando largas sombras en el cavernoso sótano.

Gaillard se secó el sudor de las manos, fue hasta su bolso y, después de echar una ojeada al mapa que señalaba dónde se encontraba aquella perra de Blackwood, sacó el teléfono, pulsó la tecla del receptor y dijo:

–¿Diga?

Después de una pausa, continuó:

–Kurata-*sama*, es un placer escucharle.

Permaneció allí de pie, con la vista puesta en VanDeventer, disfrutando de escuchar sus apagados lamentos de agonía con un oído y las agradables noticias que recibía por teléfono con el otro.

Sheila sonrió.

Sugawara conducía despacio por la bien cuidada calle arbolada; redujo la marcha mientras se aproximaba a la gran casa de ladrillo de tres plantas. Guió el Volvo alquilado hacia la acera y miró de nuevo el mapa y el trozo de papel escrito a mano con las direcciones que la gente de Sheila le había dado en la sala de conferencias, que habían hecho suya, en las oficinas de Daiwa Ichiban, en Shiphol. Su gente había sido deferente, respetuosa. No habían dado órdenes de detenerle ni de enviarle de nuevo a Tokio o, algo peor, entregarlo a la víbora.

Sin embargo, los intensos calambres provocados por el temor no le habían abandonado en ningún momento. Sugawara miró el asiento junto al suyo, encima de él estaba la pequeña bolsa de mano azul de las líneas aéreas, con el logotipo de KLM, que había comprado en el aeropuerto. El termo con el Ojo de fuego estaba metido entre papeles, un jersey y artículos de aseo. Sheila Gaillard era rápida, impredecible, y él estaba preparado para moverse con rapidez ante ella.

La oscura casa de ladrillo estaba apartada de la calle por un ancho césped, tachonado de árboles y adornado con elegantes parterres de flores, dispuestos con estilo por algún diseñador profesional. Una alta verja de hierro forjado con las puntas en forma de lanzas medievales bordeaba la acera. Los jueces del tribunal internacional de justicia vivían bien, pensó.

La entrada para coches estaba abierta y conducía a un sendero pavimentado con ladrillos, bordeado de arbustos. Sugawara guió el Volvo hacia el largo camino curvo y aparcó detrás de un Mercedes y un BMW. Salió, se colgó la bolsa al hombro y caminó hacia los anchos escalones; la puerta se abrió antes de que pudiese llamar al timbre. Un hombre alto y delgado, que no había visto antes, uno de los efectivos de Kurata, obviamente, abrió la puerta y asintió con la cabeza. Sugawara entró en la casa.

–Sígame por favor -dijo el hombre cortésmente, con acento alemán.

–Por supuesto.

Pasaron por un vestíbulo lateral. El suelo de la casa estaba cubierto con desgastadas alfombras persas y de las paredes colgaban retratos al óleo que supuso que eran antepasados de VanDeventer.

Al final del vestíbulo, el hombre delgado que le precedía abrió una puerta exterior que conducía a un tramo de escaleras que bajaban al sótano. Nada en su vida podría haberle preparado para la escena de puro horror y sufrimiento que le dio la bienvenida al llegar al final de las escaleras.

Lo primero que le impactó fue el olor; las notas cobrizas del temor se enlazaron con los hedores de sulfuro y amoníaco de despojos humanos. Cuando sus ojos se acostumbraron a la cruda luz, vio el cuerpo torturado e hinchado de Beatrix VanDeventer echado de cualquier manera, sobre el suelo de cemento, rodeada por una gran mancha de sus propios fluidos. Tenía los ojos vidriosos, estaban abiertos de par en par por el dolor, sus labios hinchados susurraban algo que él no podía oír.

Se detuvo en seco y cerró los ojos, rezando para que aquello fuese una horrible pesadilla de la que se despertaría pronto.

–Bienvenido, Akira -dijo Sheila.

¡Akira! Ella nunca antes se había tomado esa familiaridad con él. Abrió los ojos e intentó apartar la vista de la carnicería del suelo; la mirada de Sheila era distinta pero igualmente estaba consumida por sus propios horrores.

Vestía un ajustado mono de material elástico sintético que resaltaba sus enormes pechos, aumentados quirúrgicamente; sostenía en la mano un bate de béisbol de aluminio.

–Kurata-*sama* ha llamado para comunicarme que estabas en camino -dijo Sheila a Akira.

Después, dijo a Von Neuman, que había seguido a Sugawara escaleras abajo:

–Toma su bolsa.

El miedo explotó en el vientre de Sugawara como gasolina ante una llama. Quiso darse la vuelta, huir, agarró la bolsa. Pero el hombre alto y delgado era muy rápido y muy fuerte, y la espeluznante escena lo había impactado y paralizado. Se sintió indefenso, por otra parte, se había apoderado de él la casi sensible inmovilidad que clava los pies al suelo de alguien que sueña que un tren avanza rugiendo a toda velocidad, pitando y echando fuego y humo, y no puede apartarse.

Sugawara se esforzó en reconstruir un todo a partir de los fragmentos de la escena hecha añicos. Sin embargo, se encontró a sí mismo soltando la bolsa y cayendo hacia atrás cuando el hombre alto lo obligó a sentarse de golpe en una silla de respaldo recto.

Sugawara respiraba con rapidez bocanadas de pánico; miró fijamente a Sheila.

–Tu tío está preocupado por ti. Quiere que te vigile -dijo Sheila.

El violento miedo que embargó a Sugawara le sumergió en un oscuro e intenso terror que se instaló en sus entrañas, en lo más profundo de su alma.

–Quiero que colabores conmigo -dijo Sheila, acercándose a él. Se puso frente a él, tan cerca, que el rostro del joven casi rozaba el monte de Venus.

Luego se arrodilló delante de él, sujetó su rostro y lo hizo girar hacia el cuerpo destrozado de la juez.

–Quiero que veas lo que sucede a la gente que no coopera.

Se inclinó y empujó el cuerpo roto de la mujer con el bate. El sonido apagado de un lamento, parecido al murmullo de un sombrío viento a través de viejos edificios abandonados, llenó el sótano.

–Éstas son las cosas que me ponen contenta, Akira.

Sugawara sintió náuseas, hizo una arcada y después otra, pero evitó vomitar.

–Excelente -dijo Sheila y se incorporó.

Se dirigió hacia la bolsa de mano de Sugawara, abrió la cremallera, revolvió en su interior y, rápidamente, sacó el contenedor del termo, como si ya supiese que iba encontrarlo allí. Abrió el cierre de velcro de la bolsa de gel y sacó el termo.

–Vaya, vaya…, ¿qué tenemos aquí? – murmuró.

Capítulo 45

Akira Sugawara vio que la balanza de su vida dejaba de inclinarse a su favor.

Como si se tratase de una imagen congelada, por un instante vio a Sheila Gaillard sosteniendo el contenedor del termo en su soporte especial de gel; su mirada sonriente era una máscara diabólica de pura maldad, con los ojos brillantes por la locura. Por el rabillo del ojo vio al delgado alemán inclinándose hacia él; en el suelo, los restos desfigurados y descoloridos de la juez del tribunal internacional de justicia, Beatrix VanDeventer.

Los sonidos llegaban a él con intensidad en aquel momento congelado en el que su vida había dado un vuelco; pasos y golpes que resonaban en los pisos superiores, los distantes murmullos del tráfico, el sutil silbido del calentador de agua, situado en algún rincón del abarrotado sótano, lleno de cajas, roperos de cartón madera, muebles viejos y un montón de cosas acumuladas durante toda una vida.

Él había visto trabajar a Gaillard, le había oído explicar muchísimas veces lo que hacía cuando actuaba fuera de su vista. Sabía que ella contaba con la docilidad de la víctima para asumir el control inmediato y, después de hacerlo, una vez consolidaba su dominio, no había forma de escapar.

El hombre delgado se echó hacia delante cuando Sheila tiró del velcro de la bolsa del termo. Entonces, Sugawara supo que tenía una oportunidad, a la desesperada, y que ésta habría pasado al siguiente medio segundo. Pensó que era mejor morir intentando escapar, que suplicar una piedad que nunca llegaría y acabar despedazado a golpes, desmembrado, destripado o defenestrado vivo como las víctimas de la Unidad 731 de Ishii.

Concéntrate, pensó mientras se dejaba llevar por el extensivo entrenamiento en artes marciales, basadas en la disciplina zen, que había practicado desde su más tierna infancia. Encuentra el centro, visualiza el movimiento. Después, con una intención tan profunda que sobrepasó el

pensamiento consciente, Sugawara salió disparado de la silla y agarró el termo de las manos de Sheila.

–¡Eh! – exclamó ella, alzando el bate.

Sosteniendo el termo contra el pecho como si se tratase de una pelota de rugby, Sugawara se lanzó por encima de un sofá y, enseguida, escuchó el ruido del bate cortando el aire tras él.

Strike uno.

Se puso en pie como pudo y se dirigió a la parte más oscura del sótano. Pero no podía esconderse de Sheila, que saltaba como una gata en dirección a él.

–¡Quédate junto a las escaleras! – gritó Sheila al delgado alemán mientras se acercaba, rápidamente, a Sugawara.

Éste viró y se protegió tras un armario justo cuando Sheila balanceó el bate contra él otra vez. El ruido de la madera aplastada astillándose resonó por el aire detrás de la cabeza de Sugawara.

Strike dos.

Sugawara corrió, se abrió paso, se arrastró, luego se dio cuenta de que la mujer le estaba guiando de nuevo hacia las escaleras. Se detuvo en seco y se enfrentó a Sheila. El inesperado movimiento la detuvo un instante; el joven alcanzó a verle la cara de ave de presa, sonriente, disfrutando de la persecución. Ella se humedeció los labios y le brindó una sonrisa que era completamente sexual.

–¡Vamos, cariño! – su voz era grave, ronca-. Me conoces lo suficientemente bien para saber que no puedes escapar de lo inevitable.

Sus ojos eran cautivadores, persuasivos. Él sabía que podía paralizar a su presa como una cobra. Apartó los ojos de su mirada. Después escuchó los zapatos del alemán que crujían sobre el polvo del cemento del suelo, a su derecha; Sugawara se lanzó hacia la izquierda y se deslizó sin esfuerzo hacia la oscuridad total, entre dos cajones de embalar. Dio dos pasos sin problemas, sin embargo, algo como una especie de cuerda se le enredó en un tobillo, cayó bruscamente, y se dio un golpe en la cabeza contra uno de los cajones. Como un puño invisible, el suelo de cemento se abalanzó hacia él en la oscuridad, y le golpeó en el costado, dejándolo sin respiración.

La oscuridad dio vueltas a su alrededor un instante, como si estuviese aturdido por haber bebido más de la cuenta. No oyó que se acercaba. La presintió más que vio que caía sobre él. Estaba echado en el suelo,

completamente inmóvil, sobre su costado en el estrecho pasillo e intentó controlar su respiración, expirar por la boca, inspirar poco a poco, expirar también despacio, pasando por alto la necesidad, la compulsión mortal, de inspirar ávida y profundamente una gran bocanada de aire.

Incluso sin el bate, él sabía que ella era mucho más experta que él en artes marciales y que podría, sin ningún esfuerzo, abatirle o matarle tan sólo con sus manos.

No estaba a su altura. En cualquier segundo, un golpe atravesaría la oscuridad y el juego habría terminado. Necesitaba un arma, un ecualizador. Su mente pensaba a toda prisa y se le ocurrió un atisbo de plan. Pero, para que funcionase, necesitaba tiempo.

Pensó frenéticamente. ¿Era diestra o zurda? Intentó visualizarla bebiendo, usando un cubierto. Luego la vio en el sótano, empujando a la pobre mujer con el bate…, que sostenía con la mano derecha.

Puso su vida en esa única visión, rodó contra el cajón que estaría a la derecha de Sheila; le haría perder el equilibrio o la obligaría a usar su mano izquierda para apoyarse. Mientras rodaba, buscó a tientas el cierre del termo. En aquel mismo momento, escuchó el terrible sonido del bate y luego un intenso destello blanco que estalló detrás de sus ojos, cuando el bate chocó contra su mano izquierda. Su brazo quedó inútil durante un momento mientras rodaba sobre su espalda y daba patadas en la oscuridad.

Otro golpe impactó contra la suela de su zapato izquierdo, enviándole el temblor de la vibración directamente a la cadera. Rodó de nuevo y dio media vuelta, media voltereta hacia atrás, y el bate de metal golpeó con fuerza el cemento donde había estado su cabeza, soltando una minúscula chispa que destelló en la oscuridad.

Sugawara se esforzó en ponerse en pie, deseaba que su brazo izquierdo respondiese, sujetó el termo apoyándolo contra su costado mientras sacaba la tapa con la mano derecha. Luego dio la vuelta al cajón, a continuación se desplazó hacia su derecha para dejarle muy poco espacio para balancear el bate.

Allí había una luz tenue; Sugawara se puso en cuclillas y se agachó tanto como pudo en el suelo; rezó para que la suerte estuviese de su parte.

Un segundo después, el bate llegó silbando por la esquina y golpeó el cajón, unos centímetros por encima de su cabeza.

Strike tres.

Al ponerse en pie, vio el tenue perfil del rostro de Sheila, que cogía impulso para asestar otro golpe. Sugawara, entonces, hizo lo imprevisible, fue hacia ella y se colocó dentro del arco del balanceo del bate.

Observó su sonrisa mientras se acercaba. Ella dejó caer el bate. No obstante, antes de que pudiera poner en movimiento sus manos mortales, él balanceó el termo y le echó el nitrógeno líquido a la cara. Entonces visualizó la carne congelándose hasta alcanzar la solidez, al instante; y volvió a salpicar sus ojos abiertos con los restos del líquido que quedaba.

El descarnado grito que atravesó la oscuridad pareció resonar en la espina dorsal de Sugawara, por el dolor que había ocasionado.

–¿Sheila? – gritó el hombre alto y delgado.

Sugawara escuchó sus pasos correr hacia ellos.

Sin tiempo que perder, Sugawara dejó el termo en el suelo y recogió el bate de aluminio. Cuando se agachó, vio el débil brillo de uno de los viales del Ojo de fuego en el suelo, parecía intacto. Por un momento pensó en si se habrían derramado, si alguno de ellos se habría roto.

Después, Sugawara se incorporó y vio el haz de una linterna que se balanceaba en la oscuridad. Sugawara alzó el bate justo cuando el hombre dobló la esquina que formaba el cajón, tambaleándose, con una pistola en la mano.

El húmedo chasquido del crujido que hizo el bate al golpear con fuerza la cara del alto alemán marcó un contrapunto percusivo a los gemidos de dolor de Gaillard. El alemán se dobló y cayó al suelo, como un pájaro abatido por un disparo.

Sin pensarlo conscientemente, Sugawara se metió en el bolsillo la pistola, en la oscuridad le pareció que era una especie de automática, luego usó la linterna para supervisar la escena. Sheila Gaillard estaba arrodillada entre una nube de condensación del nitrógeno líquido. Se agarraba la cara y gemía, meciéndose hacia delante y hacia atrás.

No había ningún cambio en el ritmo de los ruidos que provenían de los pisos superiores. Los hombres que estaban allí, sin duda desde hacía bastante tiempo, estaban habituados a los gritos de las torturas que provenían del sótano.

Sugawara sacó la pistola del alemán y vio que era una Beretta. Rápidamente descubrió que había una bala ya en la recámara. Soltó el seguro. Luego apuntando a Sheila con la pistola, porque sabía que podía ser

letal incluso herida, Sugawara recogió el vial intacto del Ojo de fuego que pudo encontrar y lo colocó de nuevo en el termo.

Sentía un hormigueo en la mano izquierda, y aunque el hombro izquierdo le dolía con intensidad todavía podía mover el brazo.

Mientras Sheila continuaba quejándose, Sugawara volvió a cerrar el termo, se colgó la tira de la bolsa al hombro y corrió hacia las escaleras. Un lamento de la mujer torturada le detuvo. Susurraba algo. Fue hacia ella y se arrodilló a su lado. Sus ojos se abrieron y, a través de la tormenta de dolor que se reflejaba en ellos, fijó la vista en él con una mirada conmovedora y susurró:

–Mátame, por favor. Mátame ahora.

Impactado, Sugawara se levantó. Miró la pistola que sostenía en la mano. Apuntó al rostro de la mujer de pelo gris. Cerró los ojos, pero no pudo hacerlo.

Avergonzado, abrió los ojos y apartó su mirada de ella. Entonces vio el mapa y el bloc lleno de notas escritas a mano, con la letra que reconoció como la de Sheila Gaillard.

Tomó el mapa, arrancó las notas del bloc, las dobló de cualquier manera y las metió en su bolsa de vuelo junto con el termo. Subió las escaleras de tres en tres. Cuando abrió la puerta de la calle, sonó un grito de alarma.

–¡Alto! – oyó que gritaba alguien mientras abría la puerta y corría a toda velocidad hacia el Volvo alquilado, buscando las llaves a tientas en los bolsillos.

Poco después, un hombre apareció en el umbral de la puerta. Sostenía un arma. Sugawara corrió a cubrirse tras la parte trasera del BMW y una bala impactó en la rueda trasera del coche.

Se escucharon más voces.

Sugawara rodeó agachado el maletero del BMW y disparó, pero no consiguió dar en el blanco; sin embargo, hizo que el pistolero corriese a buscar refugio. Entonces aprovechó la ocasión para correr hacia el Volvo, abrió la puerta, echó dentro la bolsa que llevaba y después subió al vehículo. Mientras introducía la llave en el contacto y lo ponía en marcha aparecieron más hombres.

Apuntando a los hombres con la Beretta, Sugawara disparó a través de la ventanilla alzada del lado del pasajero. La ventana desapareció entre una

lluvia de cristales empañados hechos añicos. Uno de los hombres hizo fuego y, luego, se escondió detrás de una columna.

El estárter del Volvo chirrió y luego se puso en marcha de inmediato. Sugawara se agachó, puso una marcha, sujetó el volante y pisó el acelerador a fondo. El Volvo se abalanzó hacia delante, rodeó el BMW derrapando y escapó por el camino, esquivando por poco un gran olmo. El movimiento errático despistó a los sicarios. Pero éstos sabían que escaparía por la verja abierta que daba a la calle.

Cuando el Volvo se acercó a la calle, los disparos se hicieron más precisos e impactaron en la carrocería, hicieron estallar el parabrisas y las ventanillas traseras.

Al llegar a la calle, Sugawara sintió que una bala penetraba con fuerza en su costado.

Capítulo 46

El sol del mediodía proyectaba largas sombras mientras los días, cada vez más cortos, se arrastraban hacia otro invierno en altas latitudes.

Reconfortada por el día, Lara Blackwood paseaba pensativa por un pequeño dique que bordeaba la granja de tulipanes. «Granja de tulipanes» era el nombre que se le daba, aunque ahora era poco apropiado porque en la actualidad se cultivaban todo tipo de bulbos y contaba con invernaderos de rosas que comercializaban con destino al mercado internacional. Sin embargo, habían empezado con los tulipanes hacía doscientos años, y se le había quedado ese nombre.

Miró a lo lejos, hacia un campo distante donde un tractor arrastraba el extraño artilugio de una máquina por un campo de plantas que no supo identificar. Detrás de la maquinaria, el polvo flotaba, rodaba brevemente y luego empezaba a depositarse en el suelo de aquel día sin viento. Lara se enjuagó el sudor de la frente.

Alcanzó el final del dique de tierra, miró hacia el oeste y pensó que podía haber hecho las cosas de forma distinta. Mucha gente había muerto. Muchos más morirían. Nada de lo que pudiese pensar aliviaba la pesada piedra oscura que oprimía su interior. Al final se dio la vuelta y se dirigió a un sendero sin asfaltar, en lo alto del dique, que la llevaba de la carretera principal a la casa de tulipanes. Desde allí, la vieja granja no podía verse,

oculta por una hilera de invernaderos. En la dirección de la carretera principal, vio una columna de polvo que indicaba la llegada de un vehículo.

El ruido del coche que se aproximaba se hizo más fuerte a medida que ella se acercaba al primer invernadero.

De repente, un claxon empezó a sonar, urgente, largo, fuerte. Lara se dio la vuelta y vio que un Volvo abollado se dirigía a toda velocidad hacia ella. A medida que se acercaba, se fijó en que había agujeros de bala en el parabrisas. Vio aterrorizada que el coche, de repente, viraba, salía de la carretera y atravesaba como un bulldozer las paredes de cristal del invernadero más cercano.

Los cristales estallaron en una lluvia de fragmentos que le recordaron una avalancha alpina. Corrió hacia el boquete que había abierto el coche. El claxon aún resonaba mientras escalaba por las marañas de rosales destrozados y se aproximaba al Volvo, que se había detenido al chocar contra un pilar de acero que sostenía la armadura de la cubierta. El maletero y el guardabarros traseros estaban repletos de agujeros de bala.

El olor a gasolina impregnaba el aire; Lara se detuvo horrorizada al ver que se derramaba gasolina por la parte trasera del coche. En menos tiempo del que su mente necesitó para registrar el peligro, Lara vio que las primeras pequeñas llamas lamían el combustible. Quedó paralizada un momento, luego se obligó a olvidarse de la opresión que tenía en la boca del estómago y corrió hacia el Volvo, saltando por encima de la gasolina.

Echado sobre el volante, encontró a un joven japonés.

Intentó abrir la puerta pero estaba encallada. Varios agujeros de bala habían impactado en la puerta, uno directamente en la cerradura.

–¡Oh, fantástico! ¡Simplemente fantástico! – murmuró para sí.

El olor a gasolina era cada vez más fuerte; Lara se dirigió a la maraña de rosales, que le arañaron las piernas con las espinas, y pasó hacia la puerta del acompañante, que se abrió con facilidad.

El joven recuperó la conciencia cuando Lara se inclinó para sujetarlo. Las manos de Lara quedaron empapadas en sangre cuando envolvió con sus brazos el cuerpo del conductor y tiró de él para ponerlo a salvo. Acababa de sacar al joven del coche cuando, de pronto, el hombre se retorció y se libró de ella con una fuerza sorprendente y se lanzó de nuevo dentro del Volvo. Lara lo siguió.

Cuando sacó al conductor por segunda vez, el hombre sostenía con fuerza un objeto cilíndrico cubierto de tela. Lara quiso agarrar quitarle el objeto de las manos, pero el joven lo sujetó como si le fuera la vida en ello.

–¡No! ¡No! ¡No lo toque! – gritó en un inglés sin acento.

Lara arrastró al joven lejos del Volvo.

–No…, no lo abras -murmuró el joven-. Muerte dentro. Muerte dentro. ¡No lo abras!

En aquel preciso instante, la gasolina se incendió con un gran estruendo.

Capítulo 47

La puesta de sol derramaba sus rayos granates y anaranjados por las ventanas de la habitación de la casa de tulipanes y proyectaba su resplandor sobre las personas que estaban reunidas alrededor de la cama de Sugawara.

Ninguno de ellos aún había encendido la luz, tan absortos estaban todos con la historia que éste les explicaba. En ausencia de iluminación moderna, la escena estaba pintada con colores cálidos y naturales, modelados por la luz y las sombras que le conferían al conjunto el aire de un cuadro pintado por Vermeer; Sugawara estaba echado en la cama, apoyado en almohadas y cubierto con un edredón cosido con las minúsculas y regulares puntadas de una mujer que no tenía ni idea de que su trabajo desempeñaría un papel en la escena central de un relato; sentados en sillas a un lado de la cama de Sugawara estaban Falk, Noord y el médico que había llegado en helicóptero desde Rotterdam. Sus alargados rostros neerlandeses, arrancados directamente de principios del siglo pasado, le conferían verosimilitud al cuadro. Sólo una gruesa bolsa de plástico con sangre dentro, que colgaba del soporte de acero inoxidable con el fluido intravenoso y el tubo en el brazo de Sugawara, remitía la escena al presente.

El médico había diagnosticado que la bala que hirió a Sugawara entró justo por debajo del omóplato izquierdo y había salido limpiamente bajo el brazo. No había tocado las arterias más importantes por una fracción de milímetro.

–Es joven, está sano y en buena forma. Que beba mucho líquido y pronto se encontrará bien -dijo el médico.

Al lado de la ventana, Lara estaba sentada en una silla de respaldo recto, con el rostro pintado con colores cálidos por la puesta de sol, contorneado

con suavidad, haciendo contraste con el brillo de sus ojos; el resplandor azabache de su pelo fluía en la dorada penumbra.

En un oscuro rincón, al lado de la puerta donde el sol del atardecer había dado paso a la noche, estaba sentado un hombre chino, silencioso y vehemente, que acababa de llegar justo unos minutos después del accidente de Sugawara.

Lara se esforzó en recordar el nombre del chino; las presentaciones habían sido apresuradas, la escena caótica mientras buscaban atención médica para Sugawara e intentaban apagar el incendio para no tener que llamar a las autoridades.

Por más que intentó recordarlo, lo único que le vino a la cabeza a Lara fue que era un hombre de Al-Bitar. Estaba muy bien financiado por una firma asiática de semiconductores y era el jefe de las operaciones asiáticas de *Shinrai.* En principio había llegado para organizar un viaje a Singapur, que seguramente tendría que cambiar después de lo que Sugawara tenía que explicarles. Xue, Lara recordó finalmente, que se pronunciaba más o menos como «Schwerh». Victor Xue. Así se llamaba el hombre.

Sólo faltaba DeGroot. El mismo helicóptero que había traído al médico se había llevado a DeGroot y la muestra del Ojo de fuego que le había proporcionado Sugawara, al reconocido laboratorio de investigación médica de la Universidad de Leiden.

En las horas siguientes a la partida de DeGroot, Sugawara los había sorprendido con sus detalladas revelaciones sobre la organización de Kurata y la operación Tsushima.

–Bien, creo que tenemos que estar preparados para lo peor -dijo Falk a Lara, asintiendo con la cabeza.

Con DeGroot ausente, el anciano militar había asumido el mando del grupo.

–Esto significa que tenemos que estar preparados para detener «esa cosa».

Todos asintieron con la cabeza y murmuraron algunas palabras para mostrar su acuerdo. Noord encendió la lámpara de la mesilla de noche, cuando los últimos rescoldos del día se desvanecieron en la oscuridad.

–¿Cuándo dices que crees que va a ocurrir todo eso? – preguntó Noord.

–No lo he dicho aún -replicó Sugawara.

Alargó el brazo para tomar el vaso de leche que estaba sobre la mesilla de noche y, sediento, bebió un largo trago.

–Pero sucederá -cerró los ojos un momento- dentro de cinco días exactamente.

Se escuchó una exclamación colectiva en la habitación.

–¿Cinco? – Noord se quedó con la boca abierta, sus mandíbulas se movían pero no pudo expresar ni una palabra más.

Sugawara asintió, luego se terminó la leche.

–Te traeré más -dijo Lara.

Alargó la mano para tomar el vaso vacío, mirando atentamente el rostro del joven. Vio unos rasgos angulosos y fuertes, con unos ojos oscuros y atractivos que irradiaban una profunda y sólida inteligencia a pesar de los calmantes que el doctor le había suministrado.

A ella le había sorprendido su fuerza, cuando lo sacó aturdido y sangrante de los restos en llamas del accidente de coche, y la tenacidad con la que había guardado las muestras del Ojo de fuego contra sí hasta que la pérdida de sangre lo sumergió en el profundo vacío de la inconsciencia.

–¿Y cómo van a distribuir el Ojo de fuego? – preguntó Falk.

Sugawara describió la escritura en el cielo y la comuna agrícola que tenía la secta religiosa.

–Realmente son bastante secretistas y paranoicos. Y, además, muy capaces. Están ubicados en un remoto valle al oeste de Tokio -explicó.

Falk dejó escapar un suave silbido de frustración.

–Cinco días -dijo-. Remoto, bien guardado, paranoico -inspiró profundamente y dejó escapar el aire de manera audible.

Entonces, Falk insistió a Sugawara:

–¿Estás completamente seguro de que todos los que ocupan algún cargo oficial que pueda detener esa operación Tsushima ya han sido captados por la organización de Kurata?

Sugawara asintió con la cabeza y dijo:

–Estoy casi completamente seguro. Yo mismo me encargué de esa cuestión -se sonrojó y bajó la cabeza avergonzado-. Recuerden, es un hombre muy poderoso, controla a los miembros del Diet y ejerce un enorme poder en todos los departamentos, incluso en el ministerio de justicia y en la policía. Sin embargo, creo que hay algunas personas en posiciones menos importantes, gente más joven, que estaría dispuesta a ayudar, pero no tienen

poder puesto que ocupan posiciones de menor importancia. Ciertamente no serán de ayuda a corto plazo…, y es lo que ahora cuenta.

Noord sacudió la cabeza y miró a Falk.

Falk también movió la cabeza.

–No hay tiempo para un asalto físico. Está muy lejos; además necesitamos eliminar el virus real y las instalaciones que lo producen. Y ambos edificios están fuertemente custodiados. Para poderlo llevar a cabo necesitaríamos casi los mismos efectivos que se requieren para una invasión, y no hay forma de mantener esas cosas en secreto.

Todos los que estaban en la habitación asintieron de forma desalentadora.

–Eso sin mencionar el hecho de que un asalto físico correría el riesgo de liberar y propagar el Ojo de fuego al medio ambiente -apuntó Lara.

Calló un momento, pensativa.

–Sin embargo, lo único que necesitamos es un poco de tiempo. Y, gracias al señor Sugawara, tenemos pruebas irrefutables de la implicación de Kurata. Lo que necesitamos es retrasar todo esto para que nos dé tiempo a que el mundo lo sepa.

–No hay tiempo -insistió Sugawara-. Kurata y Daiwa Ichiban están demasiado arraigados, son demasiado poderosos para que esas revelaciones tengan efecto inmediato. A largo plazo tal vez. Pero cinco días no es suficiente tiempo para que la gente nos crea.

Lara asintió con la cabeza, despacio. Ella y Akira se miraron fijamente a los ojos, sosteniendo la mirada el tiempo suficiente para sentir la íntima conexión que los unía, una comunicación demasiado profunda para ser articulada por un pensamiento consciente.

–Todo lo que necesitamos…, lo que necesitamos es magia -dijo Noord, sombrío-. O la mano de Dios para que detenga esa operación Tsushima y destruya la instalación que produce esa cosa.

El pesimismo flotó durante mucho tiempo por la habitación, como si estuviesen en un funeral. Finalmente, Lara habló.

–Ni magia ni la mano de Dios -apuntó. Las cabezas se volvieron expectantes hacia ella. – Tenemos que combatir la ciencia con ciencia -dijo ella.

Sugawara sentía que la habitación aparecía y desaparecía como una señal pobre de televisión, sin acabar de irse, sin acabar de estar allí, una

imagen inestable y borrosa, a causa del dolor punzante que latía en su costado.

Le había ayudado a hablar, a confesar. El dolor de las palabras, los profundos retazos a partir de la nueva realidad que se había creado, le había distraído del dolor físico intenso que le producía la herida de bala. A medida que transcurría el tiempo y describía la operación de Kurata con todos los detalles, que nunca habían sido escuchados por extraños, la enormidad de todo ello había empezado a oprimirle el corazón como una gran piedra.

Día a día había vivido la vida que había decretado su tío. Como muchas personas, había trabajado día tras día, una tarea aquí, un logro allí. Se dio cuenta de que era igual que la gente que vive en un complejo residencial en una hermosa montaña y conduce hacia el trabajo cada día, con los ojos puestos en la carretera y mirando a lo lejos a la vida mundana que encontrarían unas horas más allá, sin darse cuenta jamás del paisaje.

Sólo que él había estado rodeado por una vasta telaraña de maldad que pasó por alto.

Pero ahora que Sugawara se había decidido a contar a esos desconocidos todo lo que sabía, al ordenar la información para que fuese más comprensible, las piezas encajaban y formaban un aterrador conjunto que hacía que se avergonzase aún más de su participación. ¡Si tan sólo hubiese empezado a mirar todo en su conjunto, en lugar de centrarse de forma individual en cada una de las piezas que habían pasado por sus manos! La comprensión de todo ello le provocó un gran vacío, como un oscuro pozo sin fondo en sus entrañas que hacía que quisiera morir.

«… Ciencia con ciencia», Sugawara intentó pasar por alto su dolor cuando la hermosa mujer que le había salvado la vida habló. Su voz sonaba en sus oídos como música, una sinfonía.

–Uno de los más famosos científicos occidentales, Louis Pasteur, subrayó en una ocasión que «la suerte favorece a la mente preparada». Creo que se me ha ocurrido algo, a resultas de hechos oportunamente casuales, y que puede mostrarnos el camino para conseguir nuestro objetivo -hizo una pausa.

A su alrededor, las cabezas se inclinaron para escuchar con atención, las cejas se arquearon, e inclinaron el cuerpo hacia delante en las sillas.

–En primer lugar les voy a contar una historia -Lara continuó y les explicó a continuación los problemas que había experimentado con los aparatos electrónicos del *Tagcat Too,* incluida la pérdida de su embarcación en la costa neerlandesa.

–¡Sí! – dijo Sugawara-. Me pasó el mismo fenómeno. Afectó a la escritura en el aire e, incluso, a los instrumentos de medición en Tokio.

–Todo eso es muy interesante, en el aspecto intelectual -comentó Noord-. ¿Pero qué tiene que ver con detener al Ojo de fuego?

–Creo que tiene todo que ver con el tema. Sí me permite adelantarme, creo que la señorita Blackwood sugiere que utilicemos un arma electromagnética contra nuestros adversarios -avanzó Falk.

–Si no recuerdo mal, utilizamos algo así en Irak y, de nuevo, en ex Yugoslavia, ¿verdad? – preguntó Lara.

Falk sonrió, y luego asintió con la cabeza con entusiasmo.

–¿Un arma electromagnética? – preguntó Noord.

–Los circuitos eléctricos, en especial los microprocesadores y los ordenadores, son en extremo vulnerables a varios tipos de radiación electromagnética, en particular a determinadas altas frecuencias muy cortas del espectro visible. Lo estudié en la universidad y recibí entrenamiento al respecto como parte de mi servicio en las Fuerzas de Autodefensa. Luz, ondas de radio, televisión, microondas, todo esto son radiaciones electromagnéticas -explicó Sugawara.

Falk asintió lentamente y luego intervino.

–Tiene razón, señorita Blackwood, sobre el uso que los estadounidenses han hecho de esto. Tal vez recuerden ustedes que, durante la guerra del Golfo, se habló mucho de cómo los norteamericanos habían conseguido eliminar el sistema de defensa aéreo iraquí antes de enviar allí su aviación. Todos asintieron.

–No trascendió demasiado cómo lo habían hecho, excepto alguna mención de bombas inteligentes o algo parecido.

El militar hizo una pausa, como si decidiese si continuar y cuánto debía explicar. Sugawara tomó el vaso de leche y dio buena cuenta de él.

–Bien, eran armas de pulso electromagnético, EMP para abreviar.

–¿EMP? – preguntó Noord.

–En 1962, los estadounidenses detonaron un arma nuclear en la atmósfera sobre el Atolón de Johnston, en el Pacífico, a casi 1.300 km al sur

de Hawai. Se llamó operación Starfish y fue un momento crucial, tanto científico como militar -dijo Falk. Se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas-. Verán, cuando dispararon el Starfish, se apagaron las luces de las calles de Honolulú, se pusieron en marcha las alarmas antirrobo… La gente que tenía radios modernas con transistores descubrió que ya no funcionaban, el pulso electromagnético del arma nuclear había frito la silicona de los transistores. Bien, los semiconductores actuales son un millón, tal vez un billón de veces más delicados, de manera que sólo fue preciso media docena de armas EMP para freír todos los chips del sistema de defensa aéreo de Sadam Hussein.

–¿Los norteamericanos bombardearon Irak con armas nucleares? – exclamó Noord.

Falk sonrió y negó con la cabeza.

–Hemos aprendido a producir las EMP sin armas nucleares. Científicos en Los Alamos y en los laboratorios del Lawrence Livermore, junto con una compañía californiana llamada Maxwell Laboratories, han desarrollado esa tecnología. De hecho, para un tipo particular de bomba EMP, conocida como generador de compresión de flujo, la tecnología es tan simple y conocida, que los rebeldes chechenos construyeron una y la usaron en 1996 para eliminar un sofisticado sistema de seguridad ruso, y poder así entrar en un área fuertemente controlada. – Fascinante -dijo Noord.

–¿Cómo funciona? – preguntó Lara-. Soy bióloga pero sé muy poco de física.

–Yo tampoco tengo ni idea de física -dijo Noord-. Entonces, por favor, explícamelo con palabras sencillas.

–En términos sencillos -dijo Falk-, el EMP es un campo de fuerza muy breve, de unas billonésimas a unas millonésimas de segundo, pero de altísima intensidad, de hasta cincuenta mil voltios por metro cuadrado. Además, un cilindro del diámetro de dos bolsas de golf y no más alto que yo puede producir un pulso más poderoso que un rayo.

«Cuando ese pulso encuentra un objeto que pueda servirle de antena, como un teléfono, cables eléctricos, el fuselaje de una nave, vallas de metal, cables de las viviendas, circuitos integrados de metal dentro de un aparato o un ordenador, los circuitos impresos de metal en un chip semiconductor, puede inducir corrientes eléctricas medidas en miles de amperios -continuó Falk-. Por el contrario, la soldadura por arco eléctrico necesita tan sólo unos

cientos de amperios, algunas veces menos. Es un impacto muy breve que lo suelda todo y lo envía al infierno.

Deben de tener en cuenta que todos los aviones, los automóviles, los controladores industriales, en fin, casi todos los aparatos modernos, contienen microchips -añadió Xue-. Si se fríen los chips con EMP, los coches no funcionan, los aviones caen del aire, las fábricas se detienen, los procesos se paran. No puedes calentar comida en el microondas, ni ver la televisión ni jugar con la PlayStation.

–En la empresa principal de Al-Bitar, Singapore Electrochip, que tan generosamente apoya a *Shinrai,* invertimos gran cantidad de tiempo en intentar minimizar los efectos de la radiación electromagnética. Tenemos una serie de contratos con los departamentos de defensa de todo el mundo para producir lo que se podrían llamar chips reforzados y circuitos para ser utilizados en mecanismos y vehículos diseñados para sobrevivir a el EMP de una guerra nuclear.

–Ya lo recuerdo -dijo Lara vagamente-. Durante la Guerra fría, un piloto soviético hizo volar su Mig, un Mig 25 creo, hacia Japón. Cuando lo abrieron, los aparatos electrónicos estaban llenos de tubos de vacío, no de chips.

–Y Occidente se rió de los anticuados componentes -dijo Falk gravemente. Pero durante el tiempo suficiente para darse cuenta de que los soviéticos no usaban tecnología del pasado sino del futuro, diseñada para sobrevivir al EMP de una guerra nuclear.

–Recuerdo haber visto datos como parte de mi trabajo en Electrochip sobre ese tema, en los que se describía un aparato bastante pequeño, que era barato y entraba dentro de las capacidades de un técnico de garaje. Se produjo algún debate, pero no el suficiente, sobre cómo estos aparatos EMP de garaje podían usarse para fundir datos empresariales y financieros, operaciones de hospedaje de Internet y emplazamientos de conmutación de telecomunicaciones. En un país tan tecnológicamente dependiente como Estados Unidos, esto podría significar un desastre mucho mayor que el desastre del World Trade Center. Incluso se podría utilizar para destruir las respuestas de radio de la policía y las comunicaciones de emergencia en una amplia zona antes de un ataque terrorista -explicó Xue.

Éste se levantó de repente y abandonó la habitación.

–Precisamente. Por esta razón, el EMP es la solución a nuestro desafío particular. Puede fundir la aviónica de la escritura en el aire de un avión. Puede dejarlos en la pista de aterrizaje o en los hangares, mientras el Ojo de fuego se deteriora. Puede freír el proceso de control por ordenador en los instaladores de producción del Ojo de fuego. Esto nos daría tiempo para conseguir reunir nuestra ofensiva legal, política y pública para detener a Kurata de una vez por todas -dijo Lara con entusiasmo.

Xue regresó con el maletín de un ordenador. De él sacó un delgado portátil, con una funda de titanio y lo colocó en la mesilla de noche de Sugawara. Lo abrió y lo conectó.

Falk soltó un audible suspiro.

–Matra BAe Dynamics ha desarrollado bombas-e para los británicos, que están diseñadas para ser lanzadas por un cañón o cohete de 155 milímetros -hizo una pausa-, pero por supuesto esas armas tienen tanta vigilancia como las nucleares. Esto significa que, posiblemente, no pueda conseguir ninguna para nuestro uso.

–Bueno, si los chechenos pueden construir una, nosotros también podemos -dijo Lara.

La expresión de Falk era de incredulidad.

–¿En cinco días? ¡Vais a construir…, es imposible! Se tarda años en desarrollar una.

–Entonces tendrá que bastar -replicó Lara.

–Tiene que haber otra forma -dijo Xue mientras se agachaba y tecleaba el teclado del portátil-. ¡Eso es!

Alzó el portátil y le dio la vuelta para que todos lo viesen.

–Éste es el generador de compresión de flujo MC-1 ruso.

Falk, Noord y Lara se colocaron a su alrededor para verlo. Xue se aseguró que Sugawara lo viese bien.

–Recuerdo haber visto esto en la página web de Los Álamos, hace tiempo -dijo Xue-, y aún estoy bastante sorprendido al ver que todavía tienen toda esa información disponible, a la luz de los ataques de Nueva York.

–¿Y eso? – preguntó Noord.

–El MC-1 se desarrolló bajo la dirección de un científico de bombas nucleares, Andrei Sakarhov en el laboratorio más secreto de la Unión Soviética, Arzamas-16. Desde la caída de la Unión Soviética, los rusos han

vendido una serie de estas armas a Suecia, Australia y, por lo que sabemos, a cualquiera con unos cuantos cientos de miles de dólares en efectivo.

–Pagaré por ella si puedes conseguirla -Lara se ofreció sin dudar.

Ella miró a Xue y luego a Falk.

–¿Supongo que tendrán algún contacto que pueda sernos útil?

Falk movió la cabeza, expresando sus dudas.

–Tendré que pensarlo mucho, pero…, ¿en cinco días? – Se encogió de hombros-. No creo que la operación tenga muchas posibilidades de éxito.

Xue volvió a colocar el portátil en la mesilla y escribió de nuevo en él.

–¡Maldición! – exclamó en voz baja-. La señal aquí es débil y el módem portátil sigue colgando la conexión. Un instante después sonrió.

–Creo que podemos construir fácilmente lo que necesitamos en el período de tiempo que tenemos.

De nuevo, volvió a girar el portátil para que todos lo viesen.

–Esto es el plano de un generador de compresor de flujo muy eficiente -dijo Xue-. Como pueden ver es sorprendentemente simple, algo que yo podría construir en un fin de semana con cosas que ya tengo en mi garaje…, excepto, por supuesto, el explosivo C-4 y el detonador RP501 especificado.

Falk dejó escapar un silbido de admiración.

–También podría usar Semtex, y el detonador es tan común como cualquier otro. Puedo conseguirlos en cualquier parte.

–Es sorprendente pensar en la idea de que cualquier terrorista con un módem y la capacidad de teclear en Google pueda tener estos mismos datos en cuestión de segundos -reflexionó Lara.

Xue asintió con la cabeza.

Un poco de cable calibre 12, *epoxi*, tuberías de aluminio y unas cuantas piezas sueltas de lo que tengamos de aluminio y plexiglás.

Entre el silencio causado por el asombro que siguió a continuación, Xue se levantó.

–Ahora me voy para preparar nuestros otros planes. Estaré en las oficinas de Electrochip, en Amstelveen, si me necesitan para cualquier cosa.

Con el permiso del doctor Al-Bitar, creo que puedo organizar un transporte discreto para todos nosotros, así como apoyo técnico.

Cuando abandonó la habitación, sonó el teléfono; Noord alzó la extensión que estaba en la mesilla de noche y escuchó. Asintió y luego la

cara se le puso visiblemente blanca, como si alguien le hubiese empolvado con talco.

–Es DeGroot -dijo Noord, y dejó caer el auricular del teléfono en su regazo-. Dice que los análisis realizados en la muestra del Ojo de fuego indican que algo en él está grave y profundamente mal. DeGroot dice que le parece como si Rycroft haya intentado hacer que el Ojo de fuego mate a los japoneses en lugar de a los coreanos pero, en el proceso, se ha creado un agente que es totalmente no específico con la etnia.

–¡Dios mío! – susurró Lara-. Eso reactivaría el intrón del Ojo de fuego en todos nuestros genes. Muerte prehistórica, señores, fluyendo por todas nuestras venas. Casi exterminó a nuestra especie hace millones de años, y lo hubiese hecho si no hubiese sido por una mutación -movió la cabeza abatida-. Millones de años guardado en la botella y ahora ese arrogante loco está a punto de soltarlo de nuevo.

Horas después, la obsesión desgarraba todos sus pensamientos. Echada en la oscuridad, físicamente destrozada por la fatiga, el insomnio de Lara se alimentaba de la furia y el miedo mortal que se había llevado de la habitación de Sugawara. Daba vueltas en la cama, enredándose en la camiseta y los cálidos pantalones de hacer ejercicio que le servían de pijama desde que había escapado de Washington. ¿Washington? Le parecía que hacía una eternidad. De la noche a la mañana había aparecido en la CNN como una fugitiva. Lara movió la cabeza, se inclinó y alzó el reloj de la mesilla de noche, la 1:16 de la madrugada.

Cinco días. La cuenta atrás para el juicio final. Pensó en el papel que había desempeñado en el inminente holocausto. Para empezar, ella había descubierto el gen Ojo de fuego y, con ello, proporcionó a Rycroft el recurso de llevar las cosas hasta donde nunca deberían haber llegado. Había vendido la compañía a Kurata. Ese dolor de culpabilidad la entregaba a las garras del temor de lo que podía, podría en realidad, pasar si ese virus mutado y antediluviano se reactivaba en los cuerpos de millones de personas. Haría que el Ébola pareciese un simple resfriado. El Ojo de fuego no era ningún virus extraño, cuya principal reserva estuviese confinada en una oscura selva o una remota llanura. Vivía en todas las células de todos los seres humanos. ¿Cómo se extendería?, se preguntó. Una vez el vector de Kurata reactivase el gen Ojo de fuego de una persona, una vez esta persona enfermase y muriese, ¿se extendería este virus de persona a persona,

autoreplicándose, y no necesitaría ya el estímulo inicial que Kurata le había dado? Pensó que lo más probable fuese que se autosustentase en los aerosoles: estornudos, tos, tal vez en el suspiro de un amante.

Cada vez que seguía el razonamiento científico con suficiente profundidad, empezaba a dormirse. Pero el razonamiento siempre le conducía de forma directa a la muerte, y el sueño se le escapaba, hasta que el alivio de la oscuridad cubrió sus ojos por fin.

Capítulo 48

Una urgente alarma resonó con un agudo pitido que atravesó la tranquila y confortable oscuridad del sueño. Lara se despertó sobresaltada, sus ojos buscaron en la oscuridad, recorriendo la habitación desconocida. Se esforzó en despejar su mente sumergida en el sueño, pero los recuerdos flotaban en su pensamiento, la ubicaron en el tiempo y el espacio. Sacudió la cabeza y se sentó.

Desde el otro lado de las ventanas le llegó el ruido de estallidos y chasquidos, de armas de bajo calibre. Por la ventana penetró un destello blanco. A continuación, el cristal vibró con un apagado ¡blam! que golpeó la pared exterior como si echasen barro a través de una caja de cartón.

–Nos han encontrado -se dijo Lara, mientras la alarma resonaba en la oscuridad y los sonidos de voces ansiosas gritaban, y órdenes y secas respuestas llenaban la casa. Saltó de la cama y se puso el chándal y los zapatos.

En el exterior, los disparos de armas de bajo calibre se intensificaron, más explosiones sacudieron la casa. El tiroteo que se producía afuera sonaba como si se intensificase, cada vez más fuerte. Lara abrió la puerta y escuchó voces. Las siguió hasta la cocina, donde encontró a DeGroot, Falk y Noord acurrucados en lo que parecía, a primera vista, una inmensa despensa. Al acercarse, Lara vio que la «despensa» era en realidad una combinación de arsenal y centro de mando electrónico. Los tres hombres estaban vestidos con chalecos antibalas que les cubrían el cuerpo, empezando por amplios collarines que les llegaban casi hasta las orejas y bajaban por el torso hasta las ingles.

Falk, que estaba junto a una pantalla de ordenador se dio la vuelta y vio a Lara. El soldado se alzó y seleccionó un conjunto de chaleco antibalas de un estante de la pared.

–Toma -dijo, lanzándole la prenda-. Tenemos visitantes hostiles.

Con la práctica que había adquirido en el entrenamiento de protección de ejecutivos que recibió cuando le entregaron el Suburban blindado, se puso con habilidad el chaleco antibalas, alentada al encontrar el Kevlar reforzado con las placas de cerámica balística para la protección contra calibres más grandes o balas especiales para atravesar chalecos antibalas. Hacían que los movimientos fuesen más lentos pero eran más seguros. La capa superior del chaleco era como un cortavientos cubierto de bolsillos con cremalleras. La mayoría de ellos, se fijó Lara, estaban llenos: un aparato emisor y receptor con auriculares, una linterna, un botiquín de primeros auxilios, una jeringa de morfina, una navaja plegable, bengalas, pintura de camuflaje tricolor…

Todo estaba inteligentemente diseñado para convertir el chaleco antibalas en un kit básico de combate y supervivencia, para emergencias sorpresa como ésta. Alguien debía haber dedicado mucho esfuerzo en ello; pensó Lara, tal vez ese alguien era Falk.

Mientras tocaba los bolsillos, Lara echó un vistazo a la pantalla del ordenador, donde una docena o más de puntos rojos avanzaban. Los puntos verdes sólo eran cinco o seis; cuatro estaban muertos, el resto agrupados hacia el centro de la pantalla, la casa de los tulipanes, supuso.

–Infrarrojos -explicó Falk, señalando con la cabeza la pantalla-. Esto y una combinación de radar terrestre. El rostro del militar era adusto y estaba cubierto de sudor-. Cada uno de nuestros hombres, que vemos en verde, lleva un minúsculo transmisor IFF.

–Parece que los malos ganan -dijo Lara.

Falk asintió sombrío.

–¿Han intentado pedir ayuda? – preguntó Lara. Falk asintió.

–Han cortado el teléfono y la radio, y los móviles están inutilizados.

–¿Cómo pueden inutilizarlo todo? – preguntó Lara.

–Ordenadores. Analizadores de espectro direccionales enfocados hacia aquí. En cuanto se detecta una señal, el analizador de espectro se ajusta a la frecuencia de las interferencias y ¡chas! – dijo Falk.

En la pantalla, otra luz verde permaneció inmóvil durante demasiado tiempo.

Lara rogó para que el hombre estuviese a cubierto y no fuese algo más grave.

–Alguien debe de controlar esas frecuencias, en especial las reservadas a los militares -sugirió Lara.

Falk asintió cansinamente.

–Pero no lo hacen tanto como durante la Guerra fría -dijo-. Me temo que cualquier investigación sobre las emisiones de radio llegará a tiempo sólo de encontrar cuerpos.

La explosión de una granada retumbó en el exterior y la luz verde inmóvil por la que Lara había rezado desapareció de la pantalla. Falk vio la misma luz apagarse y se persignó.

En el silencio que siguió a continuación, Lara oyó que Akira Sugawara entraba por la puerta, andando con lentitud. El color casi había vuelto a su rostro, con su porte erguido y fuerte, desnudo de cintura para arriba, excepto el vendaje sobre el hombro. Pensó brevemente en la capacidad de recuperación de la juventud y, luego, la visión de su físico delgado y musculoso la cautivó, resaltado además por su victoria sobre el dolor de la herida. Los ojos de Lara recorrieron los bien definidos músculos, que se extendían bellamente desde los pilares de su cuello y descendían por la pirámide de sus hombros hacia la masa muscular alargada de sus brazos, que parecían los de un jugador de baloncesto. Entre sus hombros, su pecho era amplio y musculoso, con los pectorales marcados que conducían a un abdomen liso como una tabla.

Él la miró fijamente a los ojos, abierta y directamente. Lara vio que sus ojos se abrían de par en par. ¿Delataban sorpresa, confusión? Sólo por un instante, su misteriosa oscuridad titubeó por la indecisión. Ella sostuvo la mirada durante milésimas de segundo, y luego la apartó enseguida.

Sugawara carraspeó.

–¿Qué sucede?

–Parece que tus ex socios nos han localizado más pronto de lo que esperábamos -dijo Falk mientras le alargaba un chaleco antibalas.

Lara intentó no mirar pero fue incapaz de no hacerlo; observó cómo Sugawara se colocaba el chaleco fácilmente, con familiaridad. A pesar de su herida, no mostró dolor y se movió sin titubeos o limitaciones.

–¿Señorita Blackwood?

Lara se dio la vuelta y vio que Falk le alargaba un M-16 con cargadores extra ajustados en el departamento de un bolsillo elástico adaptado a la culata. Cada arma automática tenía un grueso dispositivo de visión nocturna

unido a la parte superior. Lara aceptó el arma y la miró, satisfecha al comprobar sus funciones mecánicas, que eran idénticas a las que había disparado en el campo de tiro cercano a Washington.

–El dispositivo del cañón es una mira láser -dijo Falk-. Pero no utiliza luz visible o infrarroja que nuestros asaltantes podrían detectar, sino que se refleja en una parte especial del ultravioleta distinto de las miras nocturnas y sólo es detectable en aquellas armas que han sido modificadas para detectarlas.

Lara asintió.

–Bien -dijo Falk, luego prestó atención a una voz urgente que sonaba en la radio.

En aquel preciso instante, una gran explosión sacudió la casa entera. Lara intentó no caer. Sugawara dejó escapar un grito cuando su costado herido chocó contra una silla. Las luces principales parpadearon y fueron remplazadas por una tenue penumbra al encenderse las luces de emergencia. El hedor acre del potente explosivo penetró en la cocina, empujado por el aire fresco del exterior.

Sin previo aviso, una serie de destellos del exterior fueron seguidos por atronadores y duros golpes que atravesaron la casa.

–RPG, granadas propulsadas por cohetes -dijo Falk con seguridad.

Un momento después, el olor inconfundible del fuego llegó desde el salón, seguido de un ávido chisporroteo, el flameo y el resplandor cada vez más intenso de las llamas.

Entre el estruendo, Lara escuchó a Falk y la desesperación en su voz.

–Esto no va bien -dijo pesimista, mientras miraba la pantalla del ordenador.

–Están perdidos…, perdidos. Todos ellos.

Lara observó los puntos verdes que quedaban en la pantalla del ordenador y supo que el soldado hablaba de sus hombres, los soldados que custodiaban la casa de los tulipanes y que habían sido cedidos por sus unidades para un «ejercicio de entrenamiento».

–¡Vamos! – oyó la voz de Noord en alguna parte, más allá de la vorágine. – ¡Reagrúpense!

Escuchó respuestas afirmativas de un puñado de soldados que se habían refugiado dentro de la casa con ellos. A continuación se escucharon pasos de gente corriendo y más disparos.

La casa estaba siendo acribillada con explosiones desde todas partes, una constante descarga que parecía elevar el suelo bajo sus pies. El humo llenó la habitación, el calor de las llamas a su alrededor se podía palpar. Un certero impacto detonó precisamente junto a la ventana de la cocina, fraccionó el especial cristal blindado, y arrojó metralla dentro de la cocina. La sacudida hizo caer al suelo a todos los que estaban en pie. La metralla silbó audiblemente por toda la cocina y taladró sin causar daños personales las paredes y el techo. Las llamas del salón flameaban cada vez con más fuerza; Lara sintió que se le ponía la piel de gallina a medida que el fuego se intensificaba; era como algo vivo, alimentado por la ventilación cruzada que entraba por el nuevo agujero practicado en la pared de la cocina.

–¡Al sótano! – ordenó Falk, mientras aferraba los tres M-16 que quedaban en el arsenal; después corrió a abrir una puerta normal y corriente que estaba al lado de la «despensa». Las llamas crecían a medida que ellos entraban por la puerta y bajaban las escaleras, y un proyectil RPG impactaba en la pared de la cocina, pulverizando la pared exterior de la «despensa». En aquel preciso instante, el rugido del martilleo de las armas de fuego automáticas que destrozaban todo lo que encontraban a su paso, a través del recortado agujero en la pared, y agujereaban la de la cocina con una línea tambaleante de cráteres. El yeso del muro se desprendió como una lluvia.

El cuerpo de Falk bailó bajo una ráfaga de fuego de las automáticas, golpeado y zarandeado, aún vivo, porque las balas escalaron por el cuerpo del chaleco antibalas, hasta que finalmente perforaron su cabeza, convirtiéndola en un gran géiser rojo empañado de muerte.

Sugawara empujó a Lara y la echó al suelo cuando las balas llenaron el espacio a su alrededor, rastreando en busca de más vidas con las que acabar.

El crujido de las llamas se hacía cada vez más intenso y el aire más caliente. Se asfixiaban y tosían con el humo. En algún lugar, fuera de su vista, las balas los acribillaban; una pared consumida por el fuego se vino abajo con gran estruendo; el fuego se hizo más intenso, alimentado por la pared caída, alzándose en el cielo nocturno, un vigoroso río de ascuas se reavivó y se alzó en la oscuridad. Las paredes destruidas cubiertas por las llamas los rodearon. Lara olió el hedor del pelo chamuscado. Era como estar en una sartén.

–¡Vamos! – Sugawara le tocó el hombro-. ¡Salgamos de aquí! ¡Permanece estirada!

Arrastrándose entre los restos, le siguió por la oscuridad iluminada por las llamas hasta un enorme agujero que habían abierto en la pared de la cocina. De pronto, se encontraron en el oscuro y frío aire de la noche, con el calor a su espalda, al abrigo del contenedor para escombros.

Tras ellos y dominándolos, una pared exterior ardía con ferocidad, mientras un suave viento arrastraba el humo y las llamas hacia ellos. Lara miró hacia atrás, al lado más alejado de la casa, una pared del interior se derrumbó lentamente dentro, empujada por la brisa. Lara se descolgó el M-16 del hombro y miró a su alrededor, intentó grabar en su mente la dirección de donde provenían los disparos, procurando separar los ruidos del fuego amistoso del que disparaban los atacantes, con la esperanza de calcular el número de fuerzas enemigas que quedaban. Vio que Sugawara parecía haberlo calculado también y que revisaba con atención el retazo de oscuridad con la mira de visión nocturna de su M-16.

–Deberíamos apartarnos de la casa antes de que se derrumbe sobre nosotros -dijo Lara al mirar la pared que se tambaleaba tras ellos. Pero antes de que Sugawara pudiese responder, unos violentos destellos blancos atravesaron la noche seguidos, instantes después, por los sonidos de un rifle automático.

–¡Al suelo! – gritó Sugawara mientras se echaba dentro de la tapa del contenedor.

Las balas resonaron por el contenedor de metal, acribillándolo.

Lara se echó hacia atrás, apretándose contra Sugawara mientras las balas los buscaban. La basura voló a pocos centímetros de su rostro. Permanecieron inmóviles mientras los acribillaban. Lara escuchaba los M-16 de Noord y su pequeño contingente, así como las respuestas de varias armas distintas. El intercambio continuó furiosamente, salpicado de maldiciones y gritos de dolor. Luego se produjo una tregua y, después de ésta, dominó el rugido absorbente de un incendio voraz que danzaba en el cielo de la noche y animaba las sombras a su alrededor.

Seguramente, era visible a través de los llanos pólders, a muchos kilómetros de distancia, pensó Lara. Cualquiera podría verlo. Alguien podría acercarse a investigar. Sin embargo, cuando por fin lo hiciesen, ¿quedaría alguien con vida?

En las sombras alimentadas por el incendio que danzaba a su alrededor, algo captó su atención inconscientemente, en el fondo de sus pensamientos. Una sombra que se movía de forma discordante, rara, pues permanecía inmóvil demasiado rato. Se alzó sobre una rodilla y se giró justo a tiempo de ver a un hombre cerca de la esquina de la casa.

Rápidamente, alzó su M-16 y apretó el gatillo. Las balas hicieron volar los revestimientos exteriores de madera y luego cosió a balazos el rostro del hombre mientas ajustaba su puntería.

Se produjo otro silencio, pero sólo por un momento. Luego una seca y fría voz de mujer llenó la tregua.

–Muy buen disparo, cariño.

Lara se dio la vuelta y se encontró con que estaba mirando directamente la boca de un arma pequeña, gruesa y protuberante, el Heckler Koch MP5A, que sostenía una mujer alta, llamativamente rubia, con una sonrisa diabólica.

Un hombre corpulento, cubierto con chaleco antibalas, bolsillos de munición y un montón de granadas colgando de él como bolas de un árbol de Navidad se le adelantó corriendo. Lara volvió la cabeza justo a tiempo de ver cómo Sugawara intentaba apuntar con el cañón del M-16 al hombre corpulento. Sin embargo, las rápidas manos del hombre agarraron la boca del M-16 y dio una patada a la cabeza de Sugawara, en un lado, en su forcejeo para apartarle del rifle y lo derribó, aplastándole el rostro contra el suelo.

Capítulo 49

OceanofPDF.com

No muy lejos de allí, resonaban, restallaban y estallaban armas de bajo calibre en una larga descarga que retumbaba en cada hebra de silencio de la noche, y transportaba los brutales ruidos de la muerte a kilómetros de distancia a través de los llanos pólders.

Lara se quedó inmóvil en el sitio mientras el aterrado bombeo de su propio corazón luchaba con una furiosa oleada de rabia que crepitaba como acero fundido.

–Vosotros dos me habéis causado bastantes molestias -dijo Sheila Gaillard.

Sugawara se incorporó, se apoyó en las rodillas y las palmas de sus manos, y miró a Gaillard.

El hombre corpulento con chaleco antibalas le dio un fuerte puntapié en las costillas. El duro golpe hizo rodar a Sugawara sobre su espalda. El hombre hizo un movimiento para golpearlo de nuevo.

–¡No! – ordenó Sheila con firmeza.

El hombre se detuvo inmediatamente como un setter bien entrenado. Poco después, Sugawara se incorporó con dificultad, apoyado en sus codos y sacudió la cabeza, vacilante.

Gaillard estaba bien iluminada por las llamas del incendio; sus pechos, normalmente espectaculares, estaban enfundados en el chaleco antibalas; llevaba un vendaje en la cara y un parche cubría su ojo izquierdo. Las llamas bailaron en su rostro cuando se dio la vuelta y dio un paso hacia Lara; se inclinó y colocó el cañón del HK sobre la frente de Lara y lo empujó lo suficiente para hacerla caer de espaldas sobre sus talones, entre la basura.

–¡Bang! – exclamó Sheila en voz baja. Su rostro brilló de placer-. Lo único que tengo que hacer es apretar el gatillo y volar directamente tu jodido premio Nobel de esa bonita cabeza…, y se convertirá, simplemente, en otra salpicadura de maldito lodo gris desparramada por el suelo -Sheila sonrió ampliamente-. Sólo un puñado de masa goteante. Y sería el fin de la humanidad -miró a Lara-. El templo del intelecto, la fábrica de billones de impulsos eléctricos que llamamos conciencia…, el alma.

Hizo otra pausa y luego continuó:

–¿Cree que tiene alma, señorita Blackwood? ¿Una que seguirá viviendo después de que yo haya apretado el gatillo?

Lara estaba realmente sorprendida de la extraña calma interior que sentía mientras veía que el dedo índice de Sheila se enroscaba alrededor del gatillo del arma. A Lara no le cabía la menor duda de que el seguro del arma estaba abierto. Incluso podría inclinarse y disparar ella misma la bala. El esbirro de Sheila estaba a su lado, con su MP5A apuntando a Sugawara, con el dedo ávidamente envuelto en el gatillo del arma. Lara vio que la sonrisa de Sheila se desvanecía cuando el dedo sobre el gatillo no cedió.

Lara decidió que morir por morir, merecía la pena morir en el intento. Justo cuando empezó a rodar sobre sí misma para alejarse, un sonido torturado y demoledor llenó la noche; un crujido de rendición llegó de la pared en llamas que se alzaba sobre ellos. El ángulo del incendio cambió bruscamente.

Sheila se dio la vuelta y miró hacia la fuente de aquel sonido aterrador.

La pared exterior que estaba justo encima de ellos se tambaleó como un borracho unos instantes.

El matón que estaba junto a Sugawara también se dio la vuelta cuando la pared empezó a inclinarse ligeramente en su dirección.

Era todo el tiempo que Lara necesitaba.

Con un movimiento rápido y fluido, Lara golpeó el arma de Sheila, la envió lejos y se incorporó de un salto con el mayor impulso de su vida. Al escuchar el gruñido de esfuerzo de Lara, Sheila se dio la vuelta, recogió el arma y disparó una gran ráfaga de la automática que repiqueteó con intensidad.

La pared empezó a caer, poco a poco, aún renuentemente. Desde lo alto caían restos en llamas que anunciaban el inminente derrumbe de la pared.

El HK de Sheila escupió balas salvajemente, y abrió grandes y blandos agujeros en el vientre del esbirro. Sugawara se apartó, rodando por el suelo. Lara saltó mientras Sheila recuperaba la compostura y apuntaba para disparar una segunda ráfaga. Cuando vio que Sheila alzaba el cañón y se preparaba para disparar, Lara se impulsó hacia delante y lanzó un furioso puntapié que envió a la mujer rubia hacia los cimientos de la casa, tambaleándose de espaldas. Pero Sheila Gaillard se recuperó, dio media vuelta y alzó de nuevo el arma.

Desde donde estaba Sugawara, Lara escuchó el estallido del fuego de armas automáticas. Gaillard cayó de rodillas, aún sosteniendo el HK, intentando aún buscar un disparo final. A continuación, de la pared en

llamas que se alzaba sobre ellos, llegó el estertor final de los gritos de la madera quemada y torturada.

–¡Vamos! – gritó Sugawara. Lara corrió con él en la oscuridad.

El amanecer se abría paso sobre Tokio con una nitidez que parecía pintar rápidamente cada hoja de oro, rojo o amarillo.

En lo más profundo del laboratorio de producción del Ojo de fuego, Tokutaro Kurata seguía a Edward Rycroft por una pasarela. Con cada paso que daba, Kurata intentaba visualizar las hojas y recordar el sentimiento de paz interior que le habían proporcionado durante el recorrido desde su oficina aquella mañana. Buscó el centro que sabía que la visión de las hojas le daría, si sólo pudiese visualizarlas de nuevo en su mente.

Kurata frunció el ceño cuando la imagen le abandonó en las instalaciones, entre la jungla de tuberías, retortas y biorreactores, ordenadores y el gorgoteo de muerte susurrante, que fluía a su alrededor.

Se detuvieron en un rellano. Rycroft señaló a un grupo de trabajadores vestidos de blanco en el otro extremo de la instalación.

–Éste es el último lote que necesitamos -dijo Rycroft, mientras observaba a los empleados. Kurata siguió su mirada.

–Otras 48 horas y esta tanda de precursores estará terminada. Ya tenemos más que suficiente del vector Ojo de fuego para hacer el trabajo, tres días enteros de programa por delante.

Rycroft miró a Kurata para que le diese su aprobación.

Después de una larga pausa, Kurata asintió con la cabeza.

–Lo has hecho muy bien -dijo Kurata, enfadado consigo mismo por permitir que el cansancio se dejase entrever en su voz.

No había dormido en toda la noche, las horas habían transcurrido repletas de enojo y amargura desde la partida, la deserción, la traición de su sobrino.

Kurata luchó en su interior para buscar el centro, y consiguió captar una imagen de las hojas, pero sólo una velada, como si la viese a través de unas finas cortinas.

–Pero las cosas no han ido demasiado bien últimamente -continuó Kurata, ya con una voz más firme.

–La muerte de Yamamoto es aún problemática; mi sobrino nos ha traído la vergüenza, sobre su familia y sobre mí; no sabemos nada de Sheila

Gaillard. En última instancia me ha fallado de nuevo y me temo que pueda estar muerta.

«Sí, pero mire el lado positivo: la muerte de DeGroot», quería decir Rycroft, pero se guardó el pensamiento para sí mismo. DeGroot siempre había sido un rival, un brillante científico en genética molecular al que Rycroft consideraba, junto con Lara Blackwood, rivales para conseguir el Nobel. Con ellos fuera de combate, Rycroft ya veía suya la codiciada medalla y el reconocimiento, durante tanto tiempo deseado, a su brillante talento, que el premio le aportaría, y que naturalmente ya veía suyo. Llegaría con retraso pero bien merecido, como las riquezas que obtendría con su propio negocio de las ventas del Ojo de fuego a los primeros clientes que Woodruff le había proporcionado. El pensamiento le hizo sonreír. La primera partida iría a una banda de terroristas palestinos, vestidos con ropas de camuflaje, que querían el Ojo de fuego para eliminar a los judíos. La segunda partida iría a una pandilla de barbudos con sombreros negros de sionistas ultraortodoxos que querían repetir el genocidio que había despejado Canaán la primera vez. Sin embargo, los dos grupos no sabían que el desastre se cernía sobre ellos. Ambas partes eran tan similares genéticamente, que podía simplificar el proceso y darles a ambos la misma partida del Ojo de fuego. «Que un mal rayo parta vuestras irracionales causas», pensó cuando las palabras de Kurata le transportaron de nuevo al presente.

–Aunque nos hayamos librado de DeGroot y la banda de entrometidos que le apoyaba, Blackwood y Sugawara aún están libres. Mis fuentes me han comunicado que la inspección que se ha realizado en el lugar no ha podido encontrar ninguna prueba de que estén allí -dijo Kurata.

–Sí, pero sólo son unos pocos -dijo Rycroft. ¿Qué pueden hacer?

–¿Qué no pueden hacer? Debes preguntarte -replicó Kurata, más fuerte de lo que pretendía.

Al ver que Rycroft se ponía rígido. Kurata continuó hablando con una voz más tranquila.

–Han desafiado a la policía norteamericana y neerlandesa, a un huracán y a todo lo que he podido enviarles para entorpecerles el camino.

Calló cuando un ordenador empezó a emitir pitidos de alarma. Por debajo de ellos, una bata blanca se movió con rapidez para estudiar la

pantalla del ordenador, volvió a conectar la alarma y luego salió resuelta, apresuradamente.

–Es como si tuviesen mucha suerte en la vida -dijo Kurata-, como si fuesen las manifestaciones visibles de algo inevitable que no pueda detenerse, de una idea cuyo tiempo ha llegado.

–¿Cree usted realmente que son una amenaza para la operación Tsushima? – preguntó Rycroft.

–Por supuesto que lo son -contestó Kurata-. Pensar de otra manera sería arrogante, tal vez estúpido y, ciertamente, poco inteligente.

Kurata vio la mirada en el rostro blanco del hombre que tenía delante y recordó lo fácil que era ofenderle. A Kurata le molestaba la facilidad con que aquel hombre podía ser provocado a mostrar sus emociones.

–Tenemos que ser prudentes y asumir que, tal vez, puedan repetir su destacable éxito una vez más.

–¿En qué puedo ayudarle? – preguntó Rycroft.

–Quisiera avanzar el plazo de la operación Tsushima lo antes posible.

Rycroft asintió.

–Tal como le he dicho, estará acabado en 48 horas, pero me han llegado noticias de que hay algún problema con el transporte aéreo, algo relativo a la navegación.

Kurata asintió con la cabeza.

–Estamos sufriendo una serie de fuertes tormentas geomagnéticas causadas por erupciones solares. Les he avanzado la necesidad de alterar nuestros planes sin levantar sospechas y he incrementado el número de vuelos para escribir en el aire.

Por desgracia la intrincada coreografía aérea se basa en un sistema de navegación electrónico muy preciso que incluye las señales de navegación por satélite. Es por ello que tuvimos que cancelar vuelos -explicó él.

–Ayer, en mitad del espectáculo, me han comentado -dijo Rycroft.

Kurata asintió con la cabeza.

–Quiero que dividas el vector Ojo de fuego por la mitad -dijo Kurata-. Quiero que se cargue la primera mitad en el avión hoy mismo.

Rycroft asintió pero dijo a Kurata:

–¿Recuerda que el vector empieza a autodestruirse al cabo de tres días?

Kurata asintió y dijo:

–Si los aviones no alzan el vuelo en tres días, quiero que la segunda parte esté a punto para reemplazarlo. Se quedó mirando a Rycroft con una mirada prolongada y seria.

–He repasado personalmente los informes sobre el tiempo espacial y la actividad de tormentas geomagnéticas. Cuando las cosas se tranquilizan se abren ventanas. Algunas veces las ventanas están sólo unas horas abiertas, pero están ahí. Cuando los cielos estén a punto, yo tendré la muerte en el aire.

Capítulo 50

El interior del carguero Jet 747 estaba frío, oscuro, era ruidoso y estaba abarrotado. Sujetos en unos espartanos asientos plegables entre altas paletas de cajas y contenedores sellados con destino a Singapore Electrochip estaban sentados Victor Xue, Lara Blackwood y Akira Sugawara. Vestían de forma idéntica e iban abrigados con unas *parkas* y pantalones de nailon acolchados, de color gris verdoso, para protegerse del frío de la bodega del carguero, en la que no había calefacción. La débil neblina temporal que formaba el vaho de su respiración animaba la zona inmediata de la bodega.

Xue había pagado a la tripulación una propina generosa en efectivo para que desviasen el jet, cargado hasta los topes, de manera que sus tres polizones indocumentados pudiesen viajar de incógnito, sin ser vistos, a Osaka, Japón. Tal como habían acordado, el piloto diría que tenía problemas en el equipo poco después de entrar en el espacio aéreo japonés y haría una escala no programada en Osaka para hacer «reparaciones». Después, continuaría su destino programado hacia Taiwán.

Lara se removió, intentando poner sus largas piernas en una posición más cómoda en el apretado asiento provisional que estaba atornillado al desnudo suelo. Al moverse le pareció que su hombro y su brazo le ardían cuando rozó a Akira. Él le brindó una débil sonrisa, en la tenue iluminación de la plataforma de carga, aunque fue lo suficientemente brillante para que ella entendiese que él le decía que compartía la misma extraña e invisible conexión que los había unido.

Lara pensó que se trataba de un sentimiento extraño. En parte lo sentía como una sensación de aturdimiento eufórico, de un capricho de instituto, pero ¿y el resto? Intentó definir los sentimientos que desafiaban su examen. ¿Tal vez compartían los mismos vínculos emocionales de ser supervivientes

de un combate del que sabían que ninguno de los dos habría sobrevivido sin el otro? Seguro que era eso, pensó. Pero había más. Estaba el componente sexual, un impulso que no podía negar. El sexo y el peligro parecían ser extraños compañeros, pero tal vez fuese lógico, pensó, como un aspecto de la evolución que hacía que aquellos que se encontraban bajo la amenaza de muerte quisieran crear una vida nueva. Era un imperativo innegable, como el que condujo a las hijas de Lot a engañarle para que practicase el sexo con ellas, y asegurar así la continuación de la raza humana.

¿Simplemente estaba atrapada por la fiebre de la lujuria evolucionista que había desarrollado la raza humana, a través de los eones, para asegurar la supervivencia de los genes egoístas o había algo más en ello? Tal vez, pensó mientras buscaba su mano y le daba un cariñoso apretón, tal vez fuese amor. Se sintió avergonzada porque sabía demasiado bien a partir de la investigación y el estudio que lo que mucha gente llamaba amor, no era más que un fenómeno bioquímico, cuyas moléculas recorrían unos caminos de sobras conocidos. ¿Pero, acaso importaba en realidad?

Lara pensaba en todo ello, cuando los motores del jet redujeron potencia y el aparato empezó a estabilizarse en la altitud de crucero. Victor Xue desató su cinturón de seguridad del asiento y se dirigió a su bolsa de mano. Desató el gancho de la cuerda elástica que sujetaba el asa que la mantenía asegurada y se la llevó hacia un montón de cajas que le llegaba a la cintura.

–Venid aquí -dijo, mientras se sacaba el guante de la mano derecha, que usó para manipular los seguros de la bolsa y sacar de ella un montón de papeles. Extendió los papeles en la parte superior lisa del montón de cajas de la paleta. Por fin, Xue alargó el brazo y encendió las brillantes luces de carga del carguero. De pronto, un intenso resplandor inundó la bodega con su cruda luz. Lara y Sugawara soltaron sus cinturones de seguridad y se reunieron con Xue alrededor de la improvisada mesa de conferencias.

–Esto es una ampliación de los planos que sacamos de la web -dijo Xue-. Tenemos copias de todo esto y otras más en un almacén, cerca del aeropuerto de Osaka. Un equipo nuestro está recopilando todos los elementos necesarios y ha reunido a un pequeño grupo allí para construir los aparatos.

–Realmente no pierde el tiempo, ¿verdad? – comentó Lara.

–Es que, en realidad, no tenemos tiempo que perder -dijo Xue-. Sé que pensamos que tenemos cinco días, pero no hay ninguna razón convincente

que nos indique que no pueda adelantarse, en especial si se produce una pausa en toda esta actividad solar.

Akira y Lara asintieron.

–Así que esto es con lo que tenemos que trabajar -dijo Xue, mostrándoles los esquemas.

–El elemento principal es la construcción de un tubo dentro de otro tubo.

Lara y Akira se inclinaron hacia delante para seguir los gestos de la mano de Xue.

–El tubo interior está lleno de explosivo y se sostiene exactamente en el centro del tubo grande, utilizando un aislante. Un disco de plexiglás tendría que funcionar-. Señaló cada extremo.

–Luego enrollaremos un cable de cobre del número doce alrededor de la funda exterior, para evitar que todo el conjunto se desintegre demasiado pronto; además, debe encajarse en algún tipo de material aislante. Podemos usar cemento, aunque creo que los militares usan, probablemente, algún tipo de material compuesto muy fuerte para disminuir el peso. Básicamente podemos encontrar todo lo que necesitamos en algún almacén que esté bien equipado.

–Excepto los explosivos -dijo Sugawara.

Xue se encogió de hombros.

–Tal vez incluso esto, si vuestros grandes almacenes están en Somalia o Teherán.

Su intento de dar una pincelada de sentido del humor fue recompensado con una breve y lúgubre risa.

–Venga, en serio -insistió Lara.

–Casi todo funcionará. El C-4, Semtex, si lo prefieres, hará todo el trabajo. Todo lo que he encontrado indica que los bloques mecanizados del PBX-9501 son muy adecuados, porque producen una onda de detonación para la combustión que cuadra a la perfección con la compresión del campo magnético. Es por ello que el C-4 es tan fiable y disponible; he encargado un pedido que debería llegar a Osaka al mismo tiempo que nosotros. Tal vez no sea lo idóneo pero es seguro, se moldea con facilidad y nos ahorrará tiempo.

Calló un momento cuando el jet pasó por una zona de turbulencias que les hizo dar bandazos y provocó un coro de quejidos y crujidos de los

contenedores de la carga atada con correas en la bodega.

–Odio todo esto -dijo Lara, agarrándose a las cajas para mantener el equilibrio-. Me tiene completamente asustada.

–¿Eres capaz de atravesar el Atlántico, navegando en medio de un huracán, pero una pequeña turbulencia te asusta? – preguntó Akira.

Lara se encogió de hombros.

«Todos tenemos nuestros puntos débiles. ¿Cuáles son los tuyos?», quería ella preguntar.

Por el contrario preguntó a Xue:

–¿Y, entonces, cómo se produce el EMP?

–Bueno, todo el aparato se basa en una forma de transferir la energía de la explosión a un poderosísimo campo electromagnético -empezó a explicar-. Toda la acción empieza cuando descargamos un montón de condensadores de megajulios, como los que hacen en los Laboratorios Maxwell, en la bobina helicoidal de cable del número doce que se denomina estátor. Los condensadores se pueden cargar poco a poco con energía eléctrica, de forma parecida a como un pequeño riachuelo alimenta una gran reserva que está contenida por un embalse, y los condensadores se pueden descargar de forma parecida a volar el embalse, sólo que, después de descargar el condensador, éste no se ha destruido sino que se recarga. Ése es el mismo principio que permite que las baterías pequeñas de bajo voltaje de una cámara común consigan producir una sacudida de cincuenta mil voltios o más a través del tubo del flash -explicó Xue.

Hizo una pausa mientras buscaba gestos de comprensión de Lara y Akira, que asintieron, dándole a entender que sí le entendían.

–Es algo bastante básico -dijo Sugawara.

–¿Qué tamaño tienen los condensadores? – preguntó Lara-. Doy por supuesto que son mucho mayores que los del tamaño minúsculo de la tabla de circuitos de un ordenador.

–En los que yo pienso tienen el tamaño de un barril de petróleo -dijo Xue-. Por fortuna, hay versiones más convenientes que usan las compañías que hacen máquinas de deformación, que usan técnicas de compresión de flujo no explosivas. Esto hace que sea bastante más fácil conseguirlos, si sabes dónde buscar.

–Como hacer una búsqueda en el Google, buscando máquinas de deformación por compresión de flujo -dijo Sugawara.

Xue asintió con la cabeza.

–¿Y cómo se llega de este intenso campo magnético a algo que fríe chips? – preguntó Lara.

–Bien, cuando la corriente inicial alcanza su apogeo, en la bobina estátor se detona el explosivo. Recordad, el explosivo está dentro de un cilindro de metal conocido como la armadura. La explosión expande el cilindro de ésta y fuerza las piezas de metal dentro de la bobina, altamente cargada, con lo que es su corriente máxima. Esto cortocircuita las bobinas del campo electromagnético del estátor**,** que en realidad atrapa la intensa corriente dentro del aparato. Cuando se enciende el explosivo desde un extremo del aparato a otro, comprime más y más el campo magnético hasta que produce un único campo electromagnético, increíblemente intenso, que se libera justo unos microsegundos antes de que todo el aparato se desintegre.

–¡Guaau! ¡Es tan sencillo! – exclamó Lara en voz baja.

–Bueno, sí y no. Casi cualquier terrorista de garaje puede montar uno de esos aparatos en cuestión de horas y acabar con la línea telefónica local, los servidores de Internet o el centro de comunicaciones de la policía. Pero, para que tenga el mayor abasto e impacto, necesitamos realizar pruebas en la bobina estátor para comprobar cuánto tarda en alcanzar el punto de corriente máximo. Luego precisamos saber cuánto tarda en prender el explosivo y la onda de detonación hasta las bobinas. Si hacemos esto, podemos usar un simple circuito para hacer estallar el detonador justo antes que el punto máximo de corriente llegue a la bobina estátor. También necesitamos la carga correcta y modelada para el explosivo, pero en este caso será bastante fácil de calcular. Si se hace lo correcto, el pulso del EMP actual que sale puede ser seis veces mayor que la corriente inicial…, y posiblemente más -comentó Xue.

–Todo ello se basa en convertir la energía explosiva en energía eléctrica. Es sorprendente -reflexionó Sugawara.

Todos permanecieron en silencio un buen rato. El zumbido constante de los motores del 747 llenó el silencio de la pausa.

–Podrías… -Lara intentó captar la idea completa-. ¿Podrías usar uno de esos aparatos EMP para…, mmm, bombear otro de manera que tuvieras un aparato multifase que pudiera ser incluso mayor?

Xue asintió con la cabeza.

–Oh, sí. Es lo que encontramos en las versiones militares. Puesto que una bomba EMP para ser lanzada no puede encajarse en cemento y unirse a un puñado de condensadores del tamaño de un bidón, se inician con condensadores más pequeños y utilizan múltiples fases.

–Entonces -dijo Lara, lentamente, para captarlo en toda su magnitud-, en lugar de tener dos bombas-e, que pueden multiplicar la corriente sesenta veces, si las combinas de manera que una bombee la otra, entonces consigues sesenta veces sesenta.

–¡Mierda! Eso hace 3.600 veces la corriente original -calculó Sugawara-. Y si consigues manejar un aparato de tres fases sería más de 200.000 veces mayor que la corriente de entrada. Pero el tiempo programado sería crítico…, mili-segundos…, microsegundos -dijo Sugawara.

–Entonces deberías asegurarte que no estalla la segunda y la tercera fase demasiado pronto o demasiado tarde.

De pronto, el 747 cabeceó de forma agresiva. El bandazo lanzó a Xue y Sugawara al suelo. Los papeles volaron como confeti por encima de la caja que usaban como mesa. Con una mano, Lara se sujetó a la paleta y separó las piernas, con las rodillas dobladas, como si se encontrase de nuevo en el casco del *Tagcat Too,* en una tormenta. El movimiento familiar y la respuesta de la memoria de sus músculos desencadenaron un sentido de profunda y sombría pérdida que había controlado con el implacable terror, la fatiga y la actividad hasta aquel momento. Alzó la mano que tenía libre para tocar el único pendiente de zafiros en forma de estrella, la única cosa física que le quedaba para recordarle una vida que ahora dudaba que volviese a vivir de nuevo.

Poco después, el carguero recuperó el equilibrio. Xue se puso en pie, usando las correas de la carga como asas. Aún sentado en la cabina, Akira hacía muecas y frotaba su hombro herido.

–¿Estás bien? – preguntó Lara, con la voz cargada de preocupación.

Sugawara asintió y se puso de rodillas.

–Estoy bien -dijo y, a continuación, se puso en pie-. Todo va bien pero me he dado un golpe en los puntos, y me duele como si fuese fuego.

–Espero que no te hayan saltado -dijo Lara.

–No. Me ha sucedido en otras ocasiones y sé lo que se siente -se frotó el hombro por encima de la tela resbaladiza de la *parka*-. Estaré bien.

–¡Vaya sacudida! – dijo Xue mientras se agachaba para recoger los papeles esparcidos por el suelo. Lara y Akira le ayudaron a recoger los documentos que habían quedado esparcidos por ahí.

Akira se movía bien, pensó Lara al verle agacharse a recoger los papeles, sin esfuerzo, usando ambas manos sin mostrar preferencias por un lado u otro. Al final, cuando habían colocado de nuevo todos los papeles sobre la paleta, Sugawara habló.

–Todo eso -señaló los documentos de la bomba EMP con un movimiento en arco de su mano-, es una idea muy buena.

Hizo una pausa.

–Pero creo que deberíamos prever algún plan a la desesperada, de reserva, para destruir físicamente el avión cuando esté en tierra, por si la bomba EMP no funciona. Aunque el Ojo de fuego se libere en el proceso, es mejor que contamine una pequeña zona que, por el contrario, llegue a rociarse sobre todo Tokio.

–Sí, pero el hecho de acercarnos lo suficiente para hacer eso, dadas las armas que tenemos a nuestra disposición, probablemente significaría que tendría que ser una misión suicida.

Además, existen todas las probabilidades para contaminarse durante el proceso. Recordad, el Ojo de fuego que examinó de DeGroot era bastante no específico -dijo Xue.

–¿Qué diablos les puede haber pasado con eso? – preguntó Lara retóricamente.

–Creo que Rycroft ha hecho ajustes en el proceso -dijo Sugawara.

–El director de la planta de producción intentó decirme algo al respecto. Él pensaba que el proceso había sido alterado, de forma incorrecta, para acelerar las cosas. Creo que tal vez haya sido eso.

–Al margen del porqué ha sucedido, lo que estáis proponiendo sería una misión suicida -dijo Lara. La preocupación se dejaba entrever claramente en su voz.

Sugawara miró a su alrededor.

–Estaba pensando en ir solo -dijo él.

Lara negó con la cabeza y se le acercó. Puso su mano en el antebrazo de Akira y dijo:

–Yo he ayudado a crear ese monstruo. Prefiero morir deteniendo esta cosa que vivir sabiendo que he ayudado a liberarla.

Los dos se miraron fijamente a los ojos durante bastante tiempo, intercambiando comunicaciones que fluían más profundas que las palabras.

Xue esperó con paciencia, con una sonrisa inteligente y de comprensión en su rostro. Por fin rompió el silencio.

–El doctor Al-Bitar puede obtener ciertas armas que podrían incrementar las probabilidades para que esta misión tenga éxito -dijo Xue.

Akira y Lara se miraron y asintieron para mostrar su acuerdo.

–Bien. Ahora sugiero que durmamos un poco. Nos espera un período de máxima actividad que empezará tan pronto lleguemos -dijo Xue.

Sin decir ni una palabra, Lara los condujo por una hilera formada por los pasadizos cubiertos de sombras de las paletas atadas y los contenedores, de regreso a la puerta del carguero, donde el supervisor de carga les había dejado sacos de dormir, agua y una caja de barritas de granola que ella encontraba demasiado dulces. Xue recogió su saco de dormir y desapareció con rapidez entre la carga. Akira se agachó un tanto rígido para recoger su saco.

–¿Cómo está tu hombro? – preguntó Lara.

Akira se incorporó despacio.

–Rígido -se lo frotó con suavidad-. Pero otras veces ha sido peor.

–Me alegro de que estés bien -dijo Lara francamente mientras recogía el saco enroscado.

Los dos permanecieron en silencio, mirándose el uno al otro un buen rato bajo la tenue iluminación que proporcionaban las luces inferiores, mientras toda la cabina resonaba con un zumbido.

–Bien -dijo Lara. Se mordió tímidamente el labio inferior.

–Bien -dijo Akira, y cambió el peso de un pie a otro.

El corazón de Lara estaba atrapado entre la rara combinación de fuerza y vulnerabilidad que ella vio en el suave bajorrelieve que se dibujaba en el rostro de Akira. Recordó su valentía en la batalla de la casa de los tulipanes, que ahora parecía tan distante, y recordó su serena elegancia entre el caos. Pero, además de esto, le maravillaba y admiraba la profunda fuerza emocional que le había llevado a navegar por las profundidades minadas de la familia y la cultura para intentar ver más allá de ellas, hacia las elecciones morales que había tenido que hacer.

Lara pensó en ello mientras sus ojos recorrían cada centímetro de su rostro y repasaba cada parte de él. Sus ojos le parecían exóticos,

almendrados, profundos y oscuros. La excitaban. Sintió que su habitual seguridad en sí misma y aplomo la abandonaban y, en su lugar, la dejaban insegura y desprovista de cualquier noción de lo que debería decir o hacer. Ella quería abrazarle. Su cuerpo le decía que quería más. Su mente le decía que todo aquello era absurdo, tal vez alguna versión de un desorden de estrés postraumático.

–Yo…, esto… Creo que deberíamos dormir un poco -dijo él.

Lara asintió. Ella quería decirle que compartir calor corporal les haría mucho bien, en realidad. Pero en lugar de esto, simplemente asintió.

–Mmm…, sí claro.

Y vio que su espalda desaparecía por un pasadizo en la noche.

–Buen movimiento -murmuró Lara para sí, mientras iba de un lado a otro entre las paletas-. Tranquila. Ya tienes lo que querías.

Encontró un hueco y asintió con la cabeza, desenroscó el saco de dormir y se echó sobre él. Poco después, su corazón se aceleró cuando escuchó pasos y apareció Sugawara.

–He encontrado esto. Le alargó una forma indefinida en la oscuridad. Es una lona pero te ayudará a mantenerte más abrigada que sólo con el saco de dormir.

«Y tú también», casi llegó a decirle.

–Eres muy amable, gracias -y asió la lona.

El silencio les acercó de nuevo, el tiempo y el espacio se llenaron de una necesidad mutua, de incertidumbre, atracción y temor al rechazo. Al fin, Lara sugirió:

–¿Quieres compartir la lona conmigo?

Durante un terrible momento, le atravesó una inseguridad de adolescente, que había dejado de sentir hacía mucho tiempo, cuando se convirtió en la mujer que cruzaba mares sola y construía empresas de biotecnología. Y, ahora, en lugar de esto, su mundo se había reducido a un minúsculo foco emocional, biológico, que millones de mujeres habían sentido antes que ella: ¿este hombre la rechazaría o no?

–Uy, mmm…, claro -dudó él.

«¿Sorprendido?», se preguntó Lara.

–Claro. Sí. Estaría muy… bien. Ahora vuelvo; voy a recoger mi saco de dormir.

Dejó a Lara rebosante de emociones y regresó con demasiada rapidez. Esto también la excitó. Era obvio que él lo había estado esperando, había traído su saco y lo echó a su lado. Lara se movió un poco para dejarle espacio. Él extendió el saco, se puso dentro y luego extendió la lona sobre los dos.

Ambos permanecieron allí echados unos minutos. Luego, con timidez, Akira ofreció el brazo y el hombro a Lara, y ella aceptó su ofrecimiento y se acurrucó todo lo cerca de él que los sacos y la lona le permitieron. Después le dio un beso de buenas noches, recatada, y luego se durmieron rápidamente, mientras el gigantesco avión volaba veloz hacia su destino.

El sol del amanecer se alzaba por un paisaje brumoso cubierto por las cortinas de *smog* que colgaban en la distancia, entre cresta y cresta, que cada vez se hacían más densas y convertían los rascacielos de Tokio en vagas siluetas que se alzaban sobre el puerto.

Tokutaro Kurata estaba en la azotea del tejado del Laboratorio 73, contemplando los rayos de sol matutinos, hasta que el ruido de un automóvil se escuchó en el terreno, debajo del edificio, y distrajo su atención. Miró hacia abajo y vio un sencillo Mitsubishi que se alejaba del muelle de carga y se dirigía hacia la primera de las puertas de seguridad. Edward Rycroft estaba a su lado, con las manos en los bolsillos de su bata blanca de laboratorio; observaba como un halcón, en la distancia, se mantenía inmóvil, daba vueltas y caía en picado fuera de la vista tras una arboleda de árboles de alcanfor.

–¿Notarán la diferencia? – preguntó Kurata.

Rycroft negó con la cabeza.

–Las bolas tienen el mismo aspecto que las que les entregué hace meses. Su voz era seca, irritada.

–Ellos creen que es un surfactante, algo que se disuelve en los productos de la escritura en el aire para hacer que los químicos se vaporicen de forma más uniforme, y que las toberas no se obstruyan.

Se dio la vuelta para enfrentarse a Kurata.

–Relájese. Mañana a esta hora todo habrá terminado.

Kurata lo miró.

–Disculpe que no esté como siempre. El deshonor que ha causado mi sobrino me ha alterado sobremanera.

–Por supuesto -dijo Rycroft en un tono más regular.

–¿Qué se sabe de las previsiones de tiempo solar? Rycroft sonrió.

–Ha decrecido la intensidad. Parece que las perturbaciones geomagnéticas están migrando bastante al norte. Lo más probable es que tengamos una ventana mañana al mediodía.

Kurata sonrió ampliamente.

Capítulo 51

En lo más profundo del escarpado paisaje japonés, un desprendimiento de tierras, desencadenado por algún terremoto ya olvidado, había modelado una inmensa barrera, como un dique, a través de la boca del valle que encerraba un pequeño lago y lo aislaba del mundo exterior que quedaba abajo. El valle tenía la forma de un cuenco casi perfecto; las escarpadas montañas descendían hacia los llanos campos, escalonados por niveles, formados por cienos depositados a través de los eones. Los arrozales repletos del famoso arroz de la comuna colgaban de las laderas de las montañas, colgando de éstas como cuencos semillenos de agua, subiendo por sus senderos verdes y sincopados hacia lo alto de las cumbres. Los arrozales también se extendían por la parte más alejada del valle, de manera que la tierra llana que había en medio estaba rodeada por una «U» del cultivo que empezaban y finalizaban en la orilla del lago en la parte más baja.

La llanura estaba sembrada con los valorados vegetales de la comuna. Las reses de ganado pastaban a lo largo de una franja de terreno repleta de gravilla, usada como pista de aterrizaje por las avionetas agrícolas de la comuna. Todos los alimentos se cultivaban de forma orgánica, pero sus pilotos eran muy preciados por su habilidad en depositar productos químicos en los campos de otros agricultores. Un hangar de metal se alzaba cerca del borde del lago, en el que se amontonaba un grupo de edificios pequeños.

Si un observador se hubiese colocado en el borde de la elevada carretera que recorría la columna vertebral de una de las paredes de valle, habría visto guardias patrullando por las dobles hileras de la alta valla de tela metálica que reseguía los límites exactos de la propiedad de la comuna.

Algunos detractores de la comuna habían contado a los editores del periódico *Asahi Shimbun,* que las verjas eran las paredes de una prisión para que los miembros disidentes de la secta no regresasen al mundo exterior.

Los miembros más ancianos de la comuna se mofaban y señalaban como motivo los repetidos intentos que se habían hecho para robar su pura y valiosa comida. Sin mencionar a los detractores de la comuna, que eran una amenaza muy real para la granja y el bienestar físico de sus habitantes. La invitación a que el gobierno llevase a cabo una inspección, por supuesto superficial, y de la cual se informó al *Asahi Shimbun* pareció alejar los temores de que podría tratarse de otra secta armada como la que había planeado lanzar gas nervioso en el metro de Tokio. Aquel día, el observador de la colina también habría visto que un sencillo sedán Mitsubishi avanzaba con lentitud por la única, serpenteante y polvorienta carretera hacia la puerta del complejo. Hicieron señas al Mitsubishi para que parase, y revisaron su documentación por segunda vez mientras la primera puerta se cerraba. Al fin, el sedán continuó hacia el hangar, donde se le sometió a otro registro. Después, las puertas del hangar se abrieron, y el Mitsubishi desapareció de la vista.

Capítulo 52

Cuando el sol se ponía en Osaka, un gran helicóptero Sikorsky se posó con gracilidad delante de la terminal de contenedores de Singapore Electrochip. Era uno de los mayores edificios entre la gran cantidad de edificios parecidos, de paredes de metal, que se amontonaban en los sectores de carga, lejos de las terminales de pasajeros y ojos espías.

El suyo era un acontecimiento rutinario y no consiguió atraer ni una segunda mirada de ninguno de los obreros, vestidos con monos de trabajo, que cargaban y descargaban cajas y paletas de los aviones en las terminales vecinas.

Lara Blackwood y Akira Sugawara caminaban tomados de la mano, agachados en la parte trasera de la nave, escondidos con cuidado por cajas y paletas estratégicamente situadas. El helicóptero había sido casualmente enviado al mismo hangar de mantenimiento, para que le realizasen algunas reparaciones sin importancia, que en el que estaba el 747 que les había transportado desde Ámsterdam. El dinero del misterioso doctor Al-Bitar, una vez más, había comprado la discreción, el silencio, la ceguera y la cooperación.

Lara se apoyó en Akira, y sintió que se acercaba a ella en la penumbra del reducido espacio. Su contacto inundó su corazón de calidez y seguridad,

y alejó la fría oscuridad que, hasta entonces, había sido su constante compañera desde que escapó de la muerte en Washington.

El sonido del rotor principal del helicóptero disminuyó de intensidad y, momentos después, no se escuchó más que un ruido apagado de los rotores dando vueltas libremente. Voces sin rostro se escucharon detrás del compartimiento de carga. Entre las voces se escuchaba la de Victor Xue, haciendo preguntas, y otras voces que le respondían resuelta y respetuosamente. Desde más allá del fuselaje llegaron los sonidos de las carretillas elevadoras y otros vehículos más silenciosos. El ruido sordo de la puerta del inmenso helicóptero de carga hizo vibrar toda la nave. Momentos después se escucharon golpes debajo de sus pies. Lara y Akira se pusieron en pie y abrieron una pequeña trampilla de acceso a la cabina.

–Por favor revisen sus asientos y no olviden sus objetos personales antes de desembarcar -la cabeza de Victor Xue asomó por la abertura-. Y gracias por elegir «Líneas Aéreas Vuele de Noche» -les sonrió y luego alzó una mano-. Esperad un momento.

Su cabeza desapareció un instante y luego dijo:

–Muy bien, rápido. Todos están ocupados con la carga. Se deslizaron deprisa por la trampilla y escalaron por una serie de cajas de cartón que ocupaban casi por completo la parte trasera de la furgoneta de carga, llena hasta el techo. Xue les alejó con rapidez del helicóptero, rodeó la parte trasera de la terminal de carga y la puerta abierta de un vehículo. Xue apretó un control remoto para cerrar la puerta.

–Bien, ya podéis incorporaros.

Cuando Akira y Lara se sentaron, vieron una habitación cavernosa con paredes de metal blancas y altos techos de unos dos o tres pisos de altura. De las vigas a la vista colgaban brillantes luces, y estaban iluminadas, además, con tragaluces que cubrían la mitad del techo. Estaban rodeados por una pared de tres metros de alto de contenedores de transporte, paletas y cajas; sin duda lo que uno podía esperar en una terminal de carga.

Akira y Lara observaron como Xue guiaba la furgoneta a la izquierda y rodeaba el distante perímetro de las cajas, doblaba a la derecha y luego se detenía en el borde de un amplio espacio abierto, lleno de paletas, mesas de trabajo, un torno, una taladradora de columna y otro equipo de almacén, junto con mesas ocupadas por ordenadores, equipo de pruebas electrónico, documentos y planos. Pilas y montones de tubos, rollos de cable y

cantidades de plástico y metal estaban esparcidos sin orden ni concierto donde las carretillas elevadoras habían depositado las paletas. Una hormigonera estaba allí, apagada, al lado de las paletas amontonadas hasta arriba de todo, con sacos de cemento. En una esquina, un hombre vestido con ropas de trabajo de un verde descolorido se ocupaba del bidón de aceite suspendido sobre un gran quemador portátil de gas en bombonas, que parecía vapor de agua suspendido sobre la boca del barril.

En el lado opuesto, un resplandor azul parpadeaba y crepitaba mientras otro hombre, vestido con un delantal marrón, iluminaba la zona con un soldador por arco. El hombre se detuvo, apartó el escudo que le cubría la cabeza y luego empezó a trabajar sobre el objeto con una muela portátil, que soltaba una lluvia meteórica, rociándole de chispas mientras trabajaba. Lara sospechó que estaba puliendo las aristas de lo que acababa de soldar. Una colección de tiendas de campaña en forma de cúpula se apiñaban en un rincón apartado del edificio, rodeado por las suficientes mesas plegables, taburetes y equipo de cocina para parecer una exposición en el suelo de unos grandes almacenes de artículos deportivos.

Cerca de ellos, otro hombre, vestido con una bata blanca de laboratorio, estaba inclinado sobre un monitor de ordenador. Se irguió y miró hacia la furgoneta; después empezó a andar enérgicamente hacia ellos, con las colas de la bata de laboratorio flotando tras él.

–Es sorprendente. ¿Cómo habéis conseguido hacer todo esto tan deprisa? – preguntó Lara.

-*Shinrai* tiene muchos recursos -dijo Xue-. Pero, lo más importante, es que cuando el doctor Al-Bitar le dice a alguien que se mueva, se remueven cielos y tierra.

–Eso parece -dijo Lara, visiblemente impresionada por el alcance de la organización.

Observó al hombre de la bata blanca que se acercaba. Era un hombre delgado, de mediana estatura, de piel oscura, con la barba canosa, llevaba un turbante de color azul marino en la cabeza y lucía una sonrisa que radiaba confianza y una sincera bienvenida.

–Buenas tardes, Victor -dijo el hombre al acercarse, y extendió la mano-. Espero que hayáis tenido buen viaje.

Victor estrechó la mano del hombre.

–Bajo estas circunstancias, muy buen viaje, aunque dormir en el suelo de un jet de carga sin calefacción no es algo que recomiende a nadie mayor de veinticinco años. Luego se dirigió a Lara y Akira.

–Lara Blackwood, Akira Sugawara, les presento al doctor John LaPorta, jefe de investigación de Singapore Electrochip, un brillante doctor que está con nosotros desde que adquirimos la próspera compañía de semiconductores que él fundó. De hecho, sus patentes y descubrimientos han allanado el camino para la computación cuántica a altas temperaturas.

–No crean una palabra de lo que dice. Yo me conformo con contribuir aquí y allí -replicó LaPorta, y extendió la mano a Lara-. Es un gran placer conocerla, señorita Blackwood, y saber que está usted a salvo.

Lara estrechó su mano y le devolvió el cumplido.

–Y usted -LaPorta se dirigió a Akira-. También me alegro de conocer a alguien tan valiente.

Akira se encogió de hombros con modestia, mientras estrechaba la mano de LaPorta.

–Gracias, pero sólo hago lo que me parece correcto.

–Y algunas veces es lo más duro -afirmó LaPorta, asintiendo con la cabeza.

Hizo una pausa. Xue miró a LaPorta con expectación. Y luego éste continuó:

–Hemos hecho algunos grandes progresos en muy poco tiempo -miró alrededor de la habitación-. Por fortuna, el elemento básico es muy simple y su diseño fácil de realizar. Casi hemos acabado con un dispositivo muy sencillo y han empezado a trabajar en otro par que he diseñado y que pueden ser muchísimo más efectivos. Vengan por aquí, se lo enseñaré.

Le siguieron hacia el ordenador en el que había estado trabajando. Xue señaló la pantalla del ordenador.

–¿Qué tiene aquí?

–Es una simulación de nuestra bomba-e -se acercó al teclado y entró una serie de comandos; después se apartó cuando la pantalla empezó su animación.

–El truco consiste en establecer una correlación entre la forma de la onda de detonación de la combustión del explosivo que forma con el campo magnético y la forma inicial precisa del estátor y la armadura para conseguir un resultado máximo. Puesto que no soy experto en explosivos,

es una suerte que las características de la detonación de combustión de la mayoría de explosivos se puedan conseguir con facilidad en una forma que podamos usar con mi propio modelo electromagnético.

Lara y Akira observaron el procedimiento de la simulación gráfica hasta que concluyó.

–Esa simulación nos presenta todo lo que necesitamos para determinar la carga inicial. También me ayuda a diseñar un circuito de carga y detonación que producirá el EMP máximo -hizo una pausa-. Pero para ser honesto, el diseño es tan simple que ninguno de los ajustes de éste es vital. Mis hijos podrían construir uno de éstos en el garaje de casa en un fin de semana.

–¡Guau! Es sorprendente que los terroristas no hayan hecho estallar bombas de éstas por todo el mundo. Media docena de ellas, situadas en los lugares adecuados, podrían acabar con el control del tráfico aéreo, los centros de telefonía, las compañías de servidores de Internet. Podrían humillar a Estados Unidos… -dijo Lara. Xue movió la cabeza.

–Sí, pero estas acciones no son ostentosas, no matan gente y no proporcionan imágenes terribles que puedan emitirse por televisión. No hay sangre, ni cuerpos desmembrados, ni bebés muertos volando por los aires, ni una amenaza persistente de daño físico. Los terroristas viven para ver imágenes *gore* y sufrimiento. Les gusta asesinar y destruir. Envuelven su locura en política o religión, pero en realidad nada de eso les importa. Tan sólo les da una excusa para su psicosis. Sólo son carniceros y asesinos en masa, y siempre se alejan de lo que tan sólo es efectivo. ¿Por qué atacar a soldados cuando pueden hacer volar la fiesta de una niñita? – apuntó él.

–Encantadores -gruñó Lara.

–Permítanme que les presente a los demás que trabajarán con nosotros -dijo LaPorta, y empezó a andar hacia el hombre que sostenía el soldador por arco-. No tenemos mucho tiempo, de manera que necesitamos tenerlo todo preparado esta noche.

El hombre les vio venir, dejó el soldador y se limpió las manos en una toalla de color rojizo. Al aproximarse, Lara vio que el hombre había estado soldando una chapa de acero de trece milímetros en lo que le pareció a ella como una cuna o alguna especie de base de una montura.

–Éste es Satoshi Kakudate -empezó LaPorta, presentando a Lara y Akira. El hombre hizo una reverencia; Akira devolvió el saludo-. Es uno de

nuestros miembros más activos. En la vida real es mecánico de la filial japonesa de General Motors. Él es el responsable de garantizar que lo que ensamblamos; no se separará hasta que apretemos el interruptor.

–Haré todo lo que pueda -dijo Kakudate en un inglés impecable.

–¿En qué está usted trabajando ahora? – preguntó Lara.

–En una estructura en la que podamos colocar el resto de componentes -explicó-. Me han dicho que pueden usarse materiales pesados como el cemento, así que lo he hecho resistente.

Una voz con un sutil acento sureño habló tras ellos:

–¡Tan resistente que el armazón será probablemente lo único que sobrevivirá a la explosión!

Todos se dieron la vuelta para ver la fuente de la voz y se encontraron frente a un hombre alto, perfectamente en forma, de unos cincuenta años.

–¡Diablos!, en caso de un ataque nuclear, me escondería bajo cualquiera de los edificios de Satoshi -extendió la mano y antes de que LaPorta pudiese presentarlo dijo:

–Soy Charles Brooks.

Xue presentó a Lara y Akira, y luego dijo:

–Charles es banquero…

–Eso es bastante cruel, Victor -dijo Brooks-. ¿No puedes presentarme como cualquier otro tipo de criminal? – sonrió-. Además, ahora estoy retirado.

–Sí -Xue empezó de nuevo-. Charles se ha retirado de la banca y ahora trabaja para expiar todos los pecados que ha cometido en su carrera.

Todos se echaron a reír.

–No parece que eso sea una renta vitalicia -dijo Lara, señalando con la cabeza el humeante bidón-, más bien algo sacado de *Macbeth.*

–Bueno, es algo más parecido a un recipiente para hacer brebajes de brujas -dijo él-. Estoy aquí a causa de una modesta experiencia en el campo militar…

–Charles fue un boina verde -interrumpió Xue-. Esta apenas modesta experiencia adquirida es tan valiosa que han conseguido mantenerle en la reserva durante mucho más tiempo del preciso, aunque ya no sea un jovencito.

–Gracias por ese voto de confianza -dijo Brooks con un sarcasmo burlón.

–Lo cierto es, señorita Blackwood, que este recipiente supone un montón de trabajo duro y problemas. Estoy usando esto como un gran caldero doble para mezclar el C-4 de manera que tengamos un cilindro uniforme de explosivos. De otra forma, si sólo rellenásemos el armazón del tubo de cobre, se producirían arrugas y vacíos y otras irregularidades que interrumpirían una buena combustión en la onda de detonación. El dispositivo aún funcionaría pero, probablemente, no nos proporcionaría tanta explosión considerando nuestro esfuerzo.

Hizo una pausa para dejar que la información que les había dado calase. Luego miró a Lara y Akira.

–Podrían ayudarme en uno de esos vertidos ahora.

–Por supuesto -dijeron casi al unísono.

–¿Los necesita a ambos? Necesito ayuda para descargar la furgoneta -preguntó Xue.

Brooks negó con la cabeza.

–Charles y Akira son nuestros dos tipos militares -dijo Xue-. ¿Por qué no dejamos que se conozcan mejor?

–Claro -Lara se mostró de acuerdo a regañadientes. Ella también quería ver el proceso de vaciado de los explosivos, pero cedió a la lógica de Xue. Si se produjese cualquier tipo de asalto físico de última hora, los dos soldados necesitarían estar en la misma longitud de onda.

LaPorta los acompañó de regreso a la furgoneta. Se detuvieron al llegar a su ordenador. – Casi he terminado con el diseño de la bobina y la sincronización del circuito. Satoshi y yo necesitamos ayuda para soldar las bobinas en el torno y los componentes electrónicos-. Miró a Lara.

–Será un placer -dijo ella.

–Excelente -repuso Xue-. Tengo que marcharme para ir a buscar los condensadores y guiar el contenedor de armas que el doctor Al-Bitar nos ha conseguido.

Lara y Victor llegaron a la furgoneta, éste abrió la puerta lateral, entró y empezó a alargarle cajas a Lara.

En pocos minutos habían terminado.

–¿Quiere llevarle ésta a Satoshi, por favor?

Xue le indicó una caja alta y estrecha con el logotipo de DuPont en ella. Lara miró atentamente la etiqueta al agacharse a recogerla.

–Tela balística Kevlar -leyó-. ¿Este material no es el que se usa en los chalecos antibalas?

–Exactamente.

–¿Y para qué lo necesitamos? – preguntó mientras alzaba la caja y se la colocaba sin problemas sobre el hombro.

–Estoy seguro de que se da cuenta de que gramo a gramo, este material es más fuerte que el acero.

–Cierto.

–Y también sabe que el cemento por sí sólo es quebradizo, y por esa razón en la construcción pesada se usan barras de acero para reforzarlo.

–Lara asintió.

–Pues bien, no podemos usar armadura en el revestimiento estructural de cemento alrededor de nuestro dispositivo porque toda esa cosa tiene que ser un aislante.

–¡Ah! – exclamó Lara-. Pero el Kevlar es un tejido sintético que se ablanda, de forma que creo adivinar que si colocamos una fina cobertura de cemento alrededor del dispositivo y luego la envolvemos con el Kevlar, la explosión pulveriza el cemento que mantiene el calor alejado y el Kevlar ayuda a contener la explosión lo suficiente, de manera que se pueda obtener el máximo EMP de la detonación.

–Creo que tienes futuro en el diseño de armas -dijo Xue mientras se dirigía a la furgoneta, ahora vacía, y se sentaba al volante.

–Creo que me pasaré a ese campo -sonrió ella.

–Sabia elección -dijo Xue al poner en marcha el motor-. No tardaré mucho.

Lara asintió, dio media vuelta y llevó la caja de tejido Kevlar a Brooks y Sugawara. Al acercarse, Lara vio que estaban concentrados, vaciando el C-4 fundido en un tubo de cobre largo y brillante de unas seis pulgadas de diámetro. En silencio, dejó la caja apoyada en una mesa de trabajo donde estaba segura de que ellos la verían y luego fue hacia donde Satoshi, Kakudate y John LaPorta batallaban con un rollo gigante de cable para acercarlo a un torno.

–¿Puedo ayudarles? – preguntó al llegar junto a ellos. Entonces vio que el rollo, del tamaño de una mesilla, era de cable de cobre AWG de calibre doce con un revestimiento esmaltado. Una barra de acero de 2,5 cm recorría

el centro del rollo que los hombres intentaban alzar a un andamio que les permitiría hacerlo girar.

–Con mucho gusto -respondió Kakudate con rapidez.

Lara era más alta que los dos hombres, al menos les pasaba una cabeza y, ciertamente, era veinte años más joven. Asió un extremo de la barra de acero y los dos hombres mayores el otro. Juntos, alzaron con facilidad el rollo y lo colocaron en el soporte. Satoshi se dirigió hacia el torno que ya tenía un cilindro de plexiglás de cuatro pies de largo atado en su portabrocas.

–Gracias -dijo LaPorta bajito.

–¡Gracias por estar aquí! – contestó ella.

–Es lo correcto -replicó LaPorta. Se inclinó hacia el rollo y encontró el extremo suelto del cable y se lo alargó.

–¿Quiere llevar esto hacia Satoshi? Formará parte de los bobinados estátor. Ayude a Satoshi a enrollar el cable de forma que los bobinados queden uniformes, y yo procuraré que el rollo gire de manera continua y no se enganche.

–Por supuesto.

El trabajo se hizo deprisa, interrumpido sólo por la llegada al área exterior del almacén de un contenedor de carga aérea. Brooks y Sugawara vertieron el C-4 dentro de cuatro núcleos de la armadura de cobre; Kakudate, Lara y LaPorta enrollaron cuatro bobinas estátor, dividiendo a su vez cada una de ellas en tres, separadas para maximizar la salida. Utilizando bloques de aislante Lexan que Kakudate había torneado, ensamblaron la armadura rellena de explosivo de manera que pasara de forma coaxial por la tubería de plexiglás, justo debajo del punto medio de los bobinados. El armazón relleno de explosivo era más largo que los bobinados estátor de plexiglás, y sobresalía mucho por el extremo donde empezaría la detonación y sólo un poco por el otro extremo.

–Eso sirve para tener la onda de encendido determinada de manera correcta -explicó Brooks-. Modelaré el C-4 de forma adecuada e insertaré el detonador después de que el cemento se endurezca.

Xue regresó poco después de las nueve de la noche con un gran camión de condensadores, precisamente, cuando se preparaban para hacer las fundas aislantes.

–Veo que he calculado mal el tiempo -dijo, mientras le apremiaban para que se uniese a ellos en la sucia tarea de mezclar cemento-. ¡Debería haber tardado más!

Las bombas-e ensambladas estaban cubiertas por encima y por debajo para aislarlas del cemento, y luego las bajaron a un bidón de plástico de productos químicos. LaPorta y Kakudate agujerearon los lados y ensartaron cables de cobre aislados, de 13 mm de diámetro, a través de ellos y ataron cada uno al extremo libre de un bobinado estátor. Los cables estaban correctamente etiquetados, los agujeros fueron sellados con sencilla masilla y, hacia medianoche, ya habían vaciado el último cemento.

Los siete estaban cubiertos por una fina pátina gris de polvo de cemento veteado por el sudor. Se reunieron alrededor de un montón de cajas de agua embotellada. A su lado había cajas de comida de máquinas expendedoras: barritas de granola, cecina, barritas de caramelo, patatas fritas y galletitas de queso.

–Victor, esto no es el desayuno de los campeones de donde yo vengo -bromeó Lara mientras engullía su cuarta barrita de granola y bebía agua.

–Haré llegar tus protestas al chef -replicó él.

El grupo reunido rió, con cansancio, mientras daba buena cuenta del tentempié. Sugawara estaba tranquilamente a su lado, ella sintió su calor corporal, pero esta vez le costó preocuparse por ello. Después de dormir de cualquier manera en el 747 de los Países Bajos, y de todo el trabajo que acababan de terminar, sintió que el cansancio recorría su mente, su cuerpo y sus emociones. Igual que toda la gente que estaba viendo, pensó.

–Allí hay una ducha -Xue señaló hacia el grupo de tiendas en el extremo más alejado del almacén-. No sé cómo estará el agua caliente, pero os aconsejo a todos que os frotéis bien para sacaros el polvo del cemento. Puede ser un molesto irritante -hizo una pausa-. Hay un montón de toallas y otros productos de aseo en las bolsas de la compra que hay al lado de la puerta.

Luego se dirigió a Lara y Akira.

–Puesto que no habéis podido llevar equipaje como los demás, os he comprado un surtido de sudaderas, camisetas, pantalones de chándal y cosas de ésas. Espero que os vayan bien. Están en el coche.

Señaló hacia el camión aún cargado con condensadores gigantescos. Cada uno tenía dos electrodos que sobresalían por la parte de arriba,

apoyados por aislantes de cerámica blanca almenada que parecían orejas de alguna criatura extraña de dibujos animados.

Akira y Lara fueron hasta la camioneta mientras los demás se dispersaban, lentamente, hacia las tiendas y la ducha. Caminaron en silencio, uno junto al otro, sólo separados por la fatiga y el pudor.

–Estoy totalmente destrozada -dijo Lara mientras se limpiaba el polvo de la cara.

–Pues sí -Sugawara asintió con la cabeza-. Nos hará bien dormir. Estoy tan cansado que todo me parece demasiado brillante.

De pronto, las luces del techo se apagaron una tras otra y sólo quedó una hilera de fluorescentes que todavía alumbraban el rincón más alejado, donde estaban las tiendas.

–¡Bien, han parecido demasiado brillantes sólo un momento! – la risa fácil de Akira hizo sonreír a Lara.

Ella se acercó a él y estrechó su mano. Él respondió con un cálido y confortable apretón que le pareció a Lara mucho más confortable que cualquiera que le hubiesen dado jamás.

Con timidez, miró rápidamente encima de su hombro y se sintió aliviada al ver que todos ya estaban en su tienda o en la ducha. Todos excepto John LaPorta, que había sacado la tela de plástico con la que había protegido su ordenador del polvo de cemento y estaba allí sentado, absorto en lo que fuese que aparecía en su pantalla.

–¿Cómo está tu hombro?

–Es como una especie de dolor sordo que siempre está ahí, como un dolor de cabeza que no quiere desaparecer -se encogió de hombros-. Molesta pero no mucho.

–Mmmm… Bien.

Cuando llegaron al camión, Sugawara subió y bajó las bolsas de la compra. Le dio a Lara la que llevaba su nombre y regresaron hacia las tiendas.

–¿Quieres compartir una tienda? – ofreció Sugawara.

–Mmm…, pero no esta noche. No sé cómo estás tú, pero no me veo capaz de soportar las miraditas y los guiños que nos lanzarían.

Sugawara asintió con la cabeza.

–Pues sí, tienes razón. Hizo una pausa mientras se acercaban a las tiendas-. Pero pensé que debía preguntarlo.

–Eres muy amable. Es mejor que nos concentremos en nuestra misión. Si tenemos éxito, entonces veremos qué pasa.

–¡Pero sí lo tendremos! – la voz de Sugawara era de incredulidad. Se detuvo-. Por supuesto que tendremos éxito. Lo conseguiremos.

Lara siguió andando y vieron que cada tienda tenía trozos de papel pegados con sus nombres. Miraron en cada tienda y localizaron la suya.

–Me gustaría tener la misma fe que tú tienes. Suelo ver las cosas de forma distinta después de haber dormido un poco -dijo ella cuando llegó a su tienda.

Lo miró allí, de pie. Aquel hombre guapo y valiente que se movía con tal gracia natural que, a pesar de su herida, parecía un muchacho desconcertado conmovió su corazón.

–Buenas noches -dijo y le lanzó un beso.

Capítulo 53

La mañana amaneció eléctrica.

Lo primero que llegó a Lara a través de la oscuridad del sueño y los alcanzó, como el sol después de la niebla, fue el ruido de los chasquidos y crujidos del alto voltaje. En los espacios entre las descargas eléctricas llegó el zumbido de un pequeño motor. Se dio la vuelta y miró el reloj. Eran las 6:17 de la mañana.

Buscó entre las ropas que Victor le había comprado y encontró una camiseta lisa; se la puso y también unos pantalones de hombre largos, de nailon. La chaqueta le sentaba bien, pero tuvo que tirar de los cordones de la cintura del pantalón varias veces para que no le cayesen al suelo.

Cuando bajó la cremallera de la tienda y salió, vio a John LaPorta y Satoshi Kakudate haciendo pequeños ajustes a una hilera de inmensos condensadores de descarga de pulso. Tenían a su lado un generador Honda. Obviamente estaban probando los circuitos de carga para los condensadores.

–¿Dónde está Akira?

–¡Oh, tío, esto no va a funcionar!

Lara siguió el origen de la queja y encontró a Charles Brooks y Victor Xue en una esquina, con la vista puesta en una mesa provisoria, que consistía en una hoja de contrachapado sobre cuatro bidones de aceite.

–¿Dónde está Akira?

Se puso sus viejas zapatillas de deporte y se acercó a Brooks y Xue, que miraban un mapa topográfico y fotos aéreas.

–Buenos días, señorita Blackwood -dijo Brooks secamente.

Luego se dirigió hacia una hilera de idénticas camionetas de reparto blancas, que estaban en la parte más alejada del almacén, y gritó:

–¡Akira!

«¿De dónde habrán salido todas esas camionetas?», se preguntó Lara.

Sin duda, una muestra más de los recursos de Victor Xue. Se fijó en las dobles ruedas traseras de las camionetas, que le indicaron que estaban diseñados para transportar cargas pesadas. Pensó que se parecían un poco, en una versión más pequeña, a las camionetas de UPS.

–¡Eh! ¡Sugawara! – gritó Brooks de nuevo.

Akira salió un momento de detrás de una de las camionetas. El corazón de Lara se iluminó.

–¡Ven!

–¡Ahora no puedo! ¡Voy en un minuto! – gritó. Brooks se encogió de hombros.

–Mira esto -Brooks señaló una de las fotos aéreas. Lara y Xue se inclinaron hacia delante-. Tenemos un gran problema para soltar nuestros artilugios -y golpeó con su dedo índice el mapa topográfico.

–Mirad -hay una inmensa herradura de arrozales que rodean el complejo. Y aquí… -recorrió con sus dedos la forma de «U» sobre el mapa topográfico-, las líneas del contorno casi todas se unen por aquí; y esto es un precipicio en vertical para el que necesitaríamos un aparato técnico para escalar las rocas y una vez hecho, estaríamos hundidos hasta las caderas en los campos de arroz, barro y agua.

Todos se inclinaron y estudiaron el mapa, luego las fotos.

–Está bien, miren aquí -dijo Brooks, moviendo su dedo por una de las fotos aéreas-. ¿Ven esta franja de barro que recorre el suelo del valle, aquí? – señaló con el dedo-. Ahora el vallado aparece directamente en el borde de la boca del valle, y este inmenso precipicio que parece de unos sesenta metros. Ahora, aquí en el mapa topográfico -subrayó un arco que abarcaba la herradura de arrozales y el empinado precipicio que seguía en el nivel superior de los campos-, como pueden ver, tenemos que arrastrarlo todo directamente entre los arrozales para llegar a más de un kilómetro y medio.

Esto significa que tendremos que arriarlo todo con cuerdas para bajar esos precipicios, y después arrastrarlo por el fango.

–Las cosas aún parecen más desalentadoras para el plan B: detenerlo con un asalto si la bomba-e falla.

Le siguieron hacia el contenedor de carga en la parte exterior del almacén. Se acercó a él, tiró de la puerta abierta y entró. Brooks salió un momento después con un ancho tubo en una mano y una extraña arma montada en un trípode en la otra.

–Está bien -dijo, bajando el trípode-. Esto es un lanzador de granadas de 30 mm AGS-17 Plamya. La ingeniosa arma dispara de cincuenta a cien granadas en un minuto. Con un alcance efectivo de casi un kilómetro.

Puso el tubo en un extremo y lo abrió.

–Y aquí tenemos un misil tierra-aire SA-7 Grail, un modelo antiguo sin sensores infrarrojos de calor, dudoso ante el chorro de calor del tubo de escape de un reactor pero que seguro que es imposible que pueda fijar un objetivo en un avión de hélices.

Brooks miró a Xue un momento.

–No quiero culparle o desacreditar lo que ha preparado con tan poco tiempo. Muy poco tiempo. Sin embargo, lo mejor es lo que tenemos aquí -señaló con el dedo el contenedor-, es un mortero de 82 mm. El alcance es de tres kilómetros o más, si lo ponemos en lo alto de esta cresta -golpeó con el índice una carretera sinuosa que transcurría paralela al valle-. El problema es que sólo tenemos una docena de balas de munición de mortero y todas ellas son de humo y no de HE.

Xue dejó escapar un profundo suspiro y miró al techo, como si esperase inspiración o intervención divina.

Brooks continuó.

–Por lo que respecta a la intervención física nos deja con: «A», infiltrarnos secretamente en las instalaciones y sabotear el avión; «B», permanecer en la base de este gran terraplén al final de la pista de aterrizaje e intentar darle por casualidad a los aviones cuando despeguen; y «C», fletar un helicóptero rápido, algo así como un Bell Jet Ranger o un Huey y volar lo más rápido y bajo posible, utilizando los M-16 para hacer trizas la avioneta.

Alzó las cejas y miró a Lara y Xue. Luego alzó su dedo.

–Lo primero es un suicido, dada la reputación paranoide de la comuna; lo segundo es una paja existencial y lo más probable es que perforásemos un tanque del vector Ojo de fuego y se derramase de allí hasta Tokio y regresase.

–Y aquí hay una ciudad -Lara señaló el mapa-. Un golpe podría hacer que la avioneta se estrellase aquí y propagase el vector. Pero cualquiera de las intervenciones físicas es simplemente demasiado peligrosa. A menos que podamos destruir el avión antes de que carguen el vector Ojo de fuego, lo extenderemos por todo el campo.

–Es mejor que se propague en un terreno apenas poblado que sobre Tokio -sugirió Xue.

–Tal vez -repuso Lara-, por otra parte, su secuencia de interrupción podría fallar y esa materia liberada podría ser más duradera y, finalmente, extenderse por todas partes.

La pausa resultante estuvo plagada de miradas de complicidad.

–Entonces no nos queda más remedio que hacer que el generador EMP funcione, es la única esperanza que tenemos -dijo Xue.

Sugawara saltó del camión y se acercó corriendo, con una expresión animada.

–¿Qué sucede? – preguntó Brooks.

–¿Qué queréis primero, las buenas o las malas noticias? – dijo Sugawara.

Lara alzó las cejas.

–¿Qué tal si primero las malas? – dijo Brooks.

–Muy bien. Por supuesto -contestó deprisa. Luego inspiró profundamente para intentar serenarse-. Muy bien, de acuerdo -inspiró de nuevo-. He estado navegando en la red, investigando en los archivos de Daiwa Ichiban…, dentro y fuera. He estado viendo una web de emisiones de la televisión estatal NHK, que ahora informa que Kurata ha organizado una exhibición aérea de escritura en el aire en honor a Yamamoto, el tipo que se suicidó en los baños de la compañía.

–¿Y? – preguntó Lara.

–Pretenden hacerlo mañana al mediodía -dijo Sugawara-. El locutor ha dicho que el viento solar, las geotormentas, están amainando.

–¿Y cuáles son las buenas noticias? – preguntó Lara.

–Vienen en dos partes -Sugawara insinuó una breve sonrisa-. En primer lugar, que Yamamoto era primo de Kurata. Lo sé porque la mayoría de la familia lo sabe. A mi tío le gusta contratar a la familia. Pensó que haría de ellos personas más dignas de confianza -calló un momento-. No le funcionó en todos los casos -sonrió-, como en el mío.

–Está bien -Brooks cortó impaciente-. Kurata puso a su primo al cuidado de la producción del Ojo de fuego. Ve al grano.

–Bueno, la cuestión es -continuó Sugawara- que he hackeado los archivos de Rycroft esta mañana. Había algo sospechoso en él y en la forma en que Yamamoto me explicaba cómo Rycroft le había hecho cambiar los procesos de producción. Después Yamamoto se suicidó y ahora nosotros descubrimos que el Ojo de fuego es algo que no está en absoluto orientado étnicamente.

–Está bien, está bien -le urgió Brooks-. ¿Y cuál es el desenlace de esto?

Sugawara sonrió.

–Me he enterado por los archivos de Rycroft de que la bisabuela de Yamamoto era en realidad coreana.

Sugawara miró uno a uno los rostros de todos mientras la trascendencia de esta noticia se dibujaba en cada mirada.

–No sólo eso, sino que, también, creo, a partir de la información que he sacado de los archivos, que Rycroft usó el conocimiento de ese detalle para obligar a Yamamoto a cometer *seppuku.*

El silencio causado por la sorpresa dejó oír la febril actividad que provenía del extremo opuesto del almacén. Más allá de las paredes de metal se escuchaban las sirenas del tráfico naval y las vibraciones de los motores gigantes.

–¡Oh, guaau! Si esto sale a la luz, tu tío Kurata estará acabado ante sus compinches de pureza racial -dijo Lara en voz baja.

Sugawara sonrió ampliamente y asintió.

–Por esta razón me he bajado todos los archivos de Rycroft, los he convertido a formato fax y los he enviado de forma anónima a la redacción del *Asahi Shimbun.*

–Esta noche estará acabado -comentó Lara.

Xue negó con la cabeza.

–Pensarán que esos documentos están amañados, que es un intento político para destruir a Kurata. Tardarán varios días en hacer todas las

comprobaciones.

Sugawara asintió.

–Lo enviaré a muchos más periódicos y a las agencias de noticias norteamericanas, chinas y coreanas, pero tardará tiempo en surtir efecto.

–¡Pero vaya efecto! – dijo Lara.

–Muy bien. Esto es fantástico, pero tenemos que ponernos manos a la obra, tenemos mucho que hacer -dijo Brooks-. Vamos a envolver todos los dispositivos en Kevlar y colocarlos en los soportes, de manera que podamos llevarlos con carretillas elevadoras hasta las camionetas.

Las hélices peinaban la hierba circundante al perímetro del área de parada de los aviones, y removieron una débil nube de polvo cuando el aeroplano de un solo motor se colocó en posición tras sus naves hermanas, siguiendo las señales manuales de un hombre que llevaba un peto amarillo. Éste cruzó los brazos y el piloto apagó el motor, y salió de la cabina de mando; caminó hacia el resto de pilotos que se había reunido en el borde de la zona de parada.

–El surfactante especial ha sido añadido a los materiales que llevaban para escribir en el aire -empezó a explicar el jefe de ala-. Mantendrá los materiales del interior del tanque intactos, aunque las cosas se retrasen un día o más.

»El avión se quedará aquí preparado -continuó-. Estaremos a punto para volar en cualquier momento, a partir de mañana al amanecer. Si las perturbaciones geomagnéticas hacen una pausa, llevaremos a cabo esa ceremonia conmemorativa temprano.

Hizo una pausa y luego gritó:

–¡Por Kurata!

Todos a una como un solo hombre, los pilotos respondieron:

–¡Por Kurata!

–¡El defensor de Yamato! – gritó el jefe de ala.

–¡El defensor de Yamato! – respondieron los pilotos.

Capítulo 54

Usted debería comprender que, como otras personas en Japón, tengo muchos enemigos.

Kurata estaba de pie, junto a la amplia ventana acristalada de su oficina que daba a las frías y despejadas vistas otoñales de la ciudad. En la

distancia, se podía ver el tejado del santuario Yasukuni y el emplazamiento del nuevo monumento justo…, allí al lado.

–Tengo el mayor de los respetos hacia el *Asahi Shimbun* -replicó Kurata-. Sería un gran perjuicio para su reputación y para la gran confianza que sus lectores tienen depositada en él, si finalmente publican tal evidente ataque político.

Hizo una pausa para respirar profundamente, mientras el editor del periódico, en el otro extremo de la línea, hablaba. Kurata luchó contra la pesada marea de terror que se alzaba en su pecho.

–Es cierto que mi bisabuela nació en Corea -dijo Kurata-. Pero debe saber que nació de padres japoneses puros. Mi tatarabuelo, su padre, era comerciante de textiles y cerámicas y había establecido su negocio allí. No creo que pudiese haber habido ningún tipo de reajuste genético.

Se echó a reír, y eso provocó que se sintiera falso.

Escuchó un poco más.

–Por supuesto -dijo Kurata de forma efusiva-. La herencia de mi familia es una fuente de gran orgullo; no tengo ningún inconveniente en abrir nuestros archivos genealógicos para que puedan inspeccionarlos. A continuación siguió una pausa.

–Esa información la conserva Toru Matsue, miembro de mi personal -dijo Kurata-. Tanto él como su familia son expertos en genealogía. Él podrá darle pruebas que demostrarán que sus acusaciones son falsas.

Otra pausa.

–Serán bien recibidos.

Kurata dejó caer el receptor con un fuerte golpe. El auricular rebotó de su base y se deslizó por la mesa, desordenando documentos y volcando un jarrón antiguo cuidadosamente dispuesto con tulipanes. El jarrón, recuperado de una excavación arqueológica al nordeste de China y entrado de contrabando a un precio muy elevado, derramó los tulipanes y dio media vuelta sobre su costado antes de caer rodando de la mesa y romperse en mil fragmentos al chocar contra el suelo.

Rycroft se dirigió a su coche, con una amplia y satisfecha sonrisa de suficiencia recortada en su rostro, con los últimos rayos cálidos del día a su espalda.

«Eres un japo muerto, Kurata», pensó. «Tú y el resto de gilipollas de tu raza.» Consultó su reloj. Faltaba menos de una hora para su reunión con

Woodruff y la posterior reunión con los primeros clientes de Oriente Próximo para proceder al contrabando del Ojo de fuego. Tenía que darse prisa. Canturreando, Rycroft siguió alejándose del Laboratorio 73. Llevaba dos maletines, uno de aluminio brillante Halliburton, con los viales que iba a entregar a aquellos malditos forasteros y apestosos judíos, y el otro tan atestado de documentos, disquetes y copias de grabaciones de seguridad de ordenador que había tenido que usar una correa para atarlo y evitar que el contenido se esparciese. Nunca volvería a poner un pie en el Laboratorio 73.

Sin embargo, con los datos que tenía ahora, obtendría prestigio al identificar con rapidez la horrible enfermedad que devastaría Japón y Oriente Próximo.

De ese modo, el Nobel llegaría sin demora. Sería rico y, lo que era más importante, habría millones de japoneses muertos.

Al llegar al Mitsubishi, Rycroft depositó los maletines al lado del maletero y buscó las llaves. Se frotó la tirita que llevaba en el dedo índice de la mano derecha. Se había cortado al abrir uno de los viales del vector Ojo de fuego aquella mañana mientras preparaban las bolas de surfactante. Le había provocado una reacción local, un parche de pequeñas erupciones. Decidió que no había ningún problema, mientras colocaba la llave en el maletero y abría el seguro. Tan sólo sería una pequeña reacción alérgica. No podría dañarle. El Ojo de fuego era para los japos.

Capítulo 55

Aún era noche cerrada. No se veía la luna. Las altas nubes que habían cruzado el firmamento después de la puesta de sol cubrían incluso la luz del satélite.

Lara conducía la camioneta blanca por la carretera de dos carriles, detrás de las otras tres camionetas que formaban el convoy. Al frente de la procesión, Victor Xue conducía la primera furgoneta. Sugawara iba sentado al lado de Lara, dando cabezadas. Era sorprendente, pensó Lara, cómo la herida de un disparo relativamente sin importancia y un fuerte y saludable cuerpo se combinaban para conseguir tan rápida recuperación. Pero, a pesar de ello, él se fatigaba con más rapidez de lo normal y le había pasado el volante a ella al cabo de dos horas de salir de Osaka.

Más adelante, la procesión redujo la marcha. Los intermitentes parpadearon brillantes a la derecha. Xue los hizo salir de la carretera principal y entrar en una carretera llena de curvas que les conduciría por la cresta que dominaba la propiedad de la comuna. Akira bostezó. Sin poder evitarlo, Lara bostezó también. Los ojos, que le escocían, agradecieron las lágrimas del bostezo.

Resopló y siguió conduciendo, mientras el alba empezaba a librar su batalla con la noche. El paisaje se esbozaba más brillante con la aparición de la luz del nuevo día, y los colores brotaban donde las sombras del gris habían gobernado. Lara tenía la extraña sensación de desempeñar una parte muy conocida de un antiguo drama, repleto de odio, sin catarsis. Era una función que continuaría al margen de lo que ellos consiguiesen aquel día.

Pasaron junto a un granjero que empujaba un carro vacío. Al verle, Lara sintió pena por él, y por otros como él que vivían allí; aprendieron a caminar, estudiaron, dieron a luz, trabajaron, envejecieron y murieron en aquel lugar. Se apiadó de los estrechos horizontes que los limitaban y que abarcaban sólo lo que les era familiar, y ungido como superior, y rechazaban lo diferente, y considerado inferior. Eran gente como aquélla, diferente no de una manera física importante, sino que se habían divorciado de la riqueza del mundo, de la riqueza de la experiencia. Lamentó su oportunidad perdida, su potencial frustrado.

¿Todo por qué?

Todo por una serie de gente ansiosa de poder que utilizaba a su propio pueblo para subyugar y destruir a otros que arbitrariamente definen como «inferiores». Serbios y bosnios, judíos y árabes, irlandeses e ingleses, la lista se alargaría más allá de la capacidad de comprensión de una mente.

Lo que Lara tenía claro, mientras conducía bajo la luz del amanecer, era que la gente era buena y las culturas malvadas, las personas eran las mismas pero las culturas eran diferentes y divisorias. No obstante, no había gente sin cultura. El bien y el mal se necesitaban mutuamente para sobrevivir. La ciencia era clara, no había superioridad racial o cultural, sino diferencias artificiales creadas de tal manera que los ambiciosos tenían campo libre e incluso se les animaba para saquear a los definidos como diferentes y despreciables. El robo y la muerte en nombre de la superioridad. Las divisiones entre la gente no eran sobre la raza o sobre lo que estaba bien o

mal, sino sobre el poder y el reparto de la riqueza y los recursos. Un antiguo juego que podría continuar tanto como las especies sobreviviesen.

Sugawara rompió el hilo de sus pensamientos.

–Justo allí, ¿ves aquel grupo de árboles? Da la vuelta allí -indicó Sugawara.

Como habían planeado, las otras camionetas continuaron hacia las posiciones seleccionadas a partir de las fotos aéreas y los mapas topográficos. Mientras las otras tres desaparecían entre las primeras luces neblinosas del amanecer, Lara giró a la derecha y entró en la carretera estrecha y empinada que Akira le indicara.

Lo miró. Una gran parte de ella quería dar media vuelta al vehículo y marchar, desaparecer. Ellos no podían detener el odio y la violencia que comportaba. ¿Pero qué sucedería con lo que ellos pudieran cambiar? ¿Aquella mañana? ¿En aquel momento? Lo único que ella quería es que la dejasen sola con él, en paz. Era extraño, pensó, que a lo largo de la historia la paz raras veces la habían conseguido los pacifistas. Bien intencionados pero ignorantes de la naturaleza humana, apaciguaban a la gente e invitaban a la agresión. Su paz era el involuntario servilismo impuesto por el vencedor, los Balcanes bajo la hegemonía soviética o los pueblos subyugados bajo el gobierno del Imperio romano. No, disfrutar de la paz con algún nivel de dignidad humana llegaba a través de la fuerza superior; sólo era posible a través de la disposición a usar la violencia. Cualquier paz que ella y Akira pudiesen disfrutar, tendría que llegar después de luchar por lo que ellos consideraban correcto.

Inspiró el aroma que se desprendía de él, y recordó su tacto, lo sentía como el avance de lo que sería el futuro contacto con ella. Entonces sintió que el temor crecía en su interior: el temor a perderle. Era raro pero, el temor a morir palidecía al lado del temor a no tener la vida común que ella sabía que podían vivir. Él le daba un sentido de pertenencia, el sentido de no volver a estar sola nunca más. No importaba, sabía que era una ilusión y que la muerte los destrozaría tarde o temprano. Tarde, rogó ella.

–Para aquí, al lado de esta arboleda -ordenó Sugawara.

Lara redujo la velocidad y salió de la carretera. Sugawara llevaría un M-16 y un móvil seguro y encriptado, e iría andando el resto del camino hasta el terraplén, para vigilar la pista de aterrizaje. Ella aparcaría la furgoneta con las puertas traseras abiertas y dirigidas hacia la pista. Bajaron las

ventanillas. Cuando Lara apagó el motor, el sonido que escucharon los sorprendió tanto como sólo un sonido podía hacerlo: el sonido de motores de avionetas que provenía de lo alto del terraplén.

Capítulo 56

La oscuridad de la noche de Kioto reinaba en la casa de té de la residencia ancestral de Kurata. Éste estaba sentado en silencio, en el porche de la casa de té, observando el amanecer. A su lado, Toru Matsue estaba sentado, tan silencioso, que Kurata tenía que mirar de vez en cuando para asegurarse de que el viejo sirviente de la familia no se había ido. Un hombre sabio, pensó Kurata, pero a veces extraño, como su curiosa y urgente insistencia para que viajasen a la residencia de Kioto durante la operación Tsushima.

El corazón de Kurata continuaba latiendo con intensidad, furia, y rápido. No encontraba su centro. No había grillos a los que escuchar en el seco frío; por el contrario, se escuchaba el insistente timbre del teléfono en el distante edificio principal. Nunca antes lo había escuchado. Sabía quién le llamaba y esto hacía que aún se enfureciese más. Primero había sido el *Asahi Shimbun.* Luego los periodistas de la televisión, y luego más reporteros de la prensa escrita. Después la prensa extranjera, todos preguntando por los mismos documentos que habían recibido de forma anónima.

El teléfono sonó otra vez. ¿Por qué esta noche? ¿Por qué ahora, cuando necesitaba meditación para acallar la desagradable agitación que sentía en su interior? ¿Por qué su oído se había vuelto tan agudo que hasta podía escuchar el débil sonido del teléfono en la noche?

Kioto siempre le había centrado, le había ayudado a vencer la furia, el miedo y la frustración. Mientras intentaba visualizar el jardín de rocas en la oscuridad, intentó ver en su mente la gran roca escondida en la noche, la roca que había sido el navío que siempre lo transportaba a aguas tranquilas. Mientras intentaba conseguir todo esto, supo que Kioto le había fallado por primera vez en su vida. Ese fallo era algo trascendental. Lo sabía de sobras. Estaba preñado de significado. Kurata suspiró y, por el rabillo del ojo, vio que Matsue giraba la cabeza. Entonces intentó visualizar los cuerpos de los coreanos horriblemente mutilados por la enfermedad; con ello, su centro retornó como aceite suavizando la superficie de su ansiedad. Bien. Todo

saldría bien. Su legado más imperecedero, la obra de toda una vida terminaría antes de que la noche llegase. Nada más importaba. El defensor de Yamato daría su mayor golpe a favor de la pureza y protección de su raza.

Edward Rycroft, forzosamente, había tenido que aceptar que algo había salido horriblemente mal con el vector Ojo de fuego, cuando ampollas llenas de sangre empezaron a cubrir su rostro. Cuando los extremos de sus dedos se volvieron azules, luego grises y empezaron a pudrirse por la falta de riego sanguíneo, estaba seguro de que iba a morir. Las predecibles series de hemorragias cerebrales del Ojo de fuego dejaban fluir sus pensamientos en una mezcla de realidad y vagos recuerdos de su infancia.

A través de la neblina de su cerebro se sintió caer, intentó sujetarse en el lavabo, con los dedos demasiado heridos para sostenerse en el resbaladizo borde de porcelana. Cayó al suelo del cuarto de baño y vomitó sangre arterial de un rojo brillante; sabía que iba a morir pronto. Entonces visualizó Singapur, con sus padres y los japoneses. En lugar de sus propias arcadas y gemidos, escuchó los gritos mortales de sus padres; en lugar del terrible dolor que le provocaba el Ojo de fuego al rebañar sus entrañas, sintió el temor de un niño pequeño a punto de ser descubierto por los asesinos de sus padres. A continuación, una cálida y oscura paz lo inundó cuando se dio cuenta de que los jodidos y sucios japos también morirían pronto. El rictus final de la muerte dibujó una sonrisa en sus ensangrentados labios.

Capítulo 57

Lara tomó su móvil y marcó con rapidez el número de Xue. Su corazón latía alocadamente, los extremos de sus dedos se estremecían resonando con el sonido de los propulsores del avión. Xue contestó al segundo pitido.

–¿Estáis lo suficientemente elevados para ver el avión en la pista? –preguntó Lara sin ningún preámbulo-. De acuerdo -escuchó un momento-. ¿Puedes liquidar ahora a esos cabrones?

Lara permaneció en silencio un momento.

–Mierda. Está bien. Haremos lo que podamos.

Su rostro era adusto cuando colgó el teléfono y lo deslizó en el bolsillo de su chaqueta. Sugawara la miró expectante.

–Ellos también lo han oído -dijo Lara-. Están intentando ponerse en posición, pero dos de las otras tres camionetas están en valles que no

pueden apuntar con claridad la pista.

–Muy bien, haremos el mejor disparo que podamos para dejarlos fuera de combate. Conduce lo más rápido que puedas colina arriba. Hacia el complejo -dijo Sugawara.

Ella puso en marcha el motor y pisó a fondo el acelerador. La camioneta rugió al subir la inclinada ladera. Lara conducía a gran velocidad, la parte trasera de la Nissan se separaba del suelo y se deslizaba por las estrechísimas curvas cerradas. El motor corría raudo. Las gomas torturadas de los neumáticos chirriaban.

–¡Oh, mierda! – exclamó Lara.

Sugawara miró hacia ella mientras manejaba el volante, virando bruscamente para esquivar a una gran cabra que rondaba por la calzada. La camioneta fue de un lado a otro un momento antes de ir de nuevo en línea recta. Luego, como si el asustado animal hubiese advertido la colisión, salió disparado por el camino. Al temido choque, le siguió un balido truncado; instantes después, el cuerpo de la cabra se levantó por el capó y golpeó el parabrisas con un ruido empañado de blanco sucio de pezuñas y sangre.

–¡Oh, mierda! – exclamó Lara cuando el cuerpo del animal bloqueó su visión; pisó el freno a fondo; el mecanismo de los frenos ABS les hizo detenerse tan en seco que la cabra salió despedida por encima del capó. Todo pasó en cuestión de segundos. Lara maldijo entre dientes y pisó a fondo el acelerador. Pasó junto al cuerpo del animal, esquivándolo, intentando ver algo a través de las grietas que se habían formado en el vidrio del parabrisas.

–Cuando llegues a lo alto no reduzcas la velocidad, conduce directamente hacia la puerta. Si llegamos a tiempo, bloquearemos la pista, abre las puertas y corre como si te persiguiese el diablo, antes de que encienda los explosivos -gritó Sugawara.

Apoyándose en la manecilla de la puerta mientras Lara lanzaba la camioneta por la próxima curva, Sugawara cerró los ojos un momento y rezó. Rezó primero para que tuviesen éxito y luego para que no tuvieran que disparar a nadie. Los pilotos no eran mala gente, ellos no tenían ni idea de que iban a transportar una carga mortal.

Eran inocentes en ese aspecto, pero culpables por otro lado. Eran culpables de prestar su talento a la creación de una atmósfera de odio racial. ¿Pero acaso merecían morir por ello? Akira creía que no, pero él los

mataría, si eso significaba contener el Ojo de fuego. Era mejor encerrar a una sección de desafortunados marineros en un compartimiento estanco y dejarles morir antes que dejar que se hundiese todo el barco. También rezó por Lara y por él mismo. Miró a Lara y observó una intensa concentración en su rostro, la forma tan hábil en que se lanzaba a la batalla desesperada contra la muerte en masa. La camioneta casi se separó del suelo por completo cuando llegó a lo alto de la colina. Lara luchaba con el volante y mantenía el acelerador a fondo.

El centinela de la puerta giró como un molino y se volvió hacia ellos, con los ojos abiertos de par en par. Después echó a correr. Sugawara sintió que se le encogían los testículos en la entrepierna cuando vio lo que había delante de ellos. En la distancia, uno de los aviones estaba al final de la pista y había empezado a recorrerla para despegar.

Sugawara alzó el M-16, lo preparó en la posición de automático y sacó el cuerpo por la ventanilla. A medida que se acercaban a la verja y al final de la pista, el avión cada vez ganaba más velocidad y empezaba a elevarse.

A continuación, desde las colinas llegó una atronadora explosión. Luego otra. De pronto el motor de la camioneta se detuvo.

–¡Maldición! ¿Y ahora qué? – exclamó Lara. Sugawara apenas notó el silencio del motor bajo el cañoneo del M-16.

Con una indescriptible euforia, vio que el avión se balanceaba un momento, y luego descendía con las ruedas arrancando nubes de polvo. El cargador del M-16 estaba vacío. En el silencio que siguió, el ruido más intenso llegó de los neumáticos de la camioneta crujiendo sobre la grava, mientras Lara luchaba por mantener el control del vehículo con el motor apagado. Akira colocó con fuerza un nuevo cargador dentro del M-16 y se preparó para saltar de la furgoneta cuando se detuviese.

Lara consiguió detener el vehículo. En la distancia, el avión que había empezado a despegar rodaba despacio hacia la alambrada de tela metálica, al final de la pista. Se produjo un chirrido cuando la valla de tela metálica se expandió al detener el avión y luego un crujido cuando rebotó.

Ambos se sonrieron mutuamente cuando absorbieron los dulces y poderosos sonidos del silencio. El sonido del éxito. De la vida. El dulce sabor de la victoria se evaporó de pronto cuando el ruido de los disparos provenientes de hombres iracundos y asustados llenaron el aire.

–Salgamos de aquí -dijo Lara cuando vio que un montón de gente se dirigía hacia la camioneta.

–De acuerdo.

Sugawara disparó su M-16 y los hombres corrieron a buscar refugio mientras él y Lara corrían por el agujero que habían practicado en la valla. Bajaron corriendo un pequeño terraplén. El ruido que hacían sus perseguidores se escuchaba cada vez más cerca.

–Espera un segundo -dijo Lara, que se detuvo y sacó un detonador por radio control del interior de su chaqueta. Abrió la tapa de seguridad y apretó el botón rojo.

Otra explosión atronadora resonó, esta vez, desde la camioneta que acababan de abandonar.

Sin esperar un segundo, echaron a correr adentrándose en el resplandeciente día.

Capítulo 58

El aeropuerto internacional de Osaka palpitaba de actividad. La gente arrastraba bolsas, llevaba colgando maletines, transportaba paquetes de los *duty-free,* sujetaba regalos cuidadosamente envueltos y abrazaba niños entre el aire prefabricado y estancado que pesaba sobre ellos, lleno de combustible de los tubos de escape, ansiedad, humo de cigarrillos, frustración, flatulencia, anticipación, desinfectante, miedo, café, alegría, comida frita y tristeza: el rancio y hediondo «esperanto» del mundo del viaje.

En la terminal de aviación general, las puertas de vaivén rodaban en el gran vestíbulo. Lara Blackwood fue la primera en pasar.

–Te lo digo, él encontrará alguna argucia para conseguir zafarse, si continúa con vida -Akira Sugawara insistía mientras seguía a Lara-. Tengo que matarle. Él es mi obligación. Tengo que hacerlo solo.

–¡Oh, espera…, espera! ¡Espera tan sólo un minuto! – Charles Brooks se detuvo de pronto, a media docena de pasos de las puertas. Victor Xue, que iba tras él no pudo anticiparse al brusco frenazo de Brooks y cayó sobre él. Sugawara se detuvo cuando oyó la voz de Brooks. Lara se paró a su lado. Permanecieron así un momento: Sugawara, Lara, Brooks y Xue en una fila india de seis metros; luego se reunieron alrededor de Sugawara.

–A ver, ya hemos hablado de esto una y otra vez hoy. Creo que estuviste de acuerdo en que aceptarías nuestra ayuda. Lo mires como lo mires, no hay forma de que tengas la menor oportunidad si lo haces solo -reflexionó Brooks.

Sugawara inspiró profundamente.

–Kurata es mi obligación -dijo en voz baja-. Es mi familia, soy el único que puede cerrar el círculo de todo esto. No quiero que ninguno de vosotros resulte herido por culpa de algo que es obligación mía.

Miró a su alrededor, a todos ellos, uno a uno. Sus ojos se posaron en Lara.

Lara negó con la cabeza.

–Podemos estar ahí para apoyarte -dijo ella-. Queremos estar allí.

Lo miró fijamente, y dijo con suavidad: -Yo quiero estar allí. Sugawara sacudió la cabeza y musitó: -Es mi lucha…

Hizo una pausa mientras el sistema de altavoces público anunciaba la llegada de un vuelo. Una bandada de virtuosas monjas pasaron apresuradas, con sus vestidos almidonados blanco y negro.

Lara inspiró profundamente.

–Todos tenemos la obligación de asegurarnos que Kurata y sus empresas no vuelven a hacer esto de nuevo. Si tú fracasas, entonces tendremos que intentarlo otra vez.

Sugawara volvió a negar con la cabeza.

–Tengo que hacerlo por mí mismo o no será correcto. Ha sido mi familia la que ha hecho esto, mis genes, mi cultura. No estaría bien que vosotros vinieseis.

Hizo otro movimiento y continuó andando; todos le siguieron por las escaleras mecánicas hacia la zona de transporte y de equipajes.

–Tienes que detener a ese gilipollas Bushido -dijo Brooks duramente-. Sé realista, hijo. Si fracasas en tu pequeña proeza kamikaze, y no dudo que Kurata te comerá vivo, entonces el resto de nosotros tendremos que intentarlo y acabar con él…, sólo que sin contar con tu considerable talento, conocimientos y contribución.

–No tenemos ninguna elección en todo esto -explicó Lara-. Sabes tan bien como nosotros que si no eliminamos a Kurata, él encontrará la forma de mantener el Ojo de fuego vivo…, y su imperio lo hará de nuevo. Sin tu ayuda, lo más probable sea que fracasemos. Y sin la nuestra, lo más

probable es que tú también lo hagas. Juntos creo que podemos conseguir…, vivir. El doctor Al-Bitar será generoso con sus recursos.

Sugawara frunció el ceño y miró al suelo. Permaneció en silencio. Al final miró a sus nuevos amigos.

–¿Y por qué queréis hacerlo? ¿Arriesgar vuestra vida? No tenéis por qué hacerlo -preguntó.

–Porque es lo correcto -respondió Lara.

Sugawara negó con la cabeza.

–La gente ya no actúa de esa forma.

–Muchos lo hacen -respondió Lara-. Tú lo has hecho.

–De otra forma yo no estaría viva -dijo después de hacer una pausa.

Sugawara se alejó y miró las cintas transportadoras de equipaje. Inspiró profundamente, suspiró y volvió a enfrentarse a Lara, Brooks y Xue.

–De acuerdo. Está bien, no puedo luchar con vosotros y Kurata a la vez -por fin sonrió.

Lara lo besó, Brooks le dio una palmada en la espalda, y Xue estrechó su mano. Luego se dirigieron hacia los mostradores de alquiler de coches.

Capítulo 59

El crepúsculo estaba cubierto por una turbia penumbra industrial que se cernía sobre un distrito, al suroeste de Tokio, poco visitado por los turistas: líneas de ferrocarril, patios de maniobras, almacenes alejados de los templos de renombre y los escenarios de la antigua ciudad y sus colinas al norte y al este.

Justo en el interior de un almacén de consolidación de carga, con la puerta medio enrollada en el muelle de carga, se escuchó tenuemente un apagado golpe en la noche que se avecinaba.

–¡Ya está! ¡Eso es! – decía una voz excitada.

Dentro de la zona de carga, Charles Brooks se puso en cuclillas al lado de una lata de tres litros y medio de pintura al óleo, vaciada de su contenido original y medio llena de gasolina. Dos docenas de latas de pintura idénticas, con los costados manchados de pintura, estaban alineadas en la puerta de carga un poco abierta. Todas tenían las tapas apretadas con fuerza excepto la que había examinado Brooks. Confirmó su reloj con la hora que había escrito con rotulador negro en un lado de la lata. La gasolina y los vapores de linaza llenaban el aire y le hacían llorar.

–Exactamente una hora -dijo Brooks mientras se incorporaba y miraba dentro de la lata. En el fondo estaba la granada de mano de prácticas, la anilla y los restos de dos tiras de goma parcialmente quemadas. El ruido lo había hecho el resorte de la palanca de disparo cuando se soltó del cuerpo de la granada.

Al otro lado de la zona de carga, Lara y Xue alzaron la vista de los mapas que habían extendido sobre una mesa improvisada, formada por cajas de embalar. Amontonadas a su alrededor estaban las cajas de municiones y las armas que la gente de Al-Bitar les había enviado por camión desde Osaka, a menos de una hora de coche, al suroeste de Kioto.

Brooks colocó una tapa sobre la lata de pintura y luego se alzó. Se dobló hacia atrás para estirar los músculos de la espalda.

–Una de las gomas elásticas de tamaño mediano y dos de las delgadas -dijo mientras caminaba hacia el grupo-. Todo lo preciso que puede ser un temporizador preparado con tan poco tiempo -resopló para librarse de las lágrimas que inundaban sus ojos, se detuvo al lado de Lara y puso su brazo sobre sus hombros; ella le sonrió.

Extendidos delante de ellos, sobre la mesa improvisada, había mapas de Rakuhoku, la escarpada región montañosa del norte de Kioto. Desde la Antigüedad se creía que las montañas en aquel lugar estaban habitadas por demonios y espíritus diabólicos. En la era moderna, era conocido como el hogar de Tokutaro Kurata.

Esparcidas sobre los mapas había fotos de la finca de Kurata, la mayoría de ellas la mostraban rodeada por tres lados por un lago de montaña entre densos árboles y escarpadas colinas.

Brooks señaló un mapa dibujado a mano que Sugawara había elaborado para ellos.

–La finca de Kurata está diseñada según el estilo Shinden, a lo largo de los tres lados de una gran «U», con su inmenso vestíbulo principal al fondo de la «U», abajo, al lado del lago. Los otros dos lados son edificios estrechos y paredes que se extienden desde el lago casi hasta la entrada y la carretera pública. El espacio interior está lleno de arroyos, estanques, estatuas y jardines. Y, aunque aparentemente se parezca al Templo de oro, es con seguridad seis o siete veces mayor. Akira cree que su tío intentará, probablemente, confinarlo aquí. – Brooks señaló el esquema de la tercera planta que se parecía a una gran cúpula.

Lara se inclinó y señaló el dibujo.

–Si recuerdo bien, Akira dijo que encontraríamos detectores de movimiento, sensores de presión en lo alto de la pared exterior, escalones clave y pasarelas, luces infrarrojas, detectores de imágenes térmicas y una colonia de dragones de Komodo que están sueltos por las zonas exteriores.

–No dejéis que su pesado tamaño os confunda -dijo Brooks-. Son del tamaño de un cocodrilo y pueden derribaros en una décima de segundo.

Lara se estremeció.

–No lo pintas demasiado bien. A ver si con un poco de suerte están letárgicos con las temperaturas nocturnas.

–Sí, bien, pero yo no contaría con eso.

Lara se inclinó otra vez para echar otro vistazo a una foto aérea.

–De acuerdo, a ver si lo he entendido bien, ¿los repartos se hacen por aquí? – Trazó la ruta desde Kioto a la residencia de Kurata.

–Los alimentos humanos, sí -replicó Xue-. Los animales que alimentan a los Komodo vienen de la dirección opuesta, ¿recuerdas? – Brooks golpeó el mapa con el dedo índice-. De una granja que Kurata posee sólo para alimentar a sus dragones.

Lara asintió.

El móvil de Xue sonó justo entonces. Lo abrió con rapidez.

-*Hai* -hizo una pausa para escuchar y luego con un acento indeterminado en japonés replicó-. Sí, se han hecho todos esos preparativos; gracias. Adiós.

–Nuestro vigía -Xue sonrió mientras cerraba su móvil-. El proveedor de Kurata ha iniciado sus usuales rondas de la tarde.

La comida para la mansión de Kurata siempre era fresca, había explicado Sugawara. La repartían justo antes de la preparación de cada comida. Un pescadero, cuya familia había servido a la de Kurata durante más de 120 años, le suministraba el pescado más fresco y luego, después de repartir la mercancía a otras tiendas de alimentos en Kioto, entregaba los ingredientes para toda la comida del palacio de Kurata junto al lago. Incluyendo los viajes a los pueblos pesqueros, era una tarea que le ocupaba más de tres horas para cada comida. El propietario, igual que su padre, abuelo y bisabuelo servía las necesidades de Kurata en persona cuando el gran hombre estaba en la residencia.

–Muy bien, si Akira está en lo cierto…

–Será mejor que lo esté -sonrió Lara.

–Por supuesto. Por su salud y por la nuestra -confirmó Brooks.

Hizo una pausa.

–De todos modos, asumiendo que Akira tenga razón, tenemos una hora y media más o menos antes de que el tipo ese llegue a la puerta de Kurata -dijo Brooks, dirigiéndose a la puerta enrollada. Allí, levantó del suelo una mochila de color verde oscuro con esfuerzo y se la colgó al hombro. Alargó la mano para pulsar el interruptor de la puerta y apretó un botón negro; la puerta hizo ruido al alzarse. De inmediato, el frescor de una ligera lluvia penetró en la zona de carga. De un poco más lejos llegaron los susurros de los neumáticos sobre el pavimento mojado.

–Dejad impermeables en la camioneta -dijo Brooks volviéndose a Lara.

–¿Tienes la grabación? – le preguntó ella.

Brooks sacó la grabadora microcasete de una bolsa Ziploc y apretó el *play.* La voz de Sugawara se escuchó por los altavoces, llena de pánico. Se identificó en japonés, dio la alerta de «¡intrusos, asesinos, fuego, Kurata el objetivo, ayuda, corred!».

–La sincronización será crítica. No llamaré a la policía con esto hasta que me comuniquéis que estáis a punto de salir -dijo Brooks.

–O si no tenéis noticias mías cuando las granadas estallen -interrumpió Lara.

Brooks asintió con la cabeza.

–Para que esto funcione se tiene que producir el máximo caos.

Hizo una pausa para teclear un número en su móvil.

–¿Victor? – Brooks hizo una pausa-. ¿Las granadas de humo ya están en el helicóptero? ¿Sí? Bien. Brooks escuchó un poco más, y anunció: -Pues bien: ¡que empiece la función!

Akira Sugawara estaba de pie junto a la ventana con barrotes de su habitación y miraba hacia abajo, a las limusinas aparcadas sobre la grava, en el patio delantero. Mientras estaba allí, una limusina negra reptó por el atardecer, con los neumáticos crujiendo con lentitud sobre la grava. Poco después, la limusina aparcó junto a las demás. Tres hombres vestidos con trajes negros salieron por las puertas traseras del coche; el estómago de Sugawara sintió amargura: reconoció a los hombres como hombres allegados al gobierno, hombres con influencia. La gente que ayudaría a Kurata a sobrevivir. Luego Akira escuchó un sutil roce detrás de él y se dio

la vuelta. Al hacerlo recorrió con la mirada la habitación: una habitación grande, vacía, de veintiún tatami, tan ancha como tres esteras y siete de anchura. Las paredes estaban forradas con hornacinas *tokonoma*, que contenían la colección ancestral de Kurata, inclusive la espada de valor incalculable y juegos de dagas que habían pasado de generación en generación.

Cuando Sugawara se dio la vuelta, el guarda de Kurata abrió despacio una pantalla *shoji*, descubriendo a Toru Matsue, que estaba allí ante la puerta abierta. Momentos después, Tokutaro Kurata se unió al anciano. El silencio magnificó el viento que susurraba entre los árboles del exterior; los pájaros parecían cantar demasiado fuerte, chillones. Sugawara notó que tenía sudor en el labio superior y que, también, descendía por sus costillas.

Después de una eternidad, Kurata rompió el silencio.

–Y bien, sobrino -dijo sin honores ni una inclinación.

–Kurata-*san* -dijo Sugawara y se inclinó cortésmente.

Su uso de *san*, en lugar del más respetuoso *sama*, se interpuso de manera palpable entre ellos. Su tío ya no era más su señor.

Kurata dio un paso hacia delante, luego otro y otro, hasta que cruzó la habitación y permaneció frente a Sugawara; Matsue lo siguió a una distancia respetuosa, tras él.

Kurata miró a su sobrino de arriba abajo, atentamente, como un hombre intentando decidir si iba a comprarle un traje hecho a medida.

Sin previo aviso, Kurata asestó una gran y sonora bofetada en la mejilla izquierda del rostro de Sugawara que le hizo tambalear. Sugawara dio medio paso hacia un lado para recuperar el equilibrio.

–Lo que se pega al suelo cuando un perro arrastra su ano por la hierba es más honrado en mi casa que tú -Kurata habló en voz tan baja que Sugawara tuvo que esforzarse para escuchar el insulto por encima de los pitidos que aún le resonaban en los oídos por el bofetón.

Luchando por controlarse, Sugawara sabía que la furia lo único que lograba era descentrar a un hombre y hacer de él un loco, agradeció el insulto de Kurata con una cortés inclinación.

–Como usted desee, tío.

Vio que el rostro se suavizaba aunque muy ligeramente.

–No me había dado cuenta de lo desgraciadamente estúpido que eres -dijo Kurata-. Has echado a perder todo tu futuro para retrasar lo inevitable

tan sólo unas pocas horas.

–¿Horas? – Sugawara preguntó sin pensar.

Kurata sonrió de forma victoriosa.

–La otra mitad del vector del Ojo de fuego ha sido cargado en un avión sustituto. Se alzará cuando yo dé la orden por la mañana.

–Pero tío -espetó Sugawara-, ¡el vector es defectuoso! ¡Matará a todo el mundo ¡No debe…! Kurata abofeteó a Sugawara de nuevo.

–Mentiras -dijo Kurata.

Movió sus manos en el aire, descartando la idea, como un hombre que espanta moscas.

–Un engaño, otra de tus arteras tácticas para retrasarlo.

Kurata abofeteó otra vez a su sobrino, en esta ocasión con el reverso de la mano. Luego se dirigió a la ventana y miró hacia abajo.

–Hay hombres que comprenden el futuro -dijo Kurata-. Hombres que saben que los firmes heredarán la tierra.

Movió la cabeza y se enfrentó otra vez a Sugawara.

–Tú has retrasado la demostración que esos hombres han venido a ver. No permitiré que suceda de nuevo.

–¡Pero tío, matarás a todo el mundo, no sólo a los coreanos!

–Tienes el futuro en tus manos -dijo Kurata, ignorando a su sobrino-. Tú eres mi único heredero varón; todos los documentos estaban preparados, sellados; mi imperio era tuyo. Todo esto cambiará mañana por la mañana.

Sugawara reconoció sus palabras con una cortés reverencia.

Kurata movió la cabeza.

–Has eludido tu deber, pasado por alto tus obligaciones, has dado la espalda al futuro.

–Con todos mis respetos, tío -dijo Sugawara-, he dado la espalda al pasado para poderme enfrentar mejor al futuro.

–¡Futuro! – espetó Kurata-. No existe el futuro sin el pasado, y tú, miserable trozo de basura, tú no tienes futuro.

–Suplico vuestra indulgencia por mi temeridad, tío, pero creo que he actuado con responsabilidad y fe hacia mis deberes.

–¿Responsabilidad? – Kurata alzó la mano como si fuese a golpear a su sobrino otra vez, luego lentamente la dejó caer-. ¿Quién te da derecho a definir tu propia responsabilidad? – dijo al fin-. Tú no tienes derecho a tomar tales decisiones. Yo defino tus responsabilidades; el emperador

define tus responsabilidades; diez mil años de honorables ancestros definen tus responsabilidades. Tú tienes el deber de ser fiel a tu herencia, a tus antepasados.

–Suplico vuestro perdón, tío, pero tal vez mis honorables antepasados fueron hombres de su tiempo que reconocerían que yo tengo que ser un hombre de mi propio tiempo.

–Un hombre de tu tiempo -Kurata murmuró y, luego, sin previo aviso golpeó la mejilla izquierda de Sugawara una vez más-. ¡Tú eres un hombre de tu sangre! Todas y cada una de las células de tu cuerpo, todos tus genes son tu herencia. Tú y yo y todos los hombres antes que nosotros nacen como un recipiente para los genes; nosotros somos temporales en esta tierra pero nuestros genes continúan generación tras generación. Tu deber sagrado y responsabilidad es honrar y ser fiel a esa presencia física en tu sangre de diez mil años de pureza racial.

–Tío, yo no soy una máquina alquilada por mis genes; no soy una urna pasiva hecha para transportar las cenizas del pasado al futuro. Yo controlo mi destino. Rechazo que mi vida sea dictada por hombres muertos.

–Entonces, por lo que a mí respecta, tú ya eres un hombre muerto.

–Y usted es coreano. Tiene que darse cuenta de que muy pronto todo el mundo lo sabrá -replicó Sugawara. La rabia se apoderó de Kurata.

–¡Mentiras! ¡Todo son mentiras! Con las palmas abiertas de ambas manos golpeó y castigó con una serie de bofetones el rostro y la cabeza de Sugawara.

Sugawara encajó los golpes sin resistencia, y cuando Kurata se cansó, afirmó:

–Puede usted golpearme todo lo que quiera, pero eso no cambiará la verdad. Puede preguntarle a Matsue-*san* si es o no cierto.

Kurata abrió los ojos de par en par cuando se dio la vuelta hacia el fiel criado de la familia.

–¡Dile a este perro indigno la verdad!

Matsue miró a Kurata y Sugawara durante mucho rato, y luego dijo a Kurata:

–Como vos sabéis, mi familia ha servido a vuestro honorable clan durante más de seis generaciones.

Un gesto de asentimiento de Kurata.

–Y así fue cómo mi tatarabuelo acompañó a vuestro tatarabuelo en sus viajes a Corea.

Otro asentimiento con la cabeza, pero éste impaciente.

–Y también es cierto que sucedió que vuestra tatarabuela era una mujer estéril y, con su consentimiento, vuestro antepasado se acostó con una mujer coreana, que dio a luz a un hijo, vuestro bisabuelo.

En aquel instante, algo pareció venirse abajo dentro de Kurata. Sugawara pensó que parecía un vaso de leche que, de pronto, se hubiese convertido en polvo. El recipiente aún estaba allí, pero el contenido se había hundido.

–No puede ser verdad.

La poderosa voz de Kurata era ahora la de un viejo.

–Después de todos estos años, después del trabajo que he hecho por la pureza de la raza japonesa. Por favor…, dime que no…

–Es cierto -dijo Matsue-. Por esa razón insistí tanto en que vinieseis aquí durante la operación Tsushima. Temía que pudieseis resultar afectado.

–¿Pero cómo me has dejado…?

–Vos sois el defensor de Yamato -dijo Matsue-. Sois la protección de las cosas que se consideran importantes, que residen en el corazón y la mente, no en los genes. Vos apuntáis a la verdad más alta, ayudáis a los japoneses a encontrar su espíritu. Esa gran verdad trasciende el inconveniente genético y la irrelevancia de esa cuestión ahora.

Kurata se tambaleó un momento, sus piernas obviamente le fallaban. Matsue se movió con rapidez para ir a su lado, pero Kurata movió la mano para que no le ayudase. Luego, se dirigió a un pequeño altar en la esquina de la habitación y se arrodilló allí.

Por fin, Kurata se puso en pie y se enfrentó a la habitación.

–El gran Buda nos enseñó que la carne y la piedra no son más que ilusiones, y que la verdadera realidad la crea el espíritu -dijo Kurata-. Matsue-*san* tiene razón, por supuesto, cuando dice que la realidad reside en el corazón y la mente y no en la presencia física de los genes. El físico es simplemente un medio para proteger el espíritu. Los hechos tienen que ser interpretados por la sabiduría para alcanzar las supremas verdades que buscamos -asintió con la cabeza-. Ésta es la verdad. Nuestra cultura es una cultura del espíritu y no del cuerpo, y es esta cultura la que debe de ser protegida.

Su voz resonó con fuerza de nuevo.

–Pero la realidad es… -Sugawara quiso hablar.

–Tu realidad es la que yo digo que sea -le interrumpió Kurata mientras se dirigía con decisión a una vitrina y sacaba de ella una daga.

Regresó donde estaba Sugawara y se la entregó.

–Tu realidad es si morirás rápidamente por tu propia mano o, por el contrario, lentamente -miró por la ventana hacia la oscuridad de la zona parecida a un parque-, despedazado poco a poco por los Komodos.

Sugawara miró la daga pero no hizo movimiento alguno para sostenerla.

–La realidad es que la última elección que te queda es tomar la daga o no -dijo Kurata.

En aquel momento, un terrible y lastimoso quejido llenó la noche. Sugawara sabía que, ocasionalmente, los animales escapaban de los cercados y eran cazados por los Komodos. El quejido se escuchó con más fuerza una y otra vez. La muerte y el dolor llenaron la oscuridad. Luego, tan repentinamente como empezó, el ruido cesó.

Sugawara aferró la antigua daga.

Capítulo 60

La penumbra cubría la senda, y la niebla cubría la penumbra. La noche absorbía todos los detalles del mundo y los convertía en una caja de sombras chinas desdibujadas que cambiaban del gris al negro.

Una furgoneta oscura, con las luces apagadas, se deslizaba con el motor también apagado hacia el borde de la carretera, los neumáticos crujían sutilmente sobre el arcén de grava. Una húmeda y fría brisa soplaba por las puertas de carga abiertas del vehículo.

Lara miró a través del parabrisas de la furgoneta. Los arces que habían brillado con un luminoso color escarlata otoñal durante su reconocimiento diurno ahora no eran más que un negro intenso entre sombras aún más negras. Las nubes bajas se arrastraban por el firmamento, distinguiéndose apenas de los árboles. El resplandor de las luces de Kioto casi no se reflejaba allí. Era, pensó, como estar encerrada en un armario.

Incluso ella era casi invisible, vestida como iba toda de negro con pintura de camuflaje oscura cubriendo la piel que quedaba al descubierto.

–Está bien, ésta es la última -dijo Brooks en voz baja.

Puso una marcha, tiró del freno de mano y entró en la parte trasera de la furgoneta de reparto, casi vacía ahora excepto por la caja de cartón con las veinticuatro granadas de fragmentación y, además de la caja, una lata de pintura de tres litros y medio con gotas en los costados. Las manchas garabateaban escenas parecidas a las de Jackson Pollock sobre las cajas desmanteladas que cubrían el suelo.

Como había hecho con las otras veintitrés latas, Brooks saltó de la parte trasera de la camioneta y corrió a la base de la pared de piedra que rodeaba la propiedad de Kurata. Con dedos hábiles, cogió un destornillador y abrió la tapa de la lata haciendo palanca, igual que había hecho con las otras veintitrés y volvió a colocarla suelta, en lo alto. Después corrió de nuevo a la furgoneta, entró y cerró las puertas. En el espacio trasero que no tenía cristales, sacó una linterna de lápiz y se dio la vuelta; el haz brilló rojo por el plástico con la que la había cubierto para proteger su visión nocturna. Por fin, Brooks se sentó con las piernas cruzadas al lado de la caja de granadas. Lara fue a su lado y él le alargó una granada.

–Pon las gomas elásticas encima, así; desliza las tiras sobre la granada, directamente aquí, en la parte más baja, donde la argolla se curva hacia fuera… Asegúrate que las bandas están enganchadas por la sección más baja de la piña, sobre el cuerpo de la granada.

–De acuerdo.

Una ligera brisa arrancaba gotitas de los árboles que formaban una pequeña lluvia que tamborileaba suavemente sobre el techo de la camioneta. No se oía ningún ruido más por la carretera de la aislada montaña. Desde el interior de la empalizada de piedra de Kurata llegaron los sonidos del ganado. Los manjares de los Komodo para mañana, pensó Brooks. Por las descripciones de Sugawara, sabía que los Komodo eran alimentados por la tarde, en aquella zona más remota de la finca donde los gritos de los animales no molestarían a los invitados con sensibilidades delicadas.

Sugawara dijo que a Kurata le gustaba visitar los rediles durante la hora de alimentarlos, y mirar cómo comían los dragones.

–Ahora -dijo Brooks, colocando las gomas elásticas alrededor de la última granada-, vamos a poner todo esto en las latas.

Consultó el reloj. El proveedor de Kurata debería llegar a la puerta de servicio dentro de media hora.

Apagó la linterna y abrió las puertas traseras de la furgoneta. Lara arrastró la caja de granadas al salir. Colocó las granadas en el asiento del acompañante y sacó los binoculares de visión nocturna que Xue le había dado de su mochila, los conectó y se los colocó en la cabeza. Tardó un poco en ajustar las tiras y las lentes. La penumbra se desvaneció con el resplandor de la intensificación de la imagen electrónica. Luego tomó una granada y corrió hacia la lata de pintura que habían acabado de depositar al lado de la pared de piedra. Allí levantó la tapa y tiró de la anilla de la granada. Se aseguró que las gomas elásticas aguantarían la palanca de disparo y luego dejó la granada en la lata y volvió a colocar la tapa. Lara apretó el botón del cronómetro de su reloj mientras corría hacia la furgoneta. Permaneció en el estribo de la furgoneta, apoyada al abrigo de la puerta medio cerrada, con el brazo derecho agarrando el marco de la ventana, y la izquierda asida al portaequipajes del techo.

–Vamos, es hora de largarse.

Brooks puso en marcha el motor y se alejó despacio, conduciendo todavía sin prender las luces, en la oscuridad. A medio kilómetro carretera abajo, Lara golpeó el techo y él puso el freno. Ella tomó otra granada y se adentró corriendo en la noche. Vestía pantalones de camuflaje con tirantes; los bolsillos cubrían cada pierna y los objetos que llevaba en su interior chocaban y golpeaban sus piernas mientras corría. Al cabo de unos segundos, regresó y se subió al estribo, con el brazo se asió a la puerta, dio dos golpecitos en el techo; la camioneta salió disparada contrarreloj.

En menos de doce minutos habían atravesado la puerta principal de vuelta a la primera lata que habían colocado al lado de la pared, cerca de la puerta que utilizaban los criados, los empleados y el personal de reparto.

–Un buen tiempo -dijo Lara sin resuello, deslizándose al asiento del acompañante mientras Brooks apretaba el acelerador y guiaba la camioneta colina abajo.

–Muy bien, vamos a repasarlo todo; ¿tienes la grabadora con la cinta de Sugawara?

–La tengo -dijo Brooks, con un tono de voz entre el aburrimiento y el desconcierto.

Lara lo miró.

–Lo siento.

Él redujo una marcha para tomar una curva.

–Creo que…, tal vez estoy un poco nerviosa.

–Yo también estoy muy nervioso -confesó él.

Condujeron en silencio un buen rato; luego Brooks aminoró la velocidad para buscar el lugar donde poder detenerse.

–Mira, allí, al pie de la montaña -dijo Lara.

Bajo ellos, por la serpenteante carretera de pronunciadas curvas que recorría la montaña rodeándola como una guirnalda, un par de luces frontales atravesaban la oscuridad.

Brooks consultó el reloj.

–Debe ser él. Akira dijo que el hombre era puntual como un reloj -dijo.

–Nuestro lugar está cerca -dijo Brooks mientras guiaba la furgoneta hacia el lugar que habían escogido al subir. Al cabo de un rato, detuvo el vehículo.

Aparcó y puso el freno de mano. Podían escuchar el motor del coche que se acercaba y que reducía para tomar otra curva pronunciada. Los sonidos del motor diesel llegaban ahora acompañados por los zumbidos de los neumáticos de las ruedas.

–Buena suerte -dijo Brooks y le dio a Lara un paternal beso en la mejilla.

Cuando los faros empezaron a pintar las copas de los árboles a su alrededor, Lara agarró su mochila y empezó a correr a toda velocidad por la carretera, ocultándose entre la maleza que había por los alrededores. Brooks salió con rapidez y abrió el capó del coche. Quitó el plástico rojo de la linterna de lápiz y la utilizó para iluminar el interior del vehículo, se inclinó y aflojó dos bujías. Finalmente desplegó los reflectores de emergencia y los ató a los triángulos que había erigido en la carretera, delante y detrás de la furgoneta. Luego se quedó allí de pie, delante del vehículo, esperando para hacer señales para que se detuviese la camioneta que se acercaba.

Akira Sugawara paseaba por la habitación, sin fijarse en las vitrinas llenas de recuerdos de la gloriosa historia de su familia. Sostenía la daga que Kurata le había dado con la mano derecha y la enfundada punta con la izquierda. A cada paso que daba, hacía girar la daga; un paso, una vuelta, un paso, una vuelta, con los pensamientos siguiendo ese ritmo.

Se dirigió hacia la puerta formada por una pantalla *shoji.* Sugawara vio la sombra del guarda que se proyectaba sobre la cerrada pantalla de papel de arroz. «Aquí», pensó Sugawara, mientras sacaba la daga de la funda y la

sostenía hacia la pantalla, directamente a través del papel de arroz. La apoyó en el punto exacto, en la nuca del guarda, justo donde quedase paralizado de forma instantánea y cayese al suelo sin alertar a los demás.

Precisamente entonces, escuchó una voz familiar, Matsue, y escuchó que el guarda respondía *«Hai»* al inclinarse profundamente.

Sugawara bajó la daga y retrocedió hasta situarse en el centro de la habitación cuando la *shoji* se abrió, deslizándose.

–Matsue-*san* -dijo mientras hacía una reverencia al anciano.

El hombre hizo una ligera reverencia a su vez. Sugawara lo miró y buscó en su rostro una señal, pero no había ninguna oculta en todas aquellas décadas de arrugas y toda una vida de dominar el arte de la inescrutabilidad.

Sugawara vio que los ojos de Matsue recorrían la daga y luego se dirigían a su rostro.

–Kurata-*sama* desea que te informe de que serás llevado a los Komodo antes de que él y sus invitados se sienten a cenar. Desea cenar confortablemente sabiendo que esta infortunada situación se ha resuelto -dijo Matsue. Después hizo una pausa y añadió:

–La policía lo considerará un desafortunado accidente puesto que se le comunicará que no visitas a tu generoso tío con la frecuencia suficiente para ser consciente de todas las precauciones necesarias -hizo otra pausa, sus líquidos ojos marrones no dejaban entrever nada.

–Kurata-*sama* ya ha dado las órdenes; vendrán a buscarte en breve. Tal vez desees asegurarte que ya estás inconsciente cuando lleguen -dijo Matsue; giró sobre sus pasos y abandonó la habitación. La *shoji* se cerró con la fatalidad de una guillotina.

El proveedor de Kurata conducía un gran vehículo; era un camión frigorífico con dobles ruedas traseras, tan grande como la remota carretera de montaña podía acomodar sin dificultad.

A través del camino, y desde su camión, el conductor se vio forzado a hablar con Brooks. Lara no podía escuchar sus palabras sobre el zumbido del compresor de recuperación y el traqueteo del ralentí del diesel del vehículo. Los faros iluminaban la furgoneta y sus reflectores de emergencia. Escondida entre los arbustos, Lara apretó las tiras de su mochila una vez más para asegurarse que no la sacudiría ni golpearía cuando echase a correr. Durante lo que a ella le pareció una eternidad, tocó los objetos que llevaba en los bolsillos de los pantalones y los que colgaban de su cinturón, para

tranquilizarse; palpó el Colt.45 automático y el silenciador unido a él que recorría casi la longitud del muslo; el cuchillo de linóleo siniestramente curvado, afilado como una hoja de afeitar, para la lucha cuerpo a cuerpo; un trozo de cable grueso como una cuerda de piano; palos para utilizarlos como porras; y otro trozo de cable que llevaba atado dentro de la cinturilla de los pantalones. Tenía polvo de magnesio, el bote CS y la hachuela en un cinturón enfundado para sortear las puertas inconvenientemente cerradas. Tocó lo que llevaba pieza a pieza, todo estaba en su lugar. Algunos objetos, como el Colt, le eran familiares; otros le eran extraños y hacía muy poco que Brooks la había adiestrado en su manejo. La había instruido una y otra vez. Esperaba acordarse de sus instrucciones cuando llegase el momento de utilizarlos. Rogó incluso más para no tener que hacerlo. En especial la porra. No estaba segura de poder matar a alguna persona de forma tan cercana.

Poco después observó que el conductor del camión de las provisiones sostenía la linterna de Brooks y se inclinaba sobre el compartimiento del motor. Lara salió de su escondite entre la maraña de maleza del borde de la carretera y corrió hacia la parte trasera del camión del repartidor. Se quedó helada cuando vio lo que había allí: la ancha superficie inferior de una plataforma elevadora hidráulica estaba doblada contra la puerta trasera del camión y bloqueaba el acceso a los pasadores de la puerta. ¡No había forma de entrar! No, sin la tarea ruidosa, y que además le llevaría mucho tiempo, de bajar la plataforma elevadora para poder llegar a los pasadores.

Lara repasó todo el vehículo frenéticamente. Corrió hacia la parte delantera y sacó la cabeza por la cabina. Allí no había donde esconderse. Enseguida le llegó el sonido del motor de la furgoneta que se ponía en marcha y el chasquido del capó al cerrarse. El repartidor había encontrado el problema con rapidez. ¡Demasiado rápido! Los pasos se acercaban. Lara se agachó a la sombra de las inmensas ruedas traseras del camión, de manera que el conductor no pudiese verla. Éste subió a la cabina y cerró la puerta de un golpe; Lara aprovechó para sacar la linterna del bolsillo de sus pantalones y enfocó los bajos del camión. El sudor le caía dentro de los ojos y se lo secó mientras repasaba el montón de cables de freno, los cables eléctricos, los alambres, los ejes de conducción, los cables hidráulicos, las bombas para la elevadora y las estructuras entramadas del soporte del camión. El conductor encendió el motor y puso el vehículo en movimiento.

Con desesperación, Lara escondió la linterna y cuando el camión empezó a deslizarse hacia delante, se arrastró bajo el vehículo y agarró el borde de una traviesa de acero del bastidor que iba de lado a lado. Era casi como una viga en forma de «I» pero sin la generosa horizontal inferior que ella hubiese preferido. Le empezaron a doler los dedos casi inmediatamente. El camión avanzó, arrastrando a Lara por los talones. Procuró alzar un pie y buscar un soporte. Después de una eternidad encontró otra traviesa del bastidor que iba de lado a lado. Con precaución, primero introdujo un pie y luego el otro, y se elevó del suelo. Lara se agarró a la parte inferior del camión con todas sus fuerzas, apartando el dolor de su mente, que le quemaba como clavos al rojo vivo en cada dedo y estallaba en los músculos de los brazos, los hombros y la espalda. Sabía que el dolor de estar allí colgada era infinitamente menor que el dolor que representaría soltarse.

El camión ganó velocidad, y casi inmediatamente empezó a reducir.

Lara intentó estirar la cabeza para ver si su mochila sobresalía. ¿Se arrastraría y haría ruido? ¿La verían? El camión se detuvo y luego dobló a la izquierda. Pronto lo sabría.

Las ruedas del camión soltaron un ruidoso crujido cuando el pavimento de la carretera dejó paso a la grava. De pronto, una luz muy brillante envolvió el camión. Obviamente se trataba de la puerta y el área de inspección de la entrada de servicio. El camión se detuvo de nuevo. Esta vez se escucharon voces ruidosas, saludos familiares, las fáciles y amistosas bromas de los criados vinculados por el vasallaje. El conductor salió y distribuyó lo que Lara rápidamente dedujo que era el reparto usual de la noche de manjares para el disfrute de los guardas. Instantes después, las luces se apagaron y el camión avanzó; el corazón de Lara se aceleró cuando el movimiento arrancó los tres dedos de su mano izquierda de su soporte. Desesperada, su mano buscó el apoyo perdido. Intentó sujetarse a la barra de apoyo mientras el camión ganaba velocidad. ¡Por fin! Los dedos encontraron donde sujetarse. Luchó para consolidar su agarre mientras el camión se sumergía en la oscuridad. Al cabo un minuto, tal vez dos, el camión atravesó un charco; el agua de lluvia la cubrió, lubricó sus manos y pies; los tres dedos de la mano izquierda empezaron a resbalar de nuevo. Lara supo que en cualquier momento podía caer del camión de forma incontrolada y se arriesgaba a ser vista por los guardas o, si intentaba

colgarse de nuevo y finalmente resbalaba y caía, correría el riesgo de ser aplastada por las inmensas ruedas del camión. No tenía elección.

Primero bajó un pie y luego el otro y los arrastró por la grava. Cuando estuvo lo suficientemente segura de que sus pies se colocaban entre las ruedas traseras, se soltó. El derrapaje, en principio, funcionó bien durante un segundo, que ya fue mucho. Lara se dejó caer y empezó a reducir la velocidad de la caída inmediatamente; la mochila absorbió el castigo del impacto inicial, y después chocó contra la grava con más fuerza concentrada allí que en el resto de su cuerpo. La inevitable fricción mecánica concentrada en la mochila despidió a Lara en una voltereta hacia atrás, cuando el camión pasó por encima de ella.

La parte trasera de la cabeza de Lara golpeó el suelo y, entonces, una galaxia de estrellas destelló bailando ante sus ojos; un momento después el dolor la golpeó en el centro de la espalda y la dejó sin aliento. Entonces, la oscura noche se volvió completamente negra.

Capítulo 61

El hedor a carne podrida atravesó la oscuridad y azotó la nariz de Lara. Luego sintió que la empujaban suavemente. Un fuerte olor a carne muerta en descomposición. Un gruñido.

Lara abrió los ojos y miró directamente al infierno; unos profundos ojos rojizos que apenas reflejaban la luz del camión que se alejaba. Uno de los Komodos de Kurata se inclinaba sobre ella ahora, con las mandíbulas cerradas con una mueca reptiliana, decidiendo si era o no comida.

Con la mente pensando a toda velocidad, Lara intentó recordar qué había dicho Sugawara sobre esos animales. Les gustaban las presas vivas, ¿pero eso significaba que el gran lagarto se marcharía o no? ¿Si se movía de pronto se asustaría o por el contrario haría que entrase en acción? Antes de que pudiese decidir, el gran reptil abrió sus fauces; su pútrido aliento le revolvió el estómago. Cuando el Komodo se alejó, Lara rodó sobre sí misma. El dolor en la cabeza y la espalda hizo que se sintiese mareada. De pronto notó que la sacudían por detrás, abruptamente. El Komodo había atrapado su mochila y la sacudía con sus poderosas mandíbulas. Con toda rapidez, Lara soltó las tiras que llevaba atadas al pecho y que estaban unidas a las dos tiras de los brazos; se las quitó y se alejó rodando mientras el Komodo tiraba el seco bocado sin vida y echaba a correr tras ella. Lara

retrocedió de espaldas a través de la noche y buscó a tientas el broche de presión que aseguraba el largo bolsillo que contenía el revólver. El lagarto gigante, visible ahora sólo como una forma negra deslizándose entre una oscuridad más negra que el carbón, ganaba velocidad al acercarse a Lara. Aún moviéndose de espaldas, bajó el.45 y el grueso silenciador provisional que Charles Brooks había hecho expresamente para él. Luego algo chocó contra la parte trasera de sus muslos, algo frío, duro e inmóvil.

Mientras los olores a podrido del Komodo se acercaban de nuevo, Lara se dio la vuelta y alargó la mano izquierda para detener la caída. Sus dedos tocaron las piedras frías y resbaladizas por la lluvia de un muro bajo cuando cayó por encima del borde y aterrizó al otro lado, golpeándose el hombro; la cabeza y la espalda le retumbaron, afectados por el nuevo golpe. Al caer, la mano en la que llevaba el arma chocó contra las rocas, y el golpe hizo que el.45 saliese despedido en la oscuridad.

Lara se incorporó y se sentó cuando la rotunda cabeza del dragón Komodo apareció tentativamente sobre el borde del muro. Desesperada, buscó el.45 que no podía ver en las sombras. El hediondo olor del aliento del Komodo llenó la oscuridad, una armadura congelada de terror removió las entrañas de Lara cuando vio que la criatura asomaba la cabeza y miraba hacia abajo, con los malignos ojos apoderándose de su presa.

Con un movimiento rápido, Lara se levantó y sacó la hachuela de su soporte. Justo en el momento que el Komodo empezó a abrir sus fauces, bajó la hoja rápida y fuertemente. Con un sonido sordo y parecido al crujido de un cuchillo en una carnicería, la hoja de la hachuela se hundió profundamente en la cabeza del Komodo, justo tras los ojos. No se produjo ni un bramido, ni un géiser de sangre, la criatura gigante tan sólo se estremeció al caer, deslizándose hacia atrás por el otro lado del muro. La pequeña hacha saltó de la mano de Lara, tan firmemente clavada como estaba en el cráneo del Komodo.

«¿Está aturdido? ¿Muerto? ¿Reagrupándose? ¿Vendrían otros atraídos? ¿Repelidos?», se preguntó. Respiró profundamente y decidió que no esperaría para encontrar respuesta a esas preguntas.

Lara procuró pasar por alto el dolor de cabeza y el punzante dolor de su espalda, se alzó en la oscuridad y dejó que sus ojos recorriesen el muro de piedra que subía hasta el complejo de edificios. De su estudio previo del esquema del palacio de Kurata, Lara sabía que esta carretera de servicio

conducía a unas instalaciones destinadas a los servicios, adyacentes al edificio principal. Al mirar a lo lejos, la visión periférica de Lara captó las tenues formas de su Colt.45 en el suelo. Lo recogió y corrió a lo largo de la valla, agachada, rezando para no tener ningún encuentro más con los Komodos de Kurata.

Akira Sugawara estaba agachado, acorralado en la esquina de la habitación frente a los tres hombres que Kurata había enviado a por él. El hombre al mando era alto y corpulento, un ex luchador de sumo. Los tres hombres iban vestidos con ropa deportiva y llevaban largas pértigas de madera.

–No os condenéis vosotros mismos -dijo Sugawara mientras balanceaba la daga hacia los hombres-. No es vuestra lucha.

–Si Kurata-*sama* dice que es mi lucha, entonces es mi lucha -dijo el ex luchador de sumo bajando su bastón.

Sugawara saltó a un lado y el bastón chocó contra el lugar donde había estado antes. En el mismo momento, el segundo hombre hizo rodar su bastón; Sugawara se agachó bajo el arma. El tercer hombre, con un recorrido bien practicado de su bastón, golpeó a Sugawara en un lado de la cabeza. La oscuridad se cernió sobre él.

La lluvia había dado paso a una ligera llovizna brumosa cuando Lara llegó al abrigo de una pared de casi dos metros, formada por una valla de madera. Miró a través de sus ranuras para observar el edificio de una planta de tejado inclinado de la cocina. Los contenedores se alineaban en la pared trasera que quedaba frente a ella. A la izquierda, un sendero abierto cubierto con baldosas conectaba la cocina con el palacio principal de Kurata. Los criados vestían chaquetas blancas para servir la cena y empujaban carritos con platos cubiertos con cúpulas cromadas desde la cocina. El personal charlaba efusivamente mientras el proveedor se preparaba para marcharse. Un hombre con un gorro alto, obviamente el chef, y su personal se despedían del repartidor que había «reparado» la camioneta. Siguieron muchos más «gracias» por parte del personal de Kurata por lo que fuese que hubiese sido el festín de la noche. Luego, dos de los ayudantes de cocina fueron hacia la puerta abierta; estaban acompañados por guardias armados, obviamente para asegurarse que ninguno de los dragones se deslizase desde donde Lara estaba y se introdujese dentro del complejo humano protegido.

Sugawara había explicado que, en realidad, dentro de la residencia había poco personal de seguridad, puesto que las puertas, la verja del perímetro asegurada electrónicamente y los Komodos ya eran suficiente garantía para neutralizar la mayoría de amenazas. A resultas de toda esa vigilancia, Kurata confiaba en unos pocos guardas tradicionales y centinelas, que a su vez confiaban en el rápido aviso y una rapidísima reacción de sus escuadrones.

Lara observó que había dos guardas haciendo una ronda de 360 grados por los porches que recorrían los perímetros de cada piso. Cronometró las rondas con el reloj. Los guardas eran sorprendentemente regulares, predecibles, un trabajo de centinela descuidado, pensó, pero que a ella le convenía, porque tenía un intervalo de 45 segundos cuando ambos estaban fuera de la vista de la cocina y del sendero que la conectaban con el edificio principal.

El motor del camión del proveedor se puso en marcha, llenando la noche con el traqueteo de las bielas diesel. Luego se escuchó el ruido del cambio de velocidades, seguido del de los neumáticos que crujían sobre la grava. Por la grieta de la valla, Lara vio todos los ojos puestos en el camión del proveedor. Incluso el guarda que normalmente patrullaba esa zona dio la espalda a la cocina, con el rifle a punto por si algún lagarto surgido de una pesadilla decidiese explorar la puerta abierta.

¡Ahora! Lara se agarró a lo alto de la valla, se impulsó hacia arriba y llegó con facilidad a lo alto. Saltó y aterrizó, agachada en la sombra que pintaba la base de la valla. Todos los ojos estaban aún posados en el camión de reparto. Lara esperó escondida entre las sombras hasta que el camión se interpuso entre ella y el grupo de hombres que estaban junto a la puerta. Luego salió a toda velocidad hacia los contenedores. Era como una película en la que sólo se pudiese hacer una sola toma pensó mientras corría. No había tiempo de esconderse y esperar. El guarda regresaría a su puesto y estaría constantemente expuesta a ser descubierta por el personal de la cocina. O sea que tenía que ser en aquel momento; del contenedor al tejado de la cocina, por el camino cubierto hacia el edificio principal. Luego arriba hacia lo alto. Una sola toma, sin descanso.

Lara alcanzó los contenedores y entonces olió el humo de cigarrillo; permaneció inmóvil en las sombras y dejó que su nariz la guiase en la dirección del fumador. A lo lejos vio a un grupo de hombres vestidos con

trajes oscuros y que parecían chóferes profesionales, de pie, fumando. Pero el hedor del tabaco era demasiado fuerte como para llegar hasta allí desde aquella distancia. Ella esperó, en una pugna contra la urgencia que retorcía sus entrañas. Pero no por mucho tiempo. El momento pasaría. El guarda regresaría; la cocina volvería a la actividad.

Entonces, un poco más allá de la esquina del edificio de la cocina, con el brillo de un cigarrillo y el breve destello de la iluminación, vio el rostro de un guarda, uno de los soldados de Kurata. ¡El soldado se movió hacia ella! Rápidamente, Lara se escurrió en la oscuridad, entre los dos contenedores, y se dio cuenta de que sólo le quedaba un arma y que tenía que matar lo suficientemente rápida y silenciosamente para no descubrir su presencia a los demás. A su pesar, sacó de sus pantalones las dos porras.

Cada pieza redonda de madera era de unas cuatro pulgadas de largo y tenían una ligera muesca alrededor de la circunferencia en el centro. Un rígido cable de acero, grueso como una cuerda de piano, estaba envuelto alrededor de la muesca y fuertemente enroscado. Dudó un instante mientras miraba el arma que le era tan extraña. Se concentró en el entrenamiento que le había dado Brooks pocas horas antes.

El guarda se acercaba arrastrando los pies, mientras chutaba la grava con las botas. Lara alzó una de las porras y dejó que el resto colgase para deshacer el cable. A continuación, sujetó el mango que quedaba libre y dispuso los mangos de tal manera que el cable formase un lazo completo y cruzara las empuñaduras. El guarda pasó junto a los contenedores. Lara salió a toda velocidad de su escondite, deslizó el lazo de cable por encima de la cabeza del hombre y tiró de los mangos con todas sus fuerzas, cerrando el lazo de cable como un fruncido. Ella sintió que tiraba, estiraba y cortaba los tendones y la carne. Pensó que parecía uno de aquellos cables que se utilizaban para cortar queso. El cable resonó con un único acorde parecido a un *do.* La cabeza del guarda se había separado silenciosamente del cuerpo. Al caer resonó como un melón vacío al chocar contra la grava suelta. Lara se apartó cuando la sangre salió a chorros del cuerpo derrumbado. Todo sucedió en apenas segundos. Limpió el garrote con la camiseta del hombre, luego lo volvió a meter dentro del bolsillo de su pantalón. Después echó la cabeza y el cuerpo del guarda dentro de uno de los contenedores. El ruido del camión de reparto se alejaba y cada vez se oía más lejos; Lara esperó junto a los aleros de la cocina y estudió el palacio

principal de Kurata cuando primero un guarda y luego el otro desaparecieron al dar la vuelta a sus respectivas esquinas. Apretó el botón del cronómetro de su reloj, 45 segundos.

El tiempo empezó a transcurrir deprisa; escaló la pared y subió al tejado de la cocina, trepó desde el sendero cubierto hasta el segundo piso del edificio principal y escaló la reja. El siguiente movimiento la aterró. Aunque había estudiado las fotografías y practicado los movimientos mil veces en su mente, la preparación palidecía frente a la ejecución. Como muchos edificios japoneses de aquella época, los tejados cubiertos de tejas del palacio de Kurata se curvaban elegantemente hacia abajo y luego, con vigas voladizas, alejaban las superficies del cuerpo principal del edificio. Formaban un alero de unos dos metros que cubría el balcón que había debajo. Pero, a diferencia de las construcciones occidentales donde debería haber un poste de apoyo que fuese del suelo del balcón hasta el borde del tejado, allí no había ninguno.

Tal como había planeado en su mente, Lara fue a la esquina del balcón y escaló por la reja hasta que se puso en cuclillas en lo alto, de cara afuera, con un pie en cada uno de los barrotes de la parte superior de la reja. Observaba al personal de la cocina que regresaba a sus tareas, debajo de ella. El guarda solitario cerró la verja y el candado.

«No mires arriba», rogó Lara; también rezó para aguantar el equilibrio y tener éxito. Después, con mucha precaución, soltó la reja en la que se apoyaba con las manos y se alzó. La barandilla estaba resbaladiza por la humedad; sintió que sus zapatos resbalaban sólo algunos centímetros y luego se detuvieron. Miró hacia abajo, a la cocina, utilizándola como punto de referencia para aguantar el equilibrio. Por fin se puso en pie. Debajo de ella, un camarero con una bata blanca se colocó bajo los aleros traseros de la cocina y encendió un cigarrillo. Sin quitar los ojos de la cocina, Lara alzó las manos y alcanzó el complicado entramado de vigas y viguetas que formaban la parte inferior del alero. Primero los dedos de una mano, y luego los de la otra encontraron madera centenaria; el mero contacto consolidó su equilibrio. Miró hacia arriba, para buscar algún lugar del que sostenerse. Al mirar y buscar, se quedó completamente helada y sintió una oscura opresión en el pecho al darse cuenta de que se había equivocado en sus apreciaciones; no era lo bastante alta. Sus dedos apenas rozaban la parte más baja de las vigas. Lara se apoyó en los dedos de los pies y luego se

puso de puntillas sobre la resbaladiza barandilla, aún se estiró más pero no lo suficiente. El sudor le caía dentro de los ojos. ¿Dónde estaban los guardias? ¿Cuánto tiempo había gastado de los 45 segundos? Con cuidado utilizó una mano para limpiarse los ojos. Sólo le faltaban unos pocos centímetros para sujetarse con fuerza a las vigas; Lara sabía que sólo tenía una opción. Muy despacio se dobló de rodillas medio en cuclillas, y clavó los ojos en la viga que tenían que encontrar sus manos.

«Dios mío, por favor, esta única oportunidad, sólo esta vez», rezó para sí. Si no, moriría a causa de la caída o a manos de los guardas.

Entonces saltó. Un pie resbaló con el impulso; mariposas de acero le clavaron las alas del miedo en el estómago. Con la otra pierna, se impulsó incluso con más fuerza. Salió despedida hacia arriba. Lara miró sus manos, deseando que se alzasen más, anhelando que conectasen con las vigas. Y lo hicieron. Primero la mano derecha y luego la izquierda. En aquel instante llegó un disparo desde debajo de donde estaba. Lara bajó la vista y vio al camarero de la bata blanca que gritaba y la señalaba.

Lara no hizo caso y empezó a balancearse, hacia delante y hacia atrás, como una trapecista. Hacia delante y hacia atrás. Hacia atrás iba hacia el edificio, adelante hacia la oscuridad. Otra vez…, otra vez…, más disparos desde abajo. Luego salió despedida, más por el impulso que por su propia decisión consciente. Lara guió sus piernas hacia arriba y luego hacia atrás, encogiéndolas en una especie de voltereta. Las puntas de sus botas chocaron contra las húmedas tejas del tejado encima de ella e intentó sujetarse a ellas.

Abajo, en el suelo, el guarda que había cerrado la puerta apareció al lado del camarero y miró hacia arriba. Lara se impulsó con toda la fuerza de sus brazos y empujó su cuerpo lo más lejos posible del borde. Alzó las manos, viga a viga, impulsándose hacia atrás y hacia arriba; al final consiguió que la mayor parte de su cuerpo estuviese echado sobre el tejado con los pies hacia el cielo.

En aquel momento, el guarda efectuó su primer disparo. La bala se clavó en los aleros de madera, a pocos centímetros de su mano derecha. Lara luchó contra la gravedad y las tejas lubricadas por la lluvia mientras trepaba con desesperación hacia atrás sobre su estómago. Un instante después, las tejas que había cubierto con su cuerpo momentos antes, explotaron en un torrente de fuego proveniente de armas automáticas.

Permaneció allí sólo un segundo, buscando aire, estaba sin aliento después de haber realizado tanto esfuerzo. Sacó el Colt con silenciador del bolsillo de su pantalón, comprobó la recámara y puso una bala en ella.

Una sirena cortó la oscuridad mientras ella se arrastraba a gatas hacia la habitación en la que Sugawara estaba seguro que Kurata lo confinaría. Cuando la cabeza de Lara alcanzó el nivel del suelo del balcón que rodeaba la habitación en lo alto, se abrió una puerta, un hombre vestido con chándal salió, llevaba una pistola. Lara se quedó paralizada sosteniendo el Colt. El hombre del chándal miró hacia abajo. Lara apuntó y apretó el gatillo. La primera bala salió en silencio del revólver, y le dio directamente en la nariz, por debajo, y empujó la cabeza hacia atrás. La segunda bala rasgó su garganta. Murió antes de que su cuerpo se desplomase en el suelo del balcón.

Lara saltó al balcón, soltando un juramento al aterrizar; vio a tres hombres en el cuarto, detrás de la puerta abierta. También vislumbró a Sugawara, echado de espaldas en un rincón, con las manos atadas con cinta, dando puntapiés a un hombre inmenso vestido con chándal.

–No debes dejar marcas -le recordó un hombre más menudo, vestido igual que el otro-. Piensa en la autopsia.

Lara dio un paso y atravesó la puerta. El individuo corpulento se dio la vuelta como si la hubiese presentido en lugar de oírla entrar.

Tuvo que dispararle cuatro balazos antes de que el hombre, que parecía un luchador de sumo, dejase de moverse. Pero el menudo era rápido, sacó el arma que llevaba en su costado y apuntó a Lara. Sugawara se puso en pie como pudo y con las manos aún atadas delante de él, alzó la daga del suelo y la clavó en la diminuta espalda. La bala del arma salió disparada de forma descontrolada y se clavó en el techo cuando la daga penetró a través del chándal y emergió roja y húmeda justo debajo del pequeño esternón. Sangrando, el hombre dejó caer el arma, se tambaleó hacia atrás y luego se derrumbó.

–¡Lara! – exclamó Sugawara con una sonrisa. Una brutal hinchazón roja decoraba un lado de su cabeza.

–¡Eh! ¡Eso parece! – exclamó ella. Sacó el cargador casi vacío de calibre.45 del Colt e insertó otro antes de guardarlo otra vez en el bolsillo del pantalón.

Después se acercó a Sugawara y cortó la cinta que ataba sus manos y muñecas. Debajo había una venda elástica.

–Las cosas no han ido tan bien como deberían -dijo Sugawara mientras se frotaba las muñecas-. Kurata se ha mofado del asunto de la herencia coreana. No he podido influirle en ese aspecto. Sólo me dio la opción de *seppuku* o de servir de alimento a los dragones.

Buscó por toda la habitación hasta que su mirada se detuvo en la larga daga que reposaba en el tatami que estaba en una esquina. Fue hasta ella.

–He estado allí -dijo Lara mientras se agachaba para recoger la pequeña pistola del hombre-. Casi les sirvo de alimento.

Alargó el arma a Sugawara, consultó el reloj y sacó el móvil.

–Llamaré al helicóptero para que vengan.

–Todavía no -dijo Sugawara mientras se agachaba a recoger la daga.

La funda estaba por el suelo unos pocos pasos más allá; la recogió y deslizó la daga dentro.

–¿Qué quieres decir con «todavía no»? ¿Estás tan encantado con el trato que te han dado aquí que quieres quedarte para recibir aún más? – preguntó con incredulidad.

Ella arremetió bruscamente contra el teclado del teléfono y golpeó la tecla de enviar. En el exterior, voces excitadas retumbaban como un bajo continuo entre el bramido operístico de las sirenas.

–¿No lo comprendes? Kurata se va a salir de ésta y culpará a los enemigos que intentan destruirle. Tiene una habitación llena de jefes militares de todo el mundo cenando en el piso de abajo, justo donde estamos nosotros y, si recuerdo bien, les está haciendo una oferta para que compren el Ojo de fuego para sus arsenales; el arma precisa para exterminar insurgencias regionales o étnicas sin tener que usar las convencionales y sin tener que parecer mala gente.

Lara escuchó que alguien descolgaba el teléfono al otro lado de la línea.

–Sí -ella hizo una pausa-. Es hora de que empiece el baile. Dile a Victor que intentáremos llegar a los corrales tal como planeamos.

Cerró la tapa del móvil y se volvió a Sugawara.

–Escucha, todos esos visitantes no cambian las cosas -dijo Lara-. Sabíamos que venderlo a varios militares era parte de su plan.

–Sí, pero apostaría que ellos tienen toda la documentación preparada y son las pruebas que podrían destapar todo el asunto. Quitaríamos de en

medio a mucha gente que no tiene los recursos de Kurata para ocultarlo todo -insistió Sugawara.

Resonaron pasos por las escaleras. Deslizó la daga por el cinturón de sus pantalones.

–Eso no detendrá el proyecto del Ojo de fuego -afirmó Lara-. Kurata no hará más que seguir presionando para que se concluya.

Sugawara inspiró profundamente.

–No, si no vive lo suficiente para cambiar su testamento.

Lara alzó las cejas.

–Esta noche me ha dicho que soy el único heredero de todo su imperio, hasta mañana, después de que yo hubiese muerto y él cambiase el testamento sin siquiera pestañear.

Lara soltó un suave silbido.

–Como ves, puedo hacer que todo esto se detenga.

–¿Podrás matar a tu tío?

–¿Después de todo lo que ha hecho? Por supuesto.

–Él es de tu propia carne y sangre.

–La genética no es el destino. A veces tienes que hacer cosas que no quieres -dijo Sugawara.

La puerta que daba al pasadizo de la escalera se abrió y entraron hombres vestidos con ropas deportivas.

Capítulo 62

El primer hombre que atravesó la puerta encajó la bala del.45 de Lara en el ojo izquierdo; dejó caer la metralleta que llevaba y cayó de rodillas.

Los tres hombres que iban tras él, tropezaron con su camarada caído. Lara les disparó, y cayeron sobre el que había sido su avanzadilla; Sugawara disparó al tercero, falló la primera vez y luego hizo diana con dos disparos en el pecho izquierdo del hombre.

Se escucharon más pasos por las escaleras. Lara guardó el.45 en el bolsillo del pantalón y se agachó para recoger las metralletas de los guardas.

–Una HK -dijo mientras le alargaba una de las tres a Sugawara-. Sólo lo mejor.

Los pasos en las escaleras resonaron más fuertes, no se oía ninguna voz. Lara pensó que aquellos hombres eran disciplinados.

–Ven, por aquí -dijo Sugawara.

Se dirigió hacia la esquina de la habitación, una esquina ciega sin nada para cubrirse y defenderse, paredes sólidas, sin ventanas, sin vías de escape. Lara le lanzó una mirada interrogativa.

-*Chodai-gamae* -dijo Sugawara, mientras se inclinaba y pasaba la mano por el borde de los paneles de la pared. Con un chasquido apagado, un panel se abrió.

-*Chodai-gamae* significa «cámara secreta» -explicó Sugawara-. Todas las casas de los aristócratas de aquella era tenían muchas de éstas, muchas. Para esconder guardas, para emboscar a sus enemigos, para esconderse de las emboscadas de los enemigos. Y, algunas veces, para escapar.

–¡Hay que joderse! – dijo Lara, con la voz llena de sorpresa y aprobación.

–¡Vamos!

Lara dio un paso hacia la *chodai-gamae,* y luego se detuvo. Sosteniendo dos de las metralletas HK en una mano por los seguros del gatillo, buscó en el bolsillo a la altura de su pantorrilla derecha y sacó de él una lata de gas lacrimógeno, diseñada como un tubo de spray para protección personal. A medida que los pasos se acercaban por las escaleras, salió al rellano que daba al hueco de la escalera y dejó el bote en el borde del escalón de arriba de todo.

De pronto, en la distancia, una explosión siguió a un destello de luz.

Lara consultó su reloj, una hora, tres minutos. No estaba mal para un temporizador de gomas elásticas. Los pasos frenaron en seco en el rellano, obviamente reaccionando al ruido de la explosión.

–Quien ríe el último ríe mejor, amigos… -murmuró Lara, retrocediendo hacia la habitación de Sugawara. Alzó una de las metralletas con su mano derecha y luego apuntó con atención al bote. La primera bala quitó la tapa al bote y lo envió rebotando por el hueco de la escalera vomitando nubes de productos químicos irritantes tras él. Enseguida se escucharon gritos excitados por el hueco de la escalera, seguidos del sonido de pasos retirándose. Sólo entonces Lara se unió a Sugawara en la *chodai-gamae.*

Se trataba de un túnel pequeño y estrecho. Sugawara volvió a colocar el panel del *chodai-gamae,* y le hizo señas para apremiarla a que lo siguiese. Lara abrazó las metralletas con una mano, y avanzó muy despacio, en tres movimientos, hasta que el pasadizo se abrió a un hueco vertical con una escalera.

Desde el otro lado de las paredes se escuchó el apagado estruendo de la segunda granada.

Lara no pudo evitar sonreír.

–Hemos salido de la sartén para caer al fuego -susurró Sugawara lacónicamente mientras miraba hacia abajo, al fondo del hueco-. Esto conduce a una salida al fondo de la casa y va a parar directamente al agua.

Lara asintió.

–Pero primero tenemos que acabar con Kurata, ¿de acuerdo?-dijo el joven.

Lara asintió de nuevo.

–De acuerdo, entonces. Al bajar hay más de una salida antes de llegar a la del fondo. Conduce a un panel que da al interior de la habitación donde Kurata celebra su reunión. A él le gusta colocar su podio justo delante del panel.

Lara sintió que su corazón le ardía de ira hacia aquellos hombres que se habían reunido para descubrir cómo matar a millones de personas, cómo cometer un genocidio sanitario. Todos ellos eran los Pol Pot, Hitler y Milosevic del futuro. No iba a sentir ningún remordimiento por eliminarlos de la faz de la tierra. Si alguno de ellos abandonaba la habitación, ellos matarían, matarían y matarían mil veces de nuevo a víctimas inocentes, cuyos únicos crímenes eran tener un color de piel distinto, diferente religión o afiliación política.

Sin hablar más, Lara siguió a Sugawara y descendió por el hueco.

En el rellano que conducía al salón de reuniones de Kurata del segundo piso, el murmullo de una animada conversación se filtraba por el panel de la *chodai-gamae.*

Primero se escuchó la voz de Kurata, murmurando como un hombre que está al teléfono. Luego se escuchó el chasquido de un auricular al ser colgado.

–Me acaban de informar que se ha producido algún disturbio en la finca. Las autoridades ya han sido avisadas y estarán aquí de un momento a otro para reforzar a mi personal de seguridad y al de ustedes.

Otra explosión. El murmullo de la conversación se intensificó.

–Comprendo que todos nosotros tenemos a alguien que desea herirnos -continuó Kurata-. Les garantizo que aquí estamos a salvo. Como ustedes saben, esta habitación es interior y está protegida con paredes de madera de

un pie de grosor. Y, como han comprobado, las puertas están cerradas por dentro. – A continuación siguió una pausa-. Deberíamos considerar la ironía que las precauciones medievales que se tomaron hace siglos todavía sean tan apropiadas para el salvaje mundo en que vivimos en la actualidad.

El murmullo de la conversación menguó poco a poco.

–Les sugiero que terminemos nuestros negocios mientras el personal de seguridad especializado se ocupa de estas molestias.

–¿Ahora? – preguntó Sugawara.

–Ahora.

Lara se lanzó a través del panel de la *chodai-gamae,* y golpeó la espalda de Kurata. Los dos cayeron al suelo con fuerza bajo una lluvia de astillas de madera y tela.

–No se muevan -gritó Sugawara.

Una serie de voces furiosas y asustadas llenaron la habitación. Lara rodó con rapidez, se puso en pie y se separó de Kurata, que aún estaba en el suelo, bajo los restos del panel de la *chodai-gamae.* Al ponerse en pie, Lara vio a más de una docena de hombres, sentados al estilo occidental, con sillas dispuestas tras mesas. Delante de cada hombre, encima de las mesas había jarras de agua y vasos. Casi todas las superficies horizontales estaban cubiertas de documentos.

La furia se agudizó en su interior cuando reconoció a muchos de los hombres de la habitación. Había oficiales del ejército norteamericano y, a su lado, se sentaban hombres que podrían ser clasificados como criminales de guerra de la peor calaña, si el gobierno de Estados Unidos no hubiese sancionado su inhumana masacre con ayuda exterior y el razonamiento que eran esenciales para la estabilidad en no importa las regiones en las que ellos señoreaban.

Un hombre vestido con traje militar caqui se puso en pie de un salto, volcando su silla al suelo al lanzarse hacia la puerta. Lara lo reconoció; era el jefe corrupto del servicio de inteligencia de México, un hombre conocido por proteger a los señores de la droga y por masacrar a la población nativa que quería agua corriente y electricidad.

El estallido de la HK de Lara alcanzó al jefe del servicio de inteligencia en la parte baja de la espalda y luego subió hacia arriba; la parte posterior de la cabeza del hombre pareció explotar y salpicó de materia rosa, gris y roja a todos los que le rodeaban.

¡Se produjo un auténtico caos!

Igual que el mexicano muerto, todos los individuos de la habitación salieron disparados de sus asientos y se dirigieron hacia la única puerta de la habitación. Lara y Sugawara los abatieron uno a uno, hasta que no se escuchó ningún sonido en la estancia, excepto los golpes que daban los guardas al otro lado de la puerta, en el exterior, luchando por entrar en la habitación.

Resonó otra explosión en la distancia; los golpes de la puerta cesaron un momento y luego continuaron.

Por fin, Lara, en pie, erguida en medio de aquella carnicería, miró a su alrededor. En aquel momento, entre el silencio que se produjo se escuchó el gruñido de alguien que hacía un esfuerzo. Akira y Lara se volvieron hacia la fuente del sonido. Sus ojos se encontraron con Kurata que, con gran dificultad, cojeaba hacia la puerta, con las manos extendidas hacia los cerrojos que mantenían a sus hombres acorralados.

Tanto Sugawara como Lara saltaron al unísono hacia la puerta, salvando mesas, cuerpos y sillas tirados por el suelo. Kurata no era rival para ellos.

Él frunció el ceño desafiante cuando Lara le hizo dar media vuelta e incrustó sus hombros en la pared.

–Podéis matarme -dijo Kurata-, pero no viviréis lo suficiente para ver otro amanecer.

Lara se encogió de hombros.

–Tal vez.

Luego se dirigió a Sugawara: -Todo tuyo.

Lara soltó a Kurata, se apartó a un lado y se sacó el.45 silenciado del bolsillo del pantalón. Se concentró en desenroscar el silenciador. Ya no había ninguna razón para sacrificar velocidad y precisión en beneficio de un sigilo que no era necesario.

Kurata permaneció más tieso que un palo mientras miraba fijamente a su sobrino. Sugawara alzó la boca del cañón de la HK.

–¿Así que no tienes valor para quitarte la vida y en cambio quieres la mía? – los ojos de Kurata miraron a los de su sobrino.

Sugawara dudó tan sólo un instante, distraído por el poder de la mirada de su tío. Kurata se echó a reír.

–¿Y bien, sobrino, ni siquiera tienes el valor de matar a tu enemigo en la batalla? – lo acosó.

El insulto galvanizó a Sugawara, que lo apuntó con la metralleta y empezó a apretar el gatillo. Por un momento, la dura mirada de Kurata se tambaleó, mostrando el miedo tras ella.

Sugawara inspiró profundamente y luego bajó el cañón.

Del exterior de la casa se escuchó otra explosión. La habitación tembló con la actividad frenética de los hombres, que habían logrado abrir una brecha en la seguridad del cuarto.

Lara dio un paso hacia delante con el.45.

–Acaba con esto y vámonos.

Sugawara bajó el arma. Lara se detuvo al ver que sacaba la daga de su cinturón y se la entregaba a Kurata.

–¿Te has vuelto jodidamente loco? – dijo mientras retrocedía ante el ahora armado Kurata.

Éste observó la daga con una mirada de reconocimiento y, luego, miró a su sobrino, que permanecía apartado del alcance de la daga, con el cañón apuntando al suelo.

–Podría matarte ahora. Terminar yo mismo el trabajo -dijo Kurata.

–Y serías abatido por mi amiga -dijo Sugawara-. El gran defensor de Yamato asesinado por una *gaijin* -hizo una pausa-. Es mejor que el *wakizashi* y tu propia mano te libren de esa humillación.

Kurata miró la daga, una pequeña espada en realidad. Pareció encogerse, deshincharse y convertirse en un viejo cuando la realidad le clavó firmemente las garras.

-*Hai* -asintió con tristeza-. Has ganado la partida.

Seguidamente, Kurata se desnudó de cintura para arriba y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas. Dudó, miró a Sugawara y ordenó:

–Sé *kaishaku.*

Lara miró a Sugawara.

–Forma parte del ritual *seppuku.* Un *kaishaku* es el segundo, el hombre que acaba con el samurái después de que los cortes rituales se han hecho, si éstos no lo consiguen hacer inmediatamente. En la Antigüedad era hecho por decapitación con una larga espada; después de la derrota en la Segunda Guerra Mundial, se hizo con un disparo -explicó Sugawara.

Sugawara fue hasta su tío y se inclinó profundamente.

-*Hai.*

Entonces, todo sucedió muy deprisa. Kurata se hundió la daga en el lado izquierdo del abdomen y lo abrió de un tajo con una gran herida que iba de lado a lado, cruzando la barriga. La sangre brotó de la inmensa herida; las entrañas se amontonaron hacia la abertura. Sugawara y Lara estaban paralizados.

Cuando Kurata sacó la daga, su *wakizashi;* sus ojos se fijaron en un punto distante que Lara y Sugawara no podían ver. La hoja de la *wakizashi* estaba impregnada de sangre. Luego Kurata con toda tranquilidad bajó la vista y pareció asentir. Con manos firmes y decididas, Kurata cambió la dirección de la *wakizashi* de forma que entonces el filo recorrió el abdomen de arriba abajo. Sosteniendo la empuñadura con ambas manos, Kurata alzó la punta de la *wakizashi* y apuntó al corte que ya había hecho hacia ambos lados. Las manos de Kurata temblaron un momento antes de clavar la hoja de la *wakizashi* hasta la empuñadura, ejerciendo presión mientras cortaba hacia arriba. En aquel momento, Kurata dejó escapar un «¡Ah!», como una exclamación de sorpresa, y quedó en silencio, mientras un gran chorro de sangre salía como un geiser de la herida. La hoja obviamente había cortado la aorta. La muerte se lo llevaría rápido. Cayó hacia delante y, con el rostro, golpeó el suelo.

Sugawara se inclinó sobre su tío y murmuró unas palabras para sí. Luego alzó la HK hasta la sien de Kurata y apretó el gatillo.

En el exterior resonó otra explosión. Y, apenas audible, el sonido de las aspas de un helicóptero. Del exterior de la habitación llegó el ruido de una sierra mecánica al clavarse en la robusta puerta de la sala de reuniones.

Lara fue hasta Sugawara y tocó su espalda.

–Es hora de marcharse -le dijo.

Sugawara asintió con la cabeza.

Lara siguió a Sugawara en su descenso por el hueco, a través de la trampilla hasta el fondo, y luego dentro del lago. El agua era poco profunda y fangosa. Caminaron por el borde hacia un grupo de rocas artísticamente dispuestas que los protegían de la luz de los focos reflectores que iluminaban la zona de la casa como si fuese de día. El exterior estaba plagado de hombres armados.

Con una llamarada de gasolina explotando, otra de las bombas granadas de Charles Brooks se escuchó por toda la finca. Cuando lo hizo, los hombres armados se echaron al suelo, para ponerse a cubierto. Lara sonrió.

–¡Vamos! – apremió a Sugawara y salió de detrás de las rocas que los protegían hacia el camino empedrado que conducía al recinto de animales que tenían encerrados para servir de alimento a los Komodos. Sugawara la siguió.

Un montón de rocas explotó a su alrededor.

–¡Maldición! ¡Me han dado!

Lara se dio la vuelta y, a través de la densa cortina de oscuridad, vio que Sugawara se derrumbaba y caía de bruces. Dio media vuelta y tiró de él por un costado, intentando alzarlo y colocarlo sentado. Entre el recortado *staccato* de los disparos, Lara oía cómo las balas rebotaban en el suelo, a su alrededor.

–¡Vamos!

Se inclinó para ayudarle a incorporarse, pero las rodillas de Sugawara se doblaron; no le sostenían. Ella lo agarró como si lo abrazase y lo arrastró junto a sí, alejándole del devastador enjambre de balas.

Se produjo un momento de silencio; entonces Lara oyó los resoplidos que hacía Sugawara cada vez que respiraba, y olía el ácido y metálico olor de su sangre. Las balas los buscaban en la oscuridad.

–Vete -dijo Sugawara.

–Olvídalo.

La sangre hacía que el cuerpo de Sugawara fuese resbaladizo, pero Lara lo alzó, se lo cargó sobre un hombro y empezó a correr.

Avanzaba de un lado a otro, zigzagueando, mientras las balas le iban a la zaga. Se dio la vuelta y vio a un hombre que les disparaba desde el tejado de la mansión.

«Por aquí», se decía a sí misma, dirigiéndose hacia la pared de piedra que se alzaba paralela a la carretera.

–Los Komodos están por allí -gruñó Sugawara entre dientes.

–Los lagartos grandes no tienen pistolas -dijo Lara mientras se lanzaba con Sugawara a cuestas por encima de la pared y se adentraba en las sombras. El joven apretó los dientes para contener el dolor y dejó escapar sólo una débil protesta.

Instantes después, fragmentos de piedra volaron por lo alto del muro y pasaron silbando como metralla a su alrededor, por el suelo. Después los disparos cesaron.

–Tiempo de recarga -dijo Lara, y echó a correr agachada.

Volvió a cargarse a Sugawara a cuestas y echó a correr lo más rápido que pudo, aprovechando la protección que le brindaba la pared. En aquel momento empezó a llover de nuevo con fuerza. Grandes capas inclinadas de lluvia caían como cortinas que se interponían entre ellos y la mansión.

–Gracias, Dios mío -reconoció Lara en voz baja.

Delante de ella, escuchó los horribles balidos y chillidos de los animales encerrados y, un poco más lejos, los excitados gritos de un cazador, apremiando a sus camaradas a matar. Momentos después se reanudaron los disparos, primero de una metralleta, luego dos, y más tarde demasiadas para contarlas. Los disparos eran salvajes; fuego a ciegas entre la lluvia.

Lara y Sugawara llegaron a los reflectores verdosos más alejados de la mansión y a continuación, se internaron en las sombras. Al acercarse al recinto donde se criaba a los animales que servían de comida viva a los dragones, los pulmones de Lara ardían por el ejercicio pero liberó una mano y sacó su móvil. Redujo la marcha y anduvo sólo un minuto para asegurarse de que pulsaba el dial a la velocidad correcta.

–Estamos… -el pie de Lara hizo un ruido sordo, inspiró profundamente, otro paso-, cerca -dijo por teléfono-. Animales… -un paso, respiración profunda, otro paso-, recinto -paso, respiró, paso-. Ahora.

Casi por arte de magia, la oscura silueta en forma de libélula de un helicóptero con sus luces apagadas separó la implacable lluvia y la vegetación del lugar. A Lara, Sugawara le pareció más ligero que nunca y se abrió paso entre los animales, a través del estiércol del corral y el barro hasta que llegó al edificio de bajo techo de hojalata.

–Sugawara está herido -dijo por teléfono mientras se esperaba en el corral-. No podemos saltar al tejado como planeamos. Necesito una cuerda.

La estela de las aspas aún empujaba la lluvia con más fuerza si cabe, y apagaba las palabras de Lara, tanto que ni ella misma se escuchaba. Rogó para que la hubiesen entendido. Entonces, por primera vez aquella noche, creyó que iba a morir al escuchar los primeros disparos que tanteaban el terreno, buscando el ruido del motor del helicóptero.

El helicóptero se inclinó hacia abajo. Lara observó la cuerda de rescate que colgaba, bajando cada vez más. Las balas atravesaban la oscuridad a su alrededor y oyó que empezaban a dar contra el metal del helicóptero.

–Está bien -dijo ella, cuando la cuerda la alcanzó. Guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta, hizo un lazo con el extremo de la cuerda, luego se

sentó a horcajadas en el lazo.

–¡Vamos, arriba! Nos tenéis a los dos -dijo ella. Intentó desesperadamente mantener la cuerda entre sus nalgas mientras el helicóptero se alzaba, despacio primero.

Después escuchó cómo la turbina del helicóptero chirriaba cuando el piloto inclinó el aparato hacia delante y aceleró para alejarse, con un impulso que la dejó allí colgando, sujeta con toda su considerable fuerza, con toda su alma, para salvar las vidas: la de ella y la de Akira.

Epílogo

La primavera había empezado a borrar la monotonía invernal de los parques de Tokio. Una brillante neblina verde colgaba entre las ramas de los árboles y teñía la oscura hierba muerta. El viento fresco todavía soplaba cortante contra la multitud reunida en la acera, delante de la antigua sede central de Daiwa Ichiban Corporation. La aglomeración hizo que la gente se saliese del bordillo de la acera y bloquease la calle como un obstáculo. Las furgonetas de las unidades móviles de la televisión se alineaban en el lado opuesto de la ancha avenida; sus antenas parabólicas se alzaban hacia arriba con expectación. Los cámaras se acercaban con sigilo, intentaban colocarse entre la multitud y llevaban a cabo entrevistas improvisadas delante de la entrada principal del edificio.

–Parece que esta mañana tenemos ante nosotros una representativa muestra de parte del presente de Tokio -dijo un periodista de la televisión, mientras hablaba ante las cámaras a micro abierto para proceder a una entrevista.

–Como cabía esperar, se han congregado aquí muchos miembros de la comunidad coreana y, por supuesto, ninguno del Diet, el gobierno de la nación, la ciudad o la prefectura. El acontecimiento se considera la muerte política de algunos funcionarios públicos.

La cámara retrocedió para mostrar a una joven japonesa que estaba al lado del reportero.

–Lo que es sorprendente es la gran cantidad de japoneses normales y corrientes que han hecho caso omiso de las llamadas de sus líderes políticos, han rechazado el boicot al acto y han salido a la calle, en tal cantidad, que han sobrepasado la capacidad de la policía para controlarlos. Y lo más sorprendente es lo que piensan aquéllos, en especial los jóvenes,

que se han reunido aquí esta mañana para la inauguración de la Fundación DeGroot para la reconciliación internacional.

En el estrado, Lara Blackwood y el doctor Hassan Al-Bitar estaban rodeados por un remolino de periodistas de todo el mundo. En una esquina alejada, Henry Noord hablaba con una serie de ejecutivos de la fundación corporativa sin ánimo de lucro, que habían ido hasta allí para prestar su apoyo a la inauguración. Personal vestido de blanco servía café y té. Guardas de seguridad privados rodeaban el estrado. Bastante más lejos, una manifestación de neonacionalistas del ala derecha orquestaba una protesta agresivamente ruidosa, pero hasta el momento no violenta, contra la inminente inauguración. Las imágenes de la televisión habían mostrado a gran número de miembros del Diet y el gabinete que se mezclaban con los manifestantes.

Lara Blackwood escuchaba a medias al ejecutivo de la organización B'nai B'rith, mientras miraba uno de los muchos monitores de televisión instalado en el estrado.

–Eso es muy interesante -dijo ella, y luego ambos miraron al periodista japonés que entrevistaba a la joven nipona.

–… debemos repudiar las políticas racistas que nos llevaron a la Guerra del Pacífico y nos han comportado el desprecio del resto del mundo -decía la chica.

–¿Sus padres opinan lo mismo? – preguntó el entrevistador.

La joven hizo un gesto con la cabeza.

–Están por ahí.

Indicaba hacia donde estaban los manifestantes neonacionalistas.

–Pero ellos tampoco saben usar un ordenador y aún fuman los cigarrillos que los están matando. Son el pasado, sus ojos están cerrados al futuro y sus mentes cerradas a las nuevas ideas.

El periodista saludó con una inclinación y se volvió a la cámara. La imagen se acercó en un zoom para enfocarle la cabeza y los hombros.

–Hay esperanza -dijo Lara al hombre de B'nai B'rith.

–Eso espero -respondió él, pero se calló cuando el periodista empezó su monólogo.

–Está previsto que los actos de hoy empiecen dentro de unos diez minutos -dijo el periodista. Entonces cambió de posición para que la cámara mostrase un plano amplio, con el reportero al fondo.

–Hace menos de seis meses, los que podrían considerarse los acontecimientos más extraordinarios desde la Segunda Guerra Mundial sacudieron a la opinión pública japonesa. El destino de la poderosa Daiwa Ichiban aún está en juego. El último de los *zaibatsus* controlados por familias, Daiwa Ichiban, estaba dirigido con mano de hierro por el autoproclamado defensor de Yamato, Tokutaro Kurata, que murió por su propia mano junto con el leal sirviente de la familia Toru Matsue. El único heredero de Kurata, su sobrino Akira Sugawara, murió a causa de un disparo, al parecer efectuado por uno de los guardas de seguridad de Kurata, que fue detenido junto con gran número de compañeros de trabajo y acusados de asesinato. Sugawara, según nos han informado, escribió un precipitado testamento escrito a mano en el que dejaba toda su herencia a una norteamericana, Lara Blackwood, fundadora de GenIntron, una de las filiales de Daiwa Ichiban. El testamento ha sido impugnado.

Lara observó que la imagen de la televisión mostraba un plano corto del estrado tomado por un cámara. La voz del periodista se escuchó sobre el nuevo plano.

–La falta de una clara línea de sucesión ha resultado en un laberinto de disputas legales que hacen que su control final sea incierto. Los miembros del Diet han sugerido que la importancia industrial y económica de la compañía para la hacienda japonesa es demasiado grande para que quede en manos extranjeras. Como resultado, han introducido leyes para nacionalizar la compañía y, de alguna manera, compensar a Blackwood. El asunto continúa provocando gran confusión y controversia. Mientras, el consejo de administración de Daiwa Ichiban ha validado parcialmente el testamento holográfico de Sugawara nombrando a Blackwood presidenta directora general de toda la compañía.

»Si finalmente Blackwood se impone, ha afirmado que recuperaría el control de GenIntron y vendería el resto de las unidades empresariales de Daiwa Ichiban Corporation al presidente de Singapore Electrochip, el doctor Hassan Al-Bitar, quien ha dicho que si la venta se consuma, reuniría todos los ex activos de Daiwa Ichiban Corporation y los colocaría en un trust especial, en el que las acciones serían propiedad de la nueva fundación que se inaugura hoy. La nueva institución, en la actualidad fundada por Blackwood y Al-Bitar, estará dedicada a actividades que promocionen la

justicia social y religiosa y el fomento al respeto y el entendimiento entre grupos tradicionalmente hostiles.

»Esta nueva fundación ha sido creada bajo circunstancias peculiares -continuó el periodista-. Por una parte, Blackwood fue el blanco de una intensa cacería humana internacional, acusada de una serie de asesinatos, hasta que las agencias norteamericanas implicadas revelaron que había sido un caso de confusión de identidad. Aún más extraños fueron los rumores de un grotesco plan tramado por una secta religiosa vinculada a Daiwa Ichiban Corporation para exterminar a los coreanos.

El rugido de un avión atravesó el cielo matutino. Lara alzó la vista cuando la nueva flota aérea que habían comprado a la comuna apareció en apretada formación.

La multitud calló mientras alzaba la cabeza hacia el cielo para leer lo que escribían.

«Ninguna raza es superior» rezaba la primera línea de la escritura en el aire.

El periodista continuó en voz baja:

–Los rumores de unos documentos ultrasecretos que detallaban crímenes de guerra e indiscreciones más recientes por parte de destacados ciudadanos japoneses y estadounidenses también han salido a la superficie junto con los rumores de que los miembros de esta nueva fundación han usado esos dossieres para provocar dimisiones en masa en los gobiernos nacionales de ambos países y efectuar cambios en la dirección de una serie de corporaciones de ámbito mundial.

«Ningún culto religioso es inferior» decía la segunda línea del escrito en el cielo.

–Aunque todo esto ha sido carnaza para los tabloides -continuó el reportero-, ninguno de los rumores o las acusaciones han sido probados.

El hombre de B'nai B'rith escudriñó a Lara con una mirada interrogativa.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

–Descabellado -dijo ella.

–Creo -dijo el hombre de B'nai B'rith-, que si yo estuviera en posesión de ese tipo de documentación que los rumores han dejado entrever, los publicaría; sí, los haría públicos. Expondría toda la maldad tal como es.

«No se deben hacer juicios colectivos», rezaba la tercera línea escrita en el aire.

Lara se encogió de hombros.

–También he leído esos rumores. Y, si fuesen verdad, que no lo son, no estoy segura de qué sería lo que haría -dijo ella.

–¿Por qué?

–Bien, me parece que incluso si te libras de una capa de este tipo de gente tan censurable, no faltaría un montón de tipos igualmente deleznables dispuestos a escalar posiciones y ocupar su lugar. Si juegas todas tus cartas de golpe, lo único que se consigue es cambiar a los ocupantes de los cargos. La amenaza es más poderosa que el apocalipsis -continuó Lara-. Una vez has apretado el botón, ya no te queda nada con lo que luchar. Es mejor usar la amenaza para controlarlos, que la realidad para destruirlos.

El hombre de B'nai B'rith murmuró palabras de comprensión pero sin estar de acuerdo con ella.

«Sólo los racistas los hacen» se leía en la cuarta línea en el aire, y luego el nombre de su autor, Elie Wiesel.

–La gente está cansada de ver imágenes de las atrocidades de la guerra -continuó Lara, mientras el maestro de ceremonias hacía su recorrido, urgiendo a los participantes a ocupar sus asientos, de manera que la inauguración pudiese empezar-. Darles más de lo mismo no ayudaría en nada. La gente está desilusionada con el gobierno y su gestión; la publicación y exposición de los mismos sólo confirmaría lo que ellos ya presentían sin que las cosas en realidad cambien. ¿No es mejor, entonces, usar discretamente la información para trabajar, cambiar las cosas y hacer que sean mejores en lugar de simplemente destruirlas?

–Da la impresión de que ya has pensado mucho sobre ello -su voz denotaba que él creía los rumores.

–Por supuesto. Los rumores me implican, de forma parcial. Es un inmenso problema ético que merece toda la reflexión posible -dijo Lara. Hizo una pausa cuando el miembro de B'nai B'rith empujó un asiento hacia ella-. Estoy contenta de que no tenga que enfrentarme con una decisión real sobre todo eso -dijo con un tono poco convincente.

Antes de sentarse, el hombre de B'nai B'rith le preguntó:

–Si…, sólo si fuese verdad… -sus ojos buscaron su rostro-, y un grupo como la Fundación usase esa información para, en realidad, hacer que gente

repugnante se comporte de forma admirable…, si fuese cierto…, entonces, ¿en nombre de qué derechos éticos ese autoproclamado grupo ejercería su inmenso poder, su gigantesca influencia en la sociedad humana?

–Si eso fuese cierto -Lara empezó mientras le devolvía la mirada -sería un dilema real, filosóficamente, dado que en una democracia el poder se supone que deriva del pueblo.

El hombre de B'nai B'rith asintió.

–Pero, entonces, el ejercicio del poder se ha llevado en secreto desde que ha habido pueblo, ¿verdad?

–Sí, pero yo creo que…

De pronto una gran conmoción sacudió a todos los periodistas. Una exclamación se alzó entre toda la gente reunida.

Lara frunció el ceño cuando se dio la vuelta y, junto con toda la multitud, miró las grandes pantallas de los monitores colocados detrás del estrado. Un gran cartel de «avance informativo» ocupó la pantalla y fue reemplazado segundos después por el rostro grave de un locutor. Los rótulos que recorrían la parte baja de la pantalla explicaban la historia.

–Las primeras noticias que nos llegan de Oriente Próximo indican que una enfermedad desconocida y devastadora azota a judíos y palestinos. El terrible nuevo síndrome, que empezó en Jerusalén, ha acabado por ahora con la vida de todas las personas que han contraído la enfermedad. A continuación les ofreceremos un reportaje en directo…

Fin

Nota del autor

Estamos mordisqueando de nuevo de la fruta del árbol del conocimiento, del bien y del mal. El conocimiento ya ha cegado a la humanidad con anterioridad, y los resultados han sido material propio de pesadillas. Los principales expertos en ética biomédica pueden citar sustanciales pruebas de que las condiciones que produjeron las atrocidades médicas de la Alemania nazi y el Japón imperial aún existen hoy, acechando en pasillos de laboratorios y cámaras de contención de alta tecnología de las instituciones de investigación de genética humana de todo el mundo.

Este libro está basado en hechos reales. El doctor Shiro Ishii, el «Mengele japonés» fue teniente general del ejército nipón. El doctor Ishii

dirigía un programa oficial del gobierno que autorizaba que se efectuasen atrocidades médicas a prisioneros de guerra de los aliados y civiles chinos, unas atrocidades que igualaron los peores experimentos diabólicos de los nazis. Sin embargo, poca gente sabe algo del doctor Ishii. ¿Por qué lo hemos olvidado?

Recordamos que los nazis asesinaron a más de diez millones de judíos, gitanos, homosexuales, deficientes físicos y psíquicos, disidentes políticos y a otros grupos considerados indeseables por el Tercer Reich. Y, no obstante, poca gente sabe que los japoneses masacraron a más de seis millones de civiles inocentes durante la Segunda Guerra Mundial. Esto los sitúa a la par con los nazis. ¿Por qué lo hemos olvidado?

En la guerra civil de los Balcanes de la década de 1990, los serbios fueron condenados internacionalmente por hacer de la violación un instrumento de guerra, pero hemos olvidado que los japoneses institucionalizaron la violación como parte de su política militar hace ya más de medio siglo. Forzaron a cientos de miles de mujeres en burdeles organizados y dirigidos por el ejército, de manera que las tropas japonesas pudiesen cada día descargarse, mancillándolas una y otra vez. Aquellas mujeres que fueron forzadas a servir las más bajas necesidades del ejército imperial nipón eran madres, viudas, novias, hijas y hermanas.

¿Por qué las hemos olvidado?

¿Por qué los juicios de Nüremberg por crímenes de guerra grabaron tan firmemente los horrores de la Alemania nazi en nuestras conciencias, mientras que poca gente es consciente aún hoy de que los juicios de Tokio a los crímenes de guerra contemplaron los igualmente perversos criminales de guerra?

¿Qué tiene todo esto que ver con el proyecto del genoma humano?

Todos estos años, desde que la primera edición de este libro fue publicada como libro electrónico en la red, en 1996, he luchado con todas estas preguntas y aún no he encontrado ninguna buena respuesta. Por desgracia, mucho de lo que escribí se ha hecho realidad o casi. La primera edición apareció cuatro años antes de que se secuenciase el genoma humano, y cinco años antes de los horribles actos terroristas y asesinatos del 11 de septiembre de 2001. En 1996, muchos pensaron que un complot de armas biológicas que usasen nuevas formas de vida modificadas genéticamente era irreal. Otros pensaron que era absurdo que un solo

individuo manipulador, ambicioso y rico pudiese alterar la faz de la política global, capitalizando la frustración, el odio y el extremismo de unos pocos fanáticos.

Por supuesto, Osama bin Laden demostró que el islam puede ser pervertido por la maldad política, de la misma forma satánica que envolvió la cristiandad y el judaísmo en el pasado. Escribí este libro antes de que Al Qaeda se convirtiese en sinónimo de fanatismo irracional, y de que los talibanes se transformaran en consigna de dictadores, opresores, misóginos, traficantes de droga, y que tomaran el nombre de su Dios en vano y blasfemasen contra todo lo que millones de verdaderos musulmanes consideran preciado y sagrado.

Entonces no sabía que mucho de lo que escribí resultaría profético en 2001. Pero ruego en nombre de Dios, al más generoso, más misericordioso, el más preciado y creador de los mundos, el señor del Juicio Final, que nada más de lo que escribí en este libro se haga realidad. Ruego para que este libro sirva ya no más de profecía, sino de lección de que la ambición, la codicia, el ansia de poder, el odio racial y la maldad nos destruirá, a menos que reconozcamos que todos somos hermanos y hermanas bajo nuestra piel y que el Dios que adoramos es el mismo, al margen del nombre que le demos.

Lewis Perdue

Sonoma, California, 25 de noviembre de 2002

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
05/05/2009
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com